

JOAQUIN RODAS M.

# MORAZÁNIDA

DE LA  
EPOPEYA  
A  
TRAGEDIA  
Y LA  
APOTEOSIS  
-Δ-



REPUBLICA DE CENTRO AMERICA  
SECCION DE GUATEMALA  
QUEZALTENANGO

GRAN MATRU

MUECA

F1438  
.M88

Esta obra sólo puede ser  
vendida en las Repúblicas  
de Guatemala, Nicaragua y  
Costa Rica, por el editor

**Carlos D. Suasnívar;**

y en las Repúblicas de  
El Salvador y Honduras  
por el autor

**Joaquín Rodas M.**

7233  
4374

1930

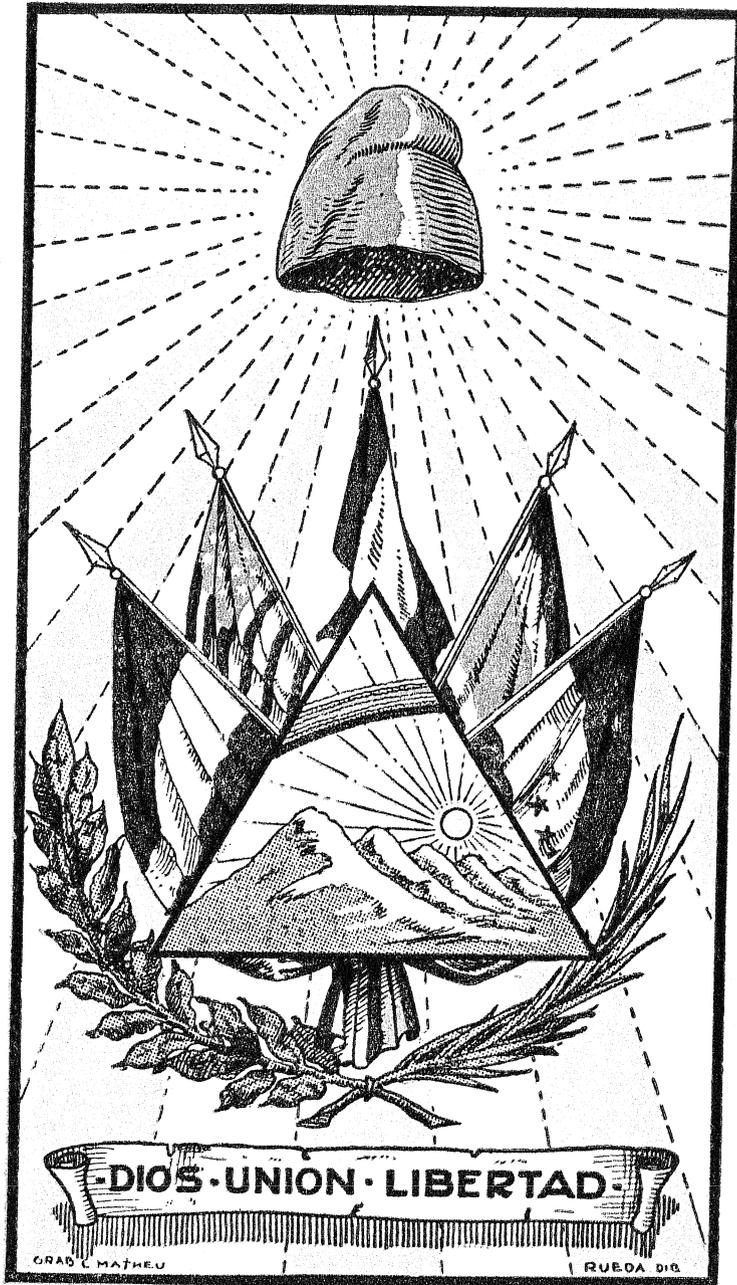


---

# MORAZÁNIDA

---



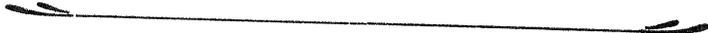




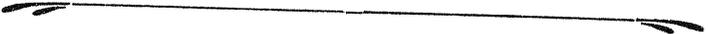


JOAQUIN RODAS M.





# INTRODUCCIÓN







**General FRANCISCO MORAZÁN**

Genio nació! Y al libertar al hombre,  
Con mil hazañas sublimó la historia:  
Cuanto hay de grande lo encarnó su nombre,  
Cuanto hay de ilustre lo abarcó su gloria.

**FRANCISCO CASTAÑEDA**





## INTRODUCCIÓN

Cantad ¡oh, vates! en acorde coro  
al héroe digno de inmortal memoria,  
que a los que grandes en la Patria fueron  
les canta el poeta si por ella mueren.

JUAN J. CAÑAS.

**L**A leyenda más que la historia, el mito más que la verdad, el símbolo más que la acción patente y real, forman la fuente de inspiración de los inmortales poemas que hoy admira la humanidad.

Si la existencia del gran creador de la *Iliada* se ha puesto en duda por algunos arqueólogos de la literatura, ¿qué diremos de sus héroes que midieron sus fuerzas con los dioses de un Olimpo estruendoso y combatiente?

¿Existió Aquiles de Peleo, el sabio Ulises, el prudente Néstor y el atrida Agamenmón?

¿Fue verdad o ficción la sobrenatural proeza de griegos y troyanos que tuvo por origen el rapto de la encantadora Elena por el engañoso y bello París?

Frente a los muros de la incendiada Troya cayó en verdad en actitud heroica el denodado Héctor, y Hécuba aulló de dolor transida?

Brotado o no, el sin igual poema homérico bajo la sola inspiración del divino ciego, o que sus cantos como los de la Biblia sean el producto de muchas inspiraciones, es el hecho que, ese monumento literario, ha sido y fue, la gran fuerza creadora de la antigua Grecia, al eco de cuyos cantos ejecutaron todas sus proezas.

La Epopeya de las Termópilas, no pudo haber evidenciado el súper-heroísmo griego sin los cantos bélicos de la *Iliada*, como tampoco la independencia de la libre Helvecia, hoy fuere una verdad histórica sin el culto que los suizos guardan a su tradicional leyenda de Gui-

llermo Tell; y, Francia, la heroica Francia, no podría revivir y acrecentar en el peligro su orgullo nacional sin invocar antes la mágica figura de su gran heroína, Juana de Arco, cuyas insólitas hazañas forman el culto de todos los franceses.

Y nosotros los centro-americanos, ante la luz de la verdad histórica, sin nietos ni leyendas, y con héroes tan auténticos como los de la CRUZADA MORAZÁNIDA, ¿no podremos encauzar y levantar nuestro orgullo nacional al conjuro de sus nombres?

Olvidos prematuros, desfallecimientos vergonzosos y languideces tropicales, han atrofiado nuestra memoria y encallecido nuestras almas, hasta el grado de estancar nuestros entusiasmos, matando por propio consentimiento nuestras más caras esperanzas nacionalistas

Nuestra bajeza y pequeñez actual parecen no querer comprender ni querer medir la grandeza de aquellos héroes legendarios, cuya trascendental cruzada por el Istmo Centro-americano, debiera tenernos enorgullecidos, mirándonos en su ejemplo para levantarnos a su influjo bienhechor, a las más altas cimas de la gloria.

La obra de redención del General Bolívar, dando libertad a medio Continente, no puede ser más sugestiva ni más heroica que la Cruzada Morazánida que tocó todas las escalas de la epopeya, hasta llegar al doloroso y terrible fin de la tragedia.

Esa epopeya histórica, de honor y de dolor para nosotros, debiera ser para las presentes y futuras generaciones el suficiente estímulo para empujarlas a la conquista de la gloria, sellando para siempre la grandiosa obra de UNIÓN CENTRO-AMERICANA, causa por la que sacrificó su vida y llevó a la tumba al héroe genial, que intento seguir y delinear aquí en estas páginas, que no son sino el índice del gran poema que aún está por escribirse.

¿Por qué no se escribe o por qué no se ha escrito este poema heroico que debería ser la inspiración sagrada de nuestro orgullo y nuestra honra nacional?

¿Han faltado acaso historiadores, biógrafos o cantores del gran héroe centro-mericano?

¿No está la imparcial Historia de Marure, la profunda y razonada "Reseña Histórica" de Montúfar? ¿No lo ha biografiado con la seriedad y documentación debida Eduardo Martínez López? ¡, ¿no están también

las pequeñas biografías del Doctor Reyes, Moncada y Alvarado? I, ¿no lo ha cantado con dolor profundo el poeta Francisco Díaz en su sentimental Tragedia?

¿Qué nos falta pues para engrandecernos por propia emulación??

¿No es suficiente ejemplo de abnegación, de grandeza y de sacrificio, la vida, lucha y muerte de este hombre extraordinario que se llamó *Francisco Morazán*, el héroe más auténtico y más cabal que ha tenido nuestra Historia?

Memorando esa vida, leyendo sus proezas y, sabiendo todo el dolor y la grandeza que encierra la tragedia de su muerte, ¿cómo no sentirnos fascinados por la proyección luminosa de esa gloria nacional, y ¿cómo no ensayar el registro de las notas del poema aún no cantado ni medido en el tono de épica grandeza que reclama?

No nos faltan, pues, ni fuentes de inspiración donde abreviar el estro, ni menos el alma del héroe para forjar con ella y con sus inmortales hechos las sagradas estrofas del poema nacional, que aún está por escribirse.

Mientras el canto brote de los labios del poeta que habrá de medir y entonar las estrofas de ese *POEMA HERÓICO*, acéptese el homenaje de estas páginas que, originadas por la inspiración de tanta gloria, no aspiran sino a despertar en el alma nacional centro-americana el sentimiento de admiración por los prodigios registrados en la inmortal *CRUZADA MORAZÁNIDA*, que a no dudarlo, nos servirá de estímulo, para efectuar cuanto antes la *Unión de Centro-América*.

\* \*

Para poder seguir al héroe en su trascendental cruzada por el Itsmo, hemos dividido nuestro libro en tres partes: la primera corresponde a la Epopeya, la segunda a la Tragedia y la tercera a la Apoteosis.

Ninguno de estos tres títulos responde a preceptos de Retórica, sino al caudal de hechos realizados por el héroe genial, y al destino glorioso que le cupo sobre esta tierra que le vió nacer.

No nosotros, sino él, es quién forja su *Epopeya* en cien campos de batalla; no nosotros, sino sus implacables enemigos y la estoica grandeza con que muere son los que hacen la *Tragedia* de su muerte en el cadalso, y es su ascensión a la inmortalidad que lo coloca en su

círculo de gloria, y la admiración de sus proezas, quienes hacen su *Apoteosis*.

Nosotros, lo único que hacemos, bajo el fervor sin límites que sentimos por los extraordinarios triunfos del adalid centro-americano es, separar las hojas de nuestro libro de las ondas frías de la Historia, y presentarlo fuera de esa zona que, si es recomendable por su serenidad, no puede en cambio elevar el entusiasmo nacional al grado que reclama su heroísmo.

La *Epopéya Morazánida* no es una leyenda regional; no es una ficción histórica tampoco, ni menos una creación de la fantasía: es la Historia Nacional, sintetizada en la vida del grande hombre y, sin la cual, como dice Alvaro Contreras "no es posible hallar la clave de filosófica expresión a la biografía de la familia centro americana" y que, "sin la acción del héroe desaparece el drama de nuestra vida nacional."

"Suprimid el genio de Morazán, dice el mismo orador,—y habréis aniquilado el alma de la Historia de Centro-América."

Nosotros, al seguir al héroe nacional en su inmortal cruzada por el Istmo, para formar las páginas del presente libro, nos hemos convencido que, la afirmación de Alvaro Contreras, no es una exaltación de su elocuencia tribunicia, sino la verdad revelada por la Historia a uno de nuestros más insignes oradores.

JOAQUÍN RODAS M.



## Proceso histórico y aparición del héroe nacional.

---

**S**OBRE tres millones de almas inconscientes y sumisas ante la hipnótica mirada del fiero león ibero, escucharon un día sobre el tormento de su misma esclavitud este inmenso y sonoro grito, hasta entonces para ellos incomprensible:

*¡¡ LIBRES É INDEPENDIENTES !!.....*

Demasiada pesada la cadena y muy largo el tiempo de llevarla, esos millones de seres sintieron la torpeza de sus miembros para ponerse en pie, y, más que comprender lo que se les decía por la más sonora de las lenguas, tomaron una actitud contraria a la que el verbo poderoso de Barrundia les revelara en hipérboles grandiosas.

Ignorantes, sumisos y fanatizados por su misma esclavitud, nuestros pueblos habituados a oír el áspero y sordo chasquido del látigo que manda y no interroga, tenían demasiado relajados los oídos para poder apreciar las imágenes floridas del gran tribuno, cuyo verbo armonioso y lírico, tenía toda la orquestación de un coro de pájaros andinos, que revelaran al mundo las supremas armonías de la tierra americana.

Nuestros hermanos de esclavitud, los del Norte y los del Sur, los que llevaron como nosotros el peso del mismo yugo ibero, no estaban mejor preparados, ni más aptos que nosotros para gozar de la vida libre; pero aquellos no vieron rotas sus cadenas al sólo calor de la palabra que entusiasma, sino al fragor de los cañones que sembraron de cadáveres el suelo que amaron y defendieron como suyo, al verlo empurpurado con la sangre que brotara de aquel choque colosal. Ellos, más felices que nosotros, vieron purificada su atmósfera y sintieron ensanchados sus pulmones con embriagante humo de titánicos combates que, en su negra cerrazón

confundía a vencedores y vencidos, hasta ver enarbolados sus pendones libertarios en las más altas cimas de los Andes, desde cuyos flancos ensangrentados miraron alejarse para siempre de los mares americanos las escuadras que llevaban en derrota a las huestes españolas.

Centro-América, entretanto, sin choques sanguinosos, ni épicas campañas, vió alejado de su suelo el poder de la monarquía; pero quedaba en su seno el virus mortal del coloniaje que como una enfermedad oculta y vergonzosa, había de devorarla haciéndola pedazos dentro de su misma unidad histórica y geográfica.

Para bien de España y mal de Centro-América, aquella no intentó, o no pudo poner a prueba la eficiencia de la libertad que ésta proclamó el año de 1821.

Ahorrándonos ese breve sacrificio de vidas y de sangre, los héroes de la espada no surgieron de nuestro suelo y, la gran masa analfabeta como una inmensa sombra cerrada e impenetrable, hacía más brillante y luminosa la sola constelación de astros de primera magnitud que se destacaba de aquel fondo de negrura.

Eran ellos: Valle, Barrundia, Molina, Larreinaga, Delgado, Rodríguez y los Aguilar, quienes, como Moisés, sintiéndose inspirados a cumplir una gran misión en la tierra que los vió nacer, quisieron sacar a su pueblo del sacrificio y esclavitud en que yacía, anunciándole su libertad en los principios del acta memorable que el primero redactó, y en los decálogos de gloria que el segundo hiciera oír al pueblo desde la alta cima de su grandiosa y sagrada inspiración.

Pero el pueblo centro-americano, como el hébreo, olvidando sus pasados y largos sufrimientos, tornadizo y voluble como aquel, desoyó los gloriosos decálogos de libertad y volvió a arrodillarse a sus ídolos de ayer, tributándoles culto en vergonzosa postración. El acta del 21 fué hecha pedazos y, el pueblo que volvía las espaldas a la República, fué al encuentro del nuevo manto imperial que Iturbide le extendiera como una sombra desde México, y bajo cuyos pliegues vergonzosos quisieron dormir una vez más el sueño de ignominiosa esclavitud, pero que, al fin no fué sino una grosera pesadilla que nos hizo despertar, viendo ya sobre nuestras cabezas el filo de las bayonetas de Filísola, que por propio consentimiento, apagaron por espacio de diez y ocho meses el sol de nuestras libertades.

Màs ese eclipse, para gracia nuestra, no fué total sino parcial: la Provincia de El Salvador, rebelde a someterse, empurpuró su tierra con la sangre de sus hijos, y, la visión de esa tierra ensangrentada refractándose como un lampo de luz sobre la conciencia nacional centro-americana, despertó de su letargo a las ciudades de San José, Alajuela, León y Tegucigalpa, cuyas tendencias emancipadoras, muy opuestas a las de Cartago, Heredia Granada, Comayagua y Guatemala, obraron el portentoso milagro de hacer aparecer en escena al héroe genial, al protagonista de nuestra Historia, cuya gloriosa epopeya sorprende por su grandeza y sobre pasa a nuestra propia admiración.

Y, fué a ese choque de ideas encontradas en que las diferentes ciudades de la Patria Centro-Americana se colocaron unas frente a otras que, la de Tegucigalpa democrática y libérrima, abiertamente opuesta a las tendencias imperialistas de Comayagua, hiciera aparecer en sus filas al paladín de la Democracia herida, que pronto debería entrar en duelo formidable con todos los resabios y absurdos del pasado, que aún pugnaban por encerrar a nuestros pueblos dentro los muros de un imperio inconcebible.

Como los paladines de la antigua Grecia, Morazán con todos los distintivos de la gracia física, valor moral y cívico, acendrado patriotismo y apasionado amor a las libertades, apenas se le ve como soldado voluntario entre las filas republicanas, es ascendido a Capitán de una de las compañías que se improvisan en Tegucigalpa; y allí, como si se comprendiese ya toda la abnegación y grandeza de su alma, se le da la atrevida y peligrosa comisión de pasar a los llanos de Copán, para recibir y conducir a buen seguro los pertrechos bélicos, que los libres de Guatemala mandaban a los patriotas de Tegucigalpa, para la obra de oposición conjunta a las pretensiones imperialistas.

Sorprendido en el silente y dilatado valle de Comayagua, nuestro improvisado Capitán es conducido preso a la entonces capital de Honduras, y, allí entre amenazas y torturas pruébese por todos los medios a que confiese los móviles que le llevan en su secreta misión; màs ningún tormento, ni la misma amenaza de muerte pudo obligarlo a la confesión que se deseaba, desarmado así con su estoica serenidad a sus tenaces verdugos que se vieron obligados a dejarlo en libertad.

Y el heraldo de la Democracia, apenas viose lejos de sus opresores, fuése como Héctor al seno de su ciudad querida a recoger en sí todas las potencias de su alma conmovida, que debían darle la sobrehumana y colosal pujanza de vencer en sin igual campaña a todos sus adversarios.

Allà, al pié del Picacho, en ese peñón abrupto, que como un gorro frigio se perfila al natural sobre las altas cerranías que amurallan por el Norte a la histórica ciudad de Tegucigalpa; allí sobre sus pendientes que dominan el curso caprichoso del Río Grande, cuyas ondas cadenciosas le murmuran eternamente sus ecos de libertad y de esperanza; allí fué a detenerse aquella àguila bravía que, sorprendida en el primer vuelo para salvar el valle, volvió a sus alturas para dominar y escudriñar mejor los àmplios y dilatados horizontes de la Patria Centro-Americana, que màs tarde debía salvar en vuelos sorprendentes y atrevidos.

Aunque la causa de los libres viose sucumbir bajo el peso de las armas de Iturbide, la sombra del Imperio no cubrió el cielo de Centro-América, sino por espacio de 18 meses, suficientes para servilizar y corromper màs la conciencia pervertida de las almas esclavistas que, soñando con un nuevo yugo, debían de entrar en duelo tenaz y formidable con el gran protagonista de nuestra historia.

México, como República, no nos había conquistado; fueron los supremos y violentos esfuerzos de una Monarquía moribunda, muy extraña a sus principios, los que intentaron encadenar dos porciones americanas en un nuevo y extraño Imperio tropical.

Pero el mismo gesto de suprema rebeldía que tuvo el republicanismo mexicano que castigó con la muerte a su presunto Emperador, salvó de nuevo la causa de los libres en Centro-América, y, ésta, tras el drama de Querétaro, recobró su completa independencia el primero de Julio de 1823.

A los fulgores de esa nueva aurora de libertad, la Constitución Política de la República Federal de Centro-América, fué decretada y puesta en vigor el 22 de Noviembre de 1824. Bajo los principios de esa Ley fundamental, la misma Asamblea Nacional Constituyente invitó a los cinco Estados de la Federación, para que reuniesen sus Congresos respectivos, y que éstos a su

vez, acatando el libre voto de los pueblos, diesen posesión a sus jefes elegidos.

Después del Gobierno Provisional del triunvirato formado por Arce, Valle y O' Horàn, la República Federal de Centro-América, quedó definitivamente organizada bajo la Presidencia del primero, quién tomó posesión de su alto cargo en la ciudad de Guatemala el 25 de Abril de 1825, quedando como jefes de Estado: en Guatemala, don Juan Barrundia; en el Salvador, don Juan Vicente Villacorta; en Nicaragua, don Manuel Antonio de la Cerda; en Costa Rica, don Juan Mora y en Honduras, don Dionisio de Herrera.

La elección de Herrera, verificada el 16 de Septiembre de 1824, trajo de nuevo bajo otra distinta manifestación en la política centro-americana, al joven Francisco Morazàn, quien nombrado por aquel, su Secretario General el 25 del mismo mes, alejose de la ciudad donde le dejamos, para venir a Comayagua, capital entonces del Estado.

En ese puesto, Morazàn se revela a la conciencia nacional centro-americana como uno de sus mejores estadistas. Apenas Herrera iniciaba su Gobierno democrático y progresista, una violenta conspiración fraguada en Comayagua estaba próxima a estallar en Tegucigalpa bajo la conjura del elemento clerical de aquella, y del Comandante y Alcalde Municipal de ésta. Comisionado Morazàn en su carácter de Secretario General, para que pasase a Tegucigalpa a calmar los ànimos, pronto su exquisito tacto político volvió las cosas a su orden, acentuándose el respeto al Gobierno constituido.

Centro América toda parecía convulsionarse, agitada por el fermento colonial y los resabios del bando recalcitrante. El Salvador y Guatemala entraban en choques de recelo y, el Jefe y Vice-Jefe del Estado de Nicaragua menguaban el principio de autoridad con inútiles discordias que trajeron como único resultado la anarquía y el desconcierto del Estado; y, el presidente Herrera estorbado por el clero en su obra de progreso y, viendo amenazada la paz de Centro-América por el lado de Nicaragua, levantó hacia allá algunas tropas, para cuyo equipo y sostenimiento tuvo que tomar con carácter devolutivo, una suma de los fondos pertenecientes a la Federación. Esto tan natural y tan conforme a la justicia, dio lugar a una ruidosa controversia entre el Eje-

cutivo Federal y la Secretaría del Estado de Honduras. Las cruzadas entre una y otra Secretaría, revelaron a los pueblos de Centro-América una nueva faz del raro talento de Morazán que, con profunda solidez en el razonamiento, daba a la diplomacia centro-americana el más alto tono de sinceridad, hasta entonces conocido y nunca vuelto a ser oído después de aquella época inolvidable. Aquel talento natural muy pronto se dió a conocer en sus distintas y múltiples manifestaciones.

Reconocido por sus prestigios, fué nombrado el 6 de Abril de 1826, Presidente del Consejo Representativo, contrayendo por esa misma época matrimonio con doña Josefa Lastari.

El hombre y el patriota quedaban completados, para seguir en la corriente de sus luchas libertarias.

\* \*  
\*

Arce como si quisiese iniciar la serie de nuestros apóstatas sombríos, fué el primero en volver las espaldas a los principios liberales que había jurado defender, para entregarse empequeñecido y miserable ante su misma obra de emancipación, en brazos del partido recalciante, que rompió en pedazos la Patria del 21.

Aunque no sin méritos, su elección como primer Presidente de la República de Cento-América, fué, a más de un fraude escandaloso, el principio de sus apostasías que, de jalón en jalón, lo llevaron a romper con el más inaudito de los descaros la Constitución del 24.

Rota ya la Constitución en sus manos, no le quedaba sino romper y transpasar todos los poderes que aquella Carta Magna respetaba en su libertad; y, eso no tardó en suceder, cuando acabando con el resto de pudor que le quedaba, se entrometió de hecho en los asuntos internos de cada Estado; depuso a las autoridades legítimamente constituidas del Estado de Guatemala, reduciendo a prisión al jefe Barrundia el 6 de Abril de 1826, y revolucionó a El Salvador.

El Estado de Honduras no fué menos infortunado y, su digno Jefe el ilustre don Dionisio de Herrera, estaba destinado a ser la víctima propiciatoria; después de la salvaje invasión que se hizo a su territorio.

Fracasado el siniestro plan de los serviles y clero de Comayagua, para asesinar al Jefe Herrera y a su inocente familia; y, no siendo suficiente a provocar su caída ni la excomuniación ni los anatemas que a su nombre lanzó el padre Irías, Arce creyéndose obligado a trai-

cionar del todo la causa de los libres y, hermanando sus pasiones al odioso crimen que se iba a cometer en el más limpio y sincero de los repúblicos, creyó de su deber hacer causa común con los enemigos de la libertad, lanzando para ello, con el más fútil de los pretextos a sus huestes invasoras al corazón de Honduras. Para consumir este nuevo atropello a la libertad de los Estados, Arce, el desertor del liberalismo, comisionó a un Hondureño sin entrañas, al in-Justo Milla que, entre otros desafueros cometió el imperdonable crimen de incendiar a Comayagua.

Pero antes de esos sucesos lamentables que entristecen y llenan de asombro las páginas de la Historia, algo que toca a la barbarie pasaba en el Estado de Guatemala. El Vice-jefe de aquel Estado, don Cirilo Flores, posesionado del derecho que le asistía y, profundamente indignado por la prisión del Jefe Barrundia, se trasladó con el Cuerpo Legislativo, para que éste continuase sus sesiones, primero a la villa de San Martín Jilotepeque, y después a la Ciudad de Quezaltenango. Tan luego como llegó a ésta, los enemigos del Derecho, teniendo a su servicio a frailes inspirados por Satán, azuzan a las turbas fanatizadas por sus prédicas, quienes se lanzan como caníbales sobre Flores. Creyendo éste poder salvarse a la sombra de sus templos, se refugió en la iglesia parroquial, en donde, en vez de la salvación buscada, encontró el índice de los frailes que lo señalaban: a la fatídica señal, las turbas cayeron sobre su víctima, lo despedazaron inhumanamente, profanando después sus restos mutilados.

La República de Centro-América espiada y acosada por enemigos de su propio suelo, inhábiles para comprender la grandeza de la Patria y, no sabiendo que hacer de una libertad que odiaban y desconocían, procurábanle toda clase de dificultades, sin tomar en cuenta su propio porvenir.

El Congreso Federal estaba disuelto; sus legítimas autoridades violentamente destituidas y perseguidas; y, algo así como una tempestad preñada del espíritu de destrucción, parecía conmover y desquiciar desde su base el hermoso edificio de nuestra Nacionalidad. Dentro del fondo de esa negra cerrazón el verbo tormentoso de Barrundia, al par que iluminaba las conciencias libres, presagiaba con su candente frase una fatal conjuración de los elementos refractarios a toda renovación política y social





DE LA EPOPEYA





## DE LA EPOPEYA.

### II

#### **Sitio é incendio de Comayagua.-Acción de la Maradiaga y suplicio del Jefe Herrera.**

---

**C**ON intenciones pérfidas, pero veladas por el absurdo de custodiar los tabacos que existían almacenados en los llanos de Copán, Milla con movimientos de felino avanza y avanza hacia el corazón de Honduras.

Sin fuerzas que se opongan a cortarle el paso, sus marchas forzadas no llevan el sello de la estrategia de un talento militar, sino la movilidad alevosa de una fiera que se arrastra para caer sobre la presa sorprendida. Espiado apenas en su avance allá en la altiplanicie de Yamaranguila por un pequeño grupo de soldados valerosos y atrevidos, cree haber tenido un combate decisivo y victorioso con el retiro de éstas a Intibucà y, sintiéndose sin estorbos, de un salto traicionero y falaz se coloca en las goteras de Comayagua, donde inhàbil para emprender una lucha noble y civilizada, cércala en sitio cruel é inhumano.

La lucha es desigual, porque inerme y desmantelada la vieja capital, no cuenta con mayores medios de defensa y, no obstante, la resistencia es tanto más heróica y tenaz, cuanto más saña se pone para rendirla.

Críticas y amargas son las circunstancias para los sitiados; pero, ni el incendio que se propaga; ni el hambre y la sed que se prolongan; ni las ventajas que insolentan al enemigo, son suficientes a hacer cambiar la imperturbable serenidad de Herrera que, incorruptible en sus virtudes republicanas, no cede ni capitula ante la fuerza que en vano trata de impedirle el derecho de legítima defensa.

Hay también en la plaza una fuerza invencible, un hálito de heroísmo que sopla y aviva el valor de los sitiados y que, como un nuevo Héctor en su Proya, va y viene y acomete por doquiera: es Morazán que se inicia en las batallas, haciéndose alma y centro de aquella resistencia heroica, que sin miedos ni temblores a la muerte, combate y aparece en uno y otro punto de peligro, infundiendo con su ejemplo nuevo ardor a sus soldados. Embriagado con el humo de sus primeros combates, aquel genio de la plaza que resiste y acomete a pesar de la crueldad de los contrarios, audaz y temerario en sus ardores juveniles, después de combatir cara a cara al enemigo en el recinto de las casas y las calles, hace salidas atrevidas sin cuidarse de peligros, ya para combatirlos fuera de los muros, o para llegar a los poblados en busca de víveres, para volver con ellos a salvar en parte las crecientes necesidades de la plaza que, según sus propias palabras, muchas veces era mayor la sangre que se derramaba, que el agua que se podía tomar del río, defendido por los contrarios.

Comprendiendo el enemigo que Morazán era el anatemural y el alma de aquella resistencia, vuélvense a él sus iras, y dase por blanco de todos los fusiles aquella cabeza que, aureolada por la lucha, parecía como un sol de libertad, fulgente y radioso en medio de las nubes de humo del incendio y del combate, que aún se prolongaba a pesar de todas las ventajas obtenidas por los asaltantes, que aumentaban en número con los contingentes que llegaban de Olancho, Omoa, Opoteca, Yojoa y otros puntos.

Por fin el héroe, rompiendo por última vez el cerco de enemigos, sale rumbo a Tegucigalpa, en demanda de un pronto y eficaz auxilio para los sitiados. Acompañándolo en su marcha los Coroneles Díaz y Márquez y, tan pronto la ciudad de Tegucigalpa siente los pasos de sus hijos denodados que van en reclamo de su auxilio, trescientos voluntarios se ponen bajo sus órdenes, los que sin pérdida de tiempo marchan sobre Comayagua a paso precipitado, salvando con pasmosa rapidez las alturas de Protección y Támara. Pero apenas aquella columna de valientes desciende al valle, Morazán y sus compañeros tienen oportuno aviso de que serian atacados, por lo que cambiando de plan, dirigiéronse con sus trescientos a la hacienda de la Maradiaga. De allí, para descubrir los planes é intenciones del enemigo enviaron

una pequeña fuerza de observación al mando del Capitán Felipe Peña, quien, situándose en la villa de la Paz, vigila sus movimientos; pero siendo a su vez observado por aquel, fué sorprendido y atacado por cuatrocientos hombres que lo derrotaron, después de una resistencia valerosa.

Peña, al replegarse con los suyos a la Maradiaga, pone sobre aviso a sus jefes quienes previendo un nuevo e inmediato ataque, preparan a la defensa, haciendo parapetar a todos sus soldados tras los cercos de la hacienda.

La previsión y el talento militar que se iniciaba en Morazán, evitóles por estas medidas una desastrosa derrota envuelta en la sorpresa que el enemigo envalentonado trataba de llevarles. No bien se habían tomado esas medidas de defensa, cuando los cuatrocientos hombres comandados por Hernández y Rosa Medina, desplegados en guerrilla y en semicírculo de fuego, iniciaron el asalto con prolongadas y nutridas descargas de fusilería que, contestadas en menos proporción pero con mejor puntería por los defensores del Derecho, dieron en el blanco de tantos pechos enemigos, que acobardados por la inesperada fuerza de rechazo, y la proporción de la sangre derramada, pusieron pies en polvorosa yéndose a refugiarse en vergonzosa fuga a la sombra de los muros de la asediada ciudad de Comayagua.

La fuga que había coincidido, con la terminación del parque de los victoriosos, impidió fatalmente a Morazán a completar su primera victoria, dando alcance a los fugitivos, para impedir así, no sólo la incorporación de éstas a las demás fuerzas sitiadoras, sino evitar también la apremiante rendición de la plaza, que aún se sostenía alimentada con la esperanza de un pronto y oportuno auxilio.

La suerte estuvo por esta vez de parte de los incendiarios y primeros violadores de la armonía y fraternidad centro-americana. Mientras Morazán volaba con los suyos a Tegucigalpa en demanda de nuevos elementos y con la esperanza de encontrar el refuerzo enviado por el Gobierno salvadoreño, los defensores de la plaza, desalentados ya por la prolongada espera y, acosados por la sed, el hambre y el fuego del incendio y de los combates, cedieron al fin, obligándose a una dura rendición en que todo se sacrificaba al insolente vencedor, debido a la pérdida traición del Comandante de la plaza, el español Antonio Hernández.

Como fecha de luto y de dolor para Centro-América, debe ser marcado en el calendario de sus martirologios, el 10 de Mayo de 1827, día en que después de una gloriosa resistencia, es rendida por fin la ciudad capital de Honduras, que defendida apenas por un grupo de hondureños y leoneses, vese tras el incendio de sus mejores edificios que se desploman, como la imagen de los derechos y libertades que decaen, entregársela al saqueo y al ultraje de las huestes que Arce, en su demencia de apóstata sombrío, mandara al Estado que había jurado amparar bajo el escudo del pabellón federal de Centro-América.

Cuando las densas columnas de humo ennegrecido, como las entrañas de sus incendiarios, denunciaban a la vista de la Patria conmovida la suerte ingrata que le cupo a Comayagua, algo insólito y ultrajante a la dignidad y a la justicia de los pueblos, puso en dolorosa espectación el alma de los libres que, de sorpresa en sorpresa, miraban sobrecogidos de indignación las insolencias inauditas del Ejecutivo Federal, vendido a las maquinaciones del bando recalcitrante que, trabajaba por llevarlo a romper con la Federación: Don Dionisio de Herrera, después de ser ultrajado en sus derechos, fué cruelmente castigado por la integérrima y estoica serenidad con que supo afrontar todos los peligros que le rodeaban en su elevada y penosa posesión; llevósele en calidad de reo con afrentosa custodia camino de Guatemala, por un piquete de la misma fuerza que por designios del tirano viniera a profanar el suelo que gobernaba. Las ásperas y dilatadas alturas de la Paz Intibucá, Copán y las dilatadas llanuras del Oriente de Guatemala, vieron pasar entre tormentos y humillaciones al preclaro hombre de Estado, que sin otro crimen que sus grandes virtudes cívicas, se le hacía andar bajo las bayonetas enemigas que le escoltan más de cien leguas, distancia que separa a la ciudad capital de Honduras de la entonces capital de Centro-América. Allí, Arce, para mayor afrenta y vergüenza de la época le hizo guardar prisión en su propia y fatídica morada, constituyéndose así, en su ignominioso verdugo y voluntario carcelero.

**El Salvador que es el primero en comprender la misión del héroe, declárase su aliado, y con su auxilio y con sus pocos hondureños y nicaragüenses, Morazán alcanza su primer victoria en La Trinidad.**

**E**L hermano Estado de El Salvador, que como el varón de la familia centro-americana, no vió nunca con buenos ojos la intromisión del Gobierno usurpador de Arce en los asuntos interiores de cada Estado, antes que tolerar el ultraje inferido a Honduras y a Guatemala, anticipóse en Marzo del 27 a invadir a este último Estado, tanto para reponer a sus legítimas autoridades, como para operar un cambio en el Gobierno Federal. Pero Arce, saliendo al encuentro de aquella fuerza expedicionaria la derrotó en los campos de Arrazola y, no satisfecho con el triunfo, encaminóse en son de represalia a la propia capital de El Salvador, para emplear sin duda, los mismos procedimientos que tuvo para Honduras. Pero el 18 de Mayo, fecha en que se colocó al son de sus tambores a las puertas de aquella capital por el lado de Milingo, no tuvo para sus designios destructores el mismo resultado que ocho días antes obtuviera con sus huestes en la capital de Honduras; allí, antes que vencedor, salió con el resto de sus tropas derrotadas en precipitada fuga hacia la capital de Centro América.

Mediando tales antecedentes y, como una demostración sincera y elocuente, no era extraño a la democracia herida en sus principios, acreditar con hechos, la alianza fraterna y defensiva que existía entre los Estados de El Salvador y Honduras, para acabar con la ultrajante situación en que se encontraba Centro-América, bajo el Gobierno de la reacción servilicida, que alimentada por Casaus, Pavón, Irías, los Aycinena y otras almas conventuales, tratábase de extenderla por todas las Secciones de la Patria.

Aunque a marchas forzadas, llegó por fin a Honduras el primer contingente de fuerzas salvadoreñas; pero su número no era suficiente para volver las cosas a su orden. El jefe que comandaba estas fuerzas auxiliares, optó por una retirada a discreción, dirigiéndose con tal

final Estado de Nicaragua. Morazán, Díaz, Márquez y Gutiérrez que habían ido a su encuentro para volar con ella a socorrer a Comayagua, no les quedaba, a su pesar, otro recurso, que seguir con aquella fuerza en su pasiva y silenciosa retirada. Pero acontecimientos imprevistos hicieron cambiar de resolución a los jefes mencionados, separándose del Jefe salvadoreño en Choluteca.

Morazán, en cuyo pecho de cruzado caballero no cupieron nunca las ideas de perfidia, solicitó de Milla garantías para retornar al seno de su familia al pueblo de Ojojona. Este, con velados propósitos dió favorable acogida a su franca solicitud, enviando con el mismo portador el pasaporte de quién, diez horas después de llegar al pueblo indicado, era reducido a prisión por el Teniente Landaverri, quién por órden de Anguiano, Comandante de Tegucigalpa y con instrucciones de Milla, fué conducido a dicha ciudad.

Veinte y dos días de doloroso y amargo cautiverio, no fueron con sus penas y rigores, suficientes a debilitar el ánimo de quién sabía fortalecer sus ideales y templar su acerado carácter en la fragua de sus propios infortunios; y, apenas si reflexionando en la crueldad y la perfidia, pudo exclamar con acento resignado esta frase lapidaria: "Aunque tarde, conozco lo poco que debe confiarse en los que defienden una mala causa."

Aquella àguila aprisionada, no hacía sino acrecentar la potencia de sus alas, pues pronto salvaría en nuevo y atrevido vuelo las extensas regiones de la Patria.

Como la persecución siguiera osada y sañuda contra todos aquellos que alimentaran sus mismos sueños de libertad, ni la misma ingrata enfermedad que lo postrara de modo intermitente, pudo ya cortar el ímpetu de sus alas que reclamaban con febricitante anhelo el azulado espacio. Así fue que, burlando la propia confianza que se tuviera en su manifiesta enfermedad, que lo acercaba más a las puertas de la tumba, que a los fueros de la libertad que proclamaba; salvó las riberas del Rio Grande que separa a Tegucigalpa de Comayagüela, y, de allí, como un heraldo que anunciara la buena nueva, buscando la salud y salvación de la Patria vuela rumbo a San Miguel, pasando por la Unión, y luego llega a León de Nicaragua en busca de auxilio, para reconquistar con ellos los derechos y libertades de Centro-América.

El Estado de Nicaragua que se debatía en estériles contiendas, originadas por el desacuerdo que prevalecía entre el Jefe y el Vice-jefe, no pudo oír de pronto la demanda de honor y de justicia que le hiciera Morazán. Pero entretanto, la prisión de Ordóñez, ordenada por el Vice-jefe Argüello que lo hizo conducir a León, provocó la violenta revolución que trajo como consecuencia la caída del segundo y la inmediata y eficaz ayuda que se acordara a Morazán, quien se encontraba allí en los precisos momentos de ese desenlace providencial, que devolvió la paz a Nicaragua y el honor a Centro-América.

Ciento treinta y cinco, entre jefes y oficiales, era el número de tropa entusiasta y aguerrida con que Morazán volvía de Nicaragua. Su visión, su alta y clara visión, parecía ver aumentadas sus fuerzas tan pronto como tocara en tierra de Honduras, donde la persecución y los ultrajes de que eran objeto sus hijos, hacían llegar a éstos en busca de su prestigiosa y avasalladora figura que, como la imagen del salvador de sus libertades, los llamaba de nuevo a la contienda que debería decidir del duelo formidable entre los que pugnaban por volvernos a las sombras, y los que sobrepasando a la misma época, trataban de cimentar la grandeza de la Patria sobre el sólido baluarte de su eterna unión.

La ilusión forjada al calor del entusiasmo tornóse en hermosa realidad, al no más llegar a la plaza de Choluteca: allí, a esa plaza de tradiciones bélicas, como si fuesen a converger con sus ideales, llegan al par que las columnas de voluntarios hondureños, el segundo contingente de hombres debidamente equipados que manda El Salvador, los que agregados a sus primeras columnas de nicaragüenses, completaron su primera división centro-americanista.

Toda espera era inútil para quien la palabra *demostrar* no cabía en sus nuevos decálogos de guerra y por eso, antes que retardar la marcha, púsose al frente de su improvisada división, que como fascinada por tanta juventud, tanta intrepidez y gallardía, le siguió como la estela sigue al buque que surcando el ancho seno de los mares, va impetérro rompiendo la furia de sus olas agitadas, para llegar al fin, audaz y vencedor al puerto señalado.

Es al Sur de Honduras, sobre las ásperas sinuosidades de las serranías de sus costas, que va a librarse la primera gran batalla.

Debía de ser al miraje de esos amplios y dilatados horizontes, donde las raras perspectivas del bello golfo de Fonseca con sus cambiantes tonalidades, que el àguila caudal centro-americana habría de iniciar sus célebres victorias, desconcertando con sus rápidas evoluciones la tàctica viciada del enemigo. Este, ignorando la intuición genial del que ha nacido para vencer, se acercaba como otras veces con el ciego instinto de las fieras que, sin premeditar el golpe se lanzan con la sola idea de devorar, para saciar sus apetitos de brutos carniceros.

Las fuerzas enemigas, después de operar contra El Salvador, que se había declarado en abierta rebelión contra los centralistas, volvían nuevamente sobre Honduras, para evitar que Morazàn fuése allí a salvar con el peso de su espada la naciente Federación Centro-americana, haciendo respetar los derechos de los Estados.

Milla, que era quien comandaba tales fuerzas, sentía aún el desvanecimiento que le diera el triunfo que alcanzó sobre Zepeda en la sangrienta batalla de Sàbanagrande, el 28 de Septiembre de aquel año, cuando éste por su parte venía a socorrer a Honduras. No creía que tan pronto la suerte le volviese las espaldas, ya que como traidor al suelo que le vió nacer, no esperaba que el joven guerrero, surgido de sus propias montañas, después de combatirle en Comayagua y la Maradiaga, burlando su prisión saliese nuevamente a su paso, para poner término a sus negros intentos de avasallar a pueblos nacidos para la libertad.

¿Dónde estaba el punto inicial de la batalla?

Muy pronto Morazàn, con su mirada de àguila, habría de percibir el rastreo sordo y confuso del enemigo que en vano trataba de sorprenderle.

El héroe en marcha, detiene un momento el paso de su ejército. Había descubierto ya el sitio preciso en que el enemigo le acechaba: las vertientes y la pequeña altura de «La Trinidad», que se levanta hacia el Noroeste del valle de su nombre, en jurisdicción de Sàbanagrande, estaban ya ocupadas y debidamente atrincheradas por las tropas de Milla. El riachuelo de Cicitara que lo circunda por el Norte y el Oeste, parecía marcar con su curso apacible y silencioso el sitio memorable, donde no tardaría en oírse el estallido del cañón y el tronar de los fusiles.

La mañana era espléndida y, los 375 bisoños de Morazán, tenían a su frente a 1000 soldados federales, es decir, en una proporción de uno contra tres, más que contener la acometida la superioridad y ventajas del enemigo, parecían reduplicar aquel esfuerzo de vencer en la primera memorable batalla y, así fué que, como una primera cacería de cachorros que desconocen todo peligro de muerte, lanzáronse sin vacilar un momento sobre la vanguardia enemiga, a la voz del jefe que les guiaba. El cañón rugió y bomitó el plomo de sus cóleras sobre los distintos puntos en que la artillería de Milla creyo ver reservas y puntos de apoyo de las fuerzas de Morazán: fué un engaño; éste, falto de artillería, no quería ni deseaba entretener el duelo a la distancia. Lanzó a los suyos en pos de sus pasos que parecían llevar la férrea voluntad de avanzar y avanzar, hasta atacar muy de cerca a los contrarios que en vano lanzaban sus proyectiles a puntos más lejanos. Así fué que, sin haber malogrado los cartuchos de su fusilería, ésta sólo funcionó en el momento más preciso, haciéndolo con tan certera puntería que, Milla creyó verse atacado por un ejército formidable. Pero tan cerca, y empeñado así el combate, Morazán comprendió que al cesar el fuego que terminaría por su parte, por no ser muy abundantes sus elementos, se vería ocupado por el número, y, antes que el enemigo volviendo de su asombro tomase la ofensiva, mandó a dar el toque de degüello, a cuyo sangriento y bélico sonido, sus bravos batallones se lanzaron como una tempestad incontenible sobre el cerro de la Trinidad, que tomaron por asalto.

Como de un árbol sacudido por una fuerza misteriosa, rodaron de aquella altura los heridos y muertos del enemigo, por uno y otro lado, quien ante aquel efecto desastroso e inesperado, salió en precipitada fuga, dejando con sus despojos la mayor parte de la artillería y demás elementos bélicos.

Y, el gran predestinado para llevar a cabo la más trascendental revolución política y social habida en Centro-América, no imprime con el triunfo ninguna desviación a sus ideales que, más vigorizados con el frescor de los laureles cortados a su paso de vencedor en los campos de La Trinidad, inspíranle al momento de caer sobre sus sienes la triple concepción de su destino: primero, volver a Honduras y a Guatemala sus legítimas autoridades destituidas por un Gobierno de trai-

ción; después volar a El Salvador que sufría los rigores de una nueva invasión y, tercero, restablecer el imperio de la ley y el honor nacional en todo Centro-América, llevando sobre todo, como alta finalidad de sus épicas campañas el hacer eterna e indivisible la unión de sus Estados.

Sólo bajo esa triple y salvadora determinación, puede concebirse la pasmosa rapidez con que el héroe se sitúa en la altiva Tegucigalpa, el propio 12 de Noviembre, es decir, un día después de la victoria de «La Trinidad.»

---



---

 IV

**Morazán como Jefe del Ejecutivo hondureño reorganiza el Estado, restableciéndolo en sus derechos y libertades para volver precipitadamente a El Salvador y alcanzar sobre Domínguez la memorable victoria de Gualcho**

---

**M**ORAZÁN, para cumplir el primero de sus planes y, antes de partir a Comayagua, hace un reparto previsor y proporcional de las fuerzas que comanda: envía 200 hombres al mando del coronel Díaz, para guardar la plaza de San Pedro Sula, desde donde debe amenazar al enemigo que se había fortificado en el Castillo de Omoa; 200, a las órdenes del Coronel Pacheco, con la doble misión de pacificar el departamento de Gracias, y luego proseguir hacia San Salvador, que, sufriendo los rigores de un prolongado sitio, estaba amenazado a caer bajo el furor de las fuerzas centralistas; y, él acompañándose de Osejo, pasó con el resto de su ejército a ocupar la capital de Honduras.

Apenas estuvo allí, y sin darse punto de reposo, reúne el consejo de Gobierno, quien a falta de Jefe y Vice-jefe y en concepto de ser Morazán su Presidente, se le encarga del poder Ejecutivo del Estado, nombrándose Vice-jefe del mismo a don Diego Vigil.

Zelaya y Bustamente, sombras tristes y fugaces de un poder que no ejercieron, disípanse como nieblas al no más recibir los primeros resplandores de la espada

de Morazán que se acercaba. Pero Milla, antes de quedar vencido en la encañada de La Trinidad, al amparo de estas sombras a quienes encomendó el poder de Honduras, había lapidado sus rentas y dispuesto a su capricho de las fuerzas del Estado, dejando como consecuencia de esta explotación inicua, al ultrajado pueblo hondureño en la más precaria de las situaciones.

Como un sol esplendoroso que liquida con sus rayos bienhechores las nieves inclementes que han dejado desolada el alma de la tierra, despertándola con su luz y su calor a una nueva primavera, tal así el talento organizador de Morazán y sus prestigios de estadista esclarecido, pronto dieron con su aliento de reformas una nueva vida a estas tierras de su amor y sus entrañas.

Con la presteza que requerían los magnos acontecimientos que le esperaban, todo fué organizado conforme se lo permitieron las circunstancias apremiantes de la época; y, después de devolver la paz y el orden constitucional a Honduras, levanta y organiza las milicias para volar en socorro de El Salvador, y luego salvar el Paz, para ir a caer después sobre Guatemala.

Mientras tanto, el Ejecutivo Federal enterado del desastre de sus armas en los campos de La Trinidad, ordena al Coronel Domínguez salga al encuentro de las primeras fuerzas auxiliares de Honduras que iban rumbo a El Salvador, que por desgracia fueron derrotadas en la batalla de Quelepa, el 13 de Abril de 1828.

Esta victoria hizo a Domínguez dueño absoluto del departamento de San Miguel, donde como un sátrapa oriental cometió toda clase de excesos.

Se ruboriza nuestra Historia al consignar en sus páginas el horroroso crimen del que fué víctima el General Merino, quien habiendo dejado de servir en el ejército activo de El Salvador, se alejaba de aquel Estado para partir a su Patria el Ecuador, a bordo del bergantín Capolicán, surto en la bahía de la Unión. No obstante la sombra del pabellón chileno, que lo amparaba, fué extraído contra todo derecho del seno de aquella nave, conduciéndosele con violencia a la plaza de San Miguel, donde sin forma ninguna se le fusiló de modo ignominioso y criminal.

La aglomeración de tanto crimen pesaba ya mucho en la conciencia nacional y, Morazán, sintiendo más que nunca la indignación de sus santas rebeldías, no soporta ya más la prolongación de tanta infamia que

cubre de vergüenza el suelo de la Patria; y, llevándolo en la grandeza de su alma, la grandeza de esa Patria que idolatra, resigna el mando supremo de El Estado en el Vice-jefe Vigil, para proseguirla más épica y gloriosa de las cruzadas militares, que hayan tenido lugar en Centro-América.

Para reforzar sus nuevas falanjes de cruzados voluntarios y combinar mejor sus movimientos estratégicos, sitúase en el pueblo de Texiguat, donde establece su Cuartel General.

Pronto sus columnas se vieron aumentadas con la agregación de la que fué derrotada en Quelepa y la presentación espontánea de los texiguats, esos indios admirables por su valor y su constancia, que después siguieron a su jefe idolatrado en todas sus campañas por el Istmo.

Madurados ya sus planes dirigióse Morazán a Choluteca, donde con una fuerza regular, preparóse a marchar sobre El Salvador el 4 de Junio de 1828.

Ya está el héroe en su corcel de guerra en actitud heráldica y, como si su aliento formidable fué alimentado por el fuego del Izalco que le llama y le fascina, salva de pronto la distancia y, seguido de su división Centro-Americanista colócase en el suelo del coloso, que ruge a su llegada con temblores de alegría, iluminando a nuestras costas como un inmenso faro natural.

Domínguez, que intentó varias veces entorpecer la marcha a Morazán, nunca se atrevió a salirle al paso y atacarlo, hasta que, éste burlando sus movimientos que tendían a evitar la pasada del Lempa, fué a situarse al pueblo de Lolotique, lugar dominante y estratégico, tanto para observar los movimientos de aquel, como para proteger la llegada de la falange salvadoreña que avanzaba por aquella dirección a reforzar su marcha.

Desconcertado Domínguez por la rapidez de aquel avance, más no desalentado por la superioridad numérica de sus armas, situóse con todo el grueso de su ejército en las no menos ventajosas posiciones de Chinameca, desde cuyas alturas dominantes queda esperando el momento oportuno para caer con un golpe aplastante sobre aquel enemigo que le desvela.

Una legua escasa separaba a ambos combatientes, y sus avanzadas no dejaban de tirotarse. Soldados de la libertad que suben por estrechos y ríspidos senderos, para vigilar y evitar sorpresas de las avanzadas

de Domínguez, caen y caen como hojas de simbólico laurel que, cegadas por balas enemigas, venían como a enguinaldar aquel picacho donde se asentaba el águila que, espaciaba su mirada en torno al horizonte, en espera de algo que dilata y le tiene inquieto.

Aunque la tenacidad del enemigo por forzar aquellos desfiladeros fuese también duramente castigada con sus bajas repetidas, no pudo evitarse al fin que, Domínguez, lleno de satisfacción se enterase del número de hombres que acampaban en Lolotique. Al descubrir sus movimientos, pareció respirar lleno de confianza, y no pensó ya, sino en alcanzar el más ruidoso y decisivo de los triunfos, ante la emocionante expectación de muchos curiosos que habían concurrido allí, para presenciar la inevitable derrota de Morazán.

Pero contra lo esperado, y contra la misma impaciencia de los expectadores que deseaban ver pulverizadas aquellas seis centenas de soldados, con cuyo exterminio soñaban ver ahogado en su propia sangre al héroe que los guiaba, la acometida parecía dilatarse en una extraña vacilación, que hacía remar sobre aquellos campos la más profunda de las calmas. Allí, a lo lejos, oíase el rumor del Lempa caudaloso, sordo y reposado a veces; otras, embravecido y tumultuoso; y, era sobre su curso ondulante que el pensamiento de Morazán estaba fijo, deseando ver pasar salva y sin peligro la columna salvadoreña que esperaba.

Por fin, después de once días de emocionante espera, recíbese en el campo de Lolotique la grata comunicación del Coronel Ramírez, anunciando que, a otro día, aún sin contar con la seguridad de las barcas, atravesaría el Lempa a costa de cualquier sacrificio.

Embarazosa y difícil era en verdad la situación que muy a su pesar mantenía Morazán en aquella inquietante espera: por una parte sus anhelos fervorosos por volar cuanto antes a socorrer la plaza de San Salvador sitiada, estaban como entorpecidos por aquella fuerza auxiliar que debía de esperar allí; y, por otra, no desconociendo el peligro que corría aquella pequeña fuerza al ser descubierta o sorprendida por el enemigo, pensaba en salir a su encuentro para salvarla de un desastre.

Nuevo Aquiles en su tienda de campaña, sobrecogido por aquellas circunstancias, Morazán revolvía su agitado pensamiento entre esas dos ideas encontradas.

Pero éste, más generoso y abnegado que el heleno, no quedó allí esperando como aquel que Patroclo su escudero fué solo a combatir muriendo por su causa, sino que, como Ulises, atrevido y esforzado, entregóse en brazos de su audacia y su valor.

La noche del duodécimo día de espera había ya cerrado el imperio de la luz sobre la tierra. Tinieblas, espantosas tinieblas envolvían como un sudario el silencio de ambos campos, iluminados de vez en cuando por la luz de los vivacs o la lumbre fugaz de los relámpagos de una próxima y furiosa tempestad.

Llueve!.....y, la tempestad de la Naturaleza con sus sombras y sus ruidos, parecía propicia a proteger la marcha silenciosa de un ejército entusiasta y aguerrido. Son las doce de la noche; la lluvia ha cesado, y aquellos hombres ateridos por el frío, hacen por desentumecer sus miembros, e incorporados ya, y con el arma al brazo, siguen silenciosos y anhelantes el rumbo señalado por el brillo de una espada, que en ese momento ha recibido el beso de un relámpago, cual si fuese el mismo beso de la gloria: era Morazán que, puesto al frente de sus 600 combatientes, señalaba con su espada rumbo al Occidente, decidido a proteger la llegada del Coronel Ramírez.

Natura como si quisiese no distanciar ya más el campo en que habría de librarse la trascendental batalla, desátase de nuevo en furioso y terrible vendaval, vomitando sus aguas a torrentes y preñando aquellas soledades de relámpagos y truenos.

Imposible era continuar aquella marcha entorpecida por el fango, los torrentes precipitados y la lluvia pertinaz que, monótona y terrible caía sobre los sufridos y valientes soldados que, ora resbalando aquí, para caer y levantarse más allá. A la rápida lumbre de relámpagos que se sucedían, vióse de pronto la mole de unos edificios que se alzaban en medio de aquella soledad.

Dase la voz de alto: «¡Alto!»; señalaseles después un rumbo y, aquellos batallones dirígense en silencio al edificio principal: era la hacienda de Gualcho, que recibía en su seno al gran paladín de la Democracia, seguido de sus seis centenas de cachorros.

El enemigo que también velaba aquella noche de tempestad, había descubierto a la lumbre de los rayos todos los movimientos de Morazán; siguióle en su mar.

cha por el flanco izquierdo, aparente para expiarle, sin ser a su vez expiado.

Por las mismas penosas circunstancias indicadas, aquel también detuvo su marcha cautelosa a una legua distante de aquella hacienda, cuya posición era la siguiente: en medio a la llanura accidentada las casas de la hacienda; a la izquierda, al lado en que el enemigo pernoctaba, las sinuosas cerranías que, como un espolón apartado del conjunto, dejaban levantarse solitaria una colina que, a más de 200 pies se elevaba sobre los terrenos de la hacienda; por la derecha un abismo prolongado, en cuyo fondo oíase el rumor del torrente acrecido por las lluvias; hacia atrás y adelante quedaban las únicas rutas abiertas, de marcha o contra marcha.

Tal era el teatro sobre el cual habría de librarse la más fecunda y trascendental de las campañas nacionales.

Dormir y descansar era imposible en aquella situación, en que aún no se sabía ni la marcha del enemigo ni su posición. A las tres de la mañana, hora en que al fin cesó la lluvia, Morazán hizo escalar a dos de sus compañías de cazadores la cima que muy cerca de la hacienda se elevaba, mandándoles vigilar mucho por el lado izquierdo, en razón de ser el único lugar por donde el enemigo podía presentarse.

Una pálida aurora, velada aún por los vapores de la lluvia, vino a desgarrar con la suavidad de sus fulgores las ya desvanecidas sombras de la noche.

Y, allí, los cazadores apostados en la cima que guardaban, sintiendo por fin bañadas sus pupilas por la primera luz de la mañana que avanzaba esplendorosa, pusiéronse a escudriñar aquellas soledades.....Atento el oído, y fija la mirada allá sobre las vaguedades del horizonte, aquel grupo de valientes parecía dar la postrer mirada sobre la belleza indescriptible de aquel cuadro matutino, donde, ellos, grandiosos y esforzados, servían de antemural al resto de patriotas. A esa hora, y en el fondo de ese bello panorama de la espléndida naturaleza centro-americana, ese grupo así apostado, era como una ofrenda de inmortalidad y sacrificio que la Patria demandaba. Afianzados en sus lanzas y en actitud de acometer, aquellos gloriosos cazadores parecían en su fingida rigidez a esos crestones bravíos de cortes caprichosos que serpean y coronan algunas cimas de los Andes. Eran la vida inmóvil, suspensa sobre esas cimas, por cuyos flancos no tardarían en descender

como un torrente precipitado que va a explayarse a la llanura.

A eso de las cinco, adustos y discretos, van pasando del uno al otro, hasta llegar al último, y de éste al jefe, por conducto expreso, esta voz de alerta:

—«El enemigo al frente. Por este lado».

Pocos minutos después, el General en Jefe hace avanzar un grupo de exploradores para que, internándose sigilosos por entre las desigualdades del terreno, descubra la verdadera posición del enemigo. Pronto éstos dan el aviso que aquel se hallaba a tiro de cañón de las dos compañías de cazadores.

Todas las ventajas estaban de parte de Domínguez, quien con triple número de fuerzas, esperaba hacer de aquel campo un verdadero callejón sin salida, donde arrollaría sin piedad a los aliados sobre aquel perímetro cerrado a la derecha y a la izquierda.

Difícil en verdad era la situación de Morazán. «Retroceder, dice él, no podría, porque una retirada con tropas que no son veteranas, tiene peores consecuencias que una derrota, sin la gloria de haber peleado con honor.

Avanzar?, tampoco, porque teniendo que atravesar la llanura abierta y dilatada, sin ninguna cortina de defensa, sus fuerzas serían el blanco seguro del enemigo que les seguiría a la descubierta; y, ¿esperar?.....aceptar el reto dentro de aquella hacienda con todas sus desventajas, era más que la muerte, el suicidio de sus tropas que, tomadas allí a tiro de pistola desde aquella altura, de donde no tardarían en ser lanzados los bravos cazadores que la guardaban, no quedándoles más recurso que escapar tal vez heridos hacia el borde de la quebrada inaccesible, precipitarse a ella, y caer como suicidas voluntarios en su fondo, donde al empuje de sus aguas turbulentas y acrecidas, rodarían sus cadáveres envueltos en el cendal de sus espumas.

Pero para quien, según la gráfica expresión de Alvaro Contreras, «tenía escrito el arte de la guerra en el libro invisible de su genio, que reveló sus páginas al mundo en constantes y maravillosas intuiciones», no se arredró, y supo con la rapidez del rayo, concebir y ejecutar de un sólo golpe de vista lo que su genio portentoso le inspiró. Y aquí cabe decir con el poeta:

«Pues le bastaba un grupo de soldados para robarle un lauro a la victoria, ya que el anuncio de los faustos días vibraba en sus oídos inspirados como un grito de lucha ardiendo en gloria».

Calculando con matemática precisión el tiempo que sus fuerzas emplearían para salvar la distancia que había entre el edificio principal y la altura defendida hasta entonces por las dos compañías de cazadores, mandó a éstos que, a paso de carga descendiesen de la altura, para que como un torrente desbordado y tumultuoso, fuesen a chocar a la llanura contra el enemigo que avanzaba irresistible.

Admirable fué el cálculo de aquel genio de la guerra, y admirable fué también la precisión y disciplina de aquellos 75 cazadores inmortales, que chocando con furia inusitada contra las compactas columnas enemigas, daban y recibían la muerte, mientras Morazán, seguido de otros valientes legionarios salvaba la distancia y escalaba ya por estrechas sendas la cima que muy pronto habría de disputarse.

Así principiaba la batalla!

Aquel tremendo choque de uno contra veinte, fué como el rebote de aguas que al mezclarse producen al par que el trueno de sus cóleras que estallan, la hirviente espuma de sus masas que al deshacerse saturan el ambiente de esos vapores sulfurosos, que son como el aliento del infierno. Y, allí era el humo de la pólvora, el choque y estallido de las armas y el rodar de los cadáveres empapados en su sangre, los que daban aquel aliento de muerte y destrucción.

Desproporcionado y trágico fué aquel primer empuje sobrehumano donde, sobre el fragor de la batalla que se inicia, vése cumplido el fin de aquel glorioso y fecundo sacrificio, que contuvo durante un cuarto de hora el avance general del enemigo, que tenía por contada la victoria.

Y, cuando la muerte con su ceguera, rompió al fin aquella resistencia heroica, haciendo prevalecer al número, ¿qué vacilación extraña contuvo el avance general del enemigo que se creía victorioso?

Aquella detención involuntaria del coraje suspenso ante la muerte, no era sino la secreta admiración al heroísmo, representado allí por aquella línea de cadàve-

res, que el enemigo no se atrevió a hollar; sin antes rendirle el culto de sus armas vencedoras!

Después.....cuando pasado aquel momento de emoción, el combate se hacía general tocando a las cuatro alas del ejército, uno como golpe de eléctrica conmoción sacudió en todas sus líneas a los otros batallones que estaban en espera; y, ¡oh admirable emulación del heroísmo!.....Ante aquel ejemplo de trágica y sublime abnegación, todos los batallones que estaban en línea de batalla se lanzaron a la lucha con igual ímpetu y coraje que sus émulos.

Fiera y porfiada la lucha prosiguió, llenando de acentos bélicos toda la extensión del campo, en el que palmo a palmo se disputaban la victoria en uno y otro bando.

De improviso, a un golpe de tenaz porfía, el enemigo logró romper el ala derecha del ejército centro-americanista, capturando la artillería ligera que la apoyaba, y obligándola a replegarse en un movimiento de derrota que, creyéndola general, avanzaba y avanzaba lleno de coraje de valor. Pero como si este retroceso no fué sino un movimiento voluptuoso para sentir mejor la fruición de la victoria más completa, aquel genio que dirigía la batalla, al recibir sobre sí la caricia fugitiva de aquella ala herida y maltratada de su ejército, da la salvadora voz de ataque a su reserva que, al oírle, estremecido de entusiasmo, lanzóse fuerte y denodada sobre aquella masa de hombres que se sabía victoriosa.

Ruda y audaz la acometida, el enemigo deshecho y vencido por aquel lado, fué llevado en retroceso a su punto de partida, dejando en la carrera sus cadáveres y heridos, armas y pertrechos, y las piezas de artillería que un momento antes había capturado.

Restablecida así la primitiva línea de batalla y, antes que Domínguez pudiese volver de su sorpresa al ver deshecha el ala derecha de su ejército, Morazán, sin detenerse a contemplar los despojos, rápido como el rayo, cae sin perder un minuto sobre las otras alas y, arrolla de un sólo golpe el centro y el flanco izquierdo del enemigo que, acobardado y sin aliento para poder resistir ya más aquel empuje formidable, cede, vuelve las espaldas y dispérsase fugitivo por todos aquellos campos, donde al par que oye el ruido sordo de sus armas en derrota, oye también el eco de tambores y cla-

rines que dan al viento en uno y otro flanco las dianas de victoria, que contra lo esperado alcanzara Morazán.

La fuerza auxiliar de El Salvador, que pudo haber equilibrado en parte, la inferioridad numérica del ejército aliado, por más que quizo abreviar la marcha al oír el ruido de la acción, para tomar parte en ella, no pudo sino llegar a tiempo de perseguir a los dispersos y presentar sus armas en homenaje de admiración al gran paladín de la Democracia Centro-americana, que supo acreditar con la victoria alcanzada en Gualcho, la profundidad sentenciosa de sus máximas de guerra, cuando dijo: Domínguez pudo muy bien contar nuestros soldados; pero pronto conoció por una costosa experiencia, que no es dado calcular a un jefe mercenario el valor de hombres que defienden su Patria y sus hogares.»

Y los lebreles de la envidia que concurren allí para forzar la victoria con sus ahullidos, no tuvieron ni tiempo ni valor para seguir a los suyos en la fuga, quedando prisioneros de aquellos que habían contado por su número, más no por su táctica y su valor.

Radiosa y esplendente aureola de prestigios merecidos vino a cubrir de nuevo la frente de Morazán en la memorable victoria de Gualcho, alcanzada con tanta desventaja en la espléndida mañana del 6 de Julio de 1,828.

Encono y duro pesar en unos, entusiasmo y regocijo en otros, tal fué el efecto que produjo en todo Centro-América aquella épica jornada que tocó todas las escalas del heroísmo. El nombre de Morazán, llevado de boca en boca, despertó la admiración y entusiasmo en los cinco Estados de la Patria, haciéndose desde entonces, un símbolo de redención para todos los sedientos de justicia y libertad.

Y ese regocijo de los libres era muy lógico: si Morazán sucumbe en Gualcho, la plaza sitiada de San Salvador caería irremisiblemente y, herido en el corazón aquel Estado, que por aquel entonces era el valuarte de nuestras libertades, con su aniquilamiento, vendría el aniquilamiento general de Centro-América, haciendo prevalecer la imposición del ejecutivo Federal en Honduras y Guatemala, cuyos Gobiernos locales estaban amenazados en el primero y suplantados en el segundo.

Con sobrada razón nuestro poeta que supo entonar

el himno de victoria en la gloriosa batalla de Gualcho, cantaba en su coro:

¡«Columna gloriosa,  
legión de honor,  
la Patria hoy respira  
por nuestro valor!

V

**Tras rápidas contramarchas, y después de vencer a los opo-  
tecas en Honduras, el héroe hace caer de hinojos al Coronel  
Aycinena en el Fundo de San Antonio**

¿QUÉ cuadro es éste?.....

La imaginación se siente como transportada a tiempos más heróicos y a generaciones más puras y abnegadas, llenas de esa aspiración sublime del sacrificio por la Patria.

Grupos compactos de soldados, llenos de cicatrices y harapientos, casi desnudos y maltratados por los combates y las marchas forzadas, toman el sol y contemplan el cielo esplendoroso de la Patria Centro-América, allá en una plaza del Estado de El Salvador a donde acaban de llegar para salvarle.

Todos ellos, valientes, resignados y henchidos de alegría, extienden con el mayor orden y disciplina sus tostadas manos, a otra mano que reparte por igual algo que cae como una bendición sobre tanta abnegación y sacrificio: es Morazán que por su propia mano dà la gratificación merecida a sus valientes y heróicos soldados en la plaza de San Miguel, donde en presencia de jueces y testigos, cumplía con la elocuencia de los hechos la palabra empeñada de premiar y reparar en parte, todas sus privaciones y sacrificios que antecedieron a la gloriosa batalla de Gualcho.

Cumplida esa sagrada promesa, Morazán vuelve sus miradas al Lempa, donde el General Arzú, con una fuerte división trata de atravesarle, para venir a tomar el desquite de su rendición en Mexicanos y de la desastrosa derrota de Domínguez en Gualcho.

Mientras este nuevo empuje de la reacción parecía venir a paso de carga sobre las desnudas y maltratadas tropas centro-americanistas, que apenas habían tenido tiempo de reparar sus fatigas, cubriendo como la premura lo permitía su gloriosa desnudez, los soldados leones que habían venido por propia voluntad, sin pertenecer a ningún Gobierno, después de haber tenido una vida de refriegas en Nicaragua, sintiéndose ya cansados de luchar, pidieron su retiro para pasar a sus hogares, después de haber combatido con intrepidez y valentía al lado del héroe nacional.

No obstante esa determinación, Morazán, con la atractiva persuasión de su palabra, pudo retener entre sus filas a sesenta de estos bravos, y luego se preparó a defender el paso del Lempa para evitar el avance del enemigo, dividiendo para ello sus ya reducidas fuerzas. Pero desgraciadamente, el Teniente Coronel José del Rosario López, comisionado para guardar uno de los pasos, descuidóse, y el enemigo logró su intento, facilitándosele así una marcha a voluntad sobre cualquiera de las plazas de El Salvador.

Morazán, cuya táctica genial no era conocida, prefirió a la oposición estéril en cualquiera de las plazas, atraer mejor al enemigo sobre sus pasos, a manera del león, que sabe dónde y cuándo habrá de caer sobre la jauría que le sigue para despedazarle.

Invadido como estaba el territorio salvadoreño por las fuerzas centralistas, érale difícil a Morazán hacer aumentar allí sus filas y agregando esta dificultad a sus nuevos planes de campaña, decidió salir del Estado de El Salvador y pasar al de Honduras, para organizar allí sus disminuidas fuerzas.

Arzú, tomando aquella preconcebida retirada por una fuga, sigue los talones al héroe y, casi le toca en su retaguardia en las cercanías de Nacaome. Por la vanguardia que había caminado con una precisión admirable, tenía según la previsión del Jefe, ya debidamente fortificada la posesión estratégica de la Venta, ante cuyo inesperado obstáculo, pareció vacilar el enemigo y, recordando que no muy lejos de aquellos sitios estaba el campo de La Trinidad, no se atrevió a seguir el camino de la sierra, y, antes que ascender por sus ondulaciones empinadas, retrocedió de Nacaome hacia El Salvador, para ir a ocupar nuevamente la plaza de San Miguel.

Y no fué bajo la calma y el sosiego que Morazán llegó a desarrollar sus nuevos planes de campaña: apenas bajaba de su corcel de guerra en la ciudad de Tegucigalpa, una nueva y violenta sacudida perturbaba la paz de Honduras. El bando reaccionario no se deba por vencido y, en sus anhelos de revancha, mantenía como minado todo el suelo de Centro-América; vencido en una parte y humillado en otra, sus cabezas dirigentes, aunque separadas de sus centros de acción, movíanse sin cesar tal así como las víboras que, cortadas por el filo del acero, sin extirparles la cabeza, quedan sus partes separadas en continuo movimiento.

Por esta vez, fueron los opotecas quienes inoculados hasta las entrañas por el virus del coloniaje, se revelaban a ver la nueva luz de redención que les había traído la espada de Morazán. Estos y otros tantos prosélitos del obscurantismo, comandados por Rosa Medina, habíanse apoderado de Comayagua.

Pero nuestro héroe, como si las amenazas y peligros fuesen su mejor inspiración, al par que reorganiza sus fuerzas y dispone su contramarcha a El Salvador, envía al Coronel Márquez sobre Comayagua, quien de un solo golpe deshace a los facciosos, capturándoles a la vez que buen número de prisioneros, todos los demás elementos que tenían acumulados para proseguir la campaña en el territorio del Estado.

Jerónimo Zelaya, que soñaba nuevamente con el poder que a medias le había heredado Milla, vió desvanecidas sus locas ilusiones con la derrota de Medina Rosa y, sin atreverse a secundar el movimiento, traspasó las fronteras, y fué a refugiarse a la ciudad de Guatemala, centro y alma de la reacción.

Deshecha ésta y otras facciones, a últimos de Agosto quedaba establecida la paz de Honduras. Tócase nueva llamada al patriotismo y, el primero de Septiembre, una más potente división de Morazánidas estaba completada y lista para la marcha.

El 2 de Septiembre, con los nuevos elementos quitados al enemigo, sale el Coronel Márquez con 400 hombres de Comayagua, rumbo a El Salvador y, ese mismo día Morazán, con una división completa, sale también de Tegucigalpa con el propio destino, uniéndose ambos ejércitos en la ciudad de Goascorán.

Tras la grata comunicación que Morazán daba al Gobierno de El Salvador sobre el vencimiento del ene-

migo en Honduras y su marcha hacia aquel Estado con 1,600 hombres debidamente disciplinados, recibe a su vez en Goascorán la más feliz de las comunicaciones de parte del Jefe salvadoreño, que hizo palpitar de júbilo el corazón del héroe; el Coronel Montúfar que, con una tenacidad digna de otra causa, sitiaba ya días la ciudad de San Salvador, habíase rendido ante el talento militar del General Prem que, ayudado por la estoica y nunca alabada resistencia de los sitiados, quedó convertido aquel, de sitiador en sitiado.

La Historia patria no podía olvidar jamás aquel sitio memorable lleno de las más heroicas acciones de parte de aquel pueblo, que como un león encadenado, luchaba sólo en el recinto de su ciudad querida.

La mujer salvadoreña, esa mujer admirable que tocada de patriotismo es toda abnegación, intrepidez y valentía, sus tres grandes atributos, que unidos al ardor de sus pasiones, hacen de ella la llama que aviva y eleva el valor de los soldados, convertida en intrépida amazona. Ella fue la que, centuplicándose en servicio de la Patria, por aquel entonces, tan pronto preparaba el alimento del soldado, como volaba a llevarle el parque, y, si lo encontraba desfallecido o muerto, reemplazábalo en las trincheras y, tiraba tan bien al enemigo como empujaba y cargaba los cañones, para luego sostener al vacilante, hacer morir feliz al moribundo, o embalsamar la herida con el perfume de sus labios que, ora se movían para rezar ayudándole a bien morir, o ya para lanzar el grito de: ¡Viva la Patria de los libres! ¡Mueran los traidores fementidos!.....

Centro-América debe enorgullecerse al contar con esas heroicas mujeres que algún día, como en aquella época inolvidable, deben salvarla del óprobio, ya empujando o entusiasmando a nuestros soldados para librarla de las garras de la conquista que ya se cierne sobre nuestras cabezas, o alentándonos para defender nuestros derechos y morir por la reintegración de nuestro suelo.

Debido, pues, a esas amazonas del derecho centroamericano, fuertemente escudado por los grandes prestigios de Morazán, cuyo glorioso nombre se invocaba como un signo de salvación, y la pericia militar del General Prem, tan intrépido como valiente, la plaza de San Salvador no cayó por esa vez, a las porfiadas acometidas del contrario.

Vencido así el Coronel Montúfar, solamente quedaba Arzú fuertemente apertrechado en San Miguel, plaza que, al parecer, era favorable a la reacción. Morazán, cuyos propósitos de retorno al Salvador, tenían como mira principal el de dejarlo limpio de enemigos, para volver el orden y la paz a Centro-América, forzó lo más que pudo la marcha, para caer sobre Arzú en la plaza de San Miguel. Pero éste, acobardado por la invariabilidad y precisión de aquella marcha, cuyo bélico rumor dió al traste con el resto de valor que le quedaba, esquivó el golpe y retiróse con su ejército a la Villa de Usulután, con la mira de atravesar el llano de La Pava, tomar el camino de Gracias, y de allí traspasar la frontera de Guatemala, para refugiarse en aquel Estado, donde estaba Arce que la había armado contra el derecho de los pueblos. Morazán, que calculaba esta retirada, imprimió con los recursos de su genio militar, el más admirable movimiento estratégico, viniéndosel a colocar de flanco sobre el llano que trataba de salvar.

El Gobierno Federal, por su parte, viendo en estas esquivances de Arzú los síntomas de una verdadera cobardía y, no deseando ser atacado allá en la propia capital, por aquel que tanto odiaba, hace nuevos esfuerzos y reemplaza en el mando de su ejército al General Arzú, por el Coronel Aycinena, quien con todas las pretensiones de su nobleza criolla, soñaba con vencer en la contienda al águila caudal centro-americana.

Estamos ya en presencia de ese nuevo campo de batalla.

Al pié de la sierra que se eleva gradualmente, están las casas del Fundo de San Antonio; adelante el arroyo, y más allá la llanura abierta con sus variantes y sinuosidades. El arroyo que había que salvar para ganar las alturas, estaba guardado en su margen izquierda por las tropas de Aycinena, quienes detrás de su cortina natural descubrieron a las de Morazán, que asomaba a la llanura. Serían las cuatro de la tarde cuando ambos ejércitos se vieron frente a frente. El que primero ganase las alturas, sería indudablemente el vencedor y, para lograr esta victoria, creyó Aycinena necesario, no sólo impedir el paso del arroyo a los morazánidas, sino llevar la iniciativa, lanzándose el primero a la batalla.

Una descubierta de caballería formaba la vanguardia de los Morazánidas, a la que se arrojó con furia inusitada la del enemigo, que creyó desconcertarla con un

golpe a lo cosaco; pero este furioso arrojó fué repelido con tal ímpetu y coraje por los jinetes de la Libertad que, al volver grupas los contrarios viéronse caer caballos y cadáveres que ensangrentaron e hicieron retemblar la tierra. Detrás de aquella fuga de jinetes acosados, Morazán lanza como un golpe de ola a su infantería, que no sólo rompió el valladar de bayonetas enemigas que impedían el paso del arroyo, sino que, disputando palmo a palmo las alturas al contrario, logró coronarlas, arrojando a éste en fuga precipitada hacia la llanura.

Las sombras de la noche que avanzaban, dieron lugar al enemigo a reconcentrarse a un campo determinado, donde guardándose de todo movimiento imprudente, se puso a deliberar, mientras Morazán ocupó tranquilamente las casas de la hacienda.

Aycinena con los suyos habían comprendido su comprometida situación: en plena derrota, y arrollados como estaban, no les quedaba ni el valor de romper el cerco para la fuga, ni menos comprometerse en nuevo y formal combate con tropas ya del todo desmoralizadas. Apenas el nuevo día se anunció, haciendo más patente la derrota de las armas de Aycinena, y, comprendiendo éste que no podía avanzar ni retroceder a voluntad, propuso a Morazán rendir sus armas a discreción, capitulando con sus fuerzas y dándose él, como prisionero de guerra.

No como Aquiles que rechaza primero impulsivo y fiero los enternecedores ruegos y lamentos del afligido Priamo, para recibir después valiosísimo rescate, sino como su generoso y magnánimo corazón se lo dictara, Morazán, al escuchar de labios de Aycinena la propuesta de rendir sus armas, no pudo menos que aceptar aquella capitulación que, él podía con su triunfo completo y decisivo, hacerla incondicional. Pero cuál no fué la sorpresa del enemigo al ver en su derrota las inesperadas y liberales condiciones en que fué redactada por el propio Morazán aquella capitulación!..... Los que habían convenido en quedar como prisioneros de guerra, se les dejaba en completa libertad para proseguir su marcha rumbo a Guatemala, suministrándoseles el dinero necesario para cubrir el prest del soldado y demás necesidades de los jefes, dejándoseles además cien fusiles con treinta cartuchos cada uno, y concediéndoseles lo demás que pudiesen necesitar.

Entre tanta liberalidad ¿cuál fué la única condición que aquel raro vencedor impuso a sus contrarios?

La única, garantizada con la firma de Aycinena, fué la de no perjudicar en nada a los pueblos de su tránsito.

Pero el que humanizó la guerra en Centro-América, el que nunca selló sus campañas con el exterminio ni usó jamás de represalias con las que le habín jurado guerra a muerte, tuvo como recompensa a tanta generosidad, la amarga decepción de saber que, el enemigo que había sido perdonado, saqueaba a los pueblos del tránsito, cometiendo con exceso de crueldad algunos asesinatos, violando así con la mayor de las impudicias la capitulación que acababan de firmar.

El Gobierno de El Salvador que sufría tales ultrajes, después de comunicar estos atropellos al magnánimo Morazán, castiga y retiene como corresponde a sus derechos a varios de aquellos jefes en la plaza de Ocotepeque.

Sobre tales consideraciones, el nombre y la gloria de Morazán toman mayores proporciones en ese cuarto triunfo alcanzado en San Antonio, donde, al golpe material que vence los ejércitos de un Poder que se besbordea, únese ese golpe moral que, en vez de aniquilar y destruir a sus enemigos con la muerte, Morazán los salva y los sorprende anonadándolos con su perdón, que dice más que todas las derrotas materiales.

Todas las miradas, todas las palpitaciones y todos los generosos anhelos vuélvense hacia aquel punto de la Patria, para contemplar las fulgentes irradiaciones de aquel astro de primera magnitud que, en su avance hacia el cenit de su gloriosa carrera, derramaba torrentes de luz e iba rompiendo las tinieblas de un pasado ignominioso que pugnaba por prevalecer.

Y, había razón para admirar así el avance luminoso de esa gloria nacional, que con sus repetidos triunfos venía acentuando más y más las libertades que hasta ahora se iban conquistando con la sangre y el esfuerzo de los libres. Con el triunfo de San Antonio, no sólo quedaban desbaratadas las absurdas pretensiones de una nobleza criolla, sino que la paz de los Estados de El Salvador y Honduras, al quedar de nuevo restablecida, dejaba al héroe en libertad, para proseguir su gloriosa cruzada de redención en las otras Secciones de la Patria, que aún yacían subyugadas por una reacción desenfrenada.

## VI

**Espléndidas ovaciones a Morazán en El Salvador, y nupcias definitivas de la Gloria con el héroe y el pueblo de su predilección. Nómbrasele General en Jefe del Ejército Aliado. Sitúase en Ahuachapán y de allí salva el Paz, para caer sobre Guatemala**

Hay en El Salvador una como fiebre de entusiasmo que embarga a todos los espíritus y hace palpar bajo un sólo sentimiento a todos los corazones: es la admiración unánime de los hijos de aquella tierra volcánica y ardorosa por el ídolo predilecto de sus glorias, cuyo nombre es invocado y repetido de uno a otro extremo del Estado. Mujeres, ancianos y niños, decíanse: «Viene el héroe de La Trinidad, de Gualcho y San Antonio; viene Morazán, nuestro salvador!»

Los pueblos, sin acertar cuál sería la ruta que llevaría el héroe en su marcha de San Antonio a la capital, todos querían tener el privilegio de verlo pasar por sus avenidas, ya debidamente embellecidas con arcos triunfales que ostentaban en letras de oro aclamaciones de bienvenida; sus calles principales se alfombraban de flores y hojas de laurel, y todas sus casas se engalanaban con cortinas, banderas y gallardetes.

Mientras tanto, Morazán que agradecía en lo más íntimo del alma la sincera y espléndida acogida que le hacía el más intrépido y ardiente de los pueblos de su Patria, trataba por todos los medios a su alcance de evitar en lo posible aquellas grandes demostraciones. Pero no era tan fácil contener aquel desborde de entusiasmo y, en alguna de tantas poblaciones debía de pasar.

Fué Cojutepeque, la ciudad agraciada, donde se le tuvo por espacio de tres días como huésped, antes de pasar con su ejército vencedor a la capital. La población toda, vistió de gala y, nunca jamás sus entusiasmados vecinos hicieron tal derroche de patriótico embeleso como en aquel entonces. La fama y el prestigio de Morazán traían como en procesión interminable a los vecinos de muchos pueblos al seno de la ciudad privilegiada.

Encontrándose allí, recibió Morazán notas urgentes del Gobierno de El Salvador, rogándole precisara la marcha a la capital, donde se le esperaba con manifiesta desesperación.

Al proseguir la marcha, su ejército casi se confundía entre la multitud y los que le salían al paso para ovacionarlo y conocerlo. Hasta Soyapango fueron las comisiones del Gobierno y demás agrupaciones a encontrarle y, desde allí, su gloriosa figura parecía caminar como impelida por una corriente humana que alborozada le llevaba en triunfo hacia la capital que, en su delirante entusiasmo por conocer y recibir al héroe, hizo repetir su alborozo por el eco de las campanas y el estallido de sus cañones, en aquel inolvidable 3 de Octubre de mil ochocientos veinte y ocho, día de su triunfal arribo.

Aquellas demostraciones de entusiasmo que el pueblo y Gobierno de El Salvador hicieron a Morazán, fueron como las nupcias definitivas de la Gloria con el héroe y el pueblo de su predilección.

¡Raras coincidencias del destino!..... Cuando Morazán recibía en la capital salvadoreña la más unánime y cordial de las aclamaciones a su nombre de redentor del pueblo que lo amaba, proclamándole su salvador, no muy lejos de allí, en la ciudad de Santa Ana, encontrábase aislado, triste y abandonado de los suyos el ex-Presidente Arce.

El partido recalcitrante, el partido de los privilegios, cuando creyó agotados los servicios de Arce en el límite de todas las condescendencias, correspondió a sus debilidades y apostasias con la traición y la ingratitud que pusieron término a su Gobierno, arrojándolo del Poder.

El Gobierno salvadoreño que no podía olvidar lo funesto que para la causa de la Libertad había sido Arce, como Presidente de la Federación Centro-Americana, tuvo como no grata su permanencia en el país, y acordó expulsarlo de su territorio, librando la orden respectiva para el cumplimiento del acuerdo, al Jefe Político de Santa Ana, don Manuel Rodríguez.

Morazán, aunque recordaba la conducta del ex-Presidente Arce, cuando como Jefe del Ejecutivo Federal fué perseguido y encarcelado por Milla, conforme a sus instrucciones, siguió como siempre, no los dictados de la política, sino los de su noble corazón, haciendo ver a su perseguidor de ayer: que, para ahorrarse la pena de verlo conducido por la fuerza más allá del Paz, se sirviese anticipar su salida a voluntad, tomando la ruta que mejor le pareciese. Tan generosa como oportuna mediación, en vez de ser agradecida, Arce le anotó des-

pués en sus «Memorias», como una ofensa, no siendo sino un olvido generoso de sus agravios anteriores. La alta y noble idealidad a que estaba consagrada la vida del adalid centro-americano, no era para detenerlo a vengar agravios recibidos, ni menos para adormecerle entre aquel ambiente de apoteosis que por su nombre se elevaba en la bella y altiva Cuscatlàn.

Con la decidida cooperación del jefe salvadoreño, Morazàn principiò pronto la organización y disciplina del nuevo ejército con que había de marchar sobre Guatemala, y, apenas si gastó para tal fin los dos últimos meses del 28.

En Enero del 29, los patriotas antigüeños pronunciabanse a favor de Morazàn, asistiendo a sus juntas revolucionarias las principales autoridades del departamento, y, sus nobles anhelos de libertad llegaron a tal grado a exteriorizarse que, el propio Jefe Político, don Sebastián Morales, pasó a la capital salvadoreña para depositar en manos de Morazàn los pliegos que contenían la declaración solemne de, poner aquel departamento, bajo su amparo o adhesión, desconociéndose en los mismos a las autoridades intrusas, y teniendo únicamente como legítimas a las disueltas el 26.

Con tan claras como elocuentes demostraciones anotadas en un documento público, cuyo portador era la primera autoridad del departamento, Morazàn comprendió la urgencia de la marcha, y así se lo hizo ver al Jefe del Estado, quien a su vez colocándose a la altura que las circunstancias demandaban, dióle todo el auxilio necesario, nombrándosele también por acuerdo Legislativo, General en Jefe del Ejército Centro-Americano.

Sin tiempo que perder, de San Salvador sitúase Morazàn en Ahuachapàn, donde por breves días estableció su Cuartel General. Al revisar sus filas, pudo contar 2,000 combatientes, entre salvadoreños y hondureños, a cuya fuerza unida diósele el nombre de *Ejército Aliado Protector de la Ley*.

Delineada por la intuición genial del héroe, la marcha simultánea de su ejército sobre la entonces capital de Centro América, divídelo en dos columnas de mil hombres, cada una, tomándolo él, el mando de la primera, y confiando el de la otra a su segundo el General Prem, quien tocando en Chiquimula, debería irse a colocar

cerca de la capital, ocupando la hacienda de Aceytuno, mientras él ocuparía el pueblo de Pinula.

Al eco de aquella marcha, cuyo bélico rumor parecía vibrar en ondas de entusiasmo de uno a otro extremo de la Patria, los enemigos incorregibles de su grandeza y unidad, agitábanse en un ir y venir por todos los pueblos de Guatemala, predicándoles por medio de sus frailes y sus monjas, todos los absurdos sobre aquel avance que, como un carro de Ezequiel, parecía dejar abiertos los profundos surcos de la verdad sobre aquellos pueblos fanatizados. El Arzobispo Casaus y la madre Teresa, pusieron en juego todos sus recursos, el uno, vaciando en sus sermones y pastorales todo el odio hacia aquel genio, impregnándolos con anatemas a su nombre, y la otra, haciendo más objetivas e impresionantes sus conferencias con la Divinidad, anunciaba a las conciencias fanatizadas y sumisas, haber visto palmas en el cielo, como emblemas de gloria, que vendrían a aureolar la frente de todos los mártires que se sacrificasen por la religión, que iban a destruir los invasores; y, como si esa persuasión beatífica no bastase para reunir a los combatientes con que se esperaba defender la capital, los intereses y la vida preciosísima de los nobles, se mistificó aún más la propaganda por medio de bandos y decretos, en los que se amenazaba con la muerte y la maldición eterna a todos aquellos que no acudieran a tomar las armas. Pero a pesar de tan variados recursos, solamente 2,000 hombres pudieron levantarse en todo el territorio del Estado, cuya cifra parecía estar equilibrada con la fuerza de invasión.

Domínguez, como si buscase aún el desquite de su desastrosa derrota sufrida en Gualcho, sale al paso del General Prem, situándose con su ejército en la Arada; pero éste, comprendiendo la ventaja estratégica del lugar, logra con su técnica empujarlo más allá de los callejones de Guastatoya, donde aquel intentó una nueva y más violenta resistencia, que fué quebrantada por aquella columna de valientes, logrando Prem colocarse, según el plan prefijado, en la hacienda de Aceytuno, distante una legua de la capital.

Con aquella precisión matemática empleada en las más renombradas campañas de Napoleón, Morazán, también, sin alterar en nada su itinerario de avance sobre la capital de Centro-América, sitúase con sus fuerzas el día señalado en el pueblo de Pinula, al mismo

tiempo que el Coronel Enrique Terrelonge,—que había reemplazado en su enfermedad al General Prem,—poníase a su contacto.

Para extender un tanto las dos alas del ejército aliado, el General en Jefe formó una tercera división, enviando parte de sus fuerzas a Corral de Piedra, a donde acudió inmediatamente un escuadrón de patriotas antigüenos al mando del General Isidoro Saget, quien habiendo militado en las guerras napoleónicas, desempeñó después tan importante papel en la Cruzada Morazánida.

Teniéndose informes que el enemigo reconcentraba todas sus fuerzas dentro de la triple línea de defensa que guardaba a la ciudad, Morazán envió otra pequeña al mando del Coronel Cerda, para que parapetándose en Mixco, evitase la introducción de agua y víveres.

Conocido el ángulo abierto que formaban las fuerzas sitiadoras, conviene conocer las líneas de defensa y la situación de los sitiados, antes de seguir el desarrollo de la campaña.

El primer círculo de fortificaciones que muraban y defendían la ciudad de fuera para adentro, abarcaba por el Sur lo que se conocía con el nombre de Buena Vista; por el Oeste, la barranca del Incienso; hacia el Norte, por la Garita del Golfo y de Chinautla, y por el Este, la Barranquilla, formando todo el teatro de operaciones un perímetro de una legua de extensión. La línea intermediaria correspondía a una serie de trincheras que guardaban las bocas-calles, mientras la última, o interin, coronaba la Plaza de Armas, o sea la parte central de Guatemala.

Amplio es el teatro de operaciones y abierto y dilatado el horizonte; en el Valle, en el espléndido Valle de la Ermita, la ciudad de Guatemala, está allí como dominada por las alturas y volcanes que le amurallan y en su seno, dentro del recinto mismo de sus cuadras y edificios, uno como hormiguero muévase sin cesar de uno a otro extremo de la vieja capital. Los fuertes y cuarteles, sus tres líneas de defensa y demás puntos de avanzada, guardan a los soldados que habrán de resistir con sus elementos acumulados, o lanzarse a la acometida a la hora que se les indique.

Mientras tanto, en punto dominante, sobre su corcel de guerra y en actitud heráldica, Morazán pasea su mirada de águila sobre aquel inmenso valle que en breve

habrá de ser el teatro de sus proezas. Recorriendo así sus posesiones, pasando a uno y otro punto de convergencia y, dadas las instrucciones necesarias para obrar conforme a lo probable o a lo imprevisto, de pronto su mente enardecida por los trazos de aquella nueva arquitectura de combates delineados por su genio, pasa de la contemplación de aquel valle que domina, al riente y tembloroso valle de Panchoy, donde la ciudad histórica, la ciudad patriótica de La Antigua, necesita de su presencia y, él, intuitivo y genial, avasallador y grande en todas las circunstancias, deja sus órdenes y parte allá a demostrar con su presencia que, iba no sólo a recompensar su espontánea y patriótica adhesión públicamente manifestada, sino a acreditar que, su campaña nacionalista encaminábase también a salvar a los pueblos del Estado de Guatemala, de la opresión y ruina en que los enemigos de la Libertad la tenían sumergida.

## VII

**Morazán en la Histórica La Antigua, restablece las legítimas autoridades disueltas el 26. El revés de Mixco es reparado inmediatamente con el triunfo de San Miguelito, que se extiende hasta Los Altos, libertándose a Quezaltenango de la tiranía de Irizarri.**

Y el héroe cuya cuna habíase mecido al susurro de los pinares hondureños, llevando en su alma la grandeza y sublime magestad de sus montañas; él, que conocía las raras perspectivas del bello Golfo de Fonseca que baña las costas de tres de los Estados de la Patria; él, que en demanda de un pronto auxilio había contemplado ya el sugestivo encanto de la tierra de los lagos; él, que en su corcel de guerra había recorrido en triunfo la palpitante y regocijada tierra de El Salvador, salvado el Paz, atravesado el Oriente de Guatemala, para quedar al frente de sus épicas legiones a la vista de su hermosa capital, que trataba de salvar de la opresión en que yacía, estaba hoy allí, en el riente Valle de Panchoy, en el seno mismo de la ciudad histórica de La Antigua, que alborozada y anhelosa le recibía como el más grande y preclaro de los patriotas.

Singularmente bello, bello sobre toda ponderación,

debió aparecer a los ojos del gran idealista este nuevo Edén de la Patria, que en tiempos pretéritos ostentó en medio de toda su pompa natural una de las más grandes y hermosas ciudades latinas del Mundo de Colón. Su alma y su imaginación, su ardiente imaginación parecían deleitarse y ensancharse más y más frente a aquellas indecibles y no soñadas perspectivas, que tanto influjo debieron haber tenido en la sublime concepción de sus proyectos y nobles anhelos por la redención de la Patria. Hacia el Sur, su mirada parecía extasiarse en la contemplación del imponente seno del volcán de Agua, en cuyas faldas y vertientes vense las inúmeras huertas que le esmaltan en una verdadera graduación de tonos verdes, que contrastan con el añil intenso de su mole que se destaca del fondo de aquel cielo siempre apacible y limpio; hacia el Este, los volcanes de Acatenango y el de Fuego, irguiéndose en su soberbia desnudez, para romper altivos el azul espacio y ostentar sus candentes y caprichosas cúspides, como gorros fríos alzados a la Patria y a la libertad de sus Estados; y, como desprendiéndose de sus faldas temblorosas, los valles de Almolonga y de Panchoy que en épocas coloniales ostentaron en su seno, uno y otro, la capital del Reino de Guatemala. Y, ahora, a pesar del tiempo y las grandes conmociones cismicas, allí estaba él, viendo y contemplando todavía la fuerza y el alma artística de nuestra raza, que parecía estar vaciada en la fortaleza y el estilo de aquellos tiempos admirables, consagrados por el arte a la religión de nuestros mayores. Los dos soberbios palacios de granítica consistencia con su doble y magestuosa hilera de arcos, miraronle pasar y oyeron al través de sus largos corredores el paso marcial de nuestro nuevo e invicto Capitán que, seguido de todo un pueblo que lo admiraba, iba a declarar en uno de sus salones principales, cuál era su plan de campaña y el programa de Gobierno para la República Centro-Americana. Toda aquella atmósfera de simpatías que respiraba, parecía comunicarle algo de las patrióticas juntas que allí se celebraban, días antes de irle a ofrecer el concurso de aquel departamento que se le brindaba de alma y corazón, para proseguir en su cruzada libertaria.

Tan ampliamente acogido, tan noblemente recibido, Morazán debió depositar allí su noble y patriótico juramento de luchar y morir por la Unión y Libertad de

Centro-América: corazones, voluntades y entusiasmos, todo se le brindaba en una como generosa abnegación. Todos los perseguidos, todos los ultrajados y encarcelados por aquel régimen de opresión y tiranía, pónense bajo su amparo y disposición; valientes e ilustres militares como Raoul y Saget, ríndele homenaje y, brindándole su espada para seguirle en su gloriosa cruzada.

En tan favorables como singulares circunstancias, organiza e instala allí el nuevo Gobierno del Estado, encomendando el Poder Ejecutivo al Senador don Mariano Centeno, por ausencia de Barrundia, con cuyo acto quedaban desconocidas las autoridades intrusas, y reinstaladas las disueltas el año 26.

Es indudable que Morazán al influjo de aquel ambiente bienhechor sintió una nueva y más pujante renovación en sus generosos anhelos de reconstrucción en el seno de aquella ciudad histórica, donde sus hombres, sus templos y su misma naturaleza hablábanle sobre la grandeza y unidad de la Patria.

El espionaje enemigo, pronto estuvo a dar cuenta a los defensores de la plaza de Guatemala de la ausencia de Morazán del frente de sus líneas, la que confirmada por los actos sucedidos en La Antigua, determinaronle a salir de sus fortificaciones, para sorprender con un golpe decisivo.

Bajo la protección de las sombras de la noche del 15 de Febrero, 1000 hombres comandados por el Coronel Pacheco, salieron de Guatemala sobre la plaza de Mixco, donde Cerda, falto de pericia militar, no sólo no se fortificó conforme se lo ordenara el General en Jefe, sino que ateniéndose a un valor de que carecía, dormitaba con sus tropas sin cuidado, cuando debía estar en vela.

El enemigo por su parte, debidamente preparado, cayó como un rayo seco sobre las sorprendidas fuerzas de Cerda, las que, sin estar prevenidas, sufrieron todas las amargas consecuencias de una derrota sin cuartel, preñada de crueles represalias. La fiereza de aquel golpe, tuvo las repercusiones de un verdadero desastre para las tropas aliadas; pero contra lo esperado, en vez de proseguir la lucha y caer sobre el Cuartel General de Pinula, para hacer más completa y decisiva su victoria, el enemigo, después de saciarse en venganzas con los vencidos, vuélvese indeciso y temeroso a sus fortificaciones, para oír dentro de ellas el eco de todas

las campanas, tambores y clarines de la ciudad, que pregonaban su entusiasmo por aquel triunfo, que se llevó exageradísimo a los demás Estados de la Patria.

En San Salvador, se oían los rumores de un desastre definitivo para las fuerzas aliadas: se decía que Morazán estaba sitiado y perdido en La Antigua, y que un gran ejército centralista invadiría de pronto aquel Estado, que sería duramente escarmentado por su fervorosa adhesión al caudillo nacional.

Mientras ésta nueva forma de campaña de embustes y mentiras surtía sus efectos en la opinión del pueblo centro-americano, el enemigo envalentonado por el triunfo obtenido en Mixco, sale por segunda vez de sus fortificaciones, para atacar a Morazán en La Antigua. Este, a su vez, dispuesto a reparar el golpe, sálese al encuentro para decidir el combate en el campo que las circunstancias demandaran.

Caminando con cautela, las fuerzas centralistas logran hacer equívoca su marcha sobre La Antigua; Morazán a su vez, impaciente por abreviar la campaña, toma rumbo a San Miguelito; pero informado de que, esa ruta no era la seguida por el enemigo, vuelve sobre sus pasos, y toma la otra en que cree encontrarlo, dejando sí, en previsión de un engaño, a las órdenes del Coronel Terrelonge, un batallón de infantería y otro escuadrón de caballería, para la debida exploración del campo.

El General en Jefe no encuentra al enemigo por aquella ruta; éste, logrando un nuevo engaño, traía en verdad la de San Miguelito. Fué en ese pequeño pueblo situado en la extensísima planada que media entre Chimaltenango y Sumpango, que las reducidas fuerzas de Terrelonge se vieron envueltas por el grueso del ejército enemigo, diez veces superior.

Aquella lucha fué titánica y desesperada. El batallón de infantería vióse totalmente acopado; y, como si aquel pequeño, pero invulnerable cuerpo de ejército fuese en verdad una fortaleza humana dentro de aquel campo de combate, disparaba sin cesar sobre el enemigo que enviaba y recibía la muerte por igual. Estrechado más el cerco sobre aquel pequeño ejército en acción, que veía caer a sus combatientes como sacudidos por fiera tempestad, al ver terminados sus cartuchos y, antes de ser totalmente aniquilados por un fuego implacable y feroz, Terrelonge, brazo y espíritu de aquella

tenacidad admirable, manda a dar el toque de degüello, a cuyo metálico y destructor sonido lanzáronse sus intrépidos soldados a punta de bayoneta en carga incontenible sobre sus aterrados enemigos. En este minuto de prueba, recibieron también por retaguardia el golpe final del Coronel Corzo, que lanzó sobre ellos en una como avalancha de ginetes de la muerte, el escuadrón de caballería, secundando así muy a tiempo y con la audacia requerida la decisión y sacrificio del bravo batallón de infantería.

Tan tremendo y rudo fué aquel golpe que, el enemigo antes de explicárselo, sintióse invadido por el pánico y tomó el partido de la fuga, dispersándose en su derrota por aquella gran llanura, donde contáronse y recogieron después sus despojos y prisioneros.

Como león que viene y va por parajes engañosos buscando el sitio en que habrá de encontrar al enemigo que otea a sus cachorros, y que, al oír el lejano golpe del asalto, vuélvese veloz al sitio del peligro presentido; así Morazán, al oír el tronar de la fusilería, ordena y precipita con tal velocidad la contramarcha que, a pesar de la distancia, está muy pronto con los suyos sobre aquel campo de batalla, donde al calor de su presencia se confirma y completa la singular victoria que sus armas alcanzaron en San Miguelito, el 6 de Marzo del 29.

Y, el héroe, creyendo su concurso muy pequeño, enaltece cual corresponde a su grandeza de alma a Terrerlonge y a Corzo, declarando con ingenua sinceridad que sólo llegó al campo de batalla, para premiar el valor, socorrer a los heridos, proteger a los prisioneros y perseguir al enemigo.

Mientras la fantasía recalcitrante consideraba perdido y cercado a Morazán en La Antigua, éste, después de perseguir a los vencidos muy de cerca hasta obligarlos a regresar a su punto de partida, quedóse por algunos días en Mixco, para restablecer sus posiciones.

Perdidas las esperanzas del triunfo y convencidos de la impotencia de sus armas, los nobles de Guatemala, reducidos como estaban a sus fortificaciones, apelaron a la mediación del representante de Holanda en Centro-América, el General Verveer, para pactar la paz con los aliados. Dicho mediador, inclinando sus parciales simpatías a favor de la nobleza, interesábase tanto más a que se ajustasen los términos de paz, cuanto

más veía perdida la causa de sus favorecidos. Hubo pues, con tales propósitos conferencias en la hacienda de Castañaza, pero fracasaron.

Entre tanto, fortalecida la fé por la causa de los aliados en casi todos los pueblos del Estado, Morazán tomaba las medidas necesarias para asegurar la paz y los derechos del pueblo guatemalteco. Tan pronto como pudo mandó sobre Quezaltenango al Coronel Jonama con una división, para libertar a ese pueblo heroico de la opresión funesta de José Antonio de Irisarri, que lo mantenía sojuzgado con tropas de Aycinena. El pueblo tan pronto se vió protegido por los soldados de la Democracia, sublévase contra el tirano y, de un sólo golpe da en tierra con su opresor que, como una garantía a sus derechos y libertades restablecidas, se le conduce con otros sectarios del régimen caído, en calidad de presos a San Salvador.

Divididas así sus fuerzas, el General en Jefe, va y viene de una a otra línea, para mantener con su presencia el entusiasmo de sus tropas mientras se determinaba la mejor manera de rendir la capital de Centro-América y salvar de la opresión a Guatemala.

### VIII

**Derrota de Prado en las Charcas el 15 de Marzo. El General en Jefe del Ejército Aliado desea evitar se derrame más sangre; pero defraudado en sus esperanzas, prepara el Plan General para rendir a Guatemala.**

Un día, Morazán, delineando sus nuevos planes de campaña, proyecta y ordena la traslación de sus fuerzas de Mixco a la hacienda de Aceytuno, para atraer allí toda la atención del enemigo. Este, que también seguía sus movimientos, pudo conocer la debilidad en que se encontraba por la marcha de la división que operaba en Los Altos. La ocasión parecíale propicia y se decidió aprovecharla.

Sobre su hermoso corcel de guerra que tanto cuadraba a su marcial figura, marcha Morazán a la cabeza del ejército que le sigue vigilante. Antes de llegar a la hacienda de Las Charcas, sábase que el enemigo dirigíase también al mismo sitio; pero haciendo su marcha con alguna vacilación, Morazán precisó la suya y

pudo llegar con alguna anticipación al lugar indicado, para observarlo.

No tardó en descubrir sobre la dilatada llanura la marcha del ejército enemigo que, a distancia de un cuarto de legua, convergía hacia aquel sitio en extensa línea de batalla. Al simple golpe de vista comprendió el héroe que el combate habría de librarse en campo abierto y contra un ejército tres veces superior. Pero esta convicción sobre su inferioridad numérica, no pudo amedrentarle, ni menos pensó en rehuir el choque.

Al momento, y antes que el enemigo pudiese precipitarse sobre sus fuerzas, Morazán, con hábiles maniobras y combinadas evoluciones, parecía multiplicarlas a su vista, quedando luego en actitud de recibirlo.

En el abierto y dilatado valle veíase a distancia conveniente la movible caballería, que formaba la retaguardia y, como queriendo animarla con su presencia, multitud de espectadores estaban allí en idas y venidas, deseosos de presenciar la lid; y, a uno y otro flanco de la vanguardia compuesta de cuerpos de infantería, guerrillas de cazadores y lanceros, guardaban sus espaldas, como para estimularlos a romper el fuego y apoyarlos en su carga. Pero a pesar de todas las apariencias por llevar la ofensiva, aquella fuerza superior en número, ya no se mueve, ni dá un paso más hacia adelante. Tan inexplicable inmovilidad, desespera a los Morazánidas que, deseosos de envolverse pronto en el fragor de la batalla, apenas si puede contener su ardor de combatir, la voz del Jefe, cuya táctica inclinábalo a recibir el golpe y contenerlo, para luego arrojar sobre el punto vulnerable a sus intrépidos soldados.

Por fin,.....500 hombres de la vanguardia de Prado, General en Jefe de las fuerzas de Guatemala, secundados por las guerrillas de cazadores, rompen el fuego y avanzan sobre las columnas de Morazán, que impávidas e inmóviles reciben y contestan las primeras descargas, que no osaron repetirse por parte de aquel, en vista de aquella serena inmovilidad como de roca, a quien nada dicen el estruendo del oleaje enfurecido.

En vano el héroe, al frente de sus tropas espera minuto por minuto la general acometida, para lanzarse como un titán enardecido sobre aquella masa en armas que presentía derribarla a los golpes invencibles de sus fuerzas.....La calma se prolonga más allá de lo calculado y, aquel, al comprender el significado de esa suspen-

sión, que aún mantenía a la misma distancia a los otros combatientes, lanza a dos compañías de cazadores sobre el flanco derecho enemigo, las que a la vez que derribaban al contrario en terrible acometida, hacían estallar algunas bombas en uno y otro cuerpo, cuyo estrago infundió tal pánico entre los soldados de Prado, que muy pronto la infantería seguida por la artillería, apelaron a la fuga. Tan rápida como el pensamiento del héroe que dirigía la batalla, la caballería aliada lanzóse también como una tromba sobre el ejército en fuga, que sin atreverse a volver un sólo tiro, no quiso detenerse sino fué hasta entrar a sus reductos, dejandó en su carrera vergonzosa muchos elementos, heridos y centenares de prisioneros.

La ciudad de Guatemala no oyó por esta vez los repiques de sus campanas, ni el tronar de sus cañones por el triunfo que la nobleza tenía por seguro; antes bien, vió pasar el tropel de soldados fugitivos que volvían en desorden a buscar la salvación dentro de sus muros.

Morazán pudo haber ocupado la plaza de Guatemala ese mismo día; pero deseando hacerlo con todo su ejército para poner término a la guerra, esperó el regreso de la división que operaba en Los Altos, obteniendo como se comprende, el triunfo de Las Charcas, solamente con una parte de su ejército, el señalado 15 de Marzo.

Al siguiente día de esa victoria, Morazán marchó a la hacienda de Aceytuno, para esperar allí la división indicada, los nuevos refuerzos del Estado de El Salvador y otros batallones que se organizaban en La Antigua.

Aún en la seguridad de alcanzar un triunfo definitivo y con la perspectiva de verse muy pronto reforzado, Morazán aceptó nuevas pláticas para pactar una paz honrosa y conveniente a los grandes intereses de la Patria; pues, además de sentir horror por la sangre derramada, ambos ejércitos se encontraban en peligro de ser diezmados por la epidemia de la viruela, que se había propagado en muchos pueblos del Estado.

Con tal fin, y con la mediación del Ministro de Holanda, reuniéronse en el sitio de Vallesteros los siguientes representantes: Arbeau, por el Presidente de la Federación Centro-Americana; Pavón, por el Gobierno de Guatemala; el General Espinoza, por el Salvador y, Morazán, por los de Honduras y Nicaragua.

Las proposiciones presentadas por una y otra parte fueron desechadas; pero el adalid de la paz y de la guerra, estremando su espíritu de reconciliación, presentó con el General Espinoza esta última proposición:—«1º —Establecer un Gobierno Provisorio en el Estado de Guatemala, compuesto del mismo Jefe don Mariano Aycinena, don Mariano Prado y Morazán; 2º—Los dos ejércitos debían reducirse al número de mil hombres, y componerse, en iguales partes, de guatemaltecos y salvadoreños; 3º—El Gobierno Provisorio debía instalarse en Pinula y entrar después a Guatemala con aquella fuerza destinada a dar respetabilidad al mismo Gobierno y mantener el orden en el Estado; y, 4º—Un olvido general por lo pasado.»

Se sorprende la Historia al considerar que, tan liberal proposición fué de nuevo rechazada por aquellos cuya posición se hallaba seriamente comprometida: esperanzas de auxilio no las tenían; su debilidad era manifiesta, y la moral y disciplina de su ejército quedaban probadas en la batalla de Las Charcas y el desorden con que entraron a la plaza. Los aliados, por el contrario, tenían a su favor: las generales simpatías del Estado; muy pronto sus filas se verían aumentadas por los refuerzos de El Salvador, los batallones que se levantaban en La Antigua y la división que regresaba de Quezaltenango; y, el arrojo y valentía de sus soldados estaban más que probados en San Miguelito y Las Charcas.

¿Qué era pues, lo que mantenía en sus pretensiones a los partidarios de Aycinena?

Talvez se hacían justicia, comprendiendo que no eran acreedores a tales consideraciones, si se recuerda que, en circunstancias menos difíciles, impusieron muy duras y penosas condiciones a los Gobiernos de El Salvador y Honduras, cuando se trataba de la rendición de sus respectivas capitales.

El héroe de tantas jornadas, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos por llegar a un acuerdo con enemigo tan obsecado como tenaz en sus pretensiones, no pudo, a pesar de sus sentimientos, sino aceptar el reto, para conseguir con el peso de sus armas, lo que él esperaba hacer bajo el imperio de la paz.

La región de Los Altos de Guatemala quedaba libre de la opresión de sus tiranos. La rapidez con que todos los pueblos del Estado quedaban amparados bajo los

principios salvadores de la Revolución, eran bajo todo punto de vista, edificantes. Por doquiera que sus armas se llevaban, ahí quedaban asegurados el orden, la paz y la vida constitucional. Bastó el paso del ejército por el Oriente de Guatemala, para que esa región quedase identificada con sus principios. El centro, muy luego siguió los pasos del pequeño, pero patriótico departamento de Sacatepéquez, que fué el primero en pronunciarse a favor de Morazán, y la región de Los Altos quedaba ya libertada por la rápida acción de sus armas que sacó victoriosas el General Jonama.

Dentro de esa serie de éxitos morales y materiales, solamente quedaba por rendirse la capital que, a no ser por su nobleza, ya días que sus puertas abiertas de par en par, hubieran dejado libre el paso al invicto vencedor. Pero eso que no fué posible, al tenor de sus sanos y elevados propósitos, iba a resolverse pronto por el prestigio y la pujanza de sus armas.

La división al mando de Jonama, tras una marcha rapidísima, después de ser reforzada con armas y hombres a su paso por La Antigua, estaba ya al frente del nuevo teatro de operaciones.

Abreviar el sitio y rendir la plaza de Guatemala con los menores sacrificios, para una y otra parte, tal era el gran problema que nuestro glorioso Capitán estaba pronto a resolver.

El 6 de Abril, con una previsión que sorprende por su exactitud, ya el plan general de ataque quedaba debidamente combinado por aquel genio militar, y los jefes y oficiales recibían en detalle las instrucciones para obrar bajo la más estricta unidad de acción.

El 7 por la mañana, el Coronel Nicolás Raoul, de orden del General en Jefe, practicaba el más riguroso y atrevido de los reconocimientos militares al contorno de Guatemala; y, por la tarde del mismo día, exploraba con toda la caballería y dos compañías de infantería hacia el Occidente de las posiciones de Buena Vista. Cuando la noche avanzó, estos cuerpos de exploración esfumaronse en sus sombras: habían cumplido su fin estratégico, y el enemigo quedaba a saber sus proyectos.

El 8, día en que los sitiados esperaban ser acometidos en carga general, o por la más vulnerable de sus líneas, quedaron doblemente confundidos por las hábiles maniobras prescritas por el General en Jefe. Como uno de tantos medios estratégicos, esparcióse la noticia

de que en El Salvador había estallado una formidable revolución y que, para develarla, Morazán retiraba de su frente de operaciones, mil hombres que, en verdad no iban sino a llamar la atención por el lado de Buena Vista, donde Raoul, por medio del reconocimiento del día anterior, descubrió el punto vulnerable para el ataque iniciado.

Mientras los Coroneles Gutiérrez, Terrelonge, Cordero, Angulo, Hueso, Peña y Benítez, tenían a la vista sus respectivos planes, para converger con sus unidades de mando al punto prefijado, el Coronel Raoul, salía nuevamente al campo con toda la caballería, artillería y tres divisiones de infantería. De estos elementos y según prescripciones del General en Jefe, debería dejar en San Pedro Las Huertas una división de infantería, la artillería y el escuadrón Charcas. Con las dos divisiones de infantería y el resto de caballería, el mismo Raoul, debería continuar para Mixco, desfilando intencionalmente frente a las posiciones enemigas, para que se tuviese como cierta la noticia que, en la noche del 8 al 9, al mismo tiempo que 1000 hombres marchaban sobre San Salvador, para develar la revolución supuesta, el resto del ejército aliado regresaba a reconcentrarse a La Antigua.

Los sitiados por su parte, que no dejaban de tener buen espionaje, si no tomaron como ciertas estas marchas, por lo menos les preocupó grandemente el movimiento de tropas que se hacía por aquella parte y, desde luego, temió ser envuelto por el lado derecho. Para conjurar este inmediato peligro, en la noche del 8 sacaron del frente de las Garitas del Golfo y de Chinautla, la mayor parte de sus fuerzas para las fortificaciones de Buena Vista y Barranquilla, al mismo tiempo que un piquete de observación salía para Mixco, a fin de vigilar los supuestos movimientos de Morazán hacia La Antigua.

#### IX

**Ejecución del plan estratégico para rendir la capital de Centro-América. Combates que se libraron. Triunfo de la Democracia, y capitulación que se firmó el memorable 12 de Abril de 1829**

---

Habiéndose logrado atraer la atención del enemigo por el lado de Buena Vista, los aliados por su parte de-

bían aprovecharse de las sombras de la noche, para salvar la distancia, acercarse bajo el mayor silencio a las primeras fortificaciones que defendían la ciudad, asaltarlas al rayar el alba, y estar en posesión de la capital en las primeras horas de la mañana del 9 de Abril. Aunque las posiciones del enemigo, en la Garita del Golfo y de Chinautla, quedaron un tanto debilitadas por el traslado que se hizo de una parte de sus fuerzas, en cambio resultaban doblemente reforzadas las de Buena Vista y Barranquilla.

Morazán, y su segundo el Coronel Raoul, reservándose el ataque de las posiciones mejor defendidas, encomendó a la pericia del Coronel Gutiérrez, el asalto de las de Chinautla, quien por medio de su caballería debía ponerse a su contacto por el lado de Santo Domingo.

La noche era propiciamente oscura y llena de una calma que infundía respeto. El General en Jefe, envuelto por las sombras de aquella noche impenetrable, disponía sus columnas de combate detrás de San Pedro Las Huertas. Raoul, después de dar las debidas instrucciones al Mayor Estupinián, como Jefe de los falsos ataques, quien desde Mixco debía extender sus pequeños grupos de jinetes aguerridos hasta Buena Vista y Barranquilla, estaba ya de regreso a las nueve de la noche en San Pedro Las Huertas. Corzo, con el escuadrón «Charcas», uníase a las diez de la noche en Acajutuno a la división que comandaba el Coronel Gutiérrez, para luego marchar sobre Chinautla y la Garita del Golfo.

Para que se pueda comprender en parte, la gran importancia de aquel movimiento nocturno, véase lo que Raoul, en sus instrucciones al Coronel Gutiérrez, como Jefe de la segunda división, decíale en uno de sus puntos: «En fin, señor Coronel, las instrucciones no pueden indicar sino los puntos generales que coordinan sus esfuerzos con las disposiciones del General en Jefe: a lo imprevisto, usted pondrá el valor de nuestra tropa y la decisión que caracteriza a usted; debemos ser persuadidos todos que, *mañana se levantará sobre Guatemala el Sol de la Libertad*, o que va a hundirse en la noche de la impotencia: que la Patria nos mira y que no hay medio para nosotros entre *vencer y morir*.»

Mientras las dos alas del ejército aliado, convergían al punto general de ataque, rompían el silencio de

aquella tràgica noche, estos gritos que se daban alternados desde Barranquilla hasta Buena Vista:

—¿Quién vive?

—¡Ronda Mayor!

—¿Quién vive?

—¡San Salvador!

Al eco de esas engañosas preguntas y respuestas, dadas por los centinelas y rondas del Comandante de los falsos ataques, las dos alas del ejército asaltante parecían avanzar bajo un éxito seguro; pero desgraciadamente, después de una penosísima marcha a través de todos los obstáculos, cuando pasada la media noche, el Ingeniero en Jefe con todos los elementos indispensables, practicaba con sus zapadores una brecha directa, a fin de hacer factible la llegada de los batallones del Sur al potrero de Rubio, para que de allí se asaltase al amanecer las fuertes posiciones de Barranquilla y Buena Vista, una imprudencia de los que se tenían como prácticos conocedores de aquellos lugares, en vez de conducirlos hacia aquel potrero, fueron llevados a los de Conde, donde el enemigo tenía apostados sus centinelas, para comunicarse con las otras líneas. Este lamentable error, fué la causa desastrosa, para que los sitiados rompieran el fuego por uno y otro lado.

Sorprendidos por el día y, antes de poderse colocar los asaltantes en el potrero de Rubio, Morazán, previendo que el Coronel Gutiérrez estuviese ya envuelto en el combate, toma la determinación de lanzarse sin pérdida de tiempo sobre las posiciones de Barranquilla y Buena Vista, para lo cual desplegó sus guerrillas al toque marcial de cornetas o redobles.

En efecto, el fuego se había roto por ambas partes. La maleza del camino y la profunda obscuridad de aquella noche, habían impedido al Coronel Gutiérrez llegar también antes de amanecer al Guarda de Chinautla, por cuyo motivo se vió obligado a atacar sus fortificaciones, cuando creyó también, que los combates por el Sur estaban iniciados.

En aquella señalada mañana de Abril, la ciudad de Guatemala despertaba sobresaltada por el tronar de la fusilería y el estallido del cañón.

Morazán, al frente de sus intrépidas columnas, desafiando todos los peligros que entraña un ataque a la descubierta, inició el asalto sobre las primeras fortificaciones. Viéndosele marchar a la cabeza de los suyos

que, como cegados por el fulgor de aquella espada que les señala el camino del triunfo, síguenle como embriagados de valor. El enemigo recibió la primera carga con un valor a toda prueba y, luego, haciendo un movimiento concéntrico, parecía disponerse a una resistencia heroica, aceptando el duelo hasta vencer o morir en el puesto señalado. Pero luego, estremecido por el fuego de la artillería aliada, que había sido colocada en una feliz posición, principió a desconcertarse; lo que notado por el Cooronel Hueso, que comandaba el batallón de cazadores N° 7, arrojóse como un huracán sobre sus trincheras, que fueron inmediatamente abandonadas por el enemigo en fuga.

Raoul, brazo derecho de Morazán en aquella jornada memorable, al ver ocupadas por las bravas guerrillas de cazadores las fuertes posiciones de Barranquilla, multiplicase y vuela de aquí para allá, comunicando a toda la infantería las órdenes de Morazán, para que, sobreponiéndose a todos los obstáculos se precipitasen sobre las otras líneas de defensa, que parecían también ceder al empuje que por el Norte les imprimía la otra ala del ejército sitiador. Al mismo tiempo que Raoul comunicaba estas órdenes a todos los cuerpos de infantería, Morazán enviaba a su Ayudante, Coronel Pedro Molina, para que, con la caballería de su mando destruyese el paso al enemigo, cortándole la retirada al centro. Los cuerpos de infantería, como movidos por una sola voluntad, cumplen a satisfacción su cometido, arrojándose con valor y precisión a las otras fortificaciones, que formaban el primer sistema de defensa.

El enemigo, acobardado por tan general acometida, no pudo resistir, y, al volver las espaldas, no osó detenerse en su segunda línea de defensa, para rechazar o contener allí a los asaltantes, si no que, desordenado y confundido fuése directamente a encerrarse a sus fortificaciones interiores.

La victoria hubiese sido completa si el Coronel Molina, ciñéndose a las instrucciones de Morazán, conduce a la caballería por el camino recto, para cortar el paso a las tropas enemigas que guarnecíán a Barranquilla y Buena Vista. Más, habiéndose hecho la marcha por un camino exterior a las fortificaciones, y no por el interior, dichas tropas tuvieron tiempo sobrado para ponerse a salvo, reuniéndose a las otras en la

plaza principal. Mientras que por el Sur se alcanzaban estos triunfos, veamos cómo se operaba por el Norte.

A eso de las seis de la mañana, mediante la decisión y empuje de los Coroneles Peña y Calderón, fueron tomadas a paso de trote las primeras fortificaciones de Chinautla, e informándose allí los asaltantes que, en las Garitas del Golfo, encontrábase 200 hombres guardándolas, Gutiérrez destacó contra ellas dos compañías de infantería a las órdenes del Coronel Peña, y una parte de la caballería del escuadrón Charcas, al mando del Teniente Curbal, quien sin gran oposición quedó dueño de sus fortificaciones.

Convencido el Coronel Gutiérrez del arrojamiento de los suyos, así como del terror e ineptitud del enemigo para defender sus líneas, mientras él se posesionaba del Cerro del Carmen, mandó al Coronel Corzo para que protegido por Peña con dos compañías de infantería, avanzase con la caballería a paso de trote por la calle de San José, sobre las otras líneas. Ocupado también el Cerro del Carmen sin mayor oposición, quedó guardado el Teniente Coronel Villaseñor con un batallón, mientras que Gutiérrez, con una sola compañía al mando del intrépido Cabañas, que iniciaba sus épicas jornadas, marchaban a tomar el convento y la iglesia de La Merced. Pero al llegar al primer fortín, recíbelos una nutrida descarga, con el fin de contener su avance: la sangre que corre y los cuerpos que caen heridos o muertos, en vez de amedrentarlos, infúndeles nuevo valor y osadía, y hacen avanzar primero a unos bravos coraceros, y detrás de sus corceles que resoplaban vapor de muerte, son arrojados los de infantería con sus catadas bayonetas, a cuyo siniestro brillo vése aumentado el terror del enemigo, que contiene sus descargas, abandonando sus trincheras que ocupó inmediatamente el intrépido Cabañas.

Después.....continuando aquella carrera de victorias sucesivas, Gutiérrez y Cabañas seguidos de los suyos, hacen alto frente al fortín que cubría la calle de La Merced, porque allí, frente a frente, cerrándoles el paso, estaba la numerosa caballería enemiga, lista para aplastarlos en su atrevido avance. Pero como si aquellos jefes y soldados estuviesen poseídos del furor de los combates, desafiando en todas sus formas a la muerte, mandan a los cazadores a asaltar el foso que los separa, haciendo al mismo tiempo descargas repetidas so-

bre el cuerpo de caballería, la que, con gran sorpresa de los asaltantes, en vez de ser allí aplastados por el número, vuelven grupas a sus corceles, entregándose a una fuga vergonzosa, y dejando en posesión de aquellos pocos combatientes el Convento de La Merced y sus trincheras inmediatas.

Sin temor a las emboscadas de fuerzas superiores que pudieran envolverlas, las columnas de caballería e infantería, sintiéndose fuertemente aseguradas a su retaguardia, avanzan en carrera abierta por las calles, hasta llegar a la Plaza Vieja, donde Corzo y Peña estaban ya con sus columnas victoriosas esperándolos. Unidos y fortificados en la victoria, aquellos cuerpos de caballería e infantería, al reunirse en la plaza indicada, fueron inmediatamente enviados por sus jefes que ocupasen las posiciones de Santo Domingo y Capuchinas, mientras se recibían órdenes del General en Jefe.

Generalizada así la lucha y, enterado Morazán del triunfo de sus tropas, cuyo espíritu parecía animarla por todas partes, ordenó el avance simultáneo en este orden: tomando por punto de apoyo el Convento de San Francisco, sus defensas fueron ocupadas por la tercera división al mando del Coronel Cordero, la primera división al mando del Coronel Angulo, asaltó el edificio de La Universidad, colocando sus avanzadas sobre los techos y ventanas, a fin de cubrir del fuego enemigo a las otras columnas que, con sus cuerpos de zapadores avanzaban hacia la plaza mayor, derribando las paredes de las manzanas que aún las separaban; la cuarta división, fué colocada en todas las bocas-calles, frente a las trincheras que por su peligrosa posición, fue la que sufrió las mayores pérdidas, contándose entre ellas la del Teniente Coronel Villacorta, que murió gloriosamente.

También en los combates del 9, los asaltantes sufrieron algunas pérdidas de consideración en su avance por la derecha, debido a la felonía del Cónsul holandés, quien, contra todo principio de neutralidad permitió para usos estratégicos el edificio de la Legación, de donde sin sospecharlo, recibieron gloriosa muerte el Teniente Coronel Hueso y Capitán Joaquín Guzmán. Ante ese golpe traicionero, los bravos Morazánidas supieron bien pronto castigar a sus contrarios, arrojándolos de aquel edificio, en donde para mejor testimonio de la mentida neutralidad del Cónsul holandés, encontraron-

se también en el patio unos cuantos cadáveres enemigos. Razonable y justa la indignación de los soldados de la Libertad, parecía querer estallar sobre la culpable cabeza del fementido representante; pero deseándose no dar el menor pretexto, para que se desacreditasen los principios de la Revolución, se respeta aquella vida y se sigue de frente combatiendo sin tregua ni descanso.

¡Qué lucha y qué empuje tan soberbio!

Por todas partes se combatía y se vencía al enemigo, hasta llevarlo a sus últimas trincheras..... Por fin, ya cuando el día iba a terminar fatigado de combates y asaltos; ya cuando las sombras de la noche que avanzaba, aconsejaban una tregua, el General en Jefe, mandó cesasen los combates, ordenando que sus tropas se retiraran a sus respectivos cuarteles, en este orden: la primera división al edificio de La Universidad; la segunda a La Merced; la tercera, a San Francisco; la cuarta a Santo Domingo, y la caballería a los potreros que estaban a la retaguardia de este último convento.

Aún vencedores, la situación de los aliados no era ni tranquila ni segura, si se toma en cuenta que, una cuarta parte de sus fuerzas estaba imposibilitada de combatir por tener sus rifles inservibles, faltándoles los medios de hacer fuego en caso necesario; pues las acciones de San Miguelito, Las Charcas y la serie de combates de aquel día, habían terminado con el parque y demás elementos. Los sitiados, aunque no pasaban de 2000 combatientes, tenían en cambio suficientes armas y material de guerra, pudiendo también descubrir por alguna indiscreción de los aliados, su debilidad, y caer sobre ellos por sorpresa. Pero aunque entre zozobras y temores por esa falta de elementos, la noche del 9 pasó sin novedad para los aliados, conservando hasta amanecer el día 10, sus mismas posesiones.

En previsión a que no fuese a gastarse inútilmente el parque que tanto necesitaban en aquellos supremos momentos, en que se jugaba la suerte de la República, el Coronel Raoul, con instrucciones del General en Jefe, apenas amaneció el día 10, encaminóse a recorrer todos los puestos, para prohibir a los soldados que saliesen de sus cuarteles. Pero desgraciadamente, los Comandantes de División, anticipándose a lo previsto, habían ya colocado sus avanzadas en todas las bocas-calles, lo que impulsó a los sitiados a romper nuevamente el fuego desde sus trincheras. A pesar de la prohibición de

no contestar a sus descargas, en presencia de la sangre que corría, la lucha se trabó nuevamente por ambas partes, ocasionando tales ataques a los aliados dos graves inconvenientes: el primero, restar de sus filas soldados valerosos que caían víctimas de aquella imprudencia, haciendo también disminuir el parque que tanto necesitaban para el golpe decisivo; y, segundo, al no dárseles la voz de asalto, el enemigo creía tener sofrenado con sus fuegos, el arrojo y valentía de los que, ayer no más, los habían llevado a sus últimos reductos.

En tan difíciles circunstancias, Morazán toma la salvadora determinación de emprender con un avance paralelo y simultáneo una nueva y más pujante ofensiva, ordenando para ello, la ocupación inmediata de todas las manzanas que se hallaban entre la Plaza Mayor y sus fuertes puntos de apoyo. Para asegurar este avance, y salvar a sus arrojadas columnas de un desastre, mandóse a colocar un cañón sobre el campanario de La Merced, apostándose también sobre el mismo edificio a los mejores tiradores, a fin de contener las guerrillas desplegadas del enemigo, que principiaba a envalentarse. Raoul, haciendo avanzar las fuerzas de su mando, desde La Merced a la calle de Belén, abrióse paso al través de todos los obstáculos. Al par que las paredes se cortaban para poder avanzar, sus hábiles soldados, semejantes a gatos monteses, saltaban por sobre los techos de las casas, hasta llegar al punto señalado.

Al colocarse en la calle de Belén, Raoul, conforme a lo prescrito por el General en Jefe, ordena la marcha paralela de las otras fuerzas, haciendo atravesar las manzanas que se hallaban entre La Universidad y el edificio que ocuparía en su nuevo avance. En efecto, Raoul, pronto estuvo sobre una marcha llena de embarazos y peligros, ocupando las casas que daban frente a la Vice-Presidencia, desde cuya esquina quedábanle a tiro de pistola las fuertes trincheras que se habían construído detras del Sagrario. Estas constituían un verdadero peligro, y no podía lanzarse sobre ellas hasta no ver terminado el avance de los otros ataques que se hacían paralelos por aquella dirección. Raoul, interinllamaba así la atención del enemigo, esperaba dar el golpe final frente a todas las tropas de su mando a eso de las tres de la tarde. Pero contra sus planes y esperanzas, los otros jefes poco adelantaban en la marcha que se hacía

al través de las manzanas llenas de obstáculos y peligros. Amenazado constantemente por el fuego de las trincheras y, viendo avanzar el día, determinó renunciar a sus proyectos de dar el golpe final a la hora prefijada, dirigiéndose en el acto al Cuartel General de Santo Domingo, para poner a Morazán al tanto de la situación.

Mientras Raoul, había avanzado por aquella parte, donde esperaba llamar toda la atención del enemigo, éste no perdía tiempo, preparándose a romper el sitio en un ataque tan temerario como desatentado, por el lado de San Francisco, donde Morazán en persona, dirigiendo la defensa de sus líneas hábilmente escalonadas, supo escarmentarlos en derrotas sucesivas.

Encontrándose el 5º batallón entre la iglesia de San Francisco y la de Santa Clara, formando avanzadas en todas las bocas-calles, para impedir cualquier salida por el flanco derecho y, el 6º batallón cubría la retaguardia por la Tercera Orden, observó el enemigo que se carecía por aquel lado de caballería, por lo que determinó lanzarse con 400 hombres de infantería, 60 de caballería y una pieza de a 4. Para lograr sorprender a los aliados, llamó la atención por retaguardia, e hizo dar vuelta a otro piquete de sus fuerzas a sus espaldas, para cortarles la retirada, destacando al mismo tiempo por el frente, las fuerzas que guardaban la trinchera de Pavón; de manera que, aquel ataque desesperado, lo hacía por cuatro puntos a la vez. Pero todas sus maniobras resultaron fallidas ante el gran stratagemata que en persona dirigía los combates y, eficazmente secundado por los Coroneles Cordero, Terrelonge, Carlos alazar, Benítez, Argueta, Cabañas y otros valientes oficiales, que con sus intrépidas falanges, hicieron importantes todos los ataques de los defensores de la plaza.

A eso de las cuatro y media de la tarde, hora en que Raoul se dirigía hacia Santo Domingo, para dar cuenta del resultado del avance de Morazán, éste encontrábase como se ve, rechazando las últimas acometidas del enemigo que, inhábil y desesperado, se había lanzado en masa a tomar el Calvario, de donde fue repelido con pérdidas considerables por la 3ª división al mando del Coronel Cordero, y luego perseguido por la caballería que, si ausente en las primeras horas, llegó

muy a tiempo a coronar la última victoria con su carga decisiva.

Raoul, considerando que, ante esa nueva derrota, el enemigo procuraba hacer una inversión al centro, vuélvese a galope sobre el Sagrario, para preparar allí, con los otros batallones, el ataque general.

La noche volvió nuevamente con sus sombras a envolver los ejércitos, que fatigados de luchar, dieron tregua a los combates de aquel día.

Por más que los aliados no tuviesen la suficiente provisión de parque, la moral y disciplina de sus soldados era superior y, siendo su número no inferior a los sitiados, en una suprema determinación, si se trababa la lucha cuerpo a cuerpo y soldado por soldado, resultarían infaliblemente victoriosos los primeros.

Bajo la convicción de esa superioridad, y seguros de dar a otro día la victoria, recogieron a sus cuarteles las tropas aliadas, veladas por sus fieles centinelas, que se relevaron hasta el amanecer.

Por la mañana del día once, a la hora en que Morazán daba sus instrucciones al Jefe de su Estado Mayor, Teniente Coronel Carlos Salazar, y que los Ayudantes Pedro Molina, José del Castillo y José Robles, disponíanse a salir, para llevar las órdenes del día, un Oficial puso en manos de Morazán una nota enviada por don Mariano de Aycinena.

No sin sorpresa, se enteró Morazán de que, aquel Jefe le proponía la suspensión de hostilidades, mientras se arreglaban los términos de la capitulación, pidiendo para ello que se designara el lugar, a donde deberían concurrir sus comisionados. Morazán, que conocía ya por amargas experiencias los resultados prácticos de dichas conferencias, contestó inmediatamente a don Mariano de Aycinena, como Jefe de las fuerzas que existían en la Plaza Mayor, y no como Jefe de Guatemala, lo siguiente: «La posición en que me hallo no me permite perder un momento, ni convenir en otra cosa que no sea la rendición de la plaza, ofreciendo que se garantizarán las vidas y propiedades de cuantos existen en ella. Creo, señor General, que está en los intereses de usted y de cuantos se hallan a sus órdenes, el adoptar esta proposición, pues estoy seguro de que los nuevos esfuerzos no harán más que multiplicar víctimas y desmejorar su situación.»

Aycinena, convencido de su impotencia para hacer

prolongar la resistencia de una plaza que se hallaba a merced de las fuerzas sitiadoras, envía nueva nota a Morazán, en donde con acento de marcada súplica decía. «Aún es tiempo, General, de poner término a estos desastres, cuya responsabilidad no puede ya pesar sobre el Gobierno que es a mi cargo. La conferencia sería indispensable aún cuando la plaza se hallase en el caso de una rendición, y no veo los inconvenientes que puedan impedir la, así como tampoco alcanzo que esta llegue a verificarse sin una suspensión simultánea de hostilidades por ambas partes.»

Morazán, que sabía dar su verdadero valor a estos argumentos, contestó: «Cuando Ud. se sirva decirme que conviene en lo que le he propuesto en mi nota de hoy, estaré pronto a admitir los comisionados que deban arreglar la capitulación, y entonces se suspenderán las hostilidades por el tiempo que sea necesario.» Y, con acento de implacable acusación, añadía. «Los males de la guerra que afligen a Centro-América, pesarán sobre los autores de ellos, y nunca sobre aquellos que la han hecho por defenderse y por sostener los derechos del pueblo.»

Mientras estas notas se cruzaban, Morazán, sereno e imperturbable, continuaba dirigiendo el avance progresivo de sus fuerzas que, en círculo cerrado iban estrechando más y más a los sitiados, cuya deserción venía a aumentar el pánico y la desesperación de los que habían ofrecido colocarlos en el cielo.

Aycinena, yendo de aquí para allá y poseído de miedo cerval al ver llegado el último momento de poderse sostener y, conscientes del desfallecimiento de los suyos, envió desesperado su última nota, diciendo por el miedo, lo que su rebajado orgullo, no quiso confesar ni pedir a tiempo.

Tímido y falaz, decía así: «Estoy de acuerdo con las bases que Ud. fija en su primera nota, y esto quise decir en la mía última. En tal concepto mandaré los comisionados al punto que Ud. designe, desde luego que Ud. se sirva darme el correspondiente aviso.»

Aturdido por el miedo, Aycinena no esperó siquiera la contestación de su última nota, y anticipóse a enviar la comisión que integrada por el Brigadier Manuel Arzú y Teniente Coronel Manuel Francisco Pavón, iban plenamente autorizados, para ajustar con Morazán, los términos de la rendición. Repitiendo al final de su

nota, en tono de completa sumisión que, *suscribiría a cuanto conviniesen*. Los enviados de Aycinena celebraron con Morazán la siguiente capitulación, firmada por ambas partes el 12 de Abril de 1829:

«1°—Desde esta fecha habrá suspensión de armas, y tanto el ejército del General Morazán como el que se halla en la plaza, recogerán sus partidas a los puntos que ocupan, evitando todo acto de hostilidad;—2°—Mañana a las diez del día entrará el ejército sitiador a la plaza principal de la ciudad;—3°—Las tropas sitiadas se retirarán antes de este acto a sus cuarteles y se depositarán en la Sala de Armas todas las existencias de la Plaza Mayor;—4°—El General Morazán, si lo tuviese por conveniente, incorporará a su ejército los individuos de las fuerzas capituladas, que no quisiesen ser licenciadas, ya sean de las milicias del Estado, o de la fuerza federal que exista unida a ellas.—5°—Cuatro comisionados del ejército sitiador pasarán mañana a las ocho del día a la plaza, para asegurarse del cumplimiento del artículo 3°, y luego que se hallan recibido formalmente todos los elementos de guerra y armas que existan en la plaza, darán aviso de ello, para la ocupación de la misma;—6°—El General Morazán garantiza las vidas y propiedades de todos los individuos que existan en la plaza;—7°—Les dará pasaporte si lo tuviesen por conveniente, para que salgan a cualquier punto de la República o fuera de ella; y,—8°—El General Morazán, y los comisionados a nombre del Jefe que representan, ofrecen, bajo su palabra de honor, cumplir esta capitulación en la parte que les toca.»

---

X

**Triunfal entrada de Morazán a la capital de Centro-América. Los pueblos y Gobiernos piden el castigo de los defraudadores de la República. Anulase la capitulación por haber violado los de la plaza el artículo tercero. Reinstalación de las autoridades legítimas disueltas el 26.**

---

Según lo estipulado en el artículo segundo de la rendición de Guatemala, el Ejército Aliado debería ocupar la plaza principal el día siguiente de la capitulación firmada. Pero como si la misma suavidad de las condi-

ciones impuestas despertase la malignidad de los vencidos; éstos, por medio de sus agentes propagaban en la plaza mil despropósitos sobre la verdadera intención de los aliados, tan luego éstos estuviesen en completa posición de la capital. Entre otros absurdos atribuíansele propósitos de saqueos y profanaciones y, algunos acaudalados españoles, muy de acuerdo con el espíritu de reacción, uniendo a las palabras las acciones, se dieron a repartir mercaderías y otros efectos entre los soldados de Aycinena, lo que fué suficiente motivo para despertar los malos instintos en una fuerza indisciplinada e inmoralizada ya por la derrota.

Con tales procedimientos, el desorden y la insubordinación habían llegado a tal grado que, el mismo Aycinena mandó a suplicar al General Morazán, ocupase aquel mismo día la plaza; y, éste, no creyendo conveniente hacerlo así, por no estar en armonía con lo estipulado, mandó al Coronel Villaseñor, para que se pusiese a las órdenes de Aycinena, con una regular fuerza y sofocara la insurrección. Pero el solicitante que esgrimía a la sombra de su escondite sus ya conocidas armas de perfidia, no sólo rehusó entrevistarse con Villaseñor, sino que, después de suplicarlo, se negó a intervenir en el ánimo de los insubordinados. En vista de tales proceder, Morazán mandó a Raoul, se pusiese al frente de las tropas que habían entrado a la plaza, e hiciese guardar el orden, quedando así sin efecto el artículo 5º de la capitulación.

Sofocados los tumultos y restablecido el orden, garantizándose la vida y los haberes de cuantos existían en la ciudad, Raoul comisionado por Morazán, y como uno de los mejores elementos de aquella gran Revolución social, cuyo éxito estaba próximo a culminar con la triunfal entrada de todo el ejército aliado; antes que éste hiciese tremolar en sus edificios la bandera de los libres y, existiendo, como existían tantos ciudadanos privados de su libertad dentro de los muros de la propia capital, y para mejor dignificar los elevados principios de la Revolución, encaminóse a romper los cerrojos de todas las prisiones que los guardaban, proporcionándoles así el inusitado placer de abrazarse entusiasmados a la causa redentora que les volvía a la Libertad.

Cuando se oye la narración de aquellos hechos históricos por boca de algún testigo ocular, ¡cómo quisiéramos retrogradar hacia aquellas épocas en que, gene-

raciones más felices que la nuestra, pudieron contemplar algo de lo grande y extraordinario que ya no será posible volver a suceder! Así nosotros, que en plena juventud pudimos oír por boca de algunos de los veteranos de Morazán, la narración sencilla, pero animada de sus épicas jornadas, ¡cómo envidiamos una y mil veces la vida de esos veteranos, ante cuyos ojos asombrados pasó la imagen de aquel hombre extraordinario!

Y, fué en el radioso y bello mes de Abril, un día después de la capitulación, es decir el 13, a las diez de la mañana, que aquel caudillo juvenil al frente de su ejército, entró triunfante a la Plaza Mayor de Guatemala, alojándose en el Palacio Federal.

Aquella entrada tuvo tanto de solemne como de imponente en lo que toca a la moralidad y disciplina del ejército que, en marcha infundía respeto, pero sin las ostentaciones de una fuerza desbordante, entraba a posesionarse de las fortalezas que guardaron y animaron por tanto tiempo el espíritu colonial, que aún pugnaba por prevalecer. Todos aquellos edificios que habían contenido dentro de sus muros a los soldados de la Aristocracia, iban ahora alojando, uno en pos de otro, a los soldados de la Democracia que, venidos de las distintas Secciones de Centro-América, respiraban ya allí vencedores, el ambiente de la Patria redimida, por aquel esfuerzo titánico de sus armas.

Pocos momentos hacía que Morazán se había instalado en Palacio, cuando el Ministro de Relaciones Exteriores del régimen caído, se presentó a él, llevándole una nota del presunto Presidente Beltranena. Morazán como síntesis viviente de aquella gran Revolución social que acababa de consumarse, no se extiende en consideraciones de detalle sobre la respuesta que debe dar a los usurpadores de un poder que difamaban, sino que, con el laconismo y la inflexibilidad que reclamaba el imperio de la Ley violada, contestó negativamente a la insólita interrogación que se le hacía, sobre si aquel, podía o no continuar en el mando.

Nuestro Aguemenón, que tenía puestos cerebro y corazón en los sagrados intereses de la Patria y, cuya mente estaba hoy concretada a solucionar el problema de los responsables de la guerra, cuyo castigo reclamaban a gritos la justicia y el derecho de los pueblos ultrajados, recibe de parte de estos y Gobiernos la de-

manda sobre tantas demasías y desafueros cometidos por los usurpadores.

Siempre ecuaníme, y nunca inclinado a las represalias, Morazán, para escarmentar a los enemigos de la Libertad, descarga el peso de las responsabilidades únicamente sobre cinco personajes, los más preponderantes y visibles de la reacción; y, en cumplimiento a lo dispuesto, manda a reducir a prisión al Presidente y Vice-Presidente de la República, a los Ministros de Hacienda y de Relaciones, y al Jefe del Estado de Guatemala. Pero el Gobierno de El Salvador, por medio de sus comisionados, don José María Silva y don Nicolás Espinoza, y los de Honduras y Nicaragua, por públicas y enérgicas exposiciones, pedían el castigo de todos los culpables.

Morazán, que no desconocía la justicia de estos reclamos, comprobados nuevamente por la conducta de algunos jefes y cabecillas enemigos que, ausentes de la Capital, conspiraban ya contra el nuevo orden establecido, hácelos llegar a la Casa Presidencial, mandándolos reducir a prisión, como convenía a la paz y seguridad de la República. Pero estas prisiones ejecutadas con procedimientos muy distintos a los empleados en la época nefanda que acababa de pasar, los presos no fueron conducidos a bóvedas mortíferas, sino al tranquilo convento de Belén, y al edificio de La Universidad, donde con otras comodidades, quedaban en libertad de recibir a sus familias y amistades. Dentro de estos extremos de bondad, Morazán pudo después sacar en limpio: que, los que aún no daban muestras de reconocer su magnanimidad y tolerancia, llevaban dentro del fermento de sus odios ancestrales, un marcado propósito de alterar el orden y la paz. El artículo tercero de la capitulación fué descaradamente burlado por Aycinena y sus satélites, quienes no escarmentados en sus crímenes, mandaron a ocultar en las bóvedas de la Catedral de Guatemala, la mayor parte del armamento que, según el citado artículo, quedaban obligados a depositar en la Sala de Armas.

Comprobado el hecho por testigos irrecusables, y aumentado el delito por algunos jefes enemigos que permitieron y estimularon el retiro de muchos soldados provistos de armas y parque, amenazando con ello no sólo la tranquilidad del Estado, sino la seguridad del tránsito; la capitulación quedaba desde luego rota por

los mismos a quienes favorecía. Morazán, ante tales inconsecuencias, no le quedaba otro recurso que anularla, como en efecto lo hizo, declarándola sin ningún valor ni fuerza de Ley, por medio de un decreto especial.

Recapitúlense los términos en que fué firmada la capitulación, y véase cómo en el artículo sexto, quedaban únicamente garantizadas la vida y propiedades de todos los individuos que existían en la plaza y, no obstante haberse declarado nula y sin fuerza de Ley, maravilla ver cómo el gran repúblico, ni aún apurado por las circunstancias y por los reclamos de pueblos y gobiernos, a nadie que se sepa, castigó con la pena de muerte, ni exigió tampoco ninguna clase de contribuciones, no obstante, dice él, en sus memorias: «qué no faltaba sangre por vengar, agravios que castigar y reparaciones que exigir.....» En ninguno de los artículos quedaba garantizada la libertad de los culpables; y, sin embargo, merecedores no sólo de perderla, sino de sufrir la pena capital, apenas se vieron conducidos para contener sus demasías, a los edificios de Belén y La Universidad, sus plumarios ensobrevencidos por la impunidad en que quedaban sus insultos y diatribas, ahullan y vociferan contra aquella gran gloria que los desvela y les hace enfermar de envidia.

Resultan ascosas y en alto grado risibles las protestas de los que, habiendo violado todas nuestras libertades y derechos, se consideraban como víctimas inocentes, tan luego el peso de la Ley cae sobre ellos.

Negar en el Poder, lo que los pueblos piden y reclaman en justicia, y, pedir en la oposición lo que consideran como un crimen, estando en el Poder: he ahí la política de aquellos que, a pesar de todos sus esfuerzos, vieron entrar vencedor y aclamado por los pueblos, a la capital de Centro-América, al más grande, al más insigne y esclarecido de sus hijos, el memorable 13 de Abril de 1829.

Llamativa e imperiosa, la Dictadura aparecía deslumbrante, atrayendo como un deseo de posesión indefinida a nuestro invicto Morazán que, erguido en la cima prominente de sus triunfos, pudo haber sentido el vértigo y ceder a sus halagos, cayendo desvanecido entre sus brazos. Pero aquella grande alma, forjada al parecer en un molde sobrehumano, y plasmada por el espíritu mismo de la Patria que trataba de engrandecer, no quiso, no intentó, ni soñó jamás en ejercer la Dicta-

dura, sino el tiempo muy preciso y necesario para volvernos del caos a una nueva aurora; del oprobio a la dignidad, y de la desorganización y el desbarajuste, al orden, unión y libertad de Centro-América, que aparecía radiante y venturosa al conjuro de su espada.

Tan luego Morazán, bajo el secreto maravilloso de su táctica, pudo afianzar el orden y la paz de la República, arroja fuera de sí el Poder que se le confió, convocando inmediatamente al Congreso y Senado que fueron disueltos por Arce en 1826; y haciendo trasladar a Guatemala las autoridades que en La Antigua se habían reinstalado, resigna ante ellas aquel poder omnímodo que repugnaba a sus principios.

Reinstalada también la Asamblea del Estado de Guatemala, concurre a su apertura don Mariano Centeno, encargado interinamente del Ejecutivo del Estado, mientras duraba la ausencia de don Juan Barrundia, quien no obstante habersele excitado por la Asamblea, para que se pusiese nuevamente al frente del Gobierno, no pudo hacerlo, sino fué mediante las instancias del General Morazán.

---

## XI

**Grandes manifestaciones que en Centro-América se hacen al General Morazán. La Asamblea de Guatemala lo declara Benemérito de la Patria. El Congreso Federal decreta la expulsión de los enemigos del orden, que justifica la razón que asistía a El Salvador para oponerse al decreto de indulto general.**

---

Al restablecerse nuevamente el organismo de la República bajo el dictado de la más pura Democracia, Centro-América entera parecía despertar al soplo vivificante de esa nueva corriente de Libertad, que entusiasma a todos los corazones, por aquel triunfo alcanzado por el invicto Morazán. Pueblos enteros y cabildos abiertos le prodigaban mil elogios y alabanzas, proclamándole el más eximio, el más trascendental y esclarecido de sus hijos. Nunca gloria alguna de los que comprenden al genio de la paz y de la guerra, tuvo en estas tierras exaltación más unánime y cordial que la que Mo-

razán alcanzó rindiendo las fortalezas de la Aristocracia, bajo el augusto imperio de la Democracia, que no se entregó con el triunfo a los excesos de una exaltada demagogía, ni quedó presa del sugestivo poder de la Dictadura.

La Asamblea de Guatemala, por decreto del 30 de Abril, acordó condecorar a Morazán con una medalla de oro, dictando también otro en que se le declaraba Benemérito de la Patria, ordenando a la vez fuese colocado su retrato de cuerpo entero en el Salón de Sesiones. Análogos acuerdos dicta la Asamblea de Honduras, disponiendo que los retratos del mismo Morazán, fuesen colocados, uno en el Salón de Sesiones y otro en el del Ejecutivo.

Insidiosos, bajos y rencorosos, como chacales de la envidia, Arce, Irisarri y Manuel Montúfar, en funesta trinidad, en vano pretendían contener con sus ásperos aullidos de impotencia, aquel clamoreo victorioso que en armonioso crescendo subía y subía de todos los confines de la Patria, cantando las glorias del ínclito Morazán que, laureado y enaltecido por sus grandes méritos, quedaban fuera del alcance de sus gritos. Ridículos hasta el exceso y tocados de lastimosa terquedad, diéronse a insultarlo en notas y protestas groseramente escritas y bondadosamente toleradas por Morazán, a quien calificaban como a tirano intolerable. La generosidad de éste llegó a tal grado que, la Asamblea del Estado de Guatemala, inspirada en esa bondad, dió un decreto de indulto para todos los que habían tomado parte en la revolución sofocada, y a los que de cualquier modo hubiesen apoyado a las autoridades intrusas del 26.

Tan prematuras medidas, dieron lugar a que la Asamblea del Estado de El Salvador, con pleno derecho por los ultrajes recibidos de los enemigos jurados de la libertad de Centro-América, expidiese también un decreto de protesta contra ese acuerdo de indulto general.

«Nombra de su seno,—decía en su principio aquel decreto,—dos comisionados para que manifiesten a las Autoridades federales, a la del Estado de Guatemala, y al General Francisco Morazán, y representen para que sean cumplidos estos mismos votos que son los contenidos en los artículos siguientes».

Y esos artículos basados en derecho, razonaban los motivos que asistían a El Salvador para no aprobar el

acuerdo de indulto, expresados claramente en los artículos 7º y 8º, que dicen: «7º—Declarada nula la capitulación celebrada entre el General Morazán y Mariano Ay-cinena, como Comandante de la fuerza que existía en la plaza de Guatemala, los presos son verdaderos prisioneros de guerra de los Estados aliados, y por lo mismo sujetos a la jurisdicción militar de los mismos Estados;—8º—La Asamblea del Estado de El Salvador excita a los otros Estados de la Unión a fin de que se cumplan sus deseos. Con este objeto el Gobierno comunicará a los mismos Estados el presente decreto».

Entre tanto, ante la expectación general de los pueblos de la Patria, el memorable 22 de Junio del 29, quedó debidamente instalado el Congreso Federal de la República de Centro América. Este alto cuerpo, por medio de sus secretarios envió la siguiente comunicación al General Morazán: «Al ciudadano General en Jefe del Ejército Protector de la Ley.—En la mañana de este día, a las 12 de ella, se ha declarado legítimamente constituido e instalado el Congreso Federal de la República, con todas las formalidades prescritas por la Constitución y por acuerdo de la penúltima junta preparatoria: los representantes nuevamente electos han prestado el juramento de Ley al incorporarse con los que quedaron del año de 1826, y en conformidad con lo que el Reglamento previene.—El Congreso ha acordado que todo se comunique a usted para su inteligencia y fines consiguientes: que se le manifestasen al mismo tiempo los sentimientos de aprecio que le animan respecto de usted y de las tropas de su mando, por lo que sus esfuerzos han contribuido a tan fausto acontecimiento; y que la noticia ésta se traslade sin demora a los Gobiernos de Estado de la Unión.—Tenemos el honor de decírselo a usted en cumplimiento de lo mandado, y el de ofrecerle nuestra consideración y particular aprecio.—Dios, Unión y Libertad.—Guatemala: Junio 20 de 1829.—M. Gálvez; Diputado Secretario.—Simón Vasconcelos, Diputado Secretario».

Instalado el Congreso Federal, restablecidas las legítimas autoridades del Estado de Guatemala, la República de Centro América, aparecía ante el mundo civilizado revestida de todos los atributos de una verdadera Democracia. Mas, apenas el Congreso da principio a sus labores legislativas, un nuevo plan para alterar la paz de la República fue descubierto. Sus

miembros que en tan trascendentales circunstancias representaban el alma y la conciencia nacional, fueron convencidos por la evidencia de los hechos: que toda la razón estaba de parte de la Asamblea de El Salvador al protestar, como lo hizo, por el decreto de indulto general que, en vez de contener los malévolos propósitos de la reacción servilecida, parecía estimularla más y más con esa serie de perdones, no reconocidos ni agradecidos por los que a todo trance querían finar con la unidad y libertad de la Patria.

Esplendente y fecundo sol que se levanta en nuestro Oriente, para disipar las tinieblas de una larga noche tarde en desaparecer, tal parecía la deslumbrante y simpática figura de Morazán, que avanzando hacia el cenit de su gloriosa carrera, disipaba con su radiosa serenidad tantas sombras condensadas sobre el horizonte patrio; nubes negras, amenazantes y tenebrosas nubes que se aglomeran para interceptar la luz de ese Sol, tal parecían aquellas organizaciones de frailes que, debidamente disciplinados, luchaban y luchaban, porque el espíritu del Siglo de las luces no llegase a disipar la densa niebla de la ignorancia.

Y esta vez, como otras tantas, el movimiento sedicioso partía de la sombra de los conventos de ciertas órdenes religiosas, donde los frailes estimulados por los serviles y patrocinados por su director espiritual, el Arzobispo Casaus, parecían rebatir con manos que fingían piedad, el fermento odioso que mantenía en constante agitación a las almas fanatizadas por sus prédicas sistemáticas, no de religión cristiana, sino de rebelión satánica y desalmada. Era imposible que los espíritus pervertidos por tales prédicas; dejaran de seguir a aquellas almas de tinieblas, dispuestas a luchar sin tregua ni descanso contra el avance inesperado de esa nueva luz de redención.

El Congreso Federal, interpretando cual debía el querer y el sentir de la Nación, da como corresponde a sus sagrados intereses, el decreto salvador, acordando la expulsión del Arzobispo Casaus, como director espiritual de los sediciosos y de todos aquellos frailes que le seguían.

No con fines de persecución religiosa, como los serviles repetían sin cesar, sino para extirpar aquel espíritu de rebelión que se hacía endémico, fue que se resolvió por el Congreso la expulsión del Arzobispo y de los frai-

les de algunos conventos. Como prueba elocuentísima de lo que afirmamos, fueron exceptuados de esa pena los padres de los conventos de la Merced y de Belén, que nunca tomaron participación en asuntos de política.

Quedaba respetada la religión; pero era imposible seguir tolerando la rebelión de quienes falseando sus sagrados deberes, se dedicaban a sembrar la anarquía y la discordia.

Raoul fue el encargado para conducir al puerto de partida a estos frailes renegados, que como bandadas de cuervos vióseles salir en dos grupos de las playas de la patria: Casaus, que encabezaba el primero, fue embarcado en Omoa, rumbo a la Habana, y el otro embarcósele en Acajutla, con destino a México.

España, que también no olvidaba, ni podía olvidar sus ricas y perdidas posesiones de esta América prodigiosa, preparaba para recuperar, siquiera en parte su antiguo predominio, una nueva expedición que, partiendo de la Habana; debía de desembarcar en uno de los puertos del Atlántico.

Tan alarmante noticia, puso desde luego en estado de inquietud a las nuevas repúblicas que, ávidas de libertad, estaban dispuestas a luchar unidas para hacer prevalecer sus principios y derechos. Bajo esa alta idea de solidaridad que las ligaba, fue el General Mariano Mantilla, como Jefe Militar del Distrito de Magdalena, República de Colombia, quien primero participó al Vicejefe del Estado de Nicaragua la noticia de invasión que, seguida de la de México, se haría la de Centro América por el puerto de Omoa.

Tanto el Jefe del Estado de Guatemala, como el de Nicaragua, por su orden, informaron al General Morazán de lo que ocurría; y éste, propuesto como estaba a darle verdadera respetabilidad e independencia a Centro América, dispone, con la actividad que le caracterizaba, poner en estado de defensa los puertos de Omoa y de Trujillo, ordenando se alistén para tal fin las milicias de Santa Bárbara, Sula, Yoro, Olancho y Sulaco, haciendo partir inmediatamente 200 hombres para Omoa. Estas fuerzas que pertenecían sólo al Estado de Honduras, serían pronto aumentadas por las del Estado de Guatemala, cuyo digno Jefe, al comunicar la noticia a Morazán, ponía también a su disposición todos los recursos, armas y soldados que fuesen necesa-

rios. Tan alentadoras como señaladas muestras de patriotismo fueron sinceramente agradecidas por quien no hablaba ni sentía sino por el alma misma de la Patria, que lo enajenaba hasta el delirio.

Las noticias comunicadas no vinieron en alas de la fantasía, sino en las de la realidad: México había sido invadido por 5,000 hombres al mando del General Barradas. Pero aquella libérrima nación, hermana de la nuestra, que supo acreditar su heroísmo y su amor a la República en el drama de Querétaro, redujo bien pronto a la impotencia y al fracaso más completo a aquella loca y desatentada invasión, que fue vencida y aplastada de nuevo por sus armas.

## XII

**Domínguez acecha desde El Salvador, y aprovechándose de la insurrección de Olancho, conmueve y levanta en rebelión a Honduras.—Morazán, nombrado Jefe del Ejecutivo Hondureño, deposita el mando y vence a los rebeldes en las vueltas del Ocote y Opoteca, y luego pacifica a Nicaragua, donde se nombra Jefe de Estado a don Dionisio de Herrera.**

Tigre prófugo y feroz, escapado al perdón de su vencedor en Gualcho, Domínguez sin ser escarmentado por sus crímenes de ayer, no pierde de vista al ejército aliado, y desde sus guaridas de El Salvador acecha y espera el momento más oportuno para caer sobre el Estado que fuese más propicio a sus criminales propósitos de ensangrentar nuevamente el suelo de la Patria. En la seguridad de que el ejército de Morazán, después del triunfo y de tantas fatigas quedaría imposibilitado de seguir sobre sus pasos, la fiera calcula la distancia y confiado en ese aparente reposo, que no dará lugar a que se le siga, recorre el Oriente de El Salvador, haciendo del departamento de San Miguel el centro de sus pesquisas y maniobras para atraer a sus prosélitos.

Logrando el momento más oportuno, mientras la atención de Centro América estaba atraída por los trascendentales acontecimientos de Guatemala, Domínguez, dando un salto salvaje y atrevido, cae ávido de sangre y de exterminio sobre las concavidades hondureñas.

Son las ásperas y crudas montañas del extenso departamento de Yoro, las que primero sienten sobre la virginidad de sus flancos y hondonadas la impresión sangrienta de sus huellas, que al perderse entre el laberinto intrincado de sus selvas, levanta y azuza a sus adeptos para caer con ellos sobre las pampas olanchanas, donde masas ignaras, fanáticas y agresivas, se habían levantado en criminal rebelión contra las legítimas autoridades del Estado de Honduras.

Los círculos de Catacamas, Agalta y el Zapote, focos principales de la insurrección de Olanchó, siéntense tocados de valor y de entusiasmo con la llegada de Domínguez, al conjuro de cuyo nombre conmueven con sus crímenes e incendios, todas las comarcas circunvecinas, haciendo por que la insurrección se extienda y se propague como una peste asoladora.

Las no apagadas cenizas del viejo espíritu colonial que reaccionaba, y reaccionaba sin cesar, había recibido de nuevo el soplo alentador de sus satánicos atizadores, y las llamas de aquel incendio que devoraba los campos hondureños, parecía extenderse y abrazar a las otras regiones de la Patria. El Salvador tenía departamentos desafectos al espíritu libérrimo de su capital, que se mostraba abiertamente democrática y aliada fiel de Morazán; Nicaragua, dividida en bandos al parecer innumerables, sus directores estaban íntimamente unidos a las locas pretensiones de la aristocracia y, Guatemala, cuya capital era el foco principal de la reacción, estaba plagada más que ninguna de todos estos males. El enemigo, al parecer vencido, respiraba aún a pulmón lleno en los cinco Estados de la Federación.

Sin que nos guíe la pasión por nuestro héroe, podemos asegurar que, el duelo a muerte sostenido entre Morazán y el partido servil aristocrático, era en su fondo y por su alcance, más difícil y penoso que la lucha por la Independencia sostenida por Bolívar contra las huestes españolas; aquel Padre de la Independencia Sud-americana y sus grandes mariscales, seguidos de un ejército que pedía independencia o muerte, luchaban, es verdad, contra fuertes y disciplinados enemigos; pero al fin, la lucha era contra ejércitos visibles, que una vez vencidos, dejaban el campo libre a los libertadores que, fecundándolo para la Libertad con su sangre derramada, enarbolaban para siempre sobre él, la bandera independiente, que luego era saludada y

sostenida por todos y cada uno de los hijos de las tierras libertadas. En cambio, Morazán y los suyos, que no luchaban ¡ay! contra ejércitos españoles, sino contra el espíritu colonial que intangible e inabarcable como las sombras de la noche, tan luego se condensaban amenazantes en un punto del horizonte, para desvanecerse y aparecer negras y traicioneras en otro.

Compréndase bien esa lucha titánica sostenida por Morazán contra todos los prejuicios de un pasado que, sin haber sido lanzado fuera de los dominios de la Patria, como lo fueron las huestes españolas al empuje de las armas libertarias, allá en el Norte como en el Sur, vivía aún entre nosotros alimentado y sostenido por la misma sabia de ignorancia de que estaba hidrópica la tierra centroamericana. Las fuerzas materiales son vencidas por el golpe superior; pero las fuerzas ocultas, guiadas por espíritus perversos, sólo pueden ser vencidas por el golpe de la muerte, y, Morazán nunca prodigó muerte, sino la vida y el perdón de los hombres que vencía: he ahí por qué la reacción volvía de nuevo a aparecer sobre los campos hondureños, tan luego fue vencida en el propio corazón de Guatemala.

Para develar esta otra insurrección que amenazaba extenderse por los otros Estados de la Unión, envióse inmediatamente al Coronel Márquez a combatirla; pero a pesar de los esfuerzos y el valor a toda prueba de este jefe, no pudo reducir a los rebeldes a un sólo punto, quienes como prácticos conocedores de la comarca, aparecían y desaparecían en una y otra parte, burlando todos sus planes, e infundiendo entre tanto el terror en el Estado.

Nuevamente el adalid centroamericano, que siente como el que más el derramamiento de sangre humana y, compenetrado como estaba de la aflictiva situación de Honduras, dispone salir inmediatamente para esa sección, tanto por cumplir la voluntad de su Asamblea que con fecha cinco de marzo del 29, lo había electo Jefe de Estado, como para prestarle una vez más su valioso contingente, devolviéndole la paz mediante el prestigio de sus armas. Sin pérdida de tiempo, pónese en marcha hacia el corazón de Honduras y, llegando de paso y en demanda de auxilio a San Salvador, saca de allí 400 hombres, con los que prosigue para Tegucigalpa.

La Asamblea de Honduras, que se había reunido

extraordinariamente para recibir en su seno al Jefe electo, que lo era Morazán, da posesión a éste de su alto cargo el 4 de Diciembre de 1829.

Dispuesto siempre a seguir los dictados de su corazón, que se revelaba contra toda medida de rigor y, deseando antes que todo emplear la persuasión para convencer a los contrarios del error en que se encontraban, Morazán, tan luego está al frente de los destinos de Honduras, dirige un manifiesto a los pueblos insurrectos, llamándolos al orden, a la paz, a la concordia y al pleno goce de sus derechos y libertades. Pero su llamada fraternal, en nada pudo conmover el alma encallecida de los que sólo deseaban escuchar el bronco grito de Domínguez, que los llamaba al exterminio y, como dijo Robespierre: «La voz de la verdad que suena en los corazones corrompidos, se parece a los sonidos que retumban en los sepulcros, sin despertar a los que en ellos yacen».

Convencido de la inutilidad de sus esfuerzos pacifistas y, viendo que las hojas del olivo no eran las que podían atraer al regazo de la República a las multitudes semisalvajes, el héroe, volviéndose al sagrado altar de la Patria, deposita en él las simbólicas hojas que había querido ofrendar en aras de la paz, y desnudando su fulgente espada, apréstase para combatir en persona a los rebeldes.

El 24 de Diciembre, apenas transcurridos veinte días de haber sido electo por aclamación Jefe del Estado, Morazán deposita el mando en el Senador Juan Angel Arias, y, con las fuerzas reunidas y otros 400 hombres más que le envía el Gobierno salvadoreño parte para las regiones sublevadas.

Extraño a las fatigas, nuestro glorioso Capitán no mide las distancias, ni hay tiempo ni penosas circunstancias que puedan detenerle. De día como de noche, según convenga a la estrategia de sus planes, él, como imagen del valor, va sobre su corcel de guerra, señalando con su espada la ruta más propicia al ejército que le sigue como la sombra al cuerpo.

Por medio de correos exprefesos que su talento militar acondiciona y hace llegar a los campos enemigos, pronto Morazán, antes de ponerse en su contacto, sabe y conoce la situación que tiene, y traza sobre él, el plan que debe seguir en su campaña.

Allá en Morocelí, donde pasó parte de su primera

juventud, donde espació su mente y dilató su fantasía contemplando sus bellos panoramas, y donde al susurro de aquellos pinos que pueblan aquellas selvas interminables, oyó siempre embelesado el himno armonioso y arrobador de la Libertad que le llamaba; allí, como si sintiese la necesidad de aspirar de nuevo aquel ambiente saturado de esencias resinosas que le recuerdan su juventud, pernocta ya de noche y hace descansar a sus soldados, mientras él como Ulises cauteloso y prevenido, recorre lleno de sagrado y profundo recogimiento sus parajes bellamente iluminados por la luna. Absorto en aquella contemplación nocturna y entregado a la retrospección de su vida juvenil, recibe los primeros correos, y, sin darse punto de reposo, en alta madrugada del 28 de Diciembre, Morazán escribe para informar desde su Cuartel General en marcha al Ministro de la Guerra y Marina de la Federación, el estado en que se encontraban las fuerzas enemigas y las de su mando. Del fondo de su comunicación, basada en los informes del Coronel Márquez, se comprendía que los males de la guerra se extenderían bien pronto sobre todo Centro América, si un pronto auxilio de la Federación no llegaba para asegurar la paz de Honduras.

Cuando el enemigo envalentonado parecía tomar más fuerza, extendiendo su acción disociadora hasta los círculos de Opeteca y Trujillo, las fuerzas auxiliares de la Federación llegaron muy a tiempo desde Guatemala hasta el Cuartel General en marcha.

Era de verse aquella lucha, rara y difícil por sus peripecias, previstas y salvadas por el genio de la guerra.

Como manadas de lobos sanguinarios que, después de infundir el terror y llevado el estrago a rebaños indefensos que devoran sin piedad, y que al oír el rugido del león que los aterra, se agrupan y se estrechan más y más, creyendo así salvarse cada uno del encuentro tan temible, tal parecían aquellos grupos de rebeldes que dispersos aquí y allá por las extensas pampas olanchanas, pugnaban ahora por compactarse para defenderse en masa de aquél que había de vencerles.

De encuentro en encuentro, los insurrectos, ignorantes e indisciplinados, sin más táctica en sus combates que el valor que creía aumentado al presentarse en masas mal dispuestas y peor dirigidas, tuvieron que retroceder ante el empuje y disciplina de los morazáni-

das que, estimulados por su jefe, infringieronles en cargas sucesivas derrotas desastrosas.

No considerándose vencidos, y sintiéndose respaldados por grupos disidentes que salen por laberintos y encrucijadas, creen estar protegidos por las propicias y singulares condiciones del paraje que conocen en detalle, un ataque de sorpresa en el lugar denominado «Las Vueltas del Ocote»; pero el golpe preparado por la astucia y el acecho, volvióse contra ellos, gracias a la maravillosa disposición con que el gran estratega, sabía convertir las circunstancias más adversas en favorables, en el mismo fragor de la pelea.

Dado el mate al centro vital de la facción, Morazán con su bien reconocida previsión, antes de dar aquel golpe de muerte con una parte de su ejército, había apostado otros escuadrones que, ocultos en parajes determinados, formaban algo así como un círculo invisible a los ojos del enemigo, que no podría salir de él sin tocar con esos puntos defendidos. Así fue como éste, después del tremendo golpe recibido en el centro, a pesar de la extrema facilidad que tenía para escurrirse, no pudo escapar como otras veces a la rápida persecución de que fue objeto después de su derrota, por aquellos grupos preparados de antemano.

Impotentes y anonadados ante la perspectiva de verse totalmente aniquilados, los facciosos, no pensando tanto en el peligro general, si no en su propia salvación, suplicaron al Jefe vencedor aceptase su rendición y, en cambio del perdón que solicitaban por sus crímenes cometidos, declarábase del todo sometidos al respeto y subordinación del Gobierno constituido.

Los términos propuestos fueron aceptados por el héroe de esta nueva jornada, cumpliendo por su parte el perdón ofrecido al enemigo dominado en «Las Vueltas del Ocote», el 21 de Enero de 1830.

Después que el Ministerio General del Gobierno hondureño, comunicaba tan fausta noticia de estar vencida la insurrección de Olancho al Ministerio de la Guerra de la Federación, expresándole el reconocimiento en nombre del Estado por el eficaz y oportuno auxilio recibido de Guatemala, la paz apenas conseguida, fue de nuevo alterada por las facciones de Opoteca, quienes bajo una inspiración siniestra y en alto grado criminal, obstinanse en combatir sin plan ninguno las bondades del mejor régimen que, sin comprenderlo lo

odiaban por instinto. Tamaña obstinación y rebeldía sacude en lo más profundo el alma de Morazán, que traspasada ya en el límite de su habitual tolerancia, siéntese agujoneado por justa indignación, lanzándolo por otra vez al campo de batalla.

Rápido como el mismo pensamiento que ha determinado hacer escarmentar la insolencia y terquedad del enemigo, Morazán, seguido de sus aguerridos batallones, vuélvese de las pampas olanchanas, traspone las montañas de tres extensos departamentos, atraviesa el valle de Comayagua, salva las corrientes del Umuya y, saltando luego sobre las ríspedas alturas de Opeteca, cae sobre sus aterrados enemigos como esos rayos secos que sin anuncios de tempestad, vienen a estallar muy lejos de la región de las tormentas, sacando despavoridas a las fieras de sus antros.

La pasmosa rapidez con que fue ejecutada aquella marcha bélica y la no menos rápida sucesión de encuentros reñidísimos, casi imposibilitan a la pluma a seguir la descripción de esos choques fulminantes, que pusieron bien pronto fuera de combate a los rebeldes que, lanzados por doquiera de sus antros y guaridas, fueron totalmente derrotados el 19 de Febrero de 1830, quedando con tan señalada victoria, afianzada una vez más la paz de Honduras.

Pero como si la República estuviera condenada a no disfrutar de una paz completa, al no más terminarse la pacificación de Honduras con los dos últimos triunfos indicados, la creciente y no contenida anarquía de Nicaragua, amenazaba devorarla por completo, lanzándola de nuevo a una lucha fratricida. Para conjurar el mal y evitar que Centro América se precipitase al abismo a que la empujaban las discordias de sus malos hijos, el paladín de nuestra historia, sin tomar en cuenta sus recientes sacrificios prefiere, antes que disfrutar del poder de Honduras en el seno de la paz, arrojarse nuevamente a la lucha, marchando a Nicaragua para afianzarla en el seno de la paz. Más, siendo indispensable su presencia en el primer Estado para restablecerlo de sus quebrantos y hacer frente a su Gobierno y, tomando muy en cuenta las cualidades cívicas y políticas que adornaban el alma del gran republicano don Dionisio de Herrera, comisionó a éste para que se dirigiese a Nicaragua, recomendándole que, para lograr la paz del Estado, emplease primero, antes

que la fuerza, la persuasión, para que la intransigencia de los bandos en contienda cediese a la voz de la razón, entrando en un advenimiento que asegurase, no sólo la armonía y tranquilidad de esa sección, sino la paz de todo Centro América.

Tan ilustre como digno mediador, obtuvo bien pronto, gracias a sus prestigios y a su esclarecido talento, un éxito completo en los nobles fines para los que fue comisionado.

Las grandes virtudes como las grandes cimas, tienen el privilegio de atraer sobre sí todas las miradas: he ahí por qué aquel sereno espíritu apenas llegó a la encantadora tierra de los lagos, fue objeto de la atención y aprecio de todos sus hijos, quienes sin distinción de bandos y sectarismos, le aclamaron como Jefe del Ejecutivo de Nicaragua.

### XIII

**Después del interinato de Barrundia, Morazán electo por mayoría absoluta, toma posesión de la Presidencia de la República de Centro América el 16 de Septiembre de 1830.—Grandes manifestaciones de regocijo por tan fausto suceso.—Consideraciones.**

Y, la roja escenografía en que durante el lustro que precede a 1830 se ha visto representada la vida política de Centro América, parecía estar ya velada por el manto blanco de la paz con que ahora se presenta a los ojos del mundo, bajo su aspecto innovador lleno de promesas y simpatías, y en alto grado seductor. Apenas sí los tres primeros meses del año mencionado salpicaron aun con el rojo sanguinoso de sus luchas el manto sagrado de esa paz bendita con que el héroe nacional quería sublimar la augusta majestad de la Patria redimida.

La noche, la negra y espantosa noche de los 300 años de coloniaje, que pugnaba por prolongarse, parecía haber terminado ya para esta nuestra bella y amada Centro América: en el seno de la metrópoli, alzábase radioso y esplendente el nuevo Sol de Libertad: allí bajo la Presidencia provisional de Barrundia, la República, la verdadera República idealizada por la arrobadora armonía de su verbo, e identificada con

todos sus atributos democráticos, estaba ya como una hermosa realidad firmemente sostenida y afianzada en la conciencia nacional; y, él, el inspirado tribuno, en cuyas manos se depositó la Presidencia de la República Federal de Centro América, mientras una nueva elección popular renovaba a todas sus autoridades, sentíase poseído por extraña emoción, al considerar que, después de tan cruentas luchas y sacrificios tenía ¡ay! a su cuidado el destino de toda una nación, cuyos primeros pasos por la amplia vía de libertad le robaban toda su atención. Ese sagrado depósito era para Barrundia, no un placer, sino un deber que lo desvelaba y lo retenía allí como abismado y sobrecogido ante las responsabilidades del futuro, que tan brillante y sugestivo lo vislumbraba para la Patria de su amor.

Este gran tribuno y gran patriota centroamericano, que cantó los prestigios y las bondades de la República, supo amarla y respetarla más aún cuando la tuvo entre sus manos: no fue como Castelar, que sólo supo cantar la Libertad para violarla luego en el mismo seno de la República que poseyó, ni fue como Balmaceda que, espantado de su crimen y de su audacia al verse sorprendido en brazos de la dictadura, escapó avergonzado por la puerta del suicidio. No; éste democrata y repúblico centroamericano, cantor de nuestras libertades y fiel centinela del derecho, unió a susagrada inspiración y a la armonía de su verbo, la pureza de su alma y la consecuencia de sus principios republicanos, jamás mancillados ni vendidos.

Como vírgen sagrada que se vela al pie del altar con la unción y respeto que merece, así permaneció la República, inviolable y acatada durante el interinato de Barrundia.

¿Habéis contemplado esas albas diáfanas y puras que preceden a la sonrosada aurora que pronto bañará en luz el alma risueña de la tierra? Tal nos parece el interinato de Barrundia que, con toda la diafanidad de sus virtudes republicanas, presidió el Gobierno de la Federación durante esos pocos meses que precedieron a la instalación de las autoridades supremas electas.

Estamos en 1830, y la Nación entera está en plena agitación. Pero esa agitación no tiene por esta vez, nada que pueda alterar el orden y la estabilidad de la República, cuyos habitantes en plena paz y libertad practican uno de sus más sagrados deberes cívicos.

Terminado el período para el que fueron electas las Autoridades Federales el año 25, todos los pueblos de Centro América encontrábase en movimiento para elegir, según convocatoria, al nuevo Presidente de la República. Y, ahora la visión del pueblo centroamericano estaba enfocada sobre sus más altas cimas.

A la Ciencia, al Genio y a la Sagrada Inspiración; he ahí la radiosa trinidad a la cual se le tributaba culto de admiración en el gran templo de la Patria. No parecía sino que el pueblo centroamericano, entrando al verdadero goce de sus libertades, dejaba para siempre el bajo culto de sus fetiches, para consagrarse al reconocimiento y admiración de sus mejores hombres.

La Ciencia era Valle; el Genio, Morazán, y Barrundia la Inspiración. Entre tan digna trinidad estaban repartidos los votos del pueblo, para que uno u otro ocupase la Presidencia de la República.

El escrutinio que se practicó en Junio de ese año, dió como resultado la elección de Morazán por mayoría absoluta de votos, tomándose por base, no el número de los que deberían sufragar, sino de los que concurren a las urnas. La elección, pues, fue como la que favoreció al sabio Valle sobre la de Arce el año 25; quien contra toda justicia fue declarado Presidente de la República por el Congreso, burlándose así la voluntad del pueblo que favorecía al primero.

Valle, consecuente con el espíritu y la letra de sus luminosos folletos publicados aquel año en defensa de su triunfo tan palmario, confirmó con su prudente y significativo silencio, el de Morazán en 1830. Barrundia, por su parte, más que desear el poder, desesperaba por entregarlo a quien tanto admiraba por sus proezas y raras dotes de legislador, guerrero y estadista; y, Morazán a su vez, objeto de estas particulares simpatías, no ambicionaba el poder, ni trabajaba por adquirirlo; pero la fama de sus grandes hechos, el prestigio de su nombre y la admiración que se había conquistado, llegaba a tan alto grado, que era difícil, sino imposible, dejara de triunfar en la elección, ya que como decía el Doctor Montúfar que, «su aureola en la pequeñez de nuestro suelo, era la que rodeaba en gran escala a Bonaparte al volver de Egipto». Y, aún en el caso que no se hubiese tomado como base el número de votos emitidos, sino los que se deberían emitir, dejándose por lo tanto la elección a voluntad del Congreso,

como sucedió el año 25, el triunfo de Morazán tampoco hubiera sido dudoso, ya que todas las simpatías del Congreso estaban a su favor.

Apartado de toda esfera de acción que pudiese infundir la más ligera sospecha de su parte, Morazán encontrábase en la capital de Honduras consagrado como Jefe del Estado a la implantación de sus reformas económicas y administrativas, cuando se le llamó con urgencia de Guatemala para que pasase a la capital de Centro América a hacerse cargo del Gobierno Federal.

A las voces de llamada del Soberano Congreso de la República, uníase también la del Presidente Interino don José Francisco Barrundia, que con toda la sinceridad de su alma le hacía ver la necesidad de su pronta marcha.

«Después de felicitarlo por su elección,—decíale,—yo le envidio a Ud. su gloria, al mismo tiempo que ansío por mi retiro, pues no nací para el mando. Ya está en un patriota firme que lleva una espada triunfante en favor de las instituciones y de los hombres libres».

Y luego, sintiendo como ninguno la necesidad imperiosa de la Patria, para que aquel genio se pusiese al frente de sus caros destinos, continuaba: «Véngase Ud. al instante, yo se lo exijo como amigo, y como un Magistrado que está palpando la necesidad de que tome posesión el propietario, para dar consistencia a las medidas más esenciales. La debilidad de un Gobierno Provisional es tan patente que no necesita manifestarse a su penetración, y sin ningún plan formado y arreglado cual corresponde al estado de defensa que requiere la República y a sus relaciones exteriores, puede ahora efectuarse con el pie en el estribo para desmontar, como yo me hallo».

«Véngase Ud., amigo mío, y llene los deseos del pueblo, de la mayoría de la Nación que lo ha escogido, y de todos los hombres de bien que quieren dar vigor y estabilidad a nuestro Gobierno; de mí en particular que deseo a Ud. tan bello honor, y a la República este alivio de sus males».

«Espero, pues, que tendré el gusto de dar a Ud. pronto un abrazo y de colocarlo por mi mano a donde Ud. me hizo subir por su victoria».

Y, aquel espíritu vidente, lleno de los mejores anhelos para su Patria, sentía dentro de sí un verdadero y legítimo orgullo al contemplar sobrecogido de amor el

resurgimiento de Centro América que, engrandecida por sus mismas concepciones, imaginábase la verla convertida en el Emporio del Mundo, cuando delirante de entusiasmo terminaba con estos párrafos: «¿Creerá Ud., amigo mío, que en medio de nuestros males, estoy en la inteligencia que no hay en el día una República hispano-americana que esté mejor que la nuestra? El gran negocio del canal de Nicaragua, presenta a Ud., la más bella ocasión de una empresa grandiosa, digna de su ambición y de su nombre. Este negocio va muy bien si las propuestas se aprueban y verifican.—Ud. tendrá el indecible placer de hacer en su tiempo la gran revolución comercial que va a transformar al mundo en favor nuestro y a ponernos en una actitud respetable».

«Después de dar el triunfo a la Constitución, después de expeler al monstruo del fanatismo y de las reacciones y purgarnos de frailes y refractarios, no es un objeto de menos valer hacernos el emporio de las relaciones comerciales del mundo».

«Yo me alegro de sólo contemplar tan bellos objetos. Estoy de buen humor, y veo que a un tiempo he logrado presentar la República tranquila y libre, y entregarla a un patriota firme que ha nacido para grandes cosas. Véngase Ud., pues, a realizar pronto este deseo, el más ardiente de su afectísimo amigo.—F. BARRUNDIA».

Y, no es ya una marcha forzada por la urgencia de combatir la porfía del enemigo; es ahora la llamada precisa e imperiosa que la Patria hace al más eximio de sus hijos, la que le obliga a ponerse en marcha desde Comayagua a la capital de Centro América.

Tras emocionante espera, Morazán llegó a Guatemala el 14 de Septiembre, entre las aclamaciones del pueblo y grandes demostraciones de simpatía. Habíase fijado el 15 para darle posesión de su alto cargo, pero transfirióse para el 16.

Nunca como entonces, la celebración de nuestra independencia tuvo tan singular significación. Hacía nueve años que muchos de los patricios reunidos allí, nos habían declarado independientes de España; pero aquella independencia que no tuvo, para desgracia nuestra, su correspondiente bautismo de sangre, no fue sino una ficción, bella en verdad, pero, en el fondo y en el hecho, quedábamos muy lejos de ser libres e indepen-

dientes. En la forma, la revolución ideal estaba efectuada, y pasamos como por un soplo providencial del coloniaje a la República. Pero la revolución efectiva, la que purificándonos en nuestra sangre, debía independizarnos en verdad del espíritu colonial, que aún nos poseía con todos sus errores y prejuicios, esa revolución trascendental, acaba de realizarse por aquél cuya consagración definitiva con la Patria, iba a celebrarse.

Cuatro años atrás, o sea el 26, la celebración de esa independencia era casi un sarcasmo, porque, precisamente Arce, que fue de los que la proclamaron de palabra, la había asesinado en consorcio criminal con el partido servil recalcitrante. Pero en 1830, la visión ideal de un futuro que se vislumbraba lleno de bellas esperanzas, unido a la realidad tangible del momento en que la Patria se presentaba unida y libre, daba lugar para que el espíritu nacional se sintiese como nunca regocijado, al celebrar así, bajo un doble significado, su verdadera y santa independencia.

Estamos en el Salón de Sesiones del Congreso Federal, donde se encuentran reunidos no sólo sus miembros, sino los representantes de los Gobiernos de los demás Estados de la Federación, una comisión de la Asamblea del Estado de Guatemala, el Cuerpo Diplomático y Consular acreditado en la República, las principales autoridades civiles y militares, importantes personalidades de la capital y una gran parte del pueblo. Aquel amplio salón ornamentado con los atributos de la República y los colores de la Bandera Nacional, parecía contener en su seno todo el pensamiento y el alma de Centro América.

Inaugurado el acto, todas las miradas volviéronse hacia aquel predestinado de la gloria, que con actitud patriótica presta el solemne juramento de ser fiel a la República.

El señor Lorenzana, como Presidente del Congreso, dirigió al General Morazán el discurso de ley, de cuyo fondo se desprende el reconocimiento y la gratitud de la Nación para con aquel elegido del pueblo que la había salvado del abismo en que estaba próxima a caer. Hay en ese discurso un juicio imparcial y sereno sobre la revolución social que acababa de consumarse; y, dentro de la rectitud de propósitos que a todos anima percíbese el entusiasmo por aquel triunfo que coronaba sus anhelos democráticos, sin desconocer por ello lo

difícil de la tarea, y, prescindiendo de la gratitud inmediata, confiábase en el fallo justiciero de la posteridad. «Para la generación actual, para nosotros los funcionarios públicos—decía—más inmediatamente son los trabajos: quizá la ingratitud será nuestra recompensa; mas la posteridad, ¿no reconocerá el nombre de los fundadores de la República? ¿No conservará en las páginas de la Historia el de los defensores de sus instituciones, el de aquellos que haciendo desaparecer el espíritu odioso, derramaron la confianza y el placer en el corazón de sus compatriotas? Duerma en buena hora el mío en el pacífico olvido, con tal que mi último pensamiento sea la consoladora esperanza de un feliz porvenir para la Patria».

Así habló el digno representante, que como Presidente del Congreso, hablaba con la voz y el sentir de la Nación.

Morazán, aunque embargado por tan múltiples sentimientos que lo llenaban tanto de gratitud como de una tremenda responsabilidad por el depósito sagrado que se le hacía, hizo de su discurso contestación, al par que un bello compendio de Derecho Público, una síntesis magistral de su programa de gobierno.

«Los centroamericanos—decía—han practicado uno de los actos más dignos de su soberanía, nombrando el que debe colocarse en el Poder Ejecutivo Federal, y tengo el honor de haber sido el depositario de su confianza, tanto más respetable y sagrada para mí, cuanto es de grande y terrible a los ojos de la Nación, después de los inmensos peligros a que se vió expuesta en las manos del primer elegido del pueblo».

Y luego, reconociendo como el que más los grandes méritos que abonaban al sabio Valle y al ilustre Barrundia, no veía en su modestia los motivos de preferencia en su elección, demostrándolo en los siguientes conceptos: «Cuando abracé la causa común, no existía un sólo principio de esperanza, sino era para aquellos que deseaban morir en defensa de la ley. La República se hallaba envuelta en una guerra inmensa y fratricida, desacreditado el nombre centroamericano, sin mancha hasta entonces, pronunciado después con desprecio por los enemigos de su engrandecimiento y próximo a sepultarse en las ruinas de la Patria; ese puñado de valientes defensores de la libertad que, arrostrando toda clase de peligros para salvarla, supo arrancarla con la

palma de la victoria a los enemigos y reivindicar el honor nacional. Estos hijos predilectos existen entre nosotros, en unión de otros muchos, cuyo mérito reconocido e ilustración acreditada en diversos tiempos, ha justificado que son más dignos que yo, de merecer la confianza que se me dispensa, y capaces de gobernar, principalmente en tiempos de peligro».

Y, el que al parecer iba a iniciarse en la difícil ciencia de gobernar, poseía de modo innato todos sus secretos, evidenciándose en los siguientes párrafos de su discurso, la intuición natural de su talento que lo abarcaba y comprendía todo.

«Aun aquellos—decía—que poseen los profundos conocimientos que constituyen la difícil ciencia de gobierno, han desacreditado muchas veces esos descubrimientos que pasan ya como verdades, cuando no han consultado con la experiencia para su aplicación. El pueblo soberano, sin embargo, me manda colocarme en el más peligroso de sus destinos, y debo obedecer sus respetables preceptos y cumplir el solemne juramento que acabo de prestar en vuestras manos. En su observancia ofrezco sostener a todo trance la Constitución Federal que he defendido como soldado y como ciudadano».

«Las relaciones exteriores se conservarán o aumentarán en razón a su utilidad, procurando siempre que el orden interior y los progresos del sistema hacia su perfecta consolidación, faciliten los que deben tener por resultado el reconocimiento de la Independencia, el aumento del comercio, de la riqueza y de la población. Con este interesante fin, nuestras leyes llaman al hombre ilustrado e industrial, sin examinar su origen, ni su religión; el centroamericano lo recibe con los brazos abiertos y el Gobierno lo protege».

«La alianza de los pueblos americanos, aunque se ha frustrado hasta ahora, no está lejos el momento de ser puesta en práctica esta combinación admirable. Ella hará aparecer al Nuevo Mundo con todo el poder de que es susceptible por su ventajosa posición geográfica e inmensas riquezas, por la justicia de los gobiernos y por la identidad de sus sistemas, por su crecido número de habitantes y, sobre todo, por el común interés que los une».

«La instrucción pública que proporciona las luces, destruye los errores y prepara el tiempo de la razón y

de la libertad, nada omitiré para que se propague bajo los principios que la ley establezca. Por desgracia, hasta ahora mucha parte de la juventud se ve entregada en manos de la ignorancia y de la superstición. Los funestos vicios del sistema colonial se transmiten entre nosotros, de padres a hijos, y el trastorno y las revoluciones que se han repetido, son la Escuela en donde aprende a conocer sus derechos esa desgraciada y preciosa porción de la República, que es la llamada a consolidar el sistema que nos rige».

«Los diversos obstáculos que se han opuesto hasta ahora a las miras benéficas de los que han intentado dar a la industria la protección que merece, es tiempo ya de removerlo: nada omitiré, que se halle en mis facultades, para mejorar este ramo interesante y para darle impulso al mismo tiempo que a todo lo que sea de utilidad general. Tal es la apertura del canal en el Istmo de Nicaragua. Esta obra grandiosa por su objeto y por sus resultados, tendrá el lugar que merece en mi consideración; y si yo logro destruir siquiera los obstáculos que se opongan a su práctica, satisfaré en parte los deseos de servir a mi Patria».

«Cuando una nación llega a sufrir grandes revoluciones y trastornos en su interior, sus más celosos hijos se dedican a examinar la causa que los produjo; y los centroamericanos, animados de tan sublimes pensamientos, se ocupan hoy de investigar el origen de los males que han afligido a la República».

Esa profesión de fe, en la que se transparentaban las más puras y elevadas intenciones del eximio Gobernante, vese también sinceramente declarada en otra parte de su discurso, en donde para confundir a sus adversarios que lo acosaban como enemigo de la religión, decía: «Esta (la verdadera religión de Cristo) ha triunfado del fanatismo que la desacreditaba; y muchos de sus ministros que excitaban en su nombre a la matanza y a la destrucción, han justificado con su conducta, la providencia que los separó de la República, y han descubierto desde el lugar de su destierro las miras criminales del tirano español a quien servían. La religión se presenta hoy entre nosotros con toda su pureza, y sus verdaderos enemigos que la tomaban en sus labios para desacreditarla, no la harán aparecer ya como el instrumento de la venganza. Yo procuraré que se con-

serve intacta y que proporcione a los centroamericanos los inmensos bienes que brinda a los que la profesan».

Y, ese memorable Manifiesto del Jefe del Ejecutivo, dirigido a la faz de la Nación, terminaba con esta solemne promesa, que nunca jamás se vió burlada por aquel Agamenón de nuestra Democracia: «Una ciega obediencia a las leyes que he jurado, rectas intenciones para buscar el bien general, y el sacrificio de mi vida para conservarlo, es lo único que puedo ofrecer en obsequio de tan deseado fin. Cuento para ello con los consejos de mis amigos, con el voto de los buenos y con la cooperación de esos pueblos, cuyas virtudes cívicas y valor acreditado en las circunstancias más difíciles, han formado ya una verdadera Patria para los verdaderos centroamericanos, y han dado lecciones tristes a sus enemigos, de que no se atenta contra ella impunemente. Subo, pues, a la silla del Ejecutivo, animado de tan lisonjeras esperanzas».

Oída aquella promesa, que hablaba muy alto al alma toda de la República, el historiador don Alejandro Marure, en nombre de la Asamblea Legislativa del Estado de Guatemala, dirigióse a Morazán, para felicitarlo, expresándole a la vez sus votos de adhesión y simpatía con estas edificantes palabras: «La Asamblea Legislativa de este Estado, siente el más vivo placer al contemplar al hijo de la victoria, sosteniendo con la autoridad legítima y constitucional los derechos y la libertad de un pueblo que reconquistó Ud. con triunfos singulares. Este Estado es reconocido a tanto beneficio: su representación hoy nos honra confiándonos la comisión de hacerlo así presente, y también de manifestarle la espontánea voluntad que tiene de hacer en adelante los mismos servicios que actualmente ha prestado al Supremo Gobierno, de mantener firme y continuamente unida a él y de probar en todo tiempo su amor decidido por la ley».

Demostrado con hechos el resultado favorable que produjo la efectiva cooperación de los Estados para sostener el prestigio de la República Federal, esa alentadora manifestación que en nombre de Guatemala hizo a Morazán el historiador Marure, en momento tan solemne, sirvió al Presidente de la República para evidenciar las bondades y peligros que el sistema federativo entraña, expresándolo así en su contestación:

«El sistema federativo—dice—sólo puede sostenerse

por la íntima y estrecha unión de los Estados entre sí y con el Gobierno Nacional: por lo mismo me es muy grata la actual demostración de la Legislatura de este Estado, con la cual deseo vivamente mantener la mayor armonía, sin perdonar para ello medio ni sacrificio alguno».

Después, como toque final de ese acto memorable que pasará a la historia como la consagración más legítima habida en el seno de la Democracia centroamericana, el estro de Barrundia, nuevamente arrebatado por la emoción que a todos embargaba, hace un bello compendio cívico enalteciendo a la República triunfante en una brillante exhortación que, como depositario del Poder que entrega, dirigió tanto al elegido de los pueblos como a todos los Poderes de la Federación, presentándoles sus deberes y derechos, sus glorias y peligros.

«La orden del Congreso—exclamaba—está cumplida: ninguna más grata a mi corazón. Ella termina mis cuidados públicos del modo más satisfactorio y nacional. Ya tenéis en su silla al primer Magistrado del pueblo. Su espada restableció la ley, su brazo debe ejecutarla. Su mérito lo ha elevado al puesto eminente donde se producen grandes males o grandes bienes; es donde un deber inmenso gravita sobre sus hombros, donde se aniquilan todas las miras individuales, y se reprimen todos los deseos y placeres, y solo se inflama la gloria, y arden las virtudes cívicas, o bien donde la ambición desarrolla la perversidad del carácter y vuelve contra sí mismo el Poder Nacional y esclaviza al Pueblo».

«Tal es el mando supremo que sobre los terribles riesgos que amenazan a la virtud del que lo ejerce, le rodea de todas las inquietudes y le penetra de todos los males de la Patria. Su corazón es el centro de todos los ciudadanos; su conducta el blanco de todas las censuras, y su destino el objeto de la malignidad y de la envidia. Brilla de cuando en cuando, como relámpago, la gloria de un suceso plausible o el sentimiento inefable de hacer el bien general. Desaparece entonces al nublado de los ciudadanos públicos, y el alma se dilata noblemente; mas, este bien pasajero cede luego y el peso enorme de mil atenciones penosas, de las pasiones enemigas del Poder, y de la continua lucha entre el y lo particular y el yo del magistrado público».

«¡Cuan poderoso es vuestro brillante cargo, ciudadano Presidente! ¡Cuan difícil vuestra marcha! Mas vos habéis librado la Patria, vos tenéis el aliento de un vencedor glorioso, y ahora os ha hecho el pueblo soberano el depositario de sus leyes que tanta sangre costaron a los hijos de la libertad conducidos por vos a la victoria».

La Nación al elegiros, está firmemente persuadida que vos seréis su más fiel guarda, y que sacrificaréis vuestra existencia por esta Constitución que aseguró vuestros triunfos, por que fue el objeto de ellas. Habéis tenido ya el placer de contemplar el orden general y la paz venturosa que ha reinado en la República desde que establecisteis sus poderes supremos: habéis visto el feliz efecto de vuestros trabajos y combates. Mandad ahora, pues, bajo estas caras leyes, y bajo la sombra celestial de la libertad establecida.....»

«La experiencia me da un derecho a recomendaros con particularidad la unión íntima con los demás Poderes Supremos de la Nación y con los de este Estado, cuyo glorioso sacudimiento al acercaros, os dió el último triunfo, y ha sostenido con esmero la Federación vacilante.....»

«Y vosotros ciudadanos,—continuó el gran republicano, volviendo su himnótica mirada hacia todos los presentes,—vosotros que presenciáis este acto augusto, que hace terminar completamente nuestra revolución, y os presenta al elegido de la Nación con todos los caracteres de la legitimidad y del voto público, respetad al Jefe de la República y en él al depositario de las leyes. Vosotros podéis, debéis censurar su conducta si fuese necesario; debéis prestarle vuestros auxilios y vuestras luces; debéis esclarecer sus pasos y hacer resonar en su oído la voz de la justicia con toda su majestad y con toda la energía de hombres libres. Mas no quiera el cielo manchéis ni vuestras reclamaciones o debates públicos con el baldón o el sarcasmo».

«Nada hay que decir del malvado que emplea la calumnia y el infame libelo. Jamás ha sido ésta el arma de un hombre libre. El ciudadano acusa siempre con dignidad y con decoro. El esclavo y el cobarde cuando no adulan, ultrajan y difaman. Juntaos, pues, al alrededor del Jefe de la República, sostenedle y advertidle, y oponed siempre a la discordia y a los rumores, im-

postores funestos que siempre se emplean en derrocar a la autoridad, una muralla de buen sentido y patriotismo».

«Obedecedle y uníos espontáneamente a su esfuerzo para ejecutar las leyes, y a sus proyectos para defender y engrandecer la Patria».

«Yo me retiro de este alto puesto. Tengo dos satisfacciones: la una, que mi conciencia es pura, y que mi corazón justifica mis intenciones en el mando; que la República está tranquila y que no temo vuestras miradas».

«La otra, que mi Patria ha confiado sus caros derechos, su destino y su crédito al hombre que la salvó de la tiranía, y que tiene a su disposición todo el carácter y los elementos necesarios para obrar el bien, que su interés particular está unido al interés público, que su gloria es la de la Nación, y que nadie debe estar más afectado que él mismo, de la conservación de su propia obra .....

.....»  
He ahí lo que decían, lo que pensaban y convertían en acción aquellos grandes novadores de la Patria.

¡Qué época y qué generación de hombres fue esa, tan extraña hoy a nuestros tiempos y que parece no volveremos a contemplar más!

Fundadores de la República, apóstoles de la Democracia y libertadores de una Patria engrandecida, todo eso fueron aquellos hombres extraordinarios que, como astros de primera magnitud, iluminaron tanto y tan intensamente los horizontes patrios que, al desaparecer, ya huérfanos de su luz, hemos quedado como cegados, sin poder seguir el camino de salvación que nos señalara su virtud.

Amarga y a la vez consoladora para esta Patria que antes fue grande, por la misma grandeza de sus hijos escogidos que supieron dignificarla, nos viene la remembranza de aquella época gloriosa en la que Centro América—según expresión de propios y extraños—caminaba a la vanguardia de sus hermanas latinas, que le habían precedido en la obra de emancipación política.

Aquellas glorias nuestras que procedían como hablaban, y hablaban como tenían la sana intención de proceder, han hecho de esa época, la *Recordación más florida*, que las presentes y futuras generaciones pueden

leer sobrecogidas de admiración en las páginas inviolables de la Historia. Y, cuanto más insondable se hace el abismo a que nos ha conducido nuestra pequeñez actual, más altas, puras y lejanas nos parecen aquellas grandes cimas del civismo, donde el talento, el genio y la virtud en rara y fuerte concreción de caracteres nos daban el perfil heroico de esos supremos adalides de nuestras libertades y derechos.

Sí; traigamos ese recuerdo ya lejano, pero glorioso y, ¡leamos, leamos siempre que podamos para consuelo de nuestras desgracias y enmienda de nuestros culpables desaciertos y caídas vergonzosas, esas piezas oratorias y esos documentos memorables, donde la elocuencia y la virtud, el valor y la verdad, nos dan el eco fiel del querer, el sentir y el pensar de aquellos próceres!

Nada en ellos denunciaba ambiciones personales ni satisfacciones inmediatas: dueños del Poder, antes que explotarlo en su provecho, brindábanle a la Patria todos sus afanes y desvelos, para darle utilidad en el presente, consistencia y respetabilidad en el porvenir y anticipándose a la época, soñaban en sus nobles concepciones, operar una revolución grandiosa en todos los órdenes y manifestaciones del progreso conquistado. Roturar el Istmo, y dotar al mundo de un canal interoceánico, para hacer de Centro América, no una reducción de parias, sino un emporio de riqueza; he ahí, uno de los grandes sueños de aquellos novadores.

Y, Centro América toda, como si presintiese que después de tan grandes hombres que en verdad y de verdad la amaban; había de venir para ella el eclipse de sus glorias y el reinado de las farsas, reconoció, como pocas veces ha reconocido, el verdadero mérito y entregóse a celebrar regocijada aquel trascendental acontecimiento. Todos los Estados y pueblos de la República, por medio de sus órganos respectivos, dirigieron en notas laudatorias al General Morazán, felicitándole por su exaltación al Poder Supremo de la Nación; y, la prensa, como eco fiel de la opinión pública, recogió y reprodujo en sus columnas todas aquellas manifestaciones que por siempre quedarán grabadas en los fastos de nuestra historia Nacional.

La ciudad de Guatemala, como capital de la Federación y centro a donde iban a converger todas aquellas manifestaciones de adhesión y simpatía, entregóse de lleno a celebrar uno de sus mejores días de gloria y



Morazán, frente a los destinos de su Patria, como Jefe Supremo de la Nación, pone en práctica todo lo manifestado en su programa de gobierno. Enemigo del centralismo y extraño a esa egolatría que pierde y ha perdido a tantos hombres eminentes, habiendo sido el primero en el sacrificio y en los campos de batalla, no quiere ser el único en cosechar los nuevos lauros en el intenso movimiento de reformas que se deben a su impulso y, llama en su colaboración a los mejores talentos y caracteres de la época

Sobre el dilatado dominio de la teocracia que se desploma en ruinas, vese levantarse aquí, en Centro América, el más bello edificio a la civilización.

Proclamada la igualdad de los hombres ante la soberana majestad de la República, la esclavitud desaparece de su suelo, y queda Centro América libre de aquella mancha ignominiosa que como un sarcasmo a la democracia, aun se conservaba en la mayor parte de las repúblicas americanas. Abolido hasta el título de *don*, que fue sustituido por el de *ciudadano*, no se reconoció ya más superioridad que la del talento y la virtud que, en justa emulación, dieron en tierra con todas las pretensiones de la nobleza, que aspiraba a dominar por el fanatismo y la ignorancia.

Llevado el plan de reformas al ramo de Instrucción Pública, que es la base de toda civilización que se inicia, los claustros y conventos son cerrados, abriéndose en su lugar escuelas modelo bajo los procedimientos más avanzados de la época; y, mientras las Órdenes religiosas y conventos devolvían al mundo a tantas vírgenes inocentes que purgaban su ignorancia a la sombra de los claustros, la instrucción fue declarada gratuita y obligatoria, extendiendo sus beneficios hasta los últimos poblados; y, la enseñanza superior no menos deficiente y extraviada que la primaria por estar como ésta inspirada por la dirección de los jesuitas, sufrió también el toque de reformas, refundiéndose el antiguo Colegio de Abogados, la Universidad de San Carlos y el Protomedicato, en una Academia de Ciencias, donde al dogma y a la escolástica de los casuistas, sucedió la luz de la razón.

Decretada la libertad de imprenta, la conciencia y el pensamiento nacional, iluminados y fortalecidos fueron por las vibraciones del verbo que, ya libre para manifestarse, fue la estela luminosa con que el talento,

la elocuencia y la ilustración, siguieron el rumbo progresivo de la nave nacional que, bajo la dirección salvadora del hábil y esforzado piloto, caminaba a toda vela hacia el puesto de salvación.

Las leyes reformadas fueron en todo aquello que aun alejaba al pueblo del goce de sus más preciados derechos: decretóse la libertad de cultos, emancipándose la conciencia del yugo de la intolerancia, que tantos males y desgracias ha causado al desarrollo de las ciencias y al progreso de la humanidad; adoptóse el sistema de Juicio por Jurados, reconociéndose el derecho de *hábeas corpus*, una de las más preciadas conquistas; suprimióse el cadalso político, el más horrible de los atentados de lesa humanidad, que tantos genios, benefactores e ilustres ciudadanos ha hecho sucumbir.

En cuanto al progreso material, Centro América, que estaba aniquilada y empobrecida por tantas guerras intestinas que la mantenían como postrada, recibe un vigoroso impulso, dictándose nuevas leyes sobre hacienda para aumentar sus rentas y levantar su crédito; fomentóse la agricultura, fuente primordial de la riqueza y bienestar de las naciones; abriéronse nuevas vías de comunicación y habilitáronse otros puertos para aumentar y facilitar el comercio marítimo y terrestre entre los Estados de la Federación, dándose también facilidades para favorecer el intercambio de productos con el exterior; tiéndese la mano a la clase trabajadora y estimúlase la industria nacional, dándose facilidades para fomentarla y, atiéndose con marcada preferencia, el problema de la inmigración, favoreciéndola con leyes liberales, ya que en la mente de aquellos novadores prevalecía el principio de que, una inmigración sana y laboriosa infundiría nueva vida a Centro América, inyectándole la savia de otra raza más pujante e industriosa que la nuestra.

Bajo tan halagüeños auspicios, la República ya restablecida de sus quebrantos, parecía caminar con paso seguro y firme por la amplia vía del progreso. Restablecido su crédito, aumentada la riqueza nacional y respetadas sus leyes, que garantizaban la libertad individual y el goce de los derechos ciudadanos, todas las naciones cultas se apresuraron a reconocer la independencia y soberanía de Centro América que, bajo el Gobierno Constitucional del insigne Morazán, sobresa-

lía entre la constelación republicana de esta América ha poco libertada. Celebràronse tratados comerciales con la mayor parte de las naciones; estrecháronse las relaciones, y todas ellas acreditaron con residencia fija a sus Ministros Diplomáticos y Consulados ante el Gobierno de la Federación Centroamericana.

Dentro de esa normalidad que afianzaba el prestigio y buen nombre de Centro América en uno y otro mundo, la mente enardecida de Barrundia y el libérrimo espíritu de Morazán, no cesaban de trabajar por todos los medios a su alcance por llevarla a su efectiva evolución y, uno y otro, después de sus esfuerzos por emanciparla y darle completa y verdadera libertad, deseaban también conservarla en toda su integridad, siendo para ellos una verdadera pesadilla el hecho de perder un sólo palmo de tierra centroamericana. Para tan elevado fin, el gran Barrundia, bajo el patrocinio del Gobierno Federal, con el recurso de sus luces y sus sólidos conocimientos en Derecho Internacional, trabajaba ante el Gobierno inglés por conseguir la devolución de las Islas de la Bahía, que con su artera política nos había arrebatado. Sus esfuerzos fueron coronados con el éxito más feliz y aquella rica porción de la Patria fue devuelta a Centro América.

La Patria, la gran Patria de nuestros mayores, parecía estar iluminada en una de sus más bellas faces de progreso y, todo en ella predecía un porvenir risueño y lleno de promesas.....Su configuración geográfica tan privilegiada como singular, dábanle ventajas excepcionales para una comunicación interoceánica por medio del canal de Nicaragua, cuyo contrato de apertura estaba en vías de un arreglo ventajoso y satisfactorio a sus derechos. Centro y garganta del Continente Americano, sus comunicaciones con una y otra porción se ensancharían por las facilidades de esta vía y, como término de tan hermosas perspectivas, resultaríamos—como lo soñaban aquellos grandes novadores y apóstoles de la nueva democracia,—siendo el emporio de todo el mundo conocido.

La mente se recrea, el corazón se ensancha y se enardece, y el entusiasmo que nos enagena parece queernos contener ante el cuadro magnificante de esa Patria engrandecida, cuya grata contemplación no deseáramos dejar en este breve espacio que fue, a no dudarlo, la Edad de Oro de la Federación!.....

## XV

**Arce, Dominguez y Ramón Guzmán, afianzados en la traición de Cornejo, perturban la paz de la República.—Morazán marcha de Guatemala a Honduras, y de allí vuelve sobre El Salvador, derrotando al jefe traidor en Jocoro el 14 de Marzo de 1832.**

Obstruir el progreso; oponerse a la civilización; e ir contra toda corriente que la impulse; he ahí la triste misión de ciertos hombres que, en su loco afán de querer empañar las glorias patrias, no miden consecuencias ni se detienen en la pendiente de sus crímenes.

Su pequeñez atormentada por el exceso de gloria de los que odian, parece estar como cegada por una obsesión terrible que no puede finar sino con la muerte.

Así los enemigos de la Unión y libertad de Centro América, atormentados por los crecientes prestigios de Morazán, que con la cooperación edificante de sus dignos colaboradores, había levantado ya muy alto el nombre y el prestigio de la Patria, no se daban tregua ni descanso para entorpecer por todos los medios a su alcance esa obra de progreso ya manifestada.

Lleno de halagadoras promesas para el futuro, el año 30 dejaba el fruto de los triunfos alcanzados al año 31, que se deslizó feliz y próspero para bien de la Patria rehabilitada. Pero apenas principia 1832, una nueva compuerta abierta por manos de la traición, parecía querer desviar la corriente de civilización que la impulsaba hacia su engrandecimiento.

¿De dónde venía ahora el oleaje de la reacción, y cuál era esa compuerta que la mano de la traición abría para ahogarnos de nuevo en sangre hermana?

¿Era acaso Nicaragua?

Imposible; porque allí estaba la virtud cívica, es decir, Dionisio de Herrera, que como Jefe de Estado la gobernaba.

¿Sería Honduras?

¡Jamás! Porque allí estaba el carácter y la disciplina militar, es decir, José Antonio Márquez, como Jefe del Ejecutivo:

¿Lo sería acaso Guatemala?

No era creíble; porque allí estaba el talento y la

ilustración, es decir, Mariano Gálvez, que también como Jefe la gobernaba.

¿Sería entonces Costa Rica?

No podía ser; porque allí estaba el orden y el civismo, es decir, don Juan Mora, quien gobernaba por aquella época.

¿Lo sería talvez El Salvador?

Si, él talvez; porque para desgracia de aquel pueblo heróico y fatalidad de Centro América, allí gobernaba José M<sup>a</sup> Cornejo, es decir, *la Traición*.

Este, aunque aparentaba estar en armonía con el Jefe Supremo de la Nación, era el brazo armado que la reacción tenía contra la majestad de la República.

Contando con la cooperación efectiva de ese prófugo de la Federación y asesino de su pueblo, la invasión servilecida aparece simultáneamente por tres puntos de la República: Arce, el desertor de la Libertad, invade por Soconusco; Vicente Domínguez, el rebelde contumaz, escapado tantas veces de la justicia, aparece por Omoa; Ramón Guzmán, vil y despreciable instrumento de los serviles, invade por Trujillo.

Morazán, cuyos esfuerzos estaban del todo consagrados al servicio de la Patria, al saberla de nuevo amenazada y conocer el punto vulnerable de donde procedían estos nuevos males, trasladóse al Salvador, no con la fuerza de que podía disponer para llamar al orden al jefe traidor, sino con la fuerza moral de su carácter, que tenía la mágica virtud de atraer todos los ánimos a su favor.

Gálvez, que talvez conocía y sospechaba los pérfidos propósitos de Cornejo, quiso mediar entre este jefe traidor y el Presidente de la Federación, para cuyo fin envió al Coronel Nicolás Espinosa rumbo al Salvador. Pero este enviado, que tuvo ocasión de conocer más de cerca los malos efectos que ante Cornejo produjo su mediación, volvióse de Atiquizaya a Guatemala.

Morazán, de acuerdo con el Senado Federal, continuó su marcha para El Salvador, acompañado no más que de veintiocho individuos de tropa. Por de pronto, Cornejo, acobardado por la sólo presencia del Presidente de la República, oculta sus malévolos propósitos, fingiéndole completa subordinación y armonía. Pero al regresar Morazán a Santa Ana para atender allí a las demandas y necesidades de la República, recibe de

Cornejo una insolente comunicación, en la que faltando a todo respeto y arrojando fuera de sí el manto de la hipocresía con que antes había cubierto su traición, se declara en abierta rebelión y le amenaza con atacarlo sino prepara su salida; y, uniendo los hechos a la amenaza, el jefe rebelde destacó sobre Santa Ana inmediatamente una fuerza.

Morazán, que a su valor unía la prudencia, regresó a Guatemala para impartir sus órdenes y dejar en buenas manos el despacho y atenciones del Gobierno, mientras él, con la rapidez del rayo, pasa a Honduras a organizar sus fuerzas, para hacer escarmentar al jefe rebelde, que se sentía asegurado por una fuerza superior.

Cornejo, como si recibiese inspiraciones del abismo, ordena la reunión extraordinaria de la Asamblea del Estado, para que ésta, como instrumento de sus desvíos y de las criminales insinuaciones de los enemigos de la grandeza nacional, decreta la separación de El Salvador del pacto federal.

Tan insólita como criminal medida es desaprobada por los jefes de Nicaragua, Honduras y Costa Rica que, fieles a la República, no sólo desconocen al jefe insurrecto y traidor, sino que declaran nulos y sin ningún valor todos sus actos, poniendo a las órdenes del Presidente su cooperación efectiva para combatir unidos a las fuerzas reaccionarias.

Aunque con algunas vacilaciones sospechosas, Gálvez también, gracias a su talento e ilustración, ofreció los auxilios de Guatemala a la causa de la Federación.

Como esas aves de tormenta que se ciernen contra toda tempestad, levantando y sosteniendo más el vuelo, así Morazán, que veía desencadenarse sobre los destinos de su Patria esa nueva tempestad de odios, remonta su atrevido vuelo, y traspasa nuevamente las montañas hondureñas, para caer en territorio salvadoreño, seguido de las fuerzas federales del mismo Estado y las de Honduras y Nicaragua, que pronto estuvieron a su lado.

Cornejo, preparado de antemano para la resistencia, cuyos planes de rebelión estaban debidamente combinados, con la invasión simultánea de Omoa, Trujillo y Soconusco, coloca sus primeras fuerzas en número de 600 hombres en el pueblo de Jocoro. El Presidente, que por su parte había llegado a territorio

salvadoreño por el departamento de San Miguel, sin detener la marcha ni darse punto de reposo, avanza sobre aquel pueblo, deteniéndose en El Portillo al tener a su frente las fuerzas de Cornejo. Sin pérdida de tiempo, dispone sus líneas de combate, no obstante el cansancio y la fatiga de sus tropas después de una marcha precipitada.

Pronto la noche avanzó, y bajo sus sombras quedaron ocultas ambas fuerzas; y las federales, aunque rendidas no podían entregarse confiadas a un reposo que podría serles fatal. Se velaba con el arma al brazo para evitar así cualquier sorpresa, y el héroe con su admirable táctica y protegido por las sombras de la noche, había colocado a las espaldas de la retaguardia enemiga 300 hombres, manteniendo el resto de su ejército sobre el camino que daba acceso a la población.

En esa situación, Morazán esperaba que amaneciese para ordenar y dirigir el combate. Pero a eso de las dos de la mañana, cuando aun el alba no había principiado a desvanecer las sombras de la noche, la descubierta de los federalistas, habiéndose enfrentado con una avanzada enemiga, provocó el primer tiroteo, que hizo terminar el pequeño reposo de los primeros y prepararse para la lucha a ambos.

A las tres y media de la mañana del 14 de Marzo, el fuego se rompió por parte del enemigo, que acometió con decisión y valentía la derecha del ejército federal. Morazán, que medía todas las circunstancias y aplicaba su natural estrategia según las inspiraciones del momento, ordenó a los suyos resistir; pero sin malgastar el parque. Viendo aquellos que su avance entre las sombras se veía entorpecido por muchos cuerpos de los suyos que caían, y tomando su propio tiroteo por el de los contrarios que, ventajosamente colocados acertaban con sus tiros sin moverse, detienen su ofensiva para reconocer la situación. Pero, aunque reforzados en vísperas del combate, no conocían el número ni la verdadera posición del ejército que combatían, ya que Morazán por medio de hábiles maniobras y favorecido por la noche, hizo colocar a los suyos a vanguardia y a retaguardia del enemigo, que le suponía con un número mayor al que en verdad tenía.

A los primeros fulgores de la aurora, las fuerzas de Cornejo, conociendo ya mejor su situación y creyendola muy superior a la de sus contrarios, ya que éstos no

daban señales de acometer, emprenden de nuevo la ofensiva, rompiendo el fuego por todas partes. Morazán ordena a los suyos no avanzar un sólo paso y a resistir serenos y debidamente escalonados el avance valeroso pero desordenado del enemigo que, sin atinar el por qué de aquel estrago, era duramente escarmentado. Mientras tanto, el gran estratega con su serenidad acostumbrada, al par que animaba a los suyos, calculaba el momento preciso en que como un león seguido de sus cachorros, debía de caer sobre el enemigo al estallido de la metralla y al fragor de los fusiles.

El momento de prueba llegó al fin: Morazán ordenó tornar la defensiva en ofensiva y, sus bravos batallones de nicaragüenses, hondureños y salvadoreños, se disputan el honor de ser los primeros en la muerte. Pero apenas el Coronel Ramón Valladares, al mando del batallón N° 2 se lanza seguido de un tiroteo sobre el enemigo, éste, acobardado por aquella acometida inesperada, huye a la desbandada y, contagiando de este pánico a las otras líneas que le siguen en su fuga, dejan libre el paso a Morazán, que triunfó sobre Cornejo en los campos de Jocoro el 14 de Marzo de 1832.

Para terminar de una vez con aquel enemigo alevoso y fementido, el jefe victorioso quiso darle alcance; pero el cansancio de sus tropas después de haber salvado distancias considerables, no se lo permitió; más quedóles la inmensa gloria que aun así rendidos de fatiga, habían alcanzado aquel triunfo memorable contra tropas de refresco y descansadas.

Al reconocerse e inspeccionarse el campo sobre el cual se combatió, contáronse como pérdidas del enemigo entre muertos, heridos y prisioneros, 500 hombres. Las bajas del ejército federal fueron en relación muy reducidas; pero entre ellas se contaron algunas muy sensibles, como la del valiente Capitán Bustillo.

## XVI

Tras la sorpresa de Soyapango, Morazán con 800 federales toma la capital salvadoreña antes que pudiese entrar en acción la fuerza auxiliar de Guatemala. Después de triunfo tan rapidísimo las armas de la Federación vencen al enemigo en los campos de Jaitique, Tarcoles, El Espino y otros puntos.

El pueblo salvadoreño, siempre leal y consecuente a los principios que defendía Morazán, fue por esta vez engañado y sorprendido por la artera política de Cornejo, quien sin ignorar su crimen, lo comprometió en una nueva lucha provocada por su torpeza. Pero después del triunfo de Jocoro, cuando Cornejo derrotado fue a refugiarse a la capital, el pueblo ya en contacto de su héroe, despertado fue por la atracción irresistible de sus hechos, demostrándolo así la actitud de Sonsonate, Chalatenango, Metapán y otras poblaciones que se habían pronunciado contra el jefe insurrecto, adhiriéndose con marcado regocijo a la causa del primero. Los Comandantes de Armas de los departamentos pronunciados se dirigían a éste comunicándole: que gran número de ciudadanos ofrecíanse a marchar en defensa de la causa federal; pero que faltaban armas y demás elementos bélicos para conducirlos a sus filas.

Mientras tanto, era humano y necesario reparar las fuerzas de sus fatigadas tropas. Con tal fin, después del triunfo de Jocoro, como en el de Gualcho, dirigióse Morazán a San Miguel. Pero ahora, esta ciudad mejor penetrada de la misión del héroe, cambia su actitud hostil de aquel entonces por la más cordial y entusiasta manifestación de reconocimiento a sus grandes méritos, y le recibe en triunfo aclamándole su salvador. Mas el pensamiento de éste que ante todo gravitaba sobre la inmediata aplicación de sus planes de campaña, para salvar la unidad de la Patria en peligro, tan luego supo que las fuerzas auxiliares de Guatemala, al mando del Coronel Prem se encontraban ya en Ahuachapán, de paso para San Salvador, pónese al habla inmediatamente con este jefe y combina la marcha de ambos ejércitos para atacar al mismo tiempo a la capital, donde se había reconcentrado Cornejo con todas sus fuerzas y demás elementos que había logrado reunir.

Moral y materialmente fortalecido el ejército federal por el envío de tropas auxiliares de Guatemala, Morazán como General en Jefe ordenó el avance simultáneo de ambas fuerzas por dos vías diferentes, para que fuesen a converger sobre San Salvador. Llevando a la vanguardia de los que debían de operar bajo su inmediato mando al intrépido Coronel Benítez, al llegar éste a Suyapango, pueblo inmediato a la capital, sorprendió a la primer avanzada enemiga que, ignorando la rapidez del avance, se encontraba distraída y alejada de sus armas. Al darse cuenta de la inesperada presencia del jefe que la sorprendió, sus soldados quisieron correr para tomar las armas; pero al ver la puntería de los fusiles y oír la voz amenazante de Benítez, que les gritaba: ¡Ni un paso más, o mueren!, quedaron inmóviles de espanto, y fueron tomados prisioneros.

Libres ya de aquel primer obstáculo que pudo entorpecer la marcha sobre la capital, por cuanto todas sus fuerzas se hubieran puesto sobre aviso, Morazán al llegar a Suyapango con el grueso de su ejército, deteniéndose allí para completar su plan de ataque, y conociendo, como conocía la mayor parte del territorio centroamericano, dispuso que el ataque principiara por Milingo, llevando el camino recto de Suyapango y La Chacra, llamándose al mismo tiempo la atención por otros puntos.

A las nueve y media de la mañana del 28 de Marzo, Morazán sobre su corcel de guerra marcha el primero con una de las brigadas de infantería de la división de Nicaragua, al mando de su ayudante de campo el Coronel Benítez; y con la segunda de la misma arma correspondiente a la división de Honduras, a las órdenes del Teniente Coronel F. Domínguez. Ambas brigadas hacían un número de 400 hombres, con los que se adelantó bajo la más perfecta discreción hasta La Chacra, donde se alzaban las primeras fortificaciones de la ciudad.

Gracias a la sorpresa de Suyapango y a la presteza de todos sus movimientos, Morazán sin ser notado, pronto estuvo a tiro de fusil frente a las fortificaciones de La Chacra. Escudriñándolo todo con su mirada de águila, muy luego se convenció que las fortificaciones estaban mal formadas y que carecían de fosos, no pudiendo por lo tanto, defenderse de un asalto decidido.

El sol de Marzo caldeaba ya la atmósfera quemando

do el suelo que ardía bajo los pies de los soldados que, como sus jefes, desesperaban por asaltar las primeras fortificaciones. Morazàn tocado de bélico ardor da la voz de asalto, ordenando que el Teniente Coronel Domínguez avanzara por la izquierda y tomase la trinchera que se alzaba al frente con un cañón de a cuatro que los amenazaba, y que Benítez, avanzando por la derecha tomase otra trinchera que se descubría sobre una pequeña altura.

Rápido y simultáneo, el avance de ambos jefes fue coronado por el éxito, quienes a la voz de fuego vieron a sus soldados caer como una tempestad inesperada sobre aquellas defensas que, envueltas en el humo al fragor de sus descargas, quedaron pronto en su poder.

En medio de aquella cerrazón de humo, Morazàn, que veía asegurada la victoria por el arrojo y valentía de sus intrépidos soldados, ordenó suspender un momento la marcha sobre la plaza. Pero Benítez embriagado por el triunfo avanzó sin detenerse con su brigada hasta muy cerca de la plaza, lo que fue notado por aquél por las descargas sucesivas que se oyeron. Creyéndole comprometido en un ataque temerario, corre a protegerlo, ordenando que el resto del ejército ocupara la garita de San Sebastián. Pero no bastó la rapidez de aquel movimiento para evitar un avance comprometido, porque ya el Coronel Ramón Valladares, que comandaba la división de Nicaragua, estaba en poder de aquella garita batiendo a todas las partidas que se habían opuesto a su paso.

En tales condiciones, Morazàn como un héroe de la antigüedad, va y viene sobre su corcel de guerra preparando a sus soldados para el asalto de la plaza mayor que, fuertemente atrincherada y defendida, calculaba ya el sacrificio de los suyos, y a quienes como el jefe griego parecía animarlos con aquellas arengas inmortales, que decían:

«Mostrad aquí vuestro valor, amigos!  
Y el desprecio temed, con que el valiente  
Cuando ya se ha probado la batalla  
A los cobardes mira. En las legiones  
En que los unos al desprecio temen  
de los otros, son más los que se salvan  
que los que mueren.....»

A su ejemplo y al calor de su arenga, las fuerzas federales se lanzaron enardecidas sobre la plaza mayor, renovándose la batalla furiosa y tenaz por ambas partes. Los soldados de Cornejo fuertemente atrincheros presentaban vigorosa resistencia; pero al fin, forzados por el arrojo incontenible de los morazanidos, son lanzados de allí y reducidos a sus últimas trincheras. Los federales, por su parte, no se quedaron a contemplar aquella retirada, ni menos se detuvieron a la vista de las últimas fortificaciones, de donde se les disparaba sin cesar; antes bien, tocados por un exceso de valor que rayaba en la locura de la muerte, lanzáronse como una tromba sobre las últimas defensas.

Dado el valor de la acometida, pronto talvez aquella lucha que tocaba al vértigo, hubiese terminado; pero faltando los instrumentos necesarios para romper las casas que daban frente a la fuerte trinchera que había al lado de la iglesia de San Francisco, el avance quedó entorpecido por un momento. Mas, el Coronel Valladares, improvisando aquellos instrumentos, logró romper al fin una de las casas y, haciendo subir sobre el techo a los mejores tiradores, éstos rompieron de nuevo el fuego, que fue seguido por la compañía de la 4.<sup>a</sup> brigada de la división de Nicaragua y algunos soldados de la 1.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> que marcharon de frente al asalto de la trinchera, que tanto estrago parecía hacer en las filas federales, Morazán, al par que atendía el avance de las otras columnas, corría también allí donde la muerte se cernía pavorosa: desafiando tantos peligros, cae al fin de su corcel de guerra, que fue muerto por una bala; pero ileso en su persona, se levanta como Anteo, enderezándose mejor, para proseguir la lucha que, mediante un último y soberano empuje, el enemigo desalojado de sus reductos, deja sus armas y huye despavorido por todas partes, dejando la capital en poder del héroe, que le corona nuevamente con el laurel de la victoria.

Las fuerzas auxiliares de Guatemala que por otra vía marchaban sobre San Salvador, encontrábase aun a cierta distancia, cuando ya Morazán había terminado la lucha con la toma de San Salvador: Aquel rápido triunfo obtenido con fuerzas tan reducidas, dejó a todos asombrados. Y ese asombro de propios y extraños por aquella rapidísima campaña coronada por el triunfo, tenía su razón de ser, si se toma en cuenta que, Filísola necesitó en 1832, dos mil bayonetas para entrar a San

Salvador, y el Coronel Montúfar, Arce y Arzú, no pudieron lograrlo en 1827 y 28 con igual o mayor número; y, Morazán en 1823, en el término de dos horas, la hace rendirse con 800 soldados federales. Pero por esta vez, al lado del gran talento militar de Morazán, estaba la identidad de principios del pueblo salvadoreño: en 1823 combatía al imperialismo; en 1827 y 28 combatía a la autocracia guatemalteca y al centralismo de Arce, y el 32, engañado y traicionado en sus principios por un jefe inepto, se le forzaba a combatir al ídolo de sus glorias y, al darse cuenta del engaño, estuvo pronto a defenderlo.

De esas diferencias y sus efectos, la gloria queda para ambos: para Morazán, que era el genio, y para el pueblo, que comprendiéndole, lo idolatraba.

Con la derrota de Cornejo y el derrumbamiento de su gobierno, el Estado de El Salvador volvía solícito al seno de la Federación; pero quedaba aun en pie, furiosa y amenazante la invasión de Soconusco y la del Norte de Honduras.

Morazán hacía prodigios, multiplicándose para atender a todo: administración, hacienda, relaciones y guerra, todo lo abarcaba y lo solucionaba su talento, y, conforme a su serena previsión, las fuerzas auxiliares de Guatemala y otras que se aprestaron a la defensa de la Patria, muy pronto estuvieron a combatir y deshacer a las facciones de las otras zonas mencionadas.

Mientras el Jefe Supremo de la Nación atendía a las urgentes necesidades de la Federación, los Coroneles Raoul y Martínez fueron los jefes designados por él para comandar las fuerzas que debían ir a combatir a Arce por la frontera mexicana; y a Torrelonge, Gutiérrez y Ferrera, como jefes de otras fuerzas que debían operar sobre Vicente Domínguez y Ramón Guzmán, quienes después de tomar a Omoa y Trujillo, se habían internado a Honduras, cometiendo toda clase de crímenes.

Grandes y penosas fueron las jornadas; pero al sólo iniciarse los combates en una y otra zona, los enemigos supieron bien pronto que no se puede hollar impunemente el sagrado territorio de una República dirigida por un genio y de un patriota a cuyo servicio están el valor cívico y la pericia militar.

Arce, fue completamente batido por Raoul y Martínez, quienes en una serie de combates lo llevaron de

derrota en derrota hasta reducirlo a la impotencia; y Torrelonge, Gutiérrez y Ferrera, tras las sangrientas huellas de Domínguez y Guzmán, que dejaban a su paso la muerte, la desolación y el espanto, supieron escarmentarlos en los campos de Tarcoles, Jaitique, El Espino, Opoteca, Omoa y Trujillo, donde derrotados y perseguidos, al fin se les dió alcance, ajusticiándoseles como convenía a la salud y salvación del suelo que tanto habían ultrajado y escarnecido.

Así terminó aquella gran conflagración servilecida, alimentada por enemigos ocultos y sostenida por las armas de Arce, Cornejo, Domínguez y Guzmán, pagando los primeros con su derrota vergonzosa y los dos últimos con la vida.

## XVII

**Restablecido el orden constitucional en El Salvador, la Asamblea declara electo Jefe de Estado a don Mariano Prado.—La renuncia de éste puso el Gobierno en manos del vice-Jefe San Martín, quien pronto se reveló contra el Gobierno Federal, iniciando con su criminal conducta la más funesta estirpe de políticos traidores y fementidos que tanto daño han causado a la Patria centro-americana.**

Difficil y extremo delicada presentábase la situación de El Salvador, después de los anteriores acontecimientos. Castigada la traición con la derrota, quedaba el problema de normalizar al país. En tales circunstancias, Morazán, para poder garantizar el orden, asume el mando del Estado el 3 de Abril de 1832.

Como el caballero jurado de la Libertad, tan luego vió asegurado el orden, convocó una Asamblea para que reconociese el resultado de las elecciones verificadas para elegir al Jefe y vice-Jefe del Ejecutivo salvadoreño. Verificado el escrutinio, aquella Asamblea declaró electo Jefe a don Mariano Prado, y vice-Jefe a don Joaquín San Martín.

Urgido por las crecientes necesidades de la República, Morazán se ve obligado a regresar a Guatemala para ponerse al frente del Gobierno. Pero cuando creía haber asegurado el orden constitucional en El Salvador por aquella elección que emanaba de la misma libertad

del pueblo, y, cuando lleno de fe volvía sus miradas al gran todo de la Patria, para dedicarle sus cuidados, nuevas nubes parecían obscurecer su cielo.

Por esas fatalidades del destino que no pueden explicarse, la elección de Prado como Jefe del Ejecutivo salvadoreño, trajo con la vice-Jefatura con que nació su Gobierno, el germen de nuevos males para ese pueblo, así como motivos de inquietud para todo Centro América.

Es ley general que, el *bien* y el *mal* nunca pueden armonizar sus tendencias: mientras el uno a plena luz va camino de la concordia, el otro, camino de las sombras, empuja a los ánimos a la discordia.

Prado, que personificaba el *bien*, tenía a sus espaldas al vice-Jefe San Martín, que representaba el *mal*. De ahí, que los efectos del primero, dictados siempre con la mayor buena fe, tuviesen efectos muy contrarios a la sana intención de sus propósitos, como lo fue, por ejemplo, el decreto sobre contribución directa, siendo sin duda la más justa y razonable, la que recae sobre el capital.

La vice-Jefatura en San Martín, no fue sino una tentación para su sed de mando; pero tuvo el suficiente tino para no llegar al poder por una usurpación directa sino mediante la dimisión de Prado, trabajada en secreto por él.

Es de creerse que la serie de contrariedades y disgustos que tuvo Prado en su Gobierno, fueron obra de San Martín. Aquél no ambicionaba el mando, y creyendo que con su separación podría venir la tranquilidad del país, renunció de la Jefatura.

Aunque llamado por la ley para sucederle interinamente, San Martín no ascendió al Poder, sino que lo asaltó como un gato montés, que en acecho cae hambriento sobre su presa codiciada.

Con el interinato de San Martín, vinieron para El Salvador nuevos y graves trastornos; y, con su fatídica figura, Centro América vió alzarse una nueva estirpe de traidores, empeñados en obscurecer sus glorias más preciadas y de llevarla a su fraccionamiento.

Muchos pueblos, no creyendo voluntaria la renuncia de Prado y, suponiéndola forzada por una hábil maniobra del sucesor, se entregaron a toda clase de conjeturas, siendo una de ellas la de que, Gálvez, sobre quien recaían ciertas sospechas de infidelidad al Supre-

mo Gobierno de la Nación, obraba de acuerdo con San Martín. Como resultado de todo ésto, unos pueblos se levantaban en armas, y otros se substraían de la autoridad de San Martín, desconociéndolo como Jefe. En San Salvador, Santiago Nonualco y otras poblaciones, los conatos revolucionarios se sucedían unos a otros, dando ésto como resultado que el país entero permanecía en continuo sobresalto, manteniendo a sus soldados sobre las armas.

Con el loable propósito de llevar su valiosa mediación entre el jefe desprestigiado y el pueblo descontento, el Presidente de la República, de acuerdo con el Senado Federal, deposita el Poder en el vice-Presidente, General Gregorio Salazar, saliendo inmediatamente de Guatemala para El Salvador.

Como un padre solícito y amoroso que sufre por las discordias entre hermanos, Morazán que sentía al alma la discordia de los pueblos, tan luego llega a la ciudad de Ahuachapán, dió a conocer sus elevados propósitos en el amplio y hermoso plan que publicó.

Nueva llamada de concordia y de fraternidad que, tocando el corazón y a las necesidades del pueblo, excitaba el patriotismo de su jefe, para poner en práctica una serie de medidas salvadoras, tal era en resumen el patriótico documento, digno de aquella grande alma, dispuesta siempre al sacrificio.

Pero nunca las pequeñas almas pueden comprender el sentimiento de las grandes. San Martín en vez de compenetrarse del alto espíritu que con tanta claridad se desprendía de los puntos de aquel hermoso plan de pacificación, le considera como una red que se le tendía para hacerlo caer entre sus mallas. Con ideas tan absurdas como desatentas, San Martín entró en recelos con el Jefe Supremo de la Nación y, considerando su traslado al Salvador como un propósito marcado para despojarlo y entregar de nuevo el mando a Prado; túvolo, desde luego, como una amenaza, y se declaró hostil a todo entendimiento.

Por más que la sanidad de propósitos que animaban a Morazán estuviesen resentidos de la perversidad y mala fe con que obraba San Martín, habíanse cruzado entre uno y otro algunas notas en las que el segundo aseguraba estar de acuerdo con las salvadoras proposiciones del primero, quien a pesar de tanto engaño, ponía en aras de la paz una extrema tolerancia.

Pero el ataque inesperado que las fuerzas de San Martín hicieron a las del Coronel Benítez, que andaban en observación por el Oriente de El Salvador, evidenció una vez más la depravación de aquel jefe, pues acababa de asegurar en nota dirigida a Morazán su completa conformidad en su plan de pacificación, cuando acto seguido atacaba al Coronel Benítez, quien sorprendido, fue completamente derrotado en San Vicente, destacándose inmediatamente aquellas fuerzas victoriosas sobre las pocas que Morazán tenía en Chalchuapa.

Semejante conducta, no podía infundir ya ninguna confianza, y estando sobre todo el honor de la República comprometido, Morazán, para salvarla del oprobio y asegurar la paz del Estado, dirigióse a la Secretaría de Guerra del Gobierno Federal, pidiéndole inmediato y eficaz auxilio, en nota fechada en Ahuachapán, el 15 de Marzo del 33. Sin ocultar el peligro que se cernía nuevamente sobre la República sino se aseguraba la paz de El Salvador, hacía observar: que los enemigos que hoy le amenazaban eran los mismos que en aquel Estado fueron vencidos en Marzo del año anterior.

«El sacrificio de mi vida no será la primera vez que lo ofrezco a mi Patria,—decía Morazán,—pero no quiero perder aquella sin ninguna utilidad para ésta, como sucedería indefectiblemente si hubiese de obrar con 80 hombres de que consta la fuerza federal contra una que podría aumentarse cuanto no es creíble, después del triunfo que ha adquirido».

En otra parte de su nota agregaba: «Ocasión es aun de cortar el mal, si se cree que existe, sin mayores sacrificios para los pueblos. Doscientos hombres veteranos colocados hace dos meses en la capital del Estado habrían bastado para que hoy estuviese tranquilo. Quinientos al presente, serán sobrados para conservar la República en el reposo y tranquilidad que tanto necesita. Me es indispensable hacer esta indicación para que el Ejecutivo Federal y el del Estado de Guatemala no lo pierdan de vista al resolver sobre esta comunicación».

En verdad, Morazán, con ochenta soldados federales y los de las compañías de los Coroneles Menéndez y Angulo, apenas hacían llegar sus fuerzas de observación a 200 hombres.

¿Habéis visto alguna vez a esos cernícalos seguir el vuelo de las águilas que, indiferentes a su aleteo renco-

roso prosiguen surcando el éter y salvando espacios? Tal era la actitud pacífica y serena de Morazán contra la manifiesta hostilidad del pequeño San Martín, que le seguía porfiado y terco.

De Ahuachapán se dirige el héroe a Chalchuapa para llegar a Santa Ana; pero sabiendo que se destacaban 300 hombres para atacarlo en Coatepeque, cambia de ruta y se dirige a Metapán; de allí, no ignorando que se le sigue, pasa al Estado de Guatemala por la laguna de Güija, hasta llegar a Mita. Doce horas después estaban las fuerzas de San Martín tras los pasos de Morazán.

Por cobardía y debilidad, tomó aquel cernícalo de la impotencia el vuelo en retirada de nuestra águila caudal. Pero una rápida ojeada sobre la situación de El Salvador, no bastaría para convencernos del error de aquel demente sucesor de Prado: la mayor parte de los pueblos le eran desafectos y las tropas que tenía sobre las armas, unas maniobraban en la frontera y otras ocupaban las plazas desafectas a su Gobierno; la capital estaba indefensa y fácil le hubiera sido a Morazán deshacer con sus 200 soldados a los 300 que comandaba Paredes, Jefe inepto y desprestigiado que le seguía, y luego caer sobre San Salvador, que le era adicto; deponer al rebelde, y hacer respetar una vez más con el peso y el prestigio de sus armas vencedoras la soberana autoridad de la República. Mas siendo su misión de paz y no de guerra, quiso evitar con su conducta un nuevo derramamiento de sangre hermana.

Ese deseo vehemente lo expresa el héroe de la paz y de la guerra en estos términos: «Por otra parte, mi misión era de paz: los verdaderos motivos de ella los había manifestado al público: mi palabra se hallaba empeñada de modo más solemne, y el honor del Gobierno Federal comprometido: la Nación observaba mis pasos, y mis enemigos buscaban pretextos para desacreditarme; y es por esto que más bien quise retirarme, usando de una delicadeza que mis amigos graduaran de excesiva, antes que dar la más leve sospecha a mis contrarios para que me supusiesen miras de querer encender la guerra civil».

Esas palabras, como sus hechos, prueban hasta la evidencia que, en aquel sér extraordinario había la virtud del heroísmo y del caballero; pero no había en él el instinto sanguinario de los grandes tiranos de la

Historia que, ciegos de ambición, no les importa levantar su falsa gloria sobre pirámides de cadáveres; antes bien, en sus ideas vemos transparentarse la repulsión y el horror que le inspiraban los desgarramientos inútiles de hermanos contra hermanos y, en los siguientes párrafos que transcribimos de la última nota que envié a San Martín, de Mita, tradúcese también el sentimiento de desprecio que la dignidad y el carácter sienten al verse forzados por las circunstancias a hablar de honor con quienes no lo entienden ni lo poseen.

«Tengo el disgusto de referirme a Ud.,—decíale en su nota del 30 de Marzo del 33,—para hacerle una reclamación de que me creía libre en atención a la conducta que he seguido desde que ingresé al Estado de El Salvador, y a la franqueza y buena fe con que han sido marcadas mis aspiraciones.....»

Después de reseñar los hechos que patentizaban la mala fe con que procedía San Martín, Morazán le interpelaba así: «Quiero saber de ese Gobierno si mi plan de pacificación que tiene admitido, aun es de su agrado; si sus miras continúan siendo hostiles, y si debo renunciar a la esperanza de hacer la pacificación sin la intervención de las armas como me he propuesto y dado pruebas evidentes de quererlo».

Las interrogaciones se siguen implacables en una serie de deducciones que, acusando su perfidia, van como látigo a la cara del doloso jefe, y a quien para terminar, lo aniquila con este párrafo final: «Mas de cualquiera manera, yo quiero saber lo que hay de positivo. Reclamo contra el proceder, cualquiera que sea su emanación. Pido se me dé la satisfacción correspondiente por la tropelía intentada. Exijo se me diga con franqueza a qué debo atenerme para en lo sucesivo».

Urge ciudadano Vice-Jefe, la contestación de Ud.; yo le suplico no quiera demorármela y que me hable con la sinceridad que solicito».

Modelo de caciques que tanto daño han hecho a la democracia y a la República en América, San Martín, ensimismado en su propia pequeñez, fue opositor sistemático al plan de pacificación ideado por Morazán, por contener en una de sus bases la condición precisa de que la Asamblea debería reunirse en Metapán. Nada que viniese a restarle mando, podía tolerar en sus dominios, aquel energúmeno del Poder; de ahí sus torpezas y su desenfreno para con el Jefe de la República; y,

éste anheloso como el que más por dejar pronto en paz al Estado de El Salvador, conviene con aquél que, si su presencia allí era motivo de inquietudes, se retiraría nuevamente a Guatemala, lo que cumplió, marchando para dicha capital.

Mas, tanta fatiga y tantos sinsabores, obligaron al Presidente a solicitar del Congreso Federal un permiso, para retirarse como simple particular a Honduras, lo que en justicia le fue concedido por aquel alto Cuerpo, quedando encargado del Poder Ejecutivo el Vice-Presidente de la República, General don Gregorio Salazar.

Pero la necesidad de su descanso, tan merecido como necesario para reparar la vitalidad de aquel sér extraordinario que sólo había vivido entre tempestades y combates, fue tomado como una nueva arma para ofenderle por sus gratuitos enemigos, quienes en su ceguera de no querer ver las grandes virtudes que le adornaban, decían y propalaban que con su retiro a Honduras infringía no sólo lo pactado con San Martín, de que se trasladaría a Guatemala, si que también obedecía al propósito de reclutar gente para volver en son de guerra al Salvador. Para combatir tan absurdo desatino, Morazán decía: «Que si se había estipulado su regreso a Guatemala, era porque allí residían las autoridades federales, y que San Martín, no podía confinarlo a ningún lugar determinado de la República, y que el expresado convenio no le impedía que se separase de la Presidencia temporalmente».

Procedimiento gastado de los que usan el dolo y la incidia en todos sus actos, es aquel en que, para ocultar sus torcidos propósitos, achacan al enemigo lo que precisamente tienen la intención de hacer.

San Martín culpaba a Morazán de haber infringido el acuerdo celebrado entre ambos, por haberse retirado a descansar a Honduras, cuando él con propósitos definidos rompía en verdad con lo pactado y con la mente de la misma Constitución del Estado, al convocar a los pueblos para nuevas elecciones, que desde luego le serían favorables; por ser de su hechura el Cuerpo Legislativo, que inconstitucionalmente reunía para reconocerlas, quedando él, por consiguiente, Jefe de Estado en propiedad.

## XVIII

**Graves consecuencias por no haberse demarcado una porción de territorio para Distrito Federal—Disgusto general por el crimen de que fue víctima el Coronel Menéndez.—Rebelión de San Martín, su ataque a la plaza de San Salvador y su tremenda derrota sufrida en ella.**

El grave y trascendental error que se tuvo al no haberse demarcado una porción de territorio centroamericano para Distrito Federal, donde pudiesen tener asiento fijo las Supremas Autoridades de la República, principiaba a tener sus amargos frutos. El acuerdo que el Congreso Federal había emitido para el traslado de aquellas a la ciudad de Sonsonate, no había tenido efecto por penosos y menudos motivos que no son para citarse. Mas, sin embargo, las graves circunstancias porque atravesaba El Salvador, obligaron al vice-Presidente de la República a hacer efectivo aquel decreto.

Trasladadas las Autoridades Supremas a Sonsonate y, habiéndose hecho nuevamente cargo de la Presidencia el General Morazán, en Mayo de 1834, San Martín, como un verdadero renegado de la grandeza nacional, continúa obsecado en crearle nuevas dificultades. No cabía en la mente de aquel monomaniaco del Poder la idea y, menos aun el hecho que, dentro del territorio de su mando, permaneciese una autoridad superior. Su espíritu levantisco no podía ver con buenos ojos aquella vecindad que lo molestaba hasta exasperarlo.

Un nuevo crimen vino a sumarse a la serie de atentados con que la espaciosa política de San Martín trataba de ahogar las libertades del pueblo salvadoreño. El Coronel don Máximo Menéndez, valiente y pundonoroso militar, que gozaba de gran prestigio en el ejército, encontrándose en San Salvador fue reducido a prisión, so pretexto de suponersele planes para derrocar al Jefe del Ejecutivo. Para éste, el Coronel Menéndez tenía dos pecados capitales: gozar de bastante popularidad en el Estado, y ser amigo y ardoroso par-

tidario del General Morazán. Esas dos gracias que lo enaltecían, fueron su sólo acusación, y por ello fue reducido a ingrata y arbitraria prisión.

El pueblo indignado por el ultraje inferido a uno de sus mejores hijos, toma por su cuenta el desagravio, y dirigiéndose en masa a la prisión de Menéndez, intenta libertarlo. Pero mal armados, con palos y cuchillos, tan luego principiaron a forzar los cerrojos de la prisión, un piquete de soldados puestos allí con anticipación, disparó sobre aquella multitud en delirio, que fue dispersada por los tiros, quedando unos tendidos y los más huyeron sin haber podido salvar al jefe queridísimo. Como epílogo doloroso de ese acto provocado por el desenfreno de un jefe arbitrario y doblemente criminal, al amanecer del siguiente día, fue encontrado en su propia cárcel el cadáver del infortunado Menéndez acribillado a balazos.

Al saberse semejante crimen, el disgusto y un espanto natural sobrecogió a todos los habitantes del Estado, y el Presidente de la República consternado de dolor por la muerte del amigo y distinguido ciudadano, al comentar tan lamentable suceso a los Gobiernos de los Estados federales, excítalos por medio de un acuerdo a la solidaridad, haciéndoles ver la necesidad de su cooperación efectiva, para poner término a los males que afligían a El Salvador, que tocaban al decoro y dignidad de toda la Nación.

El Congreso Federal, que a la sazón se encontraba reunido, en vista de lo comunicado por el Jefe del Ejecutivo y, en previsión a que pudiesen repetirse sucesos tan escandalosos debido a la poca o ninguna seguridad que prestaba el gobierno de San Martín, acordó la traslación de las Autoridades Supremas de Sonsanate a San Salvador.

Tan luego éstas se instalaron en la capital del Estado, el Jefe Supremo de la Nación, olvidando los procedimientos y las inconsecuencias de San Martín, ofrece de nuevo su mediación entre el pueblo descontento y el Ejecutivo salvadoreño, creyendo terminar así con tantos males. Pero aquella alma encenegada en el mal y empapada en la práctica del jesuitismo, tan luego acepta el nuevo plan de pacificación como lo viola, haciendo salir sus fuerzas para Cojutepeque y marchándose él a continuación.

Tan insólito proceder, puso en cuidado al Congreso

Federal, quien deseando evitar sus consecuencias, llama al orden a San Martín; pero éste ensoberbecido y como poseído por el espíritu del mal, no atiende ni oye más voz que la de sus caprichos, que lo colocan en una actitud de fiera siempre en acecho.

El Teniente Estrada, que como enviado especial llevaba a Cojutepeque las últimas proposiciones del Congreso Federal, fue sorprendido en Santiago Texacuango por una avanzada de las fuerzas de San Martín y, aunque aquel mostró los pliegos que le acreditaban como emisario del Gobierno Nacional, no fue atendido ni respetado en su misión, asesinándosele allí villanamente con una descarga que se le hizo a quema ropa.

Esa nueva sangre derramada, fue como la rotura del último dique, que la prudencia quiso oponer a la insolencia desbordada. El pueblo a su vez, sintió acrecer el arrebató de sus cóleras guardadas, y San Martín se hizo odioso, viéndosele como a un Satàn encadenado a la roca del capricho.

La demasía de sus crímenes no podía tolerarse ya, y como primera medida de desagravio se exigió la entrega de los asesinos; pero a este reclamo de la Justicia, la insolencia del cacique alzado en guerra, llegó a su último grado, contestando que no quería entenderse con Morazán, sino con el vice-Jefe del Estado.

No quedaba, pues, ya más medio de resolver el conflicto que el de las armas, y, el Congreso ante la visión de esa nueva lucha cercana e inevitable, acordó suspender sus sesiones, temiendo que el teatro de ella fuese la propia capital.

Hay expectación y cierta inquietud de sobresalto en el ánimo de los habitantes de la ciudad, que de un momento a otro puede ser atacada; pero dentro de aquella inquietud no se ve ni desconfianza ni pánico en los semblantes, porque en el seno de la capital amenazada está el primer adalid centroamericano animando a todos con su presencia y disponiendo las voluntades a su favor con aquella su marcial y gallarda actitud de guerrero invicto.

Las noches de 21 y 22 de Julio pasaron en relativa calma; pero al amanecer del día 23, entre seis y siete de la mañana, una avanzada de las fuerzas morazánidas

que se había colocado en las inmediaciones de San Jacinto, dió parte de haber divisado al enemigo.

¡Admirable magia de concentrar esfuerzos, para luego dilatarse en golpes tremebundos que sin dar lugar a resistir su empuje incontrastable y rudo, se lanza para vencer! He ahí el calor secreto que la estrategia de Morazán tenía en todos aquellos casos en que al mando de unos pocos combatientes, un ejército mayor se le oponía.

Correspondiendo al llamado que se hizo a los Gobiernos de los demás Estados excitando su cooperación, el de Guatemala fue el primero en enviar sus fuerzas en número de 500 hombres, que acababan de llegar a la capital salvadoreña. Este era el único efectivo con que se contaba, cuando se le comunicó a Morazán el avance del enemigo, que en número de tres mil hombres avanzaba a tomar la capital.

Luminosa y veloz como el rayo que electriza rompiendo la atmósfera callada, la prestigiosa y radiante espada de Morazán vésele brillar una vez más a la luz de aquella trágica mañana de Julio, en que sobre su infatigable corcel de guerra, hace con ella los signos de llamada al centro a los patriotas que seguirle quieran.

Pronto, cien hombres voluntarios con el arma al brazo estuvieron a sus órdenes, los que, agregados a los quinientos que existían en la plaza, completaron los seiscientos combatientes que debían oponérsele a los tres mil de San Martín. ¡Lucha siempre desigual, de uno contra cinco! Pero ¡qué importa, si el héroe valiéndose por otro ejército, sacaría de su atracción magnética la fuerza oculta y misteriosa con que había de vencer y arrollar al enemigo!

Reconcentradas aquellas seis centenas de soldados en la plaza principal, Morazán, que ya veía a la distancia el avance tumultuoso del enemigo hacia el linde de la ciudad, colócase delante, alza su brazo prepotente y, señalando con su espada que refulge a los rayos del sol de Julio, el punto por donde avanza el enemigo, aréngalos así: *«Allá tenéis al enemigo que nos amenaza a muerte, y aquí, en nuestros aceros, (haciendo vibrar la espada y tornando la mirada ardiente hacia las bayonetas de los suyos), el honor y la salvación de la República, que nos llama a su defensa. A nadie he forzado ni forzaré jamás, para que empuñe el arma, antes bien quiero decirlo que, con soldados involuntarios, las vic-*

*torias jamás se alcanzan; y, retroceder, es mejora tiempo, antes que presentarse vacilantes!..... ¡Un paso atrás los que así se encuentren, y los demás a ocupar los puestos que el Jefe y el peligro les señala!»*

Así dijo el héroe, y al conjuro de su voz metálica, cual si fuese el eco de un clarín guerrero que llamara a la pelea, nadie, ninguno de los soldados retrocede, y todos vuelven a ocupar los puestos que Saget, como Jefe del Estado Mayor, les señala, según las disposiciones del General en Jefe que los acaba de arengar.

Tan pronto las bocas calles quedaron resguardadas y los diferentes cuerpos estuvieron en sus puestos a esperar al enemigo, éste rompió el fuego sobre las primeras avanzadas de San Jacinto. Estas sin volver las espaldas cedieron el paso, en retroceso hacia la ciudad; pero contestando cara a cara a las descargas, hasta llegar así entreteniéndolos al punto donde sabían estaba la primera formal resistencia de los que la defendían.

Las fuerzas de San Martín, que por su parte llevaban la consigna de vencer o morir en el asalto, viéronse a su pesar contenidas en su avance por aquel grupo de soldados que, aunque amenazados de muerte por las nutridas descargas que se les hacían contuvieron el ímpetu y la fiereza del avance con esa tenacidad con que lo pequeño, lo diminuto y lo ligero, molesta y entretiene a lo grande y lo pesado. Así fue que, el enemigo tan pronto estuvo a las orillas de la ciudad, en donde vió desplegarse a los sobrevivientes de aquella heroica avanzada, detuvo allí su marcha para disponer mejor el orden del asalto general.

Tomadas las medidas convenientes y dispuestas a proseguir, las fuerzas de San Martín destacáronse en dos alas: la primera compuesta de varias compañías de infantería, reforzada por cuerpos de caballería, debería avanzar por la calle de la Merced, hasta llegar a San Francisco; la segunda, con los elementos necesarios y algunas piezas de artillería, iba convenientemente preparada para romper todas las manzanas que, pasando por donde estaba situada la de Patiño, debía de colocarse en la que correspondía a Casa Blanca. Dentro de esas compañías iban tiradores exprofesos, cuyo único objetivo era el de perseguir y tomar como blanco de sus tiros la cabeza del invicto Morazán, que

como Héctor en la ciudad sitiada, era el gran odiado y perseguido en aquellas luchas legendarias.

Al toque de fuego, los tres mil soldados de San Martín lanzáronse al asalto de la ciudad por los rumbos indicados, y el ala derecha, que pronto estuvo en la Merced, al verse frente a los primeros cuerpos de resistencia, arrojóse contra ellos con tal coraje que no fue posible resistirles por el número, cediéndoles el paso. Envalentonados por este primer éxito, la otra ala, fortalecida y apoyada por este empuje, se desplegó por Santo Domingo hasta La Presentación, creyendo así rodear la plaza para imposibilitar al héroe su defensa. Pero Morazán, que con su peculiar serenidad ante el peligro, había observado el primer movimiento de retroceso de los suyos por el lado de la Merced, ordenó al instante al Coronel Ibáñez, Comandante de la caballería, para que con un golpe a lo cosaco se lanzase sobre aquella masa de hombres que, fortalecidos por el número, no esperaban aquella acometida de centauros, que al par de llevarles la muerte con su lanza, los dejaron confundidos de terror.

Mientras tanto, las otras compañías de San Martín, que de antemano se habían sentido aseguradas por el avance de las primeras, habían roto ya todas las manzanas que obstaculizaban su marcha al centro y, colocándose en los altos y ventanas de la casa de Patiño, unos, y otros en las de Delgado y López, sorprendieron desde allí a las fuerzas que en persona dirigía Morazán.

¿Qué de sobrenatural había en la defensa de la olímpica cabeza de Morazán que, por sobre de ser perseguida y puesta como blanco de las iras enemigas, quedaba siempre ileso a pesar de tiros que se le hacían? Mas, si la providencia estuvo siempre hasta la hora del último sacrificio, velando por su vida, por esta vez, una de tantas balas vino a herirle.

¡Tan pronto la purpúrea sangre del adalid supremo se ve correr confundida con la de los otros héroes que caen a su lado, talvez para ya no levantarse más, el enemigo, que creyó cantar victoria, a la vez que oye una voz de mando, ve también saltar en pedazos las puertas del edificio que le guarda y entrar por ellas una avalancha de hombres que, a bayoneta calada le desaloja de allí, llevando la muerte, el terror y la confusión entre sus filas, que al pronto se vieron duramente escarmentados! Esa avalancha de hombres, eran los solda-

dos de Morazán que, como siempre oportuno y genial, tan pronto ordenó derribar a cañonazos la puerta del edificio de donde se les hacía tanto fuego, como empuja con su voz de mando a sus bravos escuadrones para desalojar de allí al enemigo.

Después de ese golpe maestro, el enemigo fue también escarmentado en sus otras líneas y, como si el delirio de la muerte fuese allí una exaltación de ánimo, todos parecen querer morir luchando antes que retroceder ante los que por el número se creían vencedores.

La lucha se prolonga, por que también el enemigo, aunque duramente escarmentado, porfiaba en sostenerse por el número; pero los morazánidas mejor disciplinados y estimulados por su jefe, rivalizan en valor en sus tres armas y, la caballería echando pie a tierra y con lanza en mano, arrojó a los contrarios de sus últimos reductos que inútilmente trataron de conservar. Ya las calles, en cuatro horas de combatir sin tregua ni descanso, estaban anegadas en sangre y sembradas de cadáveres y heridos! Mas, sin embargo, la caballería enemiga, como última prueba, quiso dar un golpe de sorpresa apareciendo por Santo Domingo; pero apenas intentó probarlo, cuando una descarga nutrida de fusilería la obligó a volver grupas, buscando su salvación por caminos excusados. Desalojados así de todas partes, Morazán dió la voz de ataque general y, fue entonces cuando el intrépido Coronel Ibáñez, seguido de los demás jefes, lanzáronse con todo el peso de sus armas sobre las otras líneas, que ya quebrantadas y tomadas de pánico, ceden ante su empuje incontrastable, abandonan la ciudad y huyen desconcertados por campos y caminos, a donde su salvación está, dejando con su dispersión y fuga un nuevo lauro de victoria sobre la frente del invicto Morazán.

Las pérdidas de las fuerzas de San Martín fueron considerables; los campos y caminos y las calles de San Salvador mostraban con la sangre y sus cadáveres el estrago y la derrota formidable que sufrieron, dejando entre sus despojos diez barriles de pólvora, multitud de prisioneros, gran número de carabinas y otros elementos de guerra. De parte de los que defendían la plaza quedaron muertos entre otros muchos valientes soldados, los intrépidos Capitanes Francisco Salazar, Vicente Cuenbate y los Ayudantes Pedro Castillo y Mariano Henríquez y, entre el centenar de heridos al par del héroe,

estaban los Coroneles Vicente Hueso, José Yañez, Francisco Madrid y los Sub-tenientes Miguel Bran y J. Tomàs Arrivillaga, perdiendo la mayor parte de jefes y oficiales sus caballos, que fueron muertos en tantos y tan porfiados encuentros.

San Martín, antes de ese golpe final, pudo escapar apenas con trescientos hombres de los tres mil que por inspiración diabólica llevó al asalto de la capital salvadoreña, huyendo con ellos hacia Zacatecoluca; pero perseguido muy de cerca por Saget, fue alcanzado y deshecho por este jefe prestigioso en Jiquilisco.

Al contemplarse el triunfo de los morazánidas con esta última derrota, en que quedó deshecho el ignominioso poder de San Martín, Saget, tan pronto estuvo de regreso en San Salvador, envió con fecha 24 de Junio al Gobierno Federal, como Jefe del Estado Mayor del Ejército de Operaciones, el parte detallado de aquel triunfo memorable.

En tan importante documento vése repetida como siempre la hidalguía y los procedimientos humanitarios con que Morazán coronaba siempre sus triunfos inmarcesibles. A ninguno de los parciales y favoritos de San Martín se perjudicó en su persona ni en sus bienes, ni se tomó nada de los almacenes de las casas que le favorecían ostensiblemente, no obstante de encontrarse abiertos; los heridos del enemigo, que en gran número se encontraron por calles y caminos, recogidos y atendidos fueron como los suyos, volviéndoseles inmediatamente la libertad a todos los prisioneros tomados que, con los vencedores, vieron restablecido el orden, la paz y concordia en el Estado, que tanto había sufrido por la funesta política de San Martín.

## XIX

---

**Éxitos de la mediación pacifista de Morazán en El Salvador.—La Asamblea del Estado le declara Benemérito de la Patria.—Su misión a Honduras es coronada por el éxito.—El sabio Valle sale electo por mayoría de votos, Presidente de la República, pero con su muerte, Morazán, por unanimidad, fue aclamado Presidente para un segundo periodo.**

---

Al derrumbarse el poder de San Martín, quedó provisionalmente a cargo del Gobierno de El Salvador, el General Salazar; pero muy luego éste entregó el mando al vice-Jefe José M<sup>a</sup> Silva. Mas el interinato de Silva, falto de hábiles consejeros que pudiesen darle una buena orientación a su Gobierno, no prestaba la suficiente seguridad para armonizar al país y Morazán, deseoso de volverlo pronto a la tranquilidad, convocó al pueblo a elecciones, las que verificadas y hecho el escrutinio, resultó popularmente electo el preclaro ciudadano don Dionisio de Herrera, como Jefe del Estado, y vice-Jefe al mismo Silva.

Desgraciadamente, don Dionisio de Herrera, quien por sus grandes méritos y virtudes elevaba su desinterés a los cargos públicos, no quiso aceptar el mando del Estado, por lo que hubo que convocar al pueblo a una nueva elección, la que dió como resultado la proclamación del General Nicolás Espinosa.

Era imposible que los constantes esfuerzos de Morazán por restablecer el orden y el imperio de la ley, pasasen desapercibidos por el pueblo salvadoreño, que también identificado estaba con sus principios. La Asamblea ordinaria del Estado, interpretando el sentimiento de gratitud que subía del alma de sus representados, dió con fecha 11 de Octubre de 1834 el siguiente decreto:

«La Asamblea ordinaria del Estado de El Salvador, bien impuesta de los grandes conatos que emplearon los Generales Beneméritos Francisco Morazán, Nicolás Espinosa y Carlos Salazar, para hacer valer los derechos del pueblo que representa; y que no es la única ocasión que estos ciudadanos empeñan sus esfuerzos

para dar vida al Estado y a la República; siendo reconocida a sus relevantes servicios, por un testimonio de gratitud decreta:

«Art. 1º—El Estado le concede al ciudadano Francisco Morazán el título de General de su Ejército, y le da así mismo el de Benemérito de la Patria.

«Art. 2º—En el mismo Estado se harán honores de Generales a los ciudadanos Nicolás Espinosa y Carlos Salazar, en conceptos de los despachos que tienen del Gobierno del Estado de Guatemala; y tendrán igualmente el renombre de Beneméritos de la Patria.

«Dado en San Vicente, a 11 de Octubre de 1834.—Juan J. Guzmán, Diputado Presidente.—Joaquín Barahona, Diputado Secretario.—Gerardo Barrios, Diputado Secretario».

Mientras la República se sentía conmovida interiormente por la agitación de algunos de sus Estados, principalmente por las últimas revoluciones de El Salvador, en sus fronteras también se encontraba amenazada por el lado de México. Pero era ya del dominio público que Arce, no escarmentado en sus derrotas, procurábase nuevos elementos para invadir a Centro América desde fines de 1833.

Honduras, que era indudablemente el Estado más amenazado por cuanto se sabía que la nueva invasión aparecería por sus costas septentrionales, trayendo como primer punto de mira la toma de los puertos del Omoa y Trujillo y, creyendo que el Gobierno Federal no podría atender a su defensa debido al estado de agitación que prevalecía en la República, quiso llevar por su cuenta la defensa de su territorio. Para lograrlo, reasumió la administración de sus puestos, tomando también para sus gastos extraordinarios las rentas de tabaco.

Esas medidas tomadas por un Gobierno seccional, implicaban en el fondo un verdadero peligro para el sostenimiento de la Federación, ya que por esa época en que tanto se hablaba sobre reformas, propagábase también por los enemigos de la unidad de la Patria, la insidiosa idea sobre la disolución del Pacto Federal.

Tanto el paso dado por el Gobierno de Honduras como las especies propaladas con el objeto de inquietar los ánimos, llamaron grandemente la atención del Gobierno Federal, quien para salvar el principio de unidad que le sostenía, comisionó al General Morazán para

que pasase a Honduras a fin de que por su valiosa mediación se arreglase tan delicado problema.

Nada más grato para tan eximio patriota que cumplir aquella honrosa misión y, poseído de las mejores esperanzas, partió inmediatamente para Honduras, dejando depositado el Poder en el vice-Presidente de la República. Ansioso de encontrar pronta y favorable solución a su cometido, encaminase directamente a Comayagua, donde a la sazón se encontraba reunida la Asamblea del Estado, ante cuyo cuerpo elevó una bien razonada exposición, persuadiéndola de la urgente necesidad que había para que el Estado devolviese la administración de sus puertos y las rentas de tabaco. El acento de sincera y patriótica persuasión, con que iba impresa la nota de Morazán, coronó con éxito la honrosa y delicada misión: la Asamblea emitió inmediatamente el acuerdo respectivo, por el que se devolvía al Gobierno Federal la administración de sus puertos y las rentas de tabaco.

Mas, apenas el problema hondureño fue solucionado favorablemente para los intereses generales de la República, una nueva dificultad política surgía en el Estado salvadoreño: Espinosa y Silva habían entrado en desacuerdo y, como si la anarquía quisiese hacer presa de aquel pueblo, los ánimos estaban nuevamente divididos entre los adversarios y simpatizadores de uno y otro.

A Espinosa se le achacaban algunos abusos, y se decía que obraba no conforme a la ley, si no al tenor de tendencias partidaristas y, el Doctor Gálvez, como Jefe del Estado de Guatemala, elevó al Presidente de la República algunos oficios, en los que demostraba que, aquél fomentaba secretamente un movimiento subversivo contra su gobierno, favoreciendo ostensiblemente a sus enemigos. Morazán, ante la eminencia del peligro, que auguraba otra lucha civil en Centro América, marchó inmediatamente con doscientos federales y otros soldados voluntarios que se le agregaron en la ciudad de San Vicente, para cortar de raíz aquel nuevo germen de discordia que amenazaba el orden y el régimen constitucional de la República.

Espinosa, en verdad, persona de reconocidos méritos, no tenía el mismo fermento de pasiones que precipitaron en el abismo de ambiciones a Cornejo y San Martín; antes bien, parece que la degradación de mu-

chos elementos ya de suyo corrompidos, quisieron tomarlo como instrumento de sus personales apetitos, fomentando en él la ambición de mando que a tantos hombres públicos ha perdido. Espinosa, de un criterio más sano que sus malhadados antecesores, dióse cuenta bien pronto de su crítica y comprometida situación y la no menos precaria del Estado. Ante la convicción de que no contaba sino con la opinión de unos pocos ambiciosos que quisieron manchar su nombre y hacer mengua de sus prestigios anteriores, envió inmediatamente ante el General Morazán una comisión para proponerle: que estaba dispuesto a dejar el mando del Estado, bajo la única condición de que Silva debía también retirarse de la vice-Jefatura.

El héroe de la paz y de la guerra, considerando factible y justa la proposición, por cuanto se trataba de extirpar todo sentimiento partidista, dirigióse a Silva excitándole a tomar en consideración las condiciones en que Espinosa dejaría el mando; a lo cual accedió aquél, salvándose así nuevamente el país de la anarquía. Como resultado de este acuerdo, el 20 de Noviembre de 1835, salió Espinosa de San Vicente, embarcándose para mayor garantía inmediatamente en el puerto de La Unión.

Agregados a la corona de sus triunfos inmarcesibles, los dos últimos éxitos alcanzados, tanto en su misión a Honduras como en la pacificación de El Salvador, el nombre de Morazán parecía dilatarse en un crescendo de admiración y simpatía por todo Centro América.

En relación a tan señalados servicios prestados a la Patria, venía el hecho de estar ya muy próximo el término para el cual había sido electo Presidente el General Morazán. Asunto de tan magna importancia, trajo nuevamente a la consideración pública al sabio Valle que, desde su gabinete de abogado, competía con el héroe de Gualcho en el nuevo torneo cívico en que ambas glorias patrias atraían la atención del pueblo centroamericano. El prestigio de ambos no era para discutirse la Ciencia, la Filosofía y la meditación profunda sobre los grandes problemas sociales y administrativos, formaban uno como halo de gloria sobre la pensativa cabeza del sabio Valle, cuyo pensamiento parecía inundar de luz los horizontes patrios; y por otra, la acción heroica, la abnegación a toda prueba y

el espíritu de sacrificio, formaban uno como marco de grandeza al eximio Morazán, cuya olímpica figura destacábase como un símbolo de redención para la Patria que lo aclamaba: he ahí las dos más altas cimas sobre las cuales se posaba la mirada escrutadora del pueblo centroamericano, para decidir su elección entre uno y otro como Presidente de la República.

Encontrándose la Nación ya debidamente restablecida y afianzados los derechos del pueblo independiente, gracias a la pujanza incontrastable de aquel auténtico libertador y reformador, este mismo pueblo que había visto aparecer al fragor de sus luchas y batallas la gran Patria simbolizada en aquel hombre extraordinario, deseaba ahora ver presididos sus destinos por el más sabio de sus hombres, al fulgor de cuya ciencia aparecía como iluminada, y por eso fue favorecido nuevamente el sabio Valle con la mayoría de sus votos, proclamándolo Presidente de la República Federal de Centro América.

Mas, la muerte, esa implacable cegadora, que hiere por igual a las grandes cimas como a los bajos fondos, vino a arrebtar a la Patria la vida de hombre tan eminente, cuando más le necesitaba y cuando esperaba tenerlo al frente de sus destinos.

Con la muerte de Valle, devolviéronse al pueblo los votos consignados a su nombre, y entonces no quedaba en Centro América otro hombre que pudiese disputar a Morazán la gloria de presidir sus destinos. Todas las miradas y todas las simpatías volviéronse de nuevo hacia el gran demócrata que, como el hércules de nuestras libertades, debía llevar sobre sus hombros el peso enorme de las reformas implantadas.

Al abrirse los pliegos respectivos y hacerse el escrutinio de la votación, el Congreso dictó el siguiente decreto:

«El Congreso Federal de la República de Centro América.—Estando ya reunida la casi totalidad de pliegos de las Juntas Departamentales, para la elección de Presidente de la República a que convocó el Decreto de 2 de Jnnio de 1834; y teniendo en consideración que es urgente cumplimentar el voto público posesionando cuanto antes al que resulte electo. Habiéndose procedido en virtud del acuerdo anterior al escrutinio y regulación de dichos votos con arreglo a los artículos 46 y 47 de la Constitución; y resultando que el ciudadano

Francisco Morazán ha reunido la mayoría absoluta conforme se advierte en la tabla adjunta. Siendo satisfactorio al Cuerpo Legislativo llenar los deseos del pueblo con su presente declaratoria emitida en cumplimiento del artículo 52 de la Constitución Federal, decreta:

«Se ha por Presidente de la República popularmente electo, al ciudadano Francisco Morazán, y el Gobierno dispondrá lo conveniente para que preste juramento y tome posesión el 14 del presente mes de Febrero. Comuníquese al Supremo Poder Ejecutivo para su cumplimiento y que lo haga imprimir, publicar y circular. Dado en San Salvador a 2 de Febrero de 1835».

Por ese decreto quedaba, pues, por un segundo período como Presidente de la República de Centro América, el General Francisco Morazán.

Los hombres cimas llevan dentro de su congénita grandeza, una como singular predestinación para cumplir contra todas las borrascas y tormentas de su vida procelosa y agitada, la misión trascendental de su destino. Pásmase la mente y el ánimo se maravilla al seguir con el pensamiento esa acción no interrumpida de la vida de Morazán, y en cuyo registro no se ven sino triunfos inauditos; enemigos vencidos y perdonados, que vueltos a sus actividades reaccionarias, formábanle sin término ni interrupción montañas de dificultades que él aplasta y desborona con el solo peso de su pasmosa voluntad regeneradora, que lo transfigura en el titán de nuestra naciente Democracia. Y fue a través de ese hacinamiento de dificultades sin cuento que lo hemos visto vencer, primero en el campo de batalla a los enemigos de la Patria, luego como Presidente de la República, haciendo triunfar sus principios y, después de terminado su período, vésele reelegido casi por unanimidad.

Es allá en la plenitud de su poder que dejamos a ese hombre cima, para seguirlo como Presidente Federal de Centro América en su segundo período.

## XX

**Mensaje del Presidente de la República ante el Congreso Federal, al reunirse por novena vez, bajo la presidencia del ciudadano don Juan Barrundia.**

Y no es ahora en la ciudad de Guatemala, como en 1830, que residen las Autoridades Supremas de la República. El Distrito Federal, como un Estado nómada, sin demarcación propia, según lo mandaba la existencia de la Nación, había llevado en sus cambios la capital de la República de una a otra de sus ciudades: Guatemala, San Vicente, Sonsonate y Ahuachapán, habían tenido ese alto honor.

San Salvador es ahora el asiento de las Autoridades Federales, y es allí donde el eximio Morazán, al año siguiente de haber sido proclamado por un segundo período Presidente Constitucional de Centro América, se le ve en el augustó recinto del Congreso Federal dirigirse a aquel alto cuerpo, que en sesión solemne le recibe para oír de sus labios el mensaje memorable en que da cuenta de sus actos y de la marcha general de la Nación que gobierna.

Con una comprensión no común de sociólogo y político que sobre base experimental conoce la condición de los pueblos y la necesidad de sus relaciones con los demás, Morazán principia así su importantísimo mensaje:

«Ciudadanos representantes:—Los pueblos libres calculan los años de su vida social por la existencia de sus poderes representativos. Centro América tiene hoy la gloria de contar en la reunión del Congreso de 1836 el noveno período de su Gobierno Constitucional, y el quinto triunfo adquirido sobre los que han osado entorpecer la marcha de sus libres instituciones».

«A despecho de las pasiones y de las resistencias políticas intestinas, cuyo objeto tendiera a embarazar este acto augustó de la soberanía del pueblo, yo tengo la honra y la más viva satisfacción de presentarme ante la Diputación Nacional, para darle cuenta de las operaciones del Gobierno durante el año que acaba de transcurrir, en cumplimiento de un deber tanto más sagrado para mí, cuanto emana de la ley».

«Nuestras relaciones exteriores no han padecido

ninguna alteración. Sin desatender a las establecidas con los Gobiernos de Europa, el Ejecutivo ha procurado estrecharlas del modo más íntimo con las Repúblicas de América que, por decirlo así, están unidas a nosotros con vínculos de familia, han abrazado una misma causa y adoptado instituciones análogas».

La apertura del canal de Nicaragua por una nación que garantizase nuestra independencia y asegurase nuestros derechos, impulsó al gran patriota para confiar tan trascendental obra a la culta y progresista Holanda, como puede verse por el párrafo siguiente.

«Allanados los obstáculos que habían entorpecido por un tiempo la realización de la agencia decretada cerca del Gobierno de La Haya, se presentó otro más poderoso todavía en la falta de salud del individuo nombrado con aquel fin, motivo que ha impedido su marcha. La apertura del Canal de Nicaragua ha sido el primer objeto de esta misión interesante. Noticias privadas, pero fidedignas de las causas que embarazan al presente a los holandeses ocuparse de esta grandiosa empresa, han alejado las esperanzas del Gobierno y producido un verdadero sentimiento en el ánimo de los centroamericanos amigos de la gloria y engrandecimiento de su Patria».

Con el pensamiento siempre fijo sobre la reintegración completa del territorio centroamericano, cuya grandeza e independencia le desvelan haciéndole fijar su indagadora mirada en todas y en cada una de sus parcelas, Morazán concretándose al asunto de Belice, se expresa así:

«Aún no ha podido llevarse a efecto el tratado que se halla en encargo de celebrar el Señor Cónsul General de Inglaterra residente en esta República. A pesar del vivo deseo que el Gobierno ha tenido de estrechar de este modo sus relaciones comerciales y de amistad con aquella Nación, un incidente fundado en la necesidad y urgencia de fijar los límites y demarcación del Establecimiento de Belice, se ha opuesto por ahora a sus miras. Por ahora digo, porque estoy seguro de que la Corte de Londres, no pondrá en cuestión el derecho indisputable que Centro América tiene sobre aquel pequeño territorio. Su ilustrado Gobierno que tantos testimonios ha dado a las nuevas Repúblicas americanas con su política franca y generosa, no dudo se prestará gustoso al arreglo que se desea. Cumpliendo con este acto

de justicia obrará también en favor de los intereses del pueblo inglés, de ese gran pueblo que ha cifrado siempre su gloria y su riqueza en la libertad del comercio, y en la independencia de las naciones».

Llevada a feliz éxito la creación de la República y restablecida la paz de sus Estados, preocupaba ahora al eximio Gobernante asegurar en el exterior la existencia y soberanía de la Nación, cuyos caros intereses estaban una vez más confiados a su talento y patriotismo y, en la resolución de problema tan vital, se expresaba así:

«Parece haber llegado ya la deseada época en que el pueblo español debe recobrar sus derechos, y la oportunidad también de fijar la interesante cuestión sobre el reconocimiento de la independencia de América. El Gobierno que dignamente rige los destinos de aquella Nación, ha expresado en favor de este reconocimiento los mejores deseos y remitido su decisión a la voluntad de las Cortes».

«Por los papeles públicos de Europa y América se sabe que los Ministros de las Repúblicas de México y el Perú han sido bien recibidos por aquel Gabinete. Si esto es así, parece urgente el nombramiento de un Enviado que, representando los derechos de la Nación, solicite al mismo tiempo, con arreglo a las convenientes instrucciones, el reconocimiento de su independencia».

«Los sucesos ocurridos en el interior de la República y la difícil posición en que se halla el Gobierno por falta de medios para llenar los gastos de la Administración general, demandan toda la atención del Congreso y pide el más pronto remedio».

El orden, juntamente con la paz que por tantos años había disfrutado sin interrupción Costa Rica, por un corto período de tiempo desapareció de aquel suelo, en el cual sus habitantes han sufrido los males y consecuencias de una guerra tan inesperada como sangrienta. El Ejecutivo Nacional, del modo que le permiten la distancia y sus actuales facultades, procuró evitar sus progresos. Según las últimas noticias, la tranquilidad se ha restablecido en dicho Estado, pero las providencias dictadas con tal objeto han aumentado la animosidad de los partidos, colocando al Gobierno en una posición muy difícil. Por el Ministerio respectivo se pondrán en conocimiento del Congreso los documentos que acreditan el origen y fines de esta revolución».

También Morazán da cuenta en su mensaje de las desgracias y trastornos ocurridos últimamente en el Estado de El Salvador. Al referirse al importantísimo ramo de Instrucción Pública, lo hace con tan sólido y elevado criterio que, desde luego, denuncia su poderosa y genial instrucción, comprendiendo como un verdadero sociólogo dónde está fincada la grandeza y porvenir de las naciones, y de acuerdo con el sabio precepto de Séneca, que dice: «Debemos de enseñar no para la Escuela, sino para la vida», se expresa así: «La educación de la juventud, de esa porción escogida para regir en algún día los destinos de la República, ha merecido muy particularmente la atención del Gobierno. Un pueblo que rompiendo las cadenas de la esclavitud, se arroja, digámoslo así, de repente en el camino de la libertad, no puede marchar sin tropiezo por él, sino buscando en la educación el cultivo de la inteligencia, e instruyéndose en el cumplimiento de sus deberes. No hablo aquí de la educación culta, esmerada que exige grandes establecimientos literarios y se acomoda también a toda clase de gobierno; hablo de la sencilla educación popular que, sin tener por objeto las ciencias exactas que han dado celebridad a muchos hombres, es el alma de las naciones. Humilde en sus deseos y simple en sus aspiraciones, la juventud se contenta con saber leer, escribir y contar; algunas nociones de moral y de política y unos pocos conocimientos de otras materias que facilitan el de las artes y oficios, es todo lo que necesita un pueblo para su dicha y libertad; y esta es la clase de instrucción que el Gobierno procura a sus habitantes».

A pesar de las bondades de la Constitución Federal, Morazán al presentar en su mensaje la situación general de la República, es el primero en reconocer y declarar públicamente los errores de que adolecía la Carta Fundamental de la Nación y, con la clara visión que tenía sobre su porvenir, se pronuncia por la reforma en los siguientes términos:

«Tal es, ciudadanos representantes, el cuadro de la República que estimo haber trazado con la fidelidad que debo, presentándoos los males que amenazan al Gobierno. Atacarlos en su origen, reformando la Constitución Federal es, el único medio de prevenirlos y el modo más seguro de evitar que se reproduzcan en

lo sucesivo. Pendiente como está de la Asamblea del Estado de Honduras, la que se decretó en 1835, veremos pasar todavía el precioso tiempo de sus sesiones sin tratar de este asunto interesantísimo, si no se exige el cumplimiento de la ley que atribuyó a aquel Cuerpo la facultad de sancionarlo. De este paso importantísimo pende la suerte de la República. Es el âncora de esperanza para los hombres conocedores del verdadero origen de nuestros males, y la única tabla de salvación para todos los que ven como inevitable el naufragio que amenaza a la Patria».

«Elegido por la voluntad del pueblo para mejorar su suerte, meditando entre los escombros y ruinas que han dejado las guerras pasadas, los medios de evitar otras nuevas, para buscar en las cenizas de los que perecieron en ellas las chispas que sirven para inflamar el corazón de los hombres virtuosos; para enjugar las lágrimas que se derraman aún sobre los restos venerables de tan ilustres víctimas; para romper y pulverizar, en fin, esa funesta cadena de revoluciones y de desastres, forjada por la mano de la venganza, por el mezquino interés privado; por el monstruo implacable que preside a los partidos, y principalmente, por las pasiones innobles de los que no ven en el orden actual de cosas sino ruinas y exterminio de sus antiguos privilegios; es a vosotros a quienes pertenece emprender con energía y firmeza esta obra digna de vuestras luces y patriotismo, y dar al pueblo con la mejora de sus instituciones, dicha, reposo y gloria».

«Séame permitido concluir esta exposición con un acto de justicia debido al mérito de los primeros legisladores del país. La Constitución abunda en principios altamente humanitarios; en su formación excedieron sus dignos autores a las esperanzas del centroamericano, estableciendo esta Patria vacilante e incierta bajo el sistema de Gobierno que nos rige; pero doce años de guardar entre infortunios y vicisitudes ese futuro de prosperidad tantas veces prometido, ha inspirado a los pueblos el justo deseo de una reforma radical, y revelado al hombre pensador los vicios de que adolece, al considerarla semejante a un árbol hermoso que trasplantado a un clima exótico se marchita y decae a poco tiempo, sin haber producido los frutos que se esperaban.—San Salvador, 21 de Marzo de 1836.—Francisco Morazán».

**El Cólera Morbus y aparición de Carrera.—Irrupción de la selva.—Gálvez pide auxilio al Gobierno Federal.—Caída del Gobierno de Gálvez y entrada de los salvajes a la capital.—Morazán ve burladas por dos veces sus esperanzas de poderse entender con Carrera**

Cuando la reorganización de la República parecía ser un hecho, y que la paz de sus Estados se creía asegurada, una nueva forma de reacción, aún más siniestra y complicada que las anteriores, surgía del Estado de Guatemala, amenazando con sus desastrosos efectos la existencia de la Federación centroamericana. Actividades del bando recalcitrante, por una parte, y calamidades aciagas, por otra, hicieron de Guatemala el formidable asiento de la reacción que, bajo una aparente calma, no había cesado de minar con sus secretas maniobras los cimientos de la República que tanto odiaba.

El Doctor Gálvez, que había sido reelecto en 1835, por un segundo período como Jefe del Estado de Guatemala, no obstante sus grandes méritos y la renovación social, política y cultural que el país experimentó durante su progresista administración, su Gobierno principió a resentirse por ciertas debilidades e inconsecuencias a los principios liberales a que debía su existencia. Denunciado y atacado por la prensa de fracción más avanzada del liberalismo, vino el primer divorcio de este partido que, atacándose y dividiéndose en el poder, se ha herido y derrumbado muchas veces al golpe de sus propias armas, dejando libre el campo al contrario que, unido, lo ha llevado en sus derrotas al ostracismo y a la muerte.

Dentro del acaloramiento de aquella ruidosa polémica; en la que los de la oposición liberal hacían vibrar los más rudos anatemas contra los defensores del poder, aparece para desgracia de la Patria y tormento de sus pueblos, el terrible flagelo del cólera morbus, cuyos violentos estragos sintiéronse con más fuerza entre los pueblos indígenas de Guatemala.

La división profunda del liberalismo y los terribles efectos de la epidemia, fueron como la ancha compuerta que dió paso a la corriente impetuosa de la ignorancia

y el fanatismo, ciegos y dóciles instrumentos de la reacción servil que, en amalgama odiosa con falsos sacerdotes, fueron arrojados como una tempestad asoladora sobre los campos y poblados de la sección de Guatemala.

Como si las potencias humanas estuviesen en flagrante contradicción, vióse con insólita extrañeza que, llamados por su misión para atenuar los efectos del terrible azote, fueron por perversión de sentimientos los más audaces y fatídicos heraldos de la reacción, que con porfiada tenacidad se empeñaba en traer la ruina y la muerte de la Patria centroamericana.

Mientras el Gobierno del Estado dictaba y tomaba las medidas necesarias para combatir el mal, llevando los auxilios y asistencia médica donde se necesitaban, los falsos ministros del Señor, burlando su divina misión, en vez de consuelos y auxilios al moribundo que caía aquí y allá, llevaban a sus deudos el grito de venganza, levantándolos en abierta rebelión contra el Gobierno, a quien señalaban como el envenenador de las aguas, y a cuya medida, decían, se debía aquel terrible mal que los aniquilaba. Tan siniestra como criminal inventiva, produjo bien pronto sus terribles efectos: la piara, la selva y la abrupta serranía, conmovidas fueron por la aparición funesta de una fiera convertida en hombre.

RAFAEL CARRERA; he ahí el nombre de ese aborto de las selvas orientales de Guatemala que, convertido primero en guardador de puercos, saltó después como una tigre del riñón de sus montañas, para caer voraz y sanguinario sobre sus aterrados y desamparados pueblos.

Asistimos a una de las más duras pruebas a que se vió sometida la existencia de la República; la barbarie y el ultramontanismo estaban alzados en cruda y abierta guerra contra su manifiesta civilización que, fortalecida por su unidad, hacíanla figurar entre el concierto de naciones libres, como la primera de la democracia latinoamericana; pero que vencida al fin por tan porfiados enemigos, despedazada y postergada, fue por largos años al reinado de las sombras.

Las ligeras, pero repetidas refriegas que las fuerzas del Gobierno tenían con las hordas de Carrera, y que por desgracia fueron favorables a éste, iban gradualmente tomando proporciones de verdaderos combates,

que muy pronto pusieron en penosa situación al ya vacilante Gobierno del Dr. Gálvez, quien apurado por las circunstancias recurrió en demanda de auxilio ante el General Morazán que, como Presidente de la República, encontrábase en el ejercicio de sus altas funciones en la ciudad de San Salvador, capital entonces de la Federación centroamericana.

Desde la cima de su abnegación sin límites, aquel gran patricio escuchó con sobresalto la demanda que se le hacía de un pronto y oportuno auxilio. Ante el sordo y confuso rumor de la creciente marejada que subía y subía, amenazando hundir la Patria, objeto de todos sus afanes y desvelos, su mente inquieta ante el peligro que ya se dibujaba como una catástrofe final, revolvíase en los medios que debería emplear a fin de conjurar el peligro. Su alta previsión, sus crecientes prestigios y sus grandes dotes militares, capacitaban a Morazán para emprender con ventaja una nueva lucha contra las funestas y fanatizadas huestes de Carrera que, enarbolando el rojo y negro pabellón de muerte y destrucción, hacían un ultraje a la civilización; mas, su alma y su magnánimo corazón, conmovidos ante el espectáculo de una nueva lucha fratricida, decidieronle por una intervención amistosa entre el Gobierno de Gálvez y el caudillo de la montaña.

Como dos inteligencias que se comprenden y dos sentimientos que se atraen por altas y supremas finalidades, Morazán, que siempre estimó en mucho la valiosa cooperación del ilustre Barrundia, le comisionó para que en unión del Presbítero José María Castilla y ciudadanos Manuel María Ceceña y José Vicente Orantes, pasasen a la propia comarca del rebelde, con poderes suficientes para entenderse con él, haciéndole proposiciones liberales a fin de que depusiese su actitud hostil.

Del fondo de aquella nota dirigida a Barrundia, para que cumpliera con tan delicada misión, se desprende el alto espíritu de concordia y fraternidad que siempre animaba a Morazán.

«Siendo ya excesivos los males—decía—que causan al Estado de Guatemala, la facción que bajo el pretexto de envenenamiento se sublevó pocos meses ha en el distrito de Mita, el Jefe de Guatemala ha excitado al Presidente de la República para que mande a las órdenes de un Comandante de la Federación, fuerzas considera-

bles a fin de reducir al orden a los facciosos en unión de las tropas del Estado».

«El Presidente conoce demasiado las consecuencias funestas que se seguirán en el Estado de Guatemala si no tomase a su cargo extirpar si posible es, los elementos de discordia que empiezan a cundir en un espacio bien extendido de su territorio; y, es por eso que ha acordado dar el auxilio. Pero quiere y desea del modo más positivo lograr que la destrucción de gérmenes tan perniciosos sea obra del convencimiento y de la persuasión tranquila, y no el resultado de las armas: quiere que antes de emplear el influjo de la fuerza sobre los pueblos seducidos, se agoten las medidas de prudencia y moderación para reducirlos a la observancia de sus deberes».

Extraña y única en nuestra historia fue aquella delicada comisión en que un heraldo de la civilización en nombre del padre de la Democracia centroamericana, encamina sus pasos a plena selva en busca de la barbarie, para pactar con el caudillo que, como un jefe de beduinos, hacía temblar a la comarca con sus gritos de muerte y de exterminio.

Barrundia, el sonoro e inspirado cantor de nuestros derechos y libertades, como un Francisco de Asís, creyó adormecer los instintos sanguinarios de la fiera con el sólo eco de su palabra melodiosa y persuasiva; pero aquel producto de la selva, que recorría los campos de Santa Rosa y Mataquescuintla, rehuyendo la entrevista, atisba sus pasos y queda en acecho de quien deseaba atraerlo al seno de la civilización. Por fin el heraldo de la Democracia logra comunicarse por escrito con el cabecilla de aquella falange terrorista; pero éste, cuando se le enteró de los conceptos de la nota, al sólo escuchar el nombre de Morazán, lanzó al espacio una especie de ahullido feroz como de fiera herida, que hizo retemblar las selvas y collados. En esos momentos aquella fiera no deseaba sino tener a su alcance a Morazán y a sus emisarios para desgarrarlos y saciar sus sangrientos apetitos con sus entrañas palpitantes.

Ingenua y por demás desastrosa para las altas finalidades del Presidente de la República, fue aquella proposición de paz, que por tan cultos medios se le hacía al caudillo de Mita, quien, antes de aplacar sus instintos sanguinarios por aquel llamado fraternal, sintióse más bien estimulado a nuevas correrías al ver

la consideración de que era objeto para atraerlo al seno de la paz.

Así fue que, tan luego los ilustres comisionados estuvieron fuera del alcance del indio feroz de la montaña, en cuyos oídos aun resonaba el grito de odio y muerte al Presidente de la República, aquél con nuevos bríos y como si el nombre de Morazán fuese un dardo clavado en sus entrañas, saltó nuevamente de aquellas abruptas serranías, para venir a caer seguido de sus hordas hábidas de sangre y de pillage sobre las poblaciones indefensas.

Con las prédicas de los padres Lobo, Sagastume, González, Aguirre, Arellano y Aqueche, las indiadadas que se levantaban al grito de *¡Viva la religión y mueran los herejes!* aumentaban y aumentaban en número, hasta el grado de hacer su empuje irresistible para las fuerzas del Estado, las que sin poder defender la capital, la vieron caer en poder de los salvajes el 2 de Febrero de 1838.

El corto o ningún miraje para el porvenir, de la fracción liberal que combatía a Gálvez, llevando al exceso sus anhelos de una libertad sin restricciones, coadyuvaba, sin ellos comprenderlo, al triunfo de la reacción servilicida, que por otros medios y bajo otra forma, había contribuido al avance del salvajismo en este primer triunfo del indio que lo acaudillaba. Pero como una consecuencia natural, y como un resultado lógico de la falta y pecado cometido, los unos por imprevisión y los otros por perversión de sentimientos; ambos partidos al verse frente a los estragos y demasías del salvajismo, sintieron pánico, y talvez vergüenza de su obra, buscando los medios de librarse de semejantes hordas que, sin comprender nada de sus desavenencias, iban a cebarse por igual sobre unos y otros.

Despojado Gálvez del Gobierno, los partidos se encontraron en presencia de los efectos horrorosos de aquella invasión de la barbarie y, tomados de pánico y olvidando por un momento sus funestas intransigencias, unieron sus esfuerzos para lograr su retiro. Gracias a la actividad de don Juan Barrundía y de otros distinguidos ciudadanos, se logró al fin que Carrera saliera con sus huestes, halagándolo con el nombramiento de Comandante del Distrito de Mita.

He ahí un nuevo error que no sirvió sino para acrecentar la sed de mando de aquel caudillo, que no había

nacido sino para terror y espanto de los pueblos y desgarrar después las entrañas de la Patria, como Nerón lo hizo con el vientre de la madre que le diera el sér. Circunscrito, es verdad, a un círculo reducido del Estado, pero investido como estaba; con un mando militar, Carrera, cual una fiera que siente la necesidad de extender el radio de sus correrías, no se quedó a contemplar aquel pequeño dominio que se le brindaba, sino que, sirviéndose del mando que ejercía y de la ciega obediencia de las turbas que le seguían, lanzóse con ellas a nuevas y más extensas comarcas, dejando la muerte y la desolación tras de sus huellas. Sin Dios, sin ley y sin ningún sentimiento patrio que le pudiesen inspirar ideas elevadas, repugnábale, desde luego, toda intervención que quisiese poner coto a sus demasías y, deseando ser dueño absoluto de una porción más extensa de la Patria, para disponer de todos sus recursos, halagó con promesas a los habitantes del rico departamento de Chiquimula, para que, adhiriéndose a su causa, se declarasen a su favor, formando un Estado libre e independiente de la Federación centroamericana.

Aunque insólita, la promesa halagadora del caudillo, pareció despertar el interés local en el departamento de Chiquimula, cuyos habitantes conmovidos a su grito de *¡Separación o muerte!* dirigieron en solicitud formal al Presidente de la República, para que aprobase su separación y autorizase por acuerdo especial la creación del nuevo Estado. Morazán, comprendiendo el alcance de estas pretensiones, contestó a la solicitud en forma culta; pero persuadiéndolos de que tales deseos no emanaban de sanos propósitos, ni tendrían a su bien, viniendo como venían, inspirados por un espíritu extraviado por la ambición, cuyas locas y absurdas pretensiones conducirían a sus pueblos a su ruina y postración.

En tanto Morazán, engañado siempre por el corazón, no quiso seguir las medidas de rigor que la política y la fría razón demandaban en tales circunstancias. Probó por segunda vez tener un entendimiento con Carrera, quien por su parte solo respiraba odio, venganza y muerte. La segunda comisión que debía entrar en pláticas de paz con el cacique alzado en guerra, fue integrada casi por los mismos ciudadanos que formaron la primera. Por esta vez aquella fiera, ya más acostumbrada al contacto humano, no rehuyó la entrevista y, los delegados del Presidente de la República,

dirigiéronse más confiados a sus dominios de Mataquescuintla, donde tuvieron lugar las conferencias. En ellas se pactó la paz por medio de un convenio suscrito por ambas delegaciones, en el que Carrera quedó solemnemente comprometido a su cumplimiento. Pero no bien la comisión había salido de la comarca que comprendía sus dominios, cuando ya el salvaje, arrepentido tal vez de pactar con la civilización, y ofendido por las cláusulas que ponían coto a sus pillajes, extremó más aún su odio, queriendo en su furia dementada dar alcance a los delegados, que pudieron escapar providencialmente de la muerte. Entonces el tigre, saltando aún más allá de sus dominios, fuese con los suyos a poner el sello de sangre y de espanto a otros pueblos y ciudades.

Desalentada la comisión por los resultados tan contrarios a su desinterés y patriotismo y viendo que el peligro se cernía aun más amenazante sobre todos los pueblos del Estado; así se lo dieron a comprender al Presidente de la República en el informe circunstanciado que le elevaron. Éste, compenetrado del eminente peligro a que se vieron expuestas aquellas vidas tan caras a la Patria, contestó lo siguiente:

«Es muy sensible para mí que personas de tanta respetabilidad, crédito y prestigio en la República, hayan sido desoídas, insultadas gravemente y aún expuestas a un horroroso asesinato; más, era preciso que a todo esto se sujetase el patriotismo de Uds., en momentos tan críticos para el rico y poderoso Estado de Guatemala».

«Mis constantes deseos porque el restablecimiento del orden se efectuase en él sin derramar sangre y aún sin que se sufriera, me obligaron a exigir de Uds. un servicio, que Uds. no más han podido prestar. Tal vez no ignoraban el mal éxito de su encargo y aún el riesgo que iban a correr: y no obstante no han vacilado en aceptar mi nombramiento y hacer todos los esfuerzos que me son patentes. Yo doy a Uds. en nombre del Gobierno Nacional, las más rendidas gracias por cuanto han ejecutado en esta vez para evitar males que al fin muy a mi pesar van a ser indispensables. La guerra de la barbarie contra la civilización los exigen de una manera que positivamente contristan. Sin embargo,

---

a Uds., lo mismo que a mí, les acompañará siempre la dulce satisfacción de haber hecho cuanto estaba a nuestro alcance, no solo para salvar a estos pueblos, sino al mismo bando y sus hordas, hasta el grado de humillarnos con aquél, guardándole consideraciones que nunca mereciera.

## XXII

El Presidente de la República, llamado con urgencia a Guatemala, vuelve a a ésta y vence a los facciosos en Mataquescuintla ---Espíndida recepcón que se le hizo después del triunfo. --Diréccese y rechaza con dignidad la Dictadura.---Su memorable exposición a la Asamblea.

La irrupción de las selvas a los pueblos y ciudades de Guatemala tomaba proporciones alarmantes, y aquel gesto de salvaje rebelión que tocaba a muerte arrebatando y destruyendo las vidas y riquezas del Estado, sembró el espanto por donde quiera. Ante la impotencia del Gobierno seccional y el desamparo de sus alarmados habitantes que se creían perdidos si una fuerza superior no llegaba a salvarlos, la Asamblea del Estado fue la primera en acordar que era urgente la presencia del Presidente de la República, a quien por el mismo acuerdo se le excitaba corriesse a salvar a Guatemala. Iguales y repetidas solicitudes se le dirigieron por corporaciones, gremios y demás centros asociados.

Aquel clamor y aquellas súplicas que condensaban la desesperación de todo un pueblo, hirieron tan vivamente los sentimientos de Morazán que, no obstante la multiplicidad de sus atenciones administrativas y lo complejo de su labor nacionalista, aprestose a combatir en persona en aquella nueva y escabrosa lucha, que en vano había tratado de conjurar por medio del convencimiento.

Con esa rapidez que le era característica y que tanto desconcertaba a sus enemigos, Morazán, en el perentorio término de tres días, y sin más recursos que los proporcionados por El Salvador, reunió, organizó y equipó una fuerza de mil trescientos hombres, con los que salió de la ciudad de Santa Ana rumbo a Guatemala el 9 de marzo de 1838. Su táctica siempre previosa y oportuna, además de la rapidez que imprimió a la marcha, le inspiró la feliz idea de adelantar al Coronel Félix Fonseca con una partida de dragones, para que llamase la atención del enemigo que, organizado en guerrillas, estaba próximo a caer por segunda vez sobre la ciudad de Guatemala. Este movimiento tan oportuno como calculado, distrajo la atención de Carrera,

quien en vez de lanzar sus huestes sobre la capital, las reconcentró a Mataquescuintla, lográndose con ello no sólo evitar la ruina de la ciudad, sino que también dió lugar para que el Gobierno del Estado pudiese organizar dos fuertes divisiones, que tan importantes servicios prestaron en el decurso de la campaña.

En vista de la nueva posesión de Carrera, Morazán, aparentando ignorar su actitud, y sin que le preocupase su manifiesta rebeldía, ordenóle como Presidente de la República que marchase a unírsele a Cuajiniquilapa el 13 del propio mes, con todas las fuerzas que obraban a sus órdenes.

El plan se reducía a una medida disciplinaria, para que las fuerzas de Carrera unidas a las del General en Jefe formasen un todo respetable, acordándose bajo la garantía del Presidente de la República y el respeto de las armas, la paz tan anhelada y cuyo único objetivo habíalo colocado a la cabeza de aquel ejército de su mando. Mas, tal disposición, en vez de infundir confianza en el ánimo de aquellas hordas, sirvió más bien para apuntalarlas en una intransigencia tan feroz, que no podía vencerse sino con el peso de las armas.

Mientras tanto, el 14 de Marzo, la primera división de las fuerzas organizadas en Guatemala, lista ya para entrar en acción al mando del General Salazar, llegó a incorporarse a las salvadoreñas en la hacienda de «Cerral de Piedra», uniéndose también al siguiente día en el mismo lugar, al mando del Coronel Carballo, la caballería de Sacatepéquez.

Al encontrarse estas fuerzas reunidas, dióse la orden de marchar para Santa Rosa, donde debía establecerse el Cuartel General, por ser uno de los focos principales de la insurrección. Con la debida anticipación dióse el aviso de la marcha a los Alcaldes de ésta, ofreciéndoles toda clase de garantías. Mas la sorpresa y la desilusión subieron de punto, al encontrarse ésta y otras poblaciones completamente desoladas. Carrera se había alzado con sus hombres y mujeres a lo más intrincado de sus selvas y montañas, para hacer una guerra de emboscadas, obligando para ello a todos los habitantes que abandonasen sus hogares. Ante aquella soledad que presagiaba solo males y, a pesar de ser la hora más ardiente y penosa del día, el General en Jefe dió la orden de continuar la marcha hasta la hacienda de Santa Isabel, mientras él, acompañado solamente del General

Salazar y de su Estado Mayor, dispuso esperar allí para infundir confianza a sus habitantes y que regresasen tranquilos a sus hogares. Pero en vano se esperó largas horas, porque ni una sólo de las familias regresó. Apenas un pobre y desvalido anciano, imposibilitado ya por el peso de los años para moverse, fue el único que como una sombra apareció dentro de aquel cuadro de desolación y abandono. Sus lágrimas y la relación dolorosa de todo cuanto había pasado en la desolada comarca, dieron la última prueba a Morazán de cuánto había que esperar de aquellos foragidos sin Dios, sin ley y sin Patria, y que para reducirlos al orden no quedaba más recurso que el de las armas. Sin embargo, nunca pasó por su imaginación emplear las medidas extremas que el partido servil aristocrático le había sugerido por sus delegaciones que fueran a saludarle y a presentar en su nombre el homenaje de admiración y respeto a «Corral de Piedra».

Sin temor a las emboscadas, y con la misma intrepidez de siempre, Morazán vióse de nuevo envuelto en el fragor de los combates. Preparadas sus fuerzas para entrar en acción, y delineado su plan de ataque, él mismo quiso ser el primero en el peligro, lanzándose con las columnas de su mando sobre las fuertes posesiones de Mataquescuintla, donde después de un reñido combate, venció completamente a los rebeldes que, desconcertados y deshechos, huyeron al riñón de sus montañas. Tan luego como el triunfo coronó la frente del vencedor, las otras columnas al mando del General Salazar, lanzáronse sobre las restantes posesiones enemigas, que tomadas luego, se les persigió como a las anteriores, hasta sus últimas guaridas, llevando sí, la orden terminante de no usar de represalias, sino de la mayor magnanimidad si se daban por vencidos.

Aplacada con aquel triunfo la rebelión de la montaña, el General Salazar se vió precisado a regresar a la capital para entenderse con el comercio sobre el puntual envío de fondos para pagar la división de su mando y a la del Norte, que operaba bajo las órdenes del General Carrascosa. A su regreso refirió al Presidente de la República el estado de anarquía que reinaba en Guatemala, donde los partidos recriminándose mutuamente, olvidados del peligro y ciegos de pasión, conti-

nuaban por la corriente peligrosa de la más ruda intransigencia.

Nada hay que contriste tanto a las almas superiores como la pequeñez de las pasiones humanas y los bastardos intereses de los partidos locales. Morazán sufría lo indecible al considerar que, tras el éxito de sus armas vencedoras, venía el cortejo de rivalidades partidaristas y de intransigencias políticas, interponiéndose como una sombra mortal entre ellos y sus elevados ideales de Unidad Nacional.

Según el sano criterio del General Salazar, la presencia de Morazán en la ciudad de Guatemala, además de urgente era imprescindible; pues de no hacerlo así—decía—el triunfo alcanzado sobre los facciosos quedaría nulificado por el desborde de las pasiones políticas, que presagiaba una nueva lucha tan funesta para el Estado como de terribles consecuencias para toda la República. Convencido de tales razones, Morazán decidió su marcha, saliendo inmediatamente de Mataquescuintla para la ciudad de Guatemala, donde después de vencer con las armas a los enemigos de la paz, tenía que librar ahora un combate más penoso, y mucho más heroico contra la intriga, la seducción y la mala fe de los partidos.

Caballero jurado de la Libertad, soldado invencible de la República, resumen glorioso de cuanto tuvo y hay de grande en ella; exponente de una perfección ideal, moral y cívica, tipo único de nuestros héroes y, vaciado en un molde superior al tiempo y al medio en que vivió, Morazán, revestido como estaba de congénitas y geniales cualidades, nunca supo, ni nunca quiso sentir la adhesión estrecha y pasional de los partidos, a no ser aquella que tuviese por fin y por principio: la *libertad, unidad e integridad* de la Patria; nacionalista de la más noble y pura estirpe, nunca pactó con la pequeñez de nuestros patriotismos aldeanos; y, no sintiendo sobre su corazón otro amor, ni más ideal que aquel que le inspiraba Centro América unida, estaba como ninguno preparado para no dar vida a ninguna insinuación pecaminosa que quisiese hacérsele para desviarlo de sus principios democráticos.

Apenas el Presidente y el General Salazar habían caminado, cuando encontraron la primer delegación enviada por parte del Gobierno del Estado, que llegaba a presentarle su saludo de bienvenida y calurosa felici-

tación por el triunfo alcanzado con el peso de sus armas. Pero esta comisión, integrada como estaba, por los preclaros ciudadanos Doroteo Vasconcelos y Felipe Molina, en nada excedió a su cometido, limitándose únicamente a reforzar la opinión del General Salazar, para que aquél marchase inmediatamente a calmar con su presencia la sobreexcitación que existía en la capital, así como el desbordamiento de los partidos, cuyas pretensiones tocaban a su límite. En la hacienda de Santa Isabel se encontraron las otras delegaciones que venían de parte de éstos. Las adulaciones prodigadas a porfía y sus mutuas y acerbos acusaciones, llevaron al ánimo de Morazán cierto sentimiento de hastío, que el partido servil aristocrático lo trocó pronto en una verdadera repulsión, al oír de sus comisionados lo que deseaba se hiciese contra el Gobierno y sus contrarios; y, dentro del himno de alabanzas, uno y otro partido repetían: *que Guatemala debía su existencia exclusivamente a Morazán.*

Bella, en su esplendidez de abril, plácida y sonriente, la tarde del 14 de este mes de 1838, vió la triunfal entrada del General Morazán a la ciudad de Guatemala. El sol en su majestad radiosa hundíase ya en el límite del horizonte, dándole los últimos tintes a aquella tarde singular, en que el héroe sobre su corcel de guerra y seguido de sus columnas vencedoras y de una multitud delirante de entusiasmo, entraba por otra vez a la vieja capital de Centro América, que lo recibía en triunfo.

Desbordantes demostraciones de regocijo, himnos consagrados a su nombre, y mil alabanzas repetidas sin cesar y en variados tonos por los distintos grupos, hicieron de aquella triunfal entrada, la más ruidosa, unánime y solemne de cuantas hasta la fecha se habían presenciado en la populosa ciudad, que parecía volver a la vida después de tantos días de pena, ansiedad y desasosiego que la mantuvieron entre la vida y la muerte, por las amenazas de exterminio de los salvajes.

Dentro del tumulto de esas manifestaciones de general regocijo, una comisión compuesta de catorce individuos, que representaban a todas las clases sociales, corporaciones y gremios, puso en manos del General Morazán una exposición razonada, en la que se le pedía con vivas instancias asumiese el mando en toda su plenitud, y ejerciese sin restricción ninguna el Gobierno Nacional, haciendo desaparecer la Autoridad Ejecutiva

del Estado, que se pondría bajo sus inmediatas órdenes y protección.

Ningún otro que no fuese del temple de aquel carácter acerado y que iba de antemano escudado contra todas las seducciones, hubiese podido resistir a las más vivas instancias e insinuaciones que se le hacían en tal sentido. Pero aquella alma de espartano preparada y defendida estaba para resistir a todos los halagos; y, ni el concurso de ambos sexos allí presentes, pudo desviarlo ni una sola línea del plan de conducta que se había trazado, el cual se reducía a: *oír a todos, salvar a la República y no entregarse en brazos de ningún partido, a no ser en el regazo de la muerte, y en sacrificio de la Patria.*

«Es necesario,—decía uno de los oradores,—que el señor General se haga digno de la confianza que debe a este feliz pueblo. Para salvarlo, es preciso destruir el salvajismo, haciendo pasar el arado por sus sementeras, incendiando sus chozas y, ejecutando, desde luego, en sus personas, lo que está reservado a la mano del tiempo; es indispensable que el castigo recaiga sobre todos los que lo levantaron y sostienen, con tal severidad y prontitud, que si yo soy sospechoso a juicio del señor General, sin más espera ni comprobante que la simple suposición, debe ahora mismo hacer caer mi cabeza».

Ajustando siempre su conducta a los principios que sustentaba, y respetando como el que más todos los Poderes que emanan de la verdadera República, Morazán contestó que, aquel problema de suyo tan delicado, tocaba resolverlo a la Asamblea del Estado, que a la sazón se encontraba reunida, y a la que dirigió el siguiente oficio:

«Cuartel General: Guatemala, Abril 17 de 1838.— A los ciudadanos Diputados Secretarios de la Asamblea Legislativa.— Ayer ha puesto en mis manos el Licenciado A. Marure una exposición firmada por ciento setenta y ocho vecinos de esta ciudad, que llevan el nombre de propietarios, y que lo son en efecto, en que se me pide asuma yo el Gobierno del Estado. Al entregármelo me manifestó que una comisión compuesta de personas de bastante crédito y notabilidad estaba nombrada por el numeroso concurso de ambos sexos que los seguían, para sobre la citada exposición hacerme explicaciones importantes a la tranquilidad de esta capital y al inte-

rés de todos los pueblos del Estado».

«Llamado en Enero último por el Gobierno de ésta, para destruir la facción que amenazaba la vida y propiedades de los habitantes de Guatemala, y llamado por segunda vez en la semana pasada por el mismo Gobierno y por varios propietarios que me aseguraban representar a todos los que existen en esta ciudad, para que viniese a ella a observar cuanto pasaba, y a contener sucesos que podían ser de la más grave trascendencia, me apresuré a oír a la citada comisión, de quien esperaba noticias útiles, y si se quiere saludables consejos en circunstancias tan difíciles como las actuales; y porque no siendo otra misión, ni otros mis votos, que los de pacificar estos pueblos, quiero escuchar a todo ciudadano que guste informarme sobre los acontecimientos, e indicarme alguna medida salvadora».

«Por desgracia, en la que se ha fijado la Comisión y la que contiene la exposición de que antes he hablado, no me parece absolutamente libre de embarazos, que se aumentarían si yo la adoptase por una vía de hecho estando reunida la Asamblea, a cuya sabiduría no debe ocultarse la peligrosísima crisis en que se encuentra el Estado y, ocupando la silla del Gobierno, la misma persona que me ha llamado en auxilio de los guatemaltecos».

«Es verdad que algunos hechos han gastado de algún tiempo a esta parte el prestigio de que han gozado y debieran gozar los Supremos Poderes, y que su constante repetición ha hecho grabarse el temor y la desconfianza en el corazón de los guatemaltecos, y particularmente en la clase de propietarios. Una tropa sublevada y dirigida por sargentos ebrios y algunos individuos que jamás han practicado la moral pública; inmensas hordas de salvajes sin freno alguno que pudieran contenerlos, han amenazado en distintas ocasiones la vida de estos habitantes, sus propiedades, y lo que es más caro aún, el honor de sus inocentes familias; y la Autoridad en ninguna de ellas, es preciso decirlo con franqueza, desplegó la energía que demandaba su situación. Esta experiencia ha influido sin duda en que haya venido a mí directamente la exposición indicada, sin contar antes con el Cuerpo Legislativo que tiene en sí los elementos necesarios para hacer el bien, y que puede y debe contar con la libertad más amplia en sus urgentes e importantes deliberaciones. Yo que conozco la

instrucción de los individuos que lo componen, que me son constantes sus patrióticos sentimientos, no puedo menos que dirigirme a él por el honroso conducto de Uds., manifestándoles: que el pueblo de Guatemala aguarda con ansiedad y aún desesperación una medida que le vuelva su antiguo reposo y que asegure la vida y propiedades de sus habitantes».

«Jamàs ha podido ocuparse la Asamblea del Estado de Guatemala de un asunto tan delicado y de mayor trascendencia, y jamàs tampoco han estado tan fijas las miradas del pueblo sobre la resolución que hoy dicte. Yo la excito, pues, para que viendo las cosas bajo su verdadero aspecto, con la calma y detenimiento que corresponde, tranquilice a multitud de familias que vagan en la incertidumbre y desconsuelo, y salve de los horrores de la anarquía a la primera población de la República. *Para objetos tan penosos como sagrados, debe contar con mi cooperación y mi existencia, que con placer sabré sacrificar en cumplimiento de mi deber, y para corresponder a la confianza que ha depositado en mí el Gobierno del Estado y los habitantes de esta hermosa ciudad, que no abandonaré entre tanto la paz, el orden y la mejor armonía no vuelvan a restablecerse entre las familias*».

«Ruego a Uds., ciudadanos Secretarios, elevar a la consideración de la Asamblea cuanto dejo expuesto y admitir las consideraciones con que soy de Uds., atento servidor.—D. U. y L.—F. Morazán».

Siendo firme e invariable la opinión general del Estado sobre los méritos y servicios que Guatemala debía a su salvador, la Asamblea Legislativa dictó inmediatamente un decreto por el que se acordaba: que el Estado de Guatemala se ponía bajo la defensa y protección del Gobierno Nacional, acordándose también la traslación del Cuerpo Legislativo del Estado a la ciudad de La Antigua.

## XXIII

**Guerra de la montaña.—Se vence a los facciosos; pero no se les extermina.  
 Triunfo en Amatitlán y proclama del Presidente.—Difícil situación económica.  
 Marcha del Presidente a San Salvador.—La ceguera de los partidos empeora  
 la situación.—Abandono y desamparo en que se dejó al ejército.—Instancias  
 y súplicas para que Morazán vuelva a Guatemala.**

Tan luego como el peligro que se cernía sobre Guatemala se creyó alejado por la presencia del Presidente de la República, los partidos locales, olvidando la causa que lo hizo llegar y retenerlo allí, volvieron pronto a caer en el terreno de la discordia y la diatriba, tanto más fatal para el Estado como de eminente peligro para la solidaridad de la Nación, cuya libertad y unidad se socavaba por distintos medios. Uno y otro bando trataba de atraerse las particulares simpatías de aquél, denigrándose entre sí. Mas estas manifestaciones, y principalmente las que el partido servil le dirigía, hicieron comprender a Morazán el bajo fondo de aquellas almas que con tan estudiadas formas querían atraerlo. A su mente no se le escapó que estaba librando en tan difíciles momentos la gran batalla moral que dejamos anunciada; pero el atleta del derecho y el campeón de nuestras libertades, supo esquivar con tanta entereza las pérfidas insinuaciones que se le hacían, que salió vencedor de tan terrible prueba.

Los fatales resultados de esa culpable ceguera de los partidos, que con su intransigencia no hacían sino cavar la tumba de la gran Patria del 21, no se hicieron esperar por mucho tiempo. De nuevo el cacique de Mita saltó otra vez de sus abruptas serranías y, seguido de innúmeras indiadas, vino a caer como avalancha que lo arrebatara y lo desquicia todo, sobre las ya tranquilas poblaciones. Este nuevo reto de muerte que ultrajaba a la civilización y ponía a prueba una vez más al caballero bayardo que la defendía, no pudo menos que decidirlo a recoger el guante y lanzarse tras los pasos del terrible cabecilla.

Sobre la incursión violenta del enemigo que se había apoderado de algunas poblaciones importantes, levan-

tóse el nuevo plan para combatirlo. Tomadas las medidas convenientes, las diferentes columnas expedicionarias, al mando de jefes experimentados, dispuestos a seguir el plan concebido por el General en Jefe, volaron como impelidos por una sola voluntad a cumplir con su deber, según las circunstancias lo demandaban.

El Teniente Coronel Miguel García Granados, que operaba sobre Jutiapa, fue atacado en dicha plaza, la que sostuvo con valor, no obstante el gran número de asaltantes que quisieron sorprenderlo, a quienes al fin derrotó después de sangrienta lucha. Al mismo tiempo, el Capitán Esteban Cierzo, obrando con la rapidez debida, deshizo sobre los campos de Jocoy otros grandes grupos de facciosos. A su vez, Morazán, como General en Jefe de Operaciones, quiso tomar la parte más difícil y escabrosa, atacando al grueso del enemigo en sus fuertes y bien defendidas posiciones de Mataquescuintla, a donde se encaminó con las fuerzas de su mando, para hacerle experimentar una vez más el peso de sus armas.

Frente a aquellas posiciones que el terrible guerrillero tenía como impugnables, íbase a librar la batalla donde la astucia y el valor tendría que medir sus armas a la táctica genial de Morazán. Estimulado y enardecido éste por la confusa y rabiosa gritería del gran número de enemigos que tenía al frente, la orden de asalto general no la hizo esperar por mucho tiempo. Apenas aquella voz fue oída por sus aguerridos soldados que desesperaban por combatir, un violento tiroteo la siguió, y pronto todos los puestos defendidos fueron asaltados y los salvajes, no pudiendo resistir el empuje ni la presencia de tan odiados adversarios, entregáronse a la fuga más completa, dispersándose por entre el laberinto de sus selvas y montañas.

Las bajas sufridas por el enemigo en esos combates fueron de alguna consideración y, con los lauros de la victoria recogidos sobre los campos de batalla, logróse también la pacificación de aquella zona, reduciéndose a la impotencia al enemigo, que se le persiguió hasta donde humanamente pudo hacerse.

Pero la pericia de los salvajes para salvar distancias y burlar a sus perseguidores, desapareciendo como tragados por la tierra, para aparecer en seguida por zonas más distantes, estaba por encima de sus propias derrotas que, en vez de acobardarlos, parecía estimularlos más a la lucha. Así fue que, apenas se les vió

desaparecer por la zona oriental, vinieron a caer con nuevos procéritos sobre las alturas que dominan al valle de Guatemala; de allí descubrieron la extensa y rica población de Amatitlàn, que se ofrecía a su creciente voracidad como una presa que conturbaba sus no saciados apetitos. Creyéndola indefensa, arrojàronse sobre ella ciegos y voraces; pero allí estaba el Teniente Coronel Manuel A. Lazo, al mando de una pequeña pero aguerrida fuerza federal, cuyo valor y pericia compensaban al gran número de atacantes, que no eran menos de 800 al mando de los màs feroces y sanguinarios cabecillas.

Aleccionado el enemigo por la fuerza incontrastable que imprimió Morazàn al asalto en que los desalojó de sus fuertes posiciones de Mataquescuintla, quiso a su vez dar esa misma fuerza al empuje de sus masas para vencer en un momento a sus adversarios; pero su brutal y temerario arrojo no sirvió sino para diezmarlo y, ante el botín que se proponía conquistar, no pensó en la superioridad y eficacia de las armas que empuñaban los bravos federales. Mas sin contenerse ante sus pérdidas sufridas y la sangre que corría, y como si la vista de ésta los embriagara para la lucha, prosiguieron con más furor sus violentas acometidas.

Lazo, por su parte, que supo acondicionar bien sus reducidas fuerzas, no desmayó ni ante el número, ni ante la fiereza de y el valor de los contrarios, con quienes sostuvo un porfiado y tenaz combate, que unos y otros deseaban terminarlo, pero venciendo. El valor estaba en ambas partes; pero por fin, el arrojo y la tenacidad de los facciosos, vencidos fueron por el càlculo y el valor disciplinado de los federales que llevaron el estrago a sus masas, haciéndolas salir despavoridas de la ciudad.

El Coronel Lazo, deseando dar alcance a los fugitivos, salió con sus fuerzas en su persecución. Pero esta medida tomada al calor del triunfo, fue equivocada, pues el enemigo no escapó por una sola dirección, y vencido como estaba de la inferioridad numérica de los victoriosos, burló la persecución de éstos y entró de nuevo a la población con la mitad de sus primeras fuerzas, es decir, con 400 hombres, dispuestos a tomar las más duras represalias por su derrota contra los inocentes habitantes de la ciudad, saqueando a ésta y pasando a cuchillo a todos. Mas Lazo al saber lo ocurrido, dolvió precipitadamente sobre sus pasos y, en vista del

estrageo, y antes que las víctimas se duplicasen, y al grito de: *¡Viva el General Morazán!* cayó con tal ímpetu sobre los salvajes que, sin darles tiempo a la defensa, después de un certero tiroteo, cargó sobre ellos a bayoneta calada. Trabóse así un nuevo y furioso combate, en el que los hombres de cuchillo salieron completamente derrotados, dejando en su fuga las nopaleras cubiertas de cadáveres y heridos, que aún se encontraron con los despojos que llevaban de la ciudad.

La lucha contra la barbarie parecía dilatarse y extender más y más; las indiadas no escarmentadas en sus derrotas, tan luego se deshacían de una parte, como volvían a aparecer en otra. A semejanza de esos hormigueros que brotan aquí y allá, anunciando un recio y crudo temporal, así, por todos los rumbos del país, como un funesto presagio para la causa de la civilización, surgían los focos de insurrección indígena. Pero no poseyendo estas turbas sino un valor y una crueldad que son innatos a la barbarie, por doquiera se presentaban en acción, eran deshechos por los valientes y sufridos soldados que defendían la causa de la civilización,

Quezada, Mita, Chiquimulilla, Las Vírgenes y Fraijanes, fueron otros tantos campos de batalla, donde los sufridos soldados de la Federación demostraron con sus victorias la justicia de la causa que defendían.

Tan luego el Presidente de la República volvió nuevamente a la capital de Guatemala con el objeto de atender a las necesidades del ejército que combatía por todas partes, dirigió desde allí a los valientes defensores de Amatitlán la siguiente proclama:

«El Presidente de la República, General en Jefe del Ejército, a los vencedores de Amatitlán.—¡Soldados!— Los caudillos de la facción que todo lo talan y destruyen en el Estado de Guatemala, habían decretado la ruina de la hermosa Amatitlán. Carrera, Rueda, Herrera, Porras, Manyandi y Santa Rosa, unieron sus partidas para sorprender aquella población, y se habían repartido de antemano las grandes riquezas que se encuentran allí acumuladas por la mano del industrioso comerciante y del agricultor laborioso».

«Desde las alturas que dominan el valle de Guatemala se arrojaron sobre su presa como fieras salvajes sedientas de sangre y de tesoro. Pero ellos ignoraban que allí existían los veteranos que, en diez años de guerra, han adornado sus cabezas con los laureles de tan-

tas victorias, sin que jamás haya sido humillada su frente por la desgracia».

«¡Soldados! Siempre os he apreciado como valientes, pero en la gloriosa jornada de ayer, en donde cada uno de vosotros tuvisteis que vencer a ocho enemigos armados y decididos a consumir su crimen, os habéis portado como héroes. Yo os saludo a nombre de la Patria con este hermoso título. Seguid mereciéndolo, y evitaréis que el nombre de nuestro hermoso país sea para siempre borrado por la mano de los salvajes, del número de los pueblos civilizados.—Guatemala, 9 de Mayo de 1838.—F. Morazán».

Con los éxitos alcanzados y el tiempo que se llevaba de operar sobre los facciosos, calcúlese ahora la nueva y creciente dificultad que se presentaba, tanto más difícil de solucionarla, cuanto que, aquél sobre cuya cabeza gravitaba, era el único que la comprendía en toda su magnitud, ya que los partidos y el Gobierno del Estado que se trataba de salvar, no daban señales de preocuparse de los facciosos, sino era cuando los veían tocar a las puertas de la capital. Esa dificultad era nada menos que la grave cuestión económica, alma y base para llevar a feliz término toda campaña que se prolonga; y, el Presidente de la República no contaba con más apoyo pecuniario que los reducidos fondos de la Federación, sostenidos con grandes sacrificios por los Estados de El Salvador y Guatemala, ya que Honduras, Nicaragua y Costa Rica, por maquinaciones de los enemigos del héroe, habían restado su concurso de fuerzas y dinero en tan apurada situación.

Para subsanar esas apremiantes necesidades que entrañaban la defensa y salvación de Guatemala, Morazán apeló al Jefe del Estado y a la Asamblea del mismo: pero ni uno ni otro Poder solucionaron el asunto con el decoro y urgencia que convenía.

Fuele, por tanto, preciso a Morazán recurrir al comercio, aceptando la oferta de los acaudalados propietarios, don Pedro Aycinena, don Juan Matheu y don Carlos Klée, quienes ofrecieron veinticinco mil pesos al contado, bajo la condición de que se les admitiése igual suma en todo crédito reconocido, y que el monto de ambas cantidades, es decir, cincuenta mil pesos; se les cubriese con el producto de los Distritos de Guatemala y La Antigua, y que en caso el Estado faltase al com-

promiso, deberían ser cubiertos en las aduanas federales de Guatemala e Izabal.

Morazán, con aprobación del Ejecutivo del Estado y del Gobierno Federal, ajustó en términos legales el contrato, ya que tales recursos eran de vital necesidad para sostener las fuerzas, a menos que se quisiese su disolución, perdiéndose con ello los sacrificios, los triunfos alcanzados y, lo que es más, la esperanza de salvar a Guatemala.

Aunque los prestamistas, faltando al compromiso, no hicieron efectivo sino \$16.000, logróse por lo menos salvar las primeras dificultades, distribuyéndose esa suma entre los diferentes destacamentos que operaban en la pacificación de Guatemala. El héroe por su parte, sobreponiéndose a todas las dificultades y no dándose punto de reposo hasta el grado de olvidarse de sí mismo, preparábase otra vez a recorrer la vasta línea de operaciones para ponerla en el mejor estado de defensa, cuando fue llamado urgentemente de la capital de la Federación, donde sucesos de gran trascendencia reclamaban su presencia, y que a no dudarlo emanaban de ciertas maquinaciones urdidas por el bando servil en la propia ciudad de Guatemala.

Era indudable, y eso lo sabían bien sus enemigos que al ausentarse Morazán de Guatemala, su obra, su obra, su grande y abnegada obra de pacificación, vendría a tierra, y con ella el hundimiento de la Nación. Pero ante el sagrado cumplimiento de sus deberes patrios, no había, ni podía haber para aquella alma de sacrificios ninguna trepidación, y siendo de ineludible y vital necesidad su presencia en El Salvador, encaminóse para allá con la fe del patriota que no ve sino la necesidad de la demanda de sus servicios; y, tanto más animado iba, cuanto que en su sincera modestia creía que su presencia era ya tan necesaria, puesto que su labor podía, a su juicio, quedar encomendada con el mayor éxito a cualquiera de los más experimentados jefes del ejército federal. Tal creencia emanada de su noble espíritu, se la manifestó al Jefe del Estado, don Mariano Rivera Paz, con cuyo parecer y el de otros importantes ciudadanos, fue nombrado General en Jefe, el entonces Coronel don Antonio Carballo. Este, con la cooperación efectiva del Gobierno de Guatemala y ajustándose a las instrucciones de Morazán, para proseguir bajo el mismo plan de guerra, era de esperarse que en el término

de dos meses, Guatemala quedaría libre de enemigos.

Animado por tan lisongeras esperanzas, Morazán, para mejor asegurar el advenimiento de la paz y la reconciliación con que soñaba, dejó en servicio activo del ejército expedicionario a varios de los jefes capturados, como Muñoz, Peralta, Cecilio Liona (Zaragallo) y otros, autorizando también Salvo-conductos para todos los demás que quisiesen deponer su actitud hostil y, aún para el mismo Carrera, si voluntariamente dejaba las armas, acatando las leyes de la República. Con tan extremas medidas de bondad, Morazán creía poner término a los males que affigían a Guatemala, sin saber ¡ay! que el perdón de los grandes asesinos es un puñal alzado sobre el mismo pecho que los ha salvado.

Muchos de los sufridos y valientes soldados salvadoreños que amaban a Morazán hasta el delirio, suplicaronle antes de retirarse del mando del ejército que los llevase, pues eran inseparables a sus glorias; pero el héroe no queriendo de ningún modo disminuir la deficiencia del ejército que debía devolverle a Guatemala su socio, antes de consentir le acompañasen, encarecióles seguir defendiendo con su brazo la causa de la civilización, y no tomó sino una pequeña escolta de caballería, que lo acompañó hasta San Salvador.

Como niños que solo saben del peligro del fuego cuando sienten sus efectos, el Gobierno y los partidos locales de Guatemala, tan pronto como vieron que los facciosos no daban ya señales de llegar a la capital, entregáronse de nuevo a sus luchas, recriminándose mutuamente, olvidándose así, no sólo del peligro común, sino lo que es peor, de las apremiantes necesidades del ejército, que sufrido y resignado a todas las privaciones y sacrificios, guardaba con el arma al brazo la paz de Guatemala. Y, esa paz tan deseada, no hubiese sido mometánea, como desgraciadamente sucedió, si los obligados por el honor de la palabra empeñado y por el peligro general que se corría, hubiesen fortalecido al ejército renovándolo en sus bajas, y enviando los elementos necesarios a su existencia y seguridad. Pero el Gral. Carballo, en vez de ser asistido como convenía, se vió cruelmente abandonado con su ejército en circunstancias penosas y difíciles. Antes bien, los partidos ciegos y pequeños por sus miras, no alcanzaron ni pudieron comprender las supremas finalidades del que ayer no más los había salvado de la ruina; viviendo solo del

presente, olvidados del porvenir y grandeza de la Patria, uno y otro, con distintas tendencias, y como si solo en el recinto de la capital estuviesen fincados sus intereses, diéronse en llamar con múltiples y repetidas instancias al General Carballo para que, abandonando sus líneas de defensa, partiese a la capital, dejando abandonados a los pueblos indefensos que tanto necesitaban de su apoyo. Aunque la cordura y el talento militar de este pundonoroso jefe, resistió primero a todas las insinuaciones que se le hacían, por fin hubo de ceder a tantas y tan repetidas instancias, y en vista también del abandono criminal en que se le dejó, reconcentróse a la capital.

Al establecer el Gral. Carballo su Cuartel General en la capital de Guatemala, uno y otro bando intentó atraerlo para servirse de sus fuerzas y apoyar sus tendencias partidaristas. Mas, justo es decirlo, la fracción avanzada del liberalismo denominado «Partido Constitucional», aunque con miraje muy corto, pretendía en su programa de oposición al Gobierno una libertad sin restricciones y completa garantía de todos los derechos ciudadanos. El partido de las sombras, es decir, el servil-aristocrático, aspiraba por el predominio de su clase y la centralización de todos los poderes en una sola mano que estuviera a su discreción y voluntad. No había entre ambos partidos más afinidad que la de ser partidarios del militarismo: el último para proteger sus pretensiones, y el primero para dar fuerza a la Constitución.

Para bien de las instituciones republicanas triunfó el primero de los partidos. Pero la aristocracia por todos los medios que pudo emplear, logró la renuncia del vice-Jefe del Estado, Dr. Pedro Valenzuela, y el cambio del Ministerio, lo que le colocó sobre mejor base para maniobrar y asegurar así su predominio.

Mientras sucesos de tanta trascendencia para el futuro de la Patria centroamericana, tenían lugar en la capital, Carrera, como una fiera que se ve libre ya de los que le llevaron acosado al riñón de sus montañas, encuentra la ocasión propicia para seguir sus devastaciones, lanza de nuevo y con un eco más feroz, su espantoso grito de guerra, que hizo despertar y levantarse más osada la horda de salvajes que le seguía.

El Coronel Bonilla, uno de los jefes expedicionarios, se había visto en la necesidad de replegarse con sus

cansadas y sufridas columnas a Jutiapa, para compartir su suerte con el heróico destacamento que defendía aquella plaza, haciendo comunes los riesgos y amenazas a que quedaron sujetos por el abandono y aislamiento en que se encontraban.

¡Cuán digno de ser conservado en lienzo, para honra y gloria de aquella generación de héroes era aquel cuadro en que, bajo la rudeza de la estación lluviosa, sin medios de comunicación y de subsistencia, los estoicos soldados, desnudos, hambrientos y abandonados a su suerte, no desmayaban en la senda escabrosa del deber disciplinario, ni menos quisieron revelarse contra los criminales intrigantes, que actuando en la capital los habían condenado a tan terrible situación!

Entre los que tal crimen cometían, se encontraba en primera línea don Mariano Rivera Paz, quien faltó a la promesa que hiciera al Presidente de la República, de no desamparar al ejército. Tan empedernidos corazones no pudieron conmoverse ni con la relación que se les hacía de los terribles padecimientos de las fuerzas guatemaltecas y auxiliares allá sobre las desoladas llanuras de Jalapa; y, ni aún fue posible que este pérfido Gobernante, instrumento de los serviles, diese un sólo paso por salvar la situación, ni con los conmovedores relatos que le hicieran el Coronel Bonilla, Teniente Coronel Ignacio García Granados, Capitanes Manuel Zepeda y José Montúfar, cuyo éxodo doloroso y triste era suficiente para sacudir toda indiferencia por la suerte de quienes luchaban por salvar a Guatemala.

No habiendo ya una fuerza superior que pudiese sofrenar los salvajes instintos de la barbarie, sus desbordes llegaron a tal grado de relajación que no son para decirse, y la pluma se resiste a detallarlos. Con los horrorosos asesinatos, violaciones de mujeres y otros ultrajes a la civilización, los habitantes de la capital convencieronse bien pronto de la suerte que les esperaba, cuando vieron entrar a muchas mujeres infelices despojadas de sus cabellos y mutiladas de las orejas. Espectáculo tan odioso hizo dar gritos de horror hasta a los mismos que dieron en llamar, *hijo del altísimo* al indio infame que tales exesos cometía.

Esos crímenes inauditos y los lamentables sucesos de Jalapa, hicieron despertar al fin de su indiferencia cómplice a las autoridades de la capital y a todos los que de uno y otro modo habían contribuido para que

llegase a tales exesos la barbarie; y, hasta entonces, como otras veces, recurrieron al último recurso, de llamar nuevamente a Morazán, para que los salvase.

Y, ahora, los conservadores más aterrados que en Marzo, imprimieron a sus manifestaciones de Septiembre tal vehemencia tal calor de entusiasmo y admiración por aquél a quien en el fondo detestaban, que el ánimo al leerlos se siente más inclinado a compadecerlos que a maldecirlos. Tales manifestaciones que corrieron impresas dan el esbozo de aquellas almas tenebrosas que Dante las hubiera colocado en el círculo de las eternas sombras.

Para comprometer mas la desición favorable de Morazán, Rivera Paz, como encargado del Gobierno, y la Asamblea, dirigiéronle también iguales excitativas, en las que se le prodigaban mil alabanzas, llamándole *salvador y defensor de Guatemala*; y, el acaudalado comerciante don Juan Matheu, en nombre de todos los propietarios de la capital, para expeditar la marcha de las fuerzas auxiliares, ofreció la suma de ciento veinte mil pesos, bajo las condiciones de un contrato que se celebró.

¡Quién podrá medir la tremenda lucha que sostuvo aquella alma, entre volar en auxilio a Guatemala o quedar en la capital de la Federación, para solucionar allí nuevos y complicados problemas que reclamaban su presencia! Sus sentimientos lo inclinaban a lo primero; pero la fría y razonada comprensión de otros altos deberes por cumplir, lo compelián a quedarse.

Tras la grave cuestión de los partidos de Zacatecoluca, estaba la inconsulta e inaudita determinación de los Estados de Honduras, Nicaragua y Costa Rica que, separados de la Federación, se habían declarado independientes.

Para aquel centroamericanista, que nunca pudo ni quiso tener por patria a ninguno de los Estados en particular, sino a Centro América, histórica y geográficamente unida en el tiempo y el espacio, aquel golpe pérfido tocó muy fuertemente sobre su corazón, que sólo vivía y palpitaba por la nacionalidad.

Y esa lucha, sobre quedarse o marchar, era terrible. Pero por fin, creyendo poder solucionarlo todo en Guatemala, se decidió a la marcha.

ERRAR o ACERTAR: he ahí el terrible dilema que a la mente del insigne Morazán se presentaba.

¡Ay! y la responsabilidad que era de todos, solamente sobre su cabeza parecía gravitar en aquellos días tan difíciles y de tanta trascendencia para el porvenir de la Nación!

---

 XXIV
 

---

**Prosigue la lucha contra las hordas de Carrera.—Triunfos parciales de éstas y su derrota en Villa Nueva por el General Salazar.—Morazán, bajo las más penosísimas circunstancias, vuelve nuevamente a salvar a Guatemala. Dos intentos de asesinatos que fracasan providencialmente.**

Carrera, que aun se sentía libre de la presencia de Morazán, cayó precipitadamente con 2000 hombre sobre Jalapa que, defendida apenas por 400 al mando del General Barillas, fue éste completamente derrotado, sufriendo la población en su caída las duras consecuencias de ese tiempo de la barbarie.

Envalentonado el *caudillo adorado de los pueblos* con el éxito alcanzado y viendo aumentadas sus huestes, tomó la resolución de avanzar sobre la capital y tomarla por asalto, dirigiéndose para conseguir su intento hacia Petapa.

Comprendidas las intenciones del funesto guerrillero, destacáronse sobre él 300 hombres al mando del General Felix Fonseca, para que lo atacara en sus posesiones de Petapa. Pero fuertemente atrincherado como se encontraba aquél, y con una fuerza ocho veces superior a la de los atacantes, éstos, a pesar del arrojo y bravura con que pelearon, fueron después de un rudo combate completamente derrotados por los facciosos, que quedaron libres para operar a su antojo.

El éxito alcanzado dió más osadía y valor a Carrera para proseguir sobre la capital; pero faltándole municiones y dinero, prefirió desviar la ruta para caer en busca de botín sobre la rica población de Amatitlán. Mas, aquel salto de felino sufrió una desviación forzada por la presencia del General Salazar en esa plaza, a donde con la precisión debida llegó antes que los bárbaros cumpliesen sus propósitos. Contrariado y enfu-

recido el caudillo de la montaña, cambió de rumbo, y fue a caer como un tigre insatisfecho sobre la indefensa ciudad de la Antigua. Aquel valle ubérrimo, poblado y rico y bellamente esmaltado de floridos huertos, profanado y espantado fue por el paso de los bárbaros que vieron en su inmensa variedad de producciones, un campo abierto para sus no saciados apetitos.

Desde allí, ya suficientemente provisto de toda clase de elementos, hizo llamada general a sus numerosas partidas que se encontraban dispersas por otras partes. Reunido ya un número de cinco mil hombres, lanzáronse como una tromba hacia la capital para hacerla caer bajo sus golpes. Sin embargo, aunque su plan de asalto estaba suficientemente preparado, juzgó el caudillo conveniente esperar unas horas más en Villa Nueva. Esa fue su equivocación; porque el General Salazar, sin que el indio lo sospechase, tras una marcha silenciosa, rápida e increíble y ejecutada en plena noche salvó la distancia considerable que los separaba, y vino acolocarse a eso de las tres de la mañana en las afueras de la población.

Ni un ruido, ni un movimiento imprudente hizo a la llegada de aquel ejército admirable; y, no obstante la fatiga, el hambre y el mal trato del camino colocóse bajo la mayor presteza y sigilo en puestos convenientes. El valor y la pericia del General Salazar parecían estar comunicados a todo su ejército, quien esperó bajo la más rigurosa disciplina su voz de mando.

Tras un breve descanso, a eso de las cuatro de la mañana, cuando las avanzadas enemigas pudieron enterarse de su presencia, era ya tarde; pues apenas se preparaban a la defensa cuando recibieron la primera carga que los desmoralizó. Mas, sin embargo, vueltos de la sorpresa que les causó aquel ataque inesperado, pronto estuvieron a defender sus otras líneas, ya que la obscuridad de la hora no permitía tampoco a los atacantes obrar con más precipitación sobre una fuerza bien atrincherada y cinco veces superior.

El General Salazar había llevado allí 850 hombres para enfrentarse a los 5,000 con que Carrera se había apostado en aquella plaza. La lucha que pronto prosiguió por una y otra parte, se hizo terrible y sanguiñosa, ya que unos y otros combatientes luchaban con un valor a toda prueba. Pero apenas la claridad de la mañana dió lugar a distinguir mejor las posesiones del

enemigo, la tática y el valor disciplinado de los federales, hicieron sentir sobre las enfurecidas huestes de Carrera la superioridad de sus armas que, bajo la hábil dirección de aquel jefe, el triunfo no era ya dudoso. Y, eso sucedió tan luego como el General Salazar, convencido del peligro que corría Guatemala si no se quebrantaba allí la ofensiva de Carrera, dió orden de asaltar sin detenerse ante la muerte a sus más fuertes posiciones. Este, aunque osado y terrible guerrillero, no pudo resistir aquel empuje formidable, saliendo en precipitada fuga, lo que le valió no ser capturado y ajusticiado, como convenía a la salud de la República.

El triunfo memorable alcanzado el 11 de Septiembre de 1838, fue uno de los más rudos golpes que la barbarie armada recibió de los defensores de la civilización, quienes recogieron sobre el campo de batalla trescientos sesenta y cuatro cadáveres del enemigo, muchos heridos y prisioneros, entre los que se encontró al padre Durán, célebre por sus correrías con Carrera.

Dadas las proporciones del combate, donde el General Salazar venció a un enemigo cinco veces superior, sus fuerzas tuvieron también considerables y sensibles pérdidas, y, aunque el triunfo coronó el esfuerzo de aquella gloriosa jornada, no pudo completarse el éxito de ella por no haberse perseguido al enemigo para su total aniquilamiento. Esa persecución tan necesaria fue imposible ejecutarla, tanto por la reducción y quebranto en que quedó el ejército vencedor, como por la imposibilidad de proseguir avanzando tras la fuga del enemigo, después de la fatigosa y violenta marcha que precedió a tan sangrienta batalla.

Carrera, pues, aunque derrotado en Villa Nueva, se acercó más a la capital y, en sus contornos, como si tuviese un poder sobrenatural, hizo brotar con su presencia nuevas masas de indios que, halagados por el incentivo del saqueo de la capital, pronto tuvo al cuarto día de su derrota un número de hombres tres veces superior.

Debido a las distancias y a la falta de comunicaciones, el triunfo de Villa Nueva aun lo ignoraba el Presidente de la República, quien en pocos días, no obstante haber faltado como siempre los recursos ofrecidos por el señor Matheu en nombre del comercio, con el sólo auxilio que generosamente le prestara el Gobierno de El Salvador, alistó una nueva división de mil hombres

y con ella regresó inmediatamente a defender a Guatemala.

El nuevo esfuerzo del héroe por salvar al Estado de manos de la barbarie, tuvo un marcado sabor de sacrificio que nunca podrá ser olvidado. Fue en lo más riguroso de la estación lluviosa, cuando seguido de sus mil expedicionarios y a marchas forzadas tuvo que salvar distancias considerables bajo una lluvia incesante, atravesando multitud de ríos acrecidos, torrentes desbordados y llanuras anegadas que convertidas en pantanos, no podían ofrecer un asilo favorable a sus cansadas tropas, así como tampoco aquellos pueblos desolados podían proporcionarle abasto para su mantenimiento. Pero así, bajo ese cúmulo de sacrificios, sobreponiéndose a todos los obstáculos y privaciones, aquella gloriosa y sufrida división emprendió la marcha penosísima, que no podía ser ejecutada sino por héroes y leales servidores de la Patria.

Para que la magnitud del sacrificio fuese también coronado por la saña e ingratitude del enemigo, que sabía la marcha y dirección que traía el héroe, proyectó asesinarle. Para tan siniestro plan, apostó en el camino a diestros tiradores; y, para la consumación del crimen el paraje llamado «El Guapinol» ofrecía campo propicio, y fue allí donde esperó uno de los asesinos. Morazán, seguido de su Estado Mayor, marchaba algo adelante con su Secretario privado, el joven Licenciado Juan E. Milla. A tiempo que el alevé disparó, se hizo de parte oculta, el caballo sobre el que cabalgaba aquél tropezó y se fue de bruces; tal coincidencia permitió que la bala dirigida a la cabeza tantas veces perseguida, fuese a dar sobre la del infortunado Milla, quien como víctima propiciatoria, cayó herido de muerte.

Pérdida tan sensible consternó al Jefe, que había apreciado el talento y excelentes cualidades de aquel joven infortunado; mas, sobreponiéndose a su dolor y contrarrestando con su presencia de ánimo la torpeza de aquel crimen que atentaba contra su persona, y no obstante las mil dificultades interpuestas a su paso, prosiguió la marcha tan rápida y silenciosa como pudo hacerla. Esta fue tan discreta que el enemigo, y aún los mismos que lo esperaban, sorprendidos fueron con su llegada a la propia plaza de Cuajiniquilapa,

Aquel punto era muy aparente para establecer allí

su Cuartel General, mientras se principiaban las operaciones. Pronto supo allí, mediante sus activas investigaciones, la actitud y planes de Carrera, así como el número de hombres que tenía en Santa Rosa. La certeza de batirlo la tenía hasta el último de sus soldados; pero desgraciadamente, en la combinación del plan para atacarlo simultáneamente con las fuerzas del General Salazar, los correos de ambos fueron capturados por los facciosos, asesinándose a uno de ellos.

Ignorándose por consiguiente la verdadera situación de Guatemala, el lugar donde se encontraban sus fuerzas y los recursos con que el Gobierno podría contar para proseguir la lucha, los planes proyectados con las mayores probabilidades de éxito quedaron entorpecidos y, por otra parte, el cansancio de las fuerzas salvadoreñas, tras una marcha tan rápida como penosa, así como el agotamiento de los fondos traídos para sostenerla, determinaron en el ánimo del General Morazán a tomar un descanso para reparar las fuerzas de su fatigada división cerca de la capital. La hacienda de Arrazola era muy aparente para sus propósitos, y hacia ella se dirigió, para establecer allí su Cuartel General. Dicha hacienda, además de su proximidad a la ciudad de Guatemala, tenía entre otras ventajas, las facilidades de comunicación, tanto con el General Salazar como con los otros jefes que estaban al mando de fuerzas que la defendían.

Economizar sangre, tiempo y sacrificios; he ahí las ideas que predominaban en el plan de Morazán, para pacificar a la mayor brevedad posible al agitado y sufrido pueblo de Guatemala. Mas, para quien en los rigores de la guerra quería emplear siempre los sagrados principios de la humanidad, estábale reservado en la indicada hacienda un nuevo plan para asesinarle.

Habiéndose adelantado Morazán de su división, llegó a la hacienda de Arrazola acompañado solamente de sus ayudantes, del Presbítero Luis Cambrónero y del ciudadano Juan Barrundia. Contiguo a la habitación que se le había preparado estaba el cuarto que, con comunicación expedita, ocultaba a los asesinos, que en hora convenida deberían sorprenderle para darle muerte ignominiosa. Pero, en el momento de ejecutar el crimen, al siniestro brillo de los puñales homicidas y, ante el tranquilo respirar del gran patriota, la pervertida conciencia de los criminales sufrió un terrible sacu-

dimiento de terror que los hizo retroceder: los puñales se volvieron de las manos a la cintura de los conjurados y, éstos, tomados de un pánico indecible, bajo el profundo silencio de la noche que los amparaba, huyeron como sombras perseguidas por el grito pertinaz de la conciencia.

Ignorante de aquel crimen frustrado otra vez de modo providencial, Morazán activó la marcha para ponerse en inmediata y estrecha comunicación con el General Salazar y el Gobierno del Estado. Mas, ni la corta distancia que hay de Arrazola a la capital, pudo favorecer sus planes: la soledad y el abandono de aquellos lugares eran completos, y sólo se deslizaban por ellos los criminales que fraternizaban con las hordas de Carrera.

Para poner término a ese aislamiento e incertidumbre en que se encontraban, el Presidente mandó a uno de sus ayudantes a la capital; pero éste regresó, manifestándole la imposibilidad de pasar, pues una gavilla de asesinos le habían asaltado, escapándose milagrosamente de ser asesinado, gracias a sus armas y a su buena cabalgadura. Entre tanto, las tropas carecían de víveres, y era de absoluta necesidad acercarse más a la capital para remover tantos inconvenientes y expeditar las comunicaciones, por cuyo motivo trasladóse con ellas a la Villa de Guadalupe. Allí pudo llegar al fin el General Salazar, quien le refirió que las fuerzas auxiliares de los Altos, cuyos servicios fueron tan importantes, habían salido a proteger los intereses del comercio que venían de Izabal; que el empréstito ofrecido por Matheu y demás propietarios no había tenido cumplimiento, motivando todo esto la inmovilidad de las fuerzas de su mando; y como epílogo de esa tragi-comedia, estaba la cesación del Consejo Representativo, que había declarado terminadas sus funciones, desconociéndose por consiguiente a Rivera Paz, como Jefe del Ejecutivo.

Una contra marcha sobre el enemigo, que se rehacía al Oriente del Estado; parecía ser el deseo más vehemente de Morazán, quien poseído de bélico ardor, quería terminar ya con la facción; pero en vista de lo relatado por el General Salazar y, tomando en consideración el maltrato de sus tropas y la falta de recursos para emprender con buen éxito la ofensiva, determinó mejor llegar a la capital, para vencer y subsanar tantas difi-

cultades, y, gracias a su maravillosa actividad, pudo arreglar satisfactoriamente lo más urgente a las doce del mismo día de haber llegado a ella.

## XXV

**Regocijo en la capital de Guatemala por el retorno de Morazán.—Pérdidas insinuaciones de la nobleza para atraerlo.—Por distintos medios y conductos ofrécele la Dictadura; pero él la rechaza con entereza y dignidad.—Manifestaciones impresas que circulan con tal fin.**

El espíritu público, tan abatido por los repetidos trastornos y continuos sobresaltos, pareció reanimarse a la sola vista del héroe y por la presencia de su valiente división salvadoreña, que le seguía como la sombra al cuerpo; y, el mes de Octubre, lloroso y triste, vió tornar las monotonías de sus lluvias por un sol radioso que, al despejar el cielo de la Patria, abrió su magnífico docel de azul purísimo para recibir en triunfo al más glorioso y abnegado de sus hijos. Las manifestaciones de público regocijo que se hicieron a Morazán, fueron tan ardientes y animadas como las que en la misma capital recibió en el mes de Abril.

Asistimos a una nueva prueba a que se vió sometido aquel espíritu sin igual. La nobleza criolla con humor de la más refinada aristocracia, espantada y horrorizada por la invasión de los bárbaros a las puertas de la capital, volviéronse de Carrera a Morazán, para tentarle en carne y en espíritu. Y, como si quisiesen repetir el pasaje del Evangelio de San Juan, en el que, el espíritu del mal llevó a Jesús sobre la cumbre que dominaba el Imperio ilimitado del mundo material, ofreciéndosele para tentarle y entorpecer su divina misión; así también la aristocracia de Guatemala se acercó a Morazán, y, tomado de la mano por sus más genuinos representantes, se le llevó a la cima de un Poder sin restricciones, e invitándole para que dominase sobre esa cima se le dijo: *«Allí tenéis nuestra capital con su opulencia y sus riquezas; pedid, mandad, ambicionad el Poder sin límites que os ofrecemos; sed amo y Señor de nuestros pueblos y reinaréis sobre ellos sin restricción ninguna, dejanod en cambio vuestra idealidad de man-*

*dar con los derechos de un pueblo que no os comprende».*

Y, lo que se le ofrecía ¡oh!..... vergüenza y mengua de la época, era nada menos que: la *Dictadura!*

Don Juan José Aycinena fue el primero en presentarse a Morazán en nombre del partido servil-aristocrático, instándole para que asumiera la Dictadura en un lenguaje patético como lleno de figuras retóricas, en el que la metáfora de la adulación más rastrera subía, y, subía sobre aquella cima como un incienso para desvanecerlo y hacerle caer en el oprobio. Como dentro de la suavidad de tan pérfidas insinuaciones adivinábase la intención de querer dominar la voluntad del héroe pidiéndole como primera providencia la inmediata expulsión de los ciudadanos Molina, Gálvez y Barrundia, desde luego, la dignidad de Morazán, herida en lo más vivo, y con la ofensa que se infería a sus principios, sintió una verdadera repulsión por aquellos individuos que así trataban de atraerlo.

—Nada de lo indicado—dijo con su natural franqueza,—puede traer, ni la salud, ni la salvación de la República, únicos móviles que me han traído aquí.

Disgustados los serviles por tan rotunda negativa a sus incesantes pretensiones, diéronse a otra clase de actividades para derrumbar el pedestal de la grandeza cívica sobre el que estaba colocado aquel carácter sin manchilla; pero fracasados también en sus pérfidas maniobras para atraerlo, probaron nuevos medios a fin de lograr su intento. Entre ellos estaba el proyecto de un gran baile que se daría en su honor.

El regio y amplio salón donde se dió el baile, adornado expresamente fue por las más distinguidas damas, con profusión de flores, soberbios cortinajes y artísticos jarrones que, alternados con hermosísimas coronas, ostentaban estas últimas tarjetas primorosamente impresas, donde se leían las galantes dedicatorias con las variadas expresiones de gratitud, reconocimiento y admiración hacia el héroe, que allá en el fondo odiaban intensamente. Con los acordes de la música y el vapor de los brindis que se daban en su nombre, escapábase siempre y con la misma manifiesta intención de atraerlo a su favor y a la Dictadura, variedad de frases almiaradas de felicitación, regocijo y gratitud. Pero ninguna de esas repetidas manifestaciones pudo mover a su favor aquella alma hecha para todos los sacrificios y antes, bien, ellas le sirvieron para comprender una

vez más el bajo fondo de aquellas almas, que no aspiraban a ningún ideal elevado sino a sus propios y personales intereses.

Sin embargo, la insistencia en ellos era un programa y un sistema para vencer a quien creían vulnerable. Por eso sin comprender la inflexibilidad de aquel carácter que no podía ser quebrantado sino por la muerte, acercáronse por tercera vez a Morazán, para decidirlo a que aceptase la Dictadura.

Y, era ahora don Manuel Francisco Pavón, quien se le acercaba con el mismo fin y en nombre del mismo partido de las sombras.

Qué lucha y qué batalla tan tremenda la empeñada entre esos dos espíritus tan diversos y opuestos en sus tendencias y principios!

Pavón, en nombre del pasado, hablaba del dominio de los elegidos sobre las masas que debían permanecer oprimidas, y se extendía en multitud de consideraciones sobre la necesidad de mandar con mano de hierro, anotando punto por punto las ventajas de centralizar los poderes en uno solo, y salir—como era de necesidad hacerlo—del sistema federativo; derogar las leyes y dar de manos a la República, para entrar de hecho a la Dictadura que, él, y nada más que Morazán, debía de ejercerla; y, éste, en nombre del porvenir, como representante de la más pura y cabal democracia, hablaba del derecho y la libertad de los pueblos, de la Patria, de su soberanía, de sus caros y sagrados intereses, de su unidad federativa y de la bondad de los principios republicanos.

Insistía el primero bajo todos los grados de servilismo y en todos los tonos de la más extraviada adulación, para atraer y vencer con sus lisonjas al segundo; pero el noble adalid centroamericano, ya fatigado por tan cruel insinuación, contestó con manifiestos deseos de retirarse, para terminar con aquel insidioso empeño de su adversario, que tanto lo había fastidiado, estas solemnes y trascendentales palabras:

—«Me someto a la suerte—dijo—y aunque se que, combatiendo por todas partes, al fin sucumbiré; pero sucumbiré con honor».

Y al decir tan solemnes palabras, el Presidente volvió las espaldas y se retiró, obligando al otro a hacer lo mismo; y, tras los pasos de Pavón, vencido por el estoico patriota, parecía oírse en el recinto del salón

abandonado aquella temible sentencia del gran Washington, que dice:

*«El pueblo, solo el pueblo es soberano;  
el pueblo, solo el pueblo es prepotente;  
quien niega sus derechos ese miente,  
quien su poder usurpa, es un tirano».*

Fuera de esas insinuaciones personales, y como hojas que el tiempo no ha podido arrebatarse, aun se conservan impresas aquellas manifestaciones que en tonos y estilos diferentes se dirigieron por aquel entonces a Morazán. Para comprobar esa gratitud y general simpatía manifestada al héroe por la generalidad de los guatemaltecos, publicamos entre las muchas manifestaciones impresas, únicamente las siguientes:

\* \* \*

«Al ciudadano Presidente, Francisco Morazán:—Los patriotas de Guatemala, reunidos en una gran junta pública, con la ansiedad y riesgos de libertad común, hemos tenido el placer de contemplar, en medio de la obscuridad de las fracciones y de la tiranía, que la Autoridad Suprema de la República extendiera su benéfico poder sobre el Estado, y viniese a oír las quejas de pueblos oprimidos.

«Reacciones regulares y violentas, impulsadas por un régimen inconstitucional; masas exasperadas por la anulación y ultrajes de sus derechos; hombres enérgicos, pero desmoralizados por la proscripción, han levantado su espada sobre el Gobierno, y han turbado en su curso impetuoso el orden regular de las leyes y la seguridad social. Un Poder impotente para el bien, y habituado a la arbitrariedad y al mal, cual se presenta el del Estado, no sólo ha sido inútil para enfrenar las facciones, sino era antimoral ante la acción del patriotismo y la aplicación de las leyes. Desolación y desconfianza, revolución y despotismo; la fuerza pública destinada a las miras de la facción y desatendiendo el orden y la seguridad; ¡qué posición tan difícil, qué complicación tan fatal de la que habéis salvado a la capital y al gran Estado!

«Como otra vez os presentàsteis con el laurel de la

Patria, ahora habéis enviado el olivo de la concordia y serenado nuestras agitaciones. La libertad se preparaba a una lucha sangrienta, y Vos la restablecéis en su trono; el pueblo y la ley eran confundidos en el abatimiento, y Vos escucháis sus voces sofocadas.

«La unión federativa hace ahora palpable sus ventajas, y la libertad contempla su triple paladión en el centro del Poder Nacional que lo propaga y restablece.

«Nuestra satisfacción es más viva cuando ve que habéis escogido de entre los patriotas a los pacificadores, y cuando mira en ellos a los amigos del pueblo y de la ley; porque Vos sois patriota y os contáis entre los primeros hijos de la República; y Guatemala encuentra en Vos al Magistrado de la ley y de la libertad.

«El anuncio solo de vuestra medida, restablece ya el orden y reanima el corazón y el patriotismo. Esta página de nuestra historia también va a correr entre nosotros, y será leída por la filantropía y sentida por las generaciones de Guatemala.

«Enhorabuena a Vos, Presidente venturoso, que coronáis vuestros últimos pasos en el Gobierno con la pacificación de este Estado y con la gratitud de todos nuestros amigos y del gran pueblo de la capital.

Recibid nuestro reconocimiento y la expresión de tantos hombres libres que os contemplan al frente de nuestra civilización e independencia. Vos habéis restablecido otras veces las instituciones; Vos ocurriste ahora a salvar al pueblo de su anarquía y opresión.—Guatemala, Enero de 1838». (Firman 175 de los principales ciudadanos).

\* \* \*

«A Presidente de la República.—La seguridad de las personas y propiedades que movió al vecindario de Guatemala a pedir, en 25 de Febrero último, al Vice-Jefe del Estado que implorase el auxilio del Presidente, lo decidió a suplicar a este alto funcionario que pasara personalmente a tomar en consideración el estado en que se encontraba esta ciudad, y lo trae hoy a solicitar de él que complete la obra que tan dignamente ha comenzado, salvando de los horrores de la anarquía a este pueblo pacífico y digno de mejor suerte.

«La Constitución ha cesado de hecho entre nosotros. No existe más que un simulacro de autoridad pública:

lo que era el Estado de Guatemala, es hoy un montón de escombros colocado sobre una mina. Los pueblos hostilizados y acusados durante largos años, y espantados por los últimos desastrosos sucesos, entre los que no es posible dejar de señalar la traída a esta ciudad de las *hordas de salvajes, rapaces y sanguinarios*, han roto los débiles lazos que los unían. El Gobierno que existía antes del 2 de Febrero, fué disuelto por las fuerzas de contrarias facciones, reunidas con este objeto. La misma fuerza exigió otro Gobierno, que no ha podido restablecer el orden legal ni hacer cesar el movimiento revolucionario. Tres departamentos (los de Los Altos) lo desconocen abiertamente y han creado de hecho un Gobierno provisional, levantando fuerzas que le están exclusivamente sometidas; Chiquimula, Verapaz y Sacatepéquez están regidos también por Gobiernos provisionales que se han puesto bajo la protección del Presidente; de modo que solo Guatemala carga hoy con todo el peso de lo que se llama Gobierno de un Estado que no existe. El derecho de proveer a su seguridad es igual al de todos los pueblos, que lo han usado por sí mismos.

«Ella sin embargo, ninguna vía de hecho ha empleado, aún sintiendo la inseguridad, aún siendo presa del desorden. Sin justicia, ni jueces: regida por un Gobierno de hecho que no puede protegerla: sordo a los clamores de los pueblos: obligado él mismo para sostenerse a atacar la seguridad de las personas, el derecho de propiedad y todas las garantías sociales; y, en fin, por un Gobierno entre cuyos depositarios, es preciso decirlo por más que sea duro, se encuentran personas que por haber dado pàvulo al levantamiento de Carrera y haberlo arrastrado sobre esta población inocente, se han convertido en objeto de la desconfianza y animadversión pública. Guatemala sin esperanza de que pueda restaurarse el orden, porque de hecho está disuelto el que unía los pueblos del Estado: porque no viniendo representantes de los otros departamentos, no es ya posible que haya Asamblea y Concejo; y porque ha desaparecido el Poder Judicial, sin que sea dable establecer otro nuevo; la opinión pronunciada del modo más uniforme y unànime contra los actuales Gobernantes; y se ha dirigido hoy a la única autoridad legal que existe: al Presidente que, encargado por la ley de conservar el orden público, primer objeto de las sociedades y de los

Gobiernos, ha sabido llevarlo, volando en auxilio de los pueblos que lo invocaron.

«Su presencia sola detiene hoy los espantosos horrores de la discordia. Si él abandonase estos pueblos, si fuesen frustradas las esperanzas que están fincadas en él, si nos entregase a nosotros mismos, una guerra cruel nos despedazaría y la explosión sería oída en toda la República, y el desorden se propagaría como un incendio en todo el país.

«El vecindario de Guatemala espera que el Presidente no lo permitirá, porque es su deber impedirlo y por que su honor y todos sus sentimientos generosos que lo han animado a marchar en auxilio de estos pueblos, exigen de él que lo salve, reasumiendo sin pérdida de tiempo el Gobierno de ellos y haciendo cesar toda otra autoridad, mientras que el Congreso, atendiendo la iniciativa que han hecho otros Estados, convoca una Asamblea Nacional extraordinaria que pueda reconstruir la República. El vecindario de Guatemala, al solicitar hoy al Presidente que adopte esta medida, que a su juicio es la única que pueda salvarlo, se pone bajo su protección y le ofrece con su cooperación los más respetuosos sentimientos de gratitud por los importantes servicios que ya le debe.—Guatemala, Abril de 1838». (Firman 187 representantes del comercio).

\* \* \*

«A Presidente de la República.—Reducida esta capital a la más triste situación a consecuencia de los acontecimientos del mes de Febrero último, y amenazada de nuevas desgracias, el comercio y muchos vecinos bien intencionados recavaron del Vice-Jefe del Estado, en 25 del mismo Febrero, que implorase el poderoso auxilio del primer Magistrado de la República, *único que podría salvarnos* en tanto conflicto. Este paso, aconsejado desde antes por la prudencia y exigido entonces imperiosamente por las circunstancias, no se dió con la sola mira de que el alto funcionario, haciendo uso de las armas y desplegando su crédito y valor, pericia y energía, nos preservase de una segunda irrupción de los bárbaros, reduciendo a su deber las masas de salvajes que, ávidas de riquezas y sedientas de sangre, se habían levantado en daño del honor de las familias, de la pro

piedad, de la civilización y de cuanto hay sagrado y apreciable en la sociedad.

«Grande sin duda era este objeto, y de una urgencia imponderable el reprimir el levantamiento terrible que había sembrado ya por todas partes el terror y la desolación; mas había otra mira no menos grande e interesante, y que tuvo muy presente el vecindario guatemalteco al solicitar que se llamase en su socorro al Jefe Supremo de la Nación. Veía que en el seno mismo de la capital existía el germen de los trastornos que se han hecho sentir en todos los pueblos, y el principio del movimiento anárquico que se ha propagado rápidamente por todos los ámbitos del Estado; deseaba, por tanto, que el Presidente viniese a palpar por sí mismo la causa de los males públicos, y a descubrir por sus propias observaciones las verdaderas tendencias de la opinión, a fin de que con una mano prudente y amestrada restableciese entre nosotros el poder de las leyes desquiciado, y la seguridad en una administración de garantías, hasta ahora solo invocadas para ser bien pronto holladas con escarnio. Anhelaba además, por que el Presidente, a quien no ofuscan las pasiones de partido, ni pueden mover miras individuales, promoviese y aconsejase los remedios que demanda nuestra desorganización social, amenazada de consumarse, y de arrastrar tras sí la de toda la Federación.

«El vecindario de Guatemala no puede menos de reconocer los importantes servicios que le está prestando en la actualidad el Presidente de la República, y tiene por esto el honor de presentarle la expresión de su más pura gratitud. Mira con satisfacción todas las providencias que ha dictado para reprimir la facción sanguinaria de Mataquescuintla, y mira del mismo modo las demás que tiene acordadas a fin de lograr la completa pacificación de los levantados, mas, entre tanto, cree que la presencia del Presidente de la República es indispensable en esta capital, y que solo al prestigio de su gran nombre, podrán restablecerse el orden, la seguridad y la confianza, desterrados entre nosotros por el terror de las facciones.

«Tal es el objeto de la presente exposición: no dudamos que será atendida y que el Supremo Magistrado de la República sabrá corresponder al clamor de los guatemaltecos y a la expectación de todo el pueblo centro-americano. Venga pues, el Presidente: sea él le

restaurador de nuestras libertades: saque al Estado de la anarquía y preserve a la República de la disolución que le amenaza.—Guatemala, Abril de 1838». (Firman 49 ciudadanos).

---

 XXVI

**La magnanimidad prolonga la guerra de la montaña.—Incursión violenta de Carrera sobre Santa Ana y Ahuachapán y su derrota en Chiquimulilla.—Esterilidad de los tiempos, inconsecuencia de Rivera Paz, su destitución y elección del General Salazar.—Refirase el Presidente de la República.**

Por la inconcebible tolerancia a las inconsecuencias y mezquinos procederes de Rivera Paz, Morazán permitió que continuase a cargo de la Jefatura del Estado, lo que unido a la magnanimidad empleada con los facciosos al vencerlos, dió fatales resultados.

Las almas grandes creen siempre en la enmienda de los espíritus extraviados, y, su fé en la corrección de sus hierros, es como una venda que les oculta toda la perversidad de que son capaces. Por eso Morazán creyó como suficiente correctivo a las inconsecuencias de Rivera Paz, el reprocharle el abandono en que había dejado, tanto a las fuerzas auxiliares como a las de Guatemala, y el silencio cómplice a que se entregó ante la nota enviada por el Ministerio de Relaciones, respecto a la separación de Nicaragua y Costa Rica, de la Federación.

Las disculpas demasiado estudiadas de Rivera Paz, devolvieronle la confianza del Presidente de la República, y por su parte, el Presbítero don Juan José Aycinena, quien con sus escritos había sembrado la simiente de la discordia, estimulando la separación de los Estados, se acercó también a Morazán, ofreciéndole en un acto de contricción voluntaria: que puesto que sus escritos habían contribuido a ese mal, estaba pronto a retractarse públicamente, rectificando sus ideas en nuevos artículos, sobre su verdadera profesión de fé, para arrastrar así la opinión pública a favor de los principios republicanos y las bondades de la Federación. Mas, ni los falaces procedimientos del primero cambiaron, ni

los escritos del segundo llegaron nunca a publicarse, sino fue en forma de libelos infamantes contra quien trataban de engañar.

Para depurar a un país de enemigos que por sistema solo aspiran a su ruina, nunca jamás el perdón ha sido el mejor medio de salvarlo de manos de tales criminales, ni el triunfo de las armas de la legalidad podrá responder a los dictados de la civilización que se defiende, sino se ajusticia como conviene a la salud de la Nación, a los enemigos de su grandeza, que más se ensañan contra el bien, cuanto más éste los vence y los perdona. La dádiva de la vida para tales criminales no puede dar otro resultado sino el de prodigarles ocasiones para que sigan como fríos e implacables cegadores de hombres: el perdón para ellos no es una gracia, sino un insulto inolvidable y, por consecuencia, hay que esperar el mal, y nunca el bien de tales criminales.

Los triunfos de Santa Rosa, Mataquescuintla, Amatitlán, Villa Nueva y otros más, quedaron como anulados por la contemplación y miramientos que se tuvieron con los cabecillas de la facción; pues éstos, sordos a todo entendimiento, y como si se sintiesen impelidos por un diabólico poder de destrucción, al contemplar los estragos producidos a su paso, continuaban impertérritos y sombríos en su obra de muerte y destrucción.

Como esos incendios invernales que después de creerse sofocados aparecen más vivos donde menos se espera, así las hordas de Carrera, vencidas y, al parecer aniquiladas en los puntos indicados, aparecían ahora más porfiados y siniestros por los departamentos de Chiquimula, Verapaz y otras regiones del país.

Preciso era pues, tomar medidas más enérgicas que las hasta entonces empleadas contra la pertinacia y soberbia del salvajismo alzado en guerra; y, era el Congreso Federal a quien correspondía ahora tomar en consideración aquella serie de ultrajes y atentados a la civilización que, sobre causar la ruina y el aniquilamiento de Guatemala, preparaba también el hundimiento total de la Nación. Compenetrado aquel alto Cuerpo de la inminencia del peligro y de la gravedad de la situación, dictó un acuerdo por el que se autorizaba al Presidente de la República para que, haciendo uso de todas sus facultades, llevase a término la guerra contra

la barbarie, hasta volverle la paz y tranquilidad a Guatemala.

Nuevamente volvieron los serviles a sus ya cansadas instancias para que Morazán se declarase Dictador; pero como siempre, le encontraron incommovible en sus propósitos de permanecer fiel a la República. Perdidas las esperanzas de dominar aquel carácter sin mancilla, juraron allí en el fondo de sus almas pervertidas hacerle oculta y sorda guerra hasta hacerle sucumbir. Pronto, muy pronto, se hicieron sentir en los otros Estados de la República los funestos efectos de esta propaganda insidiosa. Como bandada de cuervos, iban y venían de las otras secciones de la Patria, trayendo y llevando la simiente de perdición para aquel genio a quien odiaban.

Y, mientras se hacían los aprestos necesarios para llevar a feliz término la guerra contra la barbarie, Carrera, que la representaba en sus más feroces instintos, tan luego logró burlar la vigilancia en que se le tenía, de un salto falaz y traicionero, cae en territorio salvadoreño, saqueando y ultrajando con sus turbas a las indefensas ciudades de Ahuachapán y Santa Ana, cuyos habitantes experimentaron sus horribles consecuencias.

Tan luego la desagradable noticia llegó al Presidente de la República, al instante salió el General Salazar para las ciudades indicadas, siguiéndole al siguiente día aquél con las fuerzas de su mando. Pero a pesar de la rapidez de la marcha, llegaron ya tarde: Carrera, que no llevaba más plan que el de una destrucción sistemática, había traspasado ya la línea divisoria, internándose nuevamente al territorio de Guatemala.

Morazán, que había apurado ya tantas veces las amargas consecuencias de sus contemplaciones para aquella tigre insaciable de crímenes y de sangre, no quiso darse punto de reposo; y, tan luego presenció los estragos que causó a las ciudades de Santa Ana y Ahuachapán, volvióse precipitadamente para darle alcance o combatirlo, lo que logró en la ciudad de Chiquimulilla. Allí, aunque tenía la seguridad de vencerlo, no quiso dar principio a la batalla sin antes tomar todas las medidas conducentes, para que el caudillo y sus principales secuaces no pudiesen escapar. Madurado el plan para acoparlo y no dejarle salida, desgraciadamente fracasó por la precipitación del General Carballo, que atacó antes de la hora convenida, y aunque el triun-

fo alcanzado por sus fuerzas fue completo, tuvo en cambio la desventaja de haber malogrado el plan estratégico de Morazán.

Como fieras demasiado avezadas para correr y escurrirse en lo más espeso e intrincado de las selvas, así Carrera, seguido de sus cómplices, entre los cuales se encontraba el padre Lobo, se deslizó con tanta rapidez por entre aquellas montañas, que fue imposible a sus perseguidores darle alcance.

Lobo por el apellido, y lobo por las entrañas, aquel cura que rezaba y pedía a Dios por el triunfo de la barbarie, santificando sus más crueles y repugnantes acciones, pudo escapar gracias a la agilidad de sus piernas, buenas para aquellas correrías, pero no para correr en socorro de la humanidad doliente. Mas los clérigos Aguirre, Girón y Aqueche, aunque de iguales entrañas para el mal, no tuvieron la misma presteza y agilidad que aquél para escapar, quedando, por consiguiente, entre el número de los prisioneros que, con 118 muertos y multitud de heridos, se recogieron sobre los campos de Chiquimulilla en aquella última derrota infringida a los facciosos.

No habiéndose podido dar alcance a los caudillos, la paz quedaba como siempre amenazada, pues existiendo en pie el indio de Carrera y, habiendo, como habían tantos focos de rebelión, se hizo necesario, a pesar del triunfo de Chiquimulilla, dejar en pie de guerra al ejército levantado para combatirlo. Establecióse primero el Cuartel General en la hacienda de Diéguez, trasladándolo después a «Guajes», por requerirlo así las circunstancias.

Tantas y tan repetidas habían sido las fatigas del esforzado Morazán en la no interrumpida serie de marchas rapidísimas que bajo todas las inclemencias, privaciones y sacrificios había sobrellevado que, al fin aquel cuerpo de hierro cedió a la violencia de una grave enfermedad, que lo postró en cama en la hacienda de «Guajes».

Combatida la enfermedad que lo puso a las puertas de la muerte y de la que salió al fin triunfante su admirable constitución, hubo necesidad de trasladar el Cuartel General al pueblo de Petapa y luego al de Villa Nueva. Este último lugar, cuya benigna temperatura sería muy propicia a la convalecencia del héroe, presentaba, además, la ventaja de estar próximo a las alturas de

El Rosario, una de las principales madrigueras de los facciosos; condiciones que lo hacían muy aparente tanto para su salud como para la ejecución del plan de campaña, que con pocas modificaciones quedaba como el anterior.

En tales condiciones, y antes de dar principio a la ofensiva, se recibió en el Cuartel General de Villa Nueva la desagradable noticia de que el Teniente Coronel Cruz Cuéllar, que comandaba una de las columnas expedicionarias, había sido sorprendido y derrotado por los facciosos. Este nuevo golpe sufrido por la pérfida traición de uno de los subalternos de Cuéllar, a la vez que envalentonaba a Carrerra, puso en alarma a las habitantes de la capital, quienes llenos de terror llamaron con repetidas instancias a Morazán, para que fuese a establecer allí su Cuartel General, protegiéndolos así contra un ataque de sorpresa.

Antes de procederse a ese traslado, Rivera Paz, que no supo corresponder a la confianza del Presidente de la República, anticipóse, como para prevenirse de cargos que no podía ocultar, con una nota oficiosa que dirigió al Gobernante llena de sofisterías y mentiras, que no hicieron mas que poner al descubierto la degradante condición de tan pésimo Jefe de Estado, quien después de esa farsa dijo descaradamente: que no podía ni sería dable a su Gobierno reunir los fondos necesarios para sostener las fuerzas.

Aunque tarde, Morazán pudo comprender al fin la capciosa y repugnante política de aquel hombre tan mediocre, que como una asquerosa larva se presentaba informe, pequeño y movedizo. Convencido también de que el Gobierno de Guatemala bajo esa sombra, era tan viciado como combatido por su debilidad, convocó a una Asamblea extraordinaria para que ésta eligiese nuevo Jefe del Ejecutivo, y tratase también de otros importantísimos asuntos.

Con referencia al sucesor de Rivera Paz, el Presidente de la República recibió insinuaciones para que él a su voluntad eligiese al Gobernante, o que asumiese él mismo el mando del Estado. Pero aquél republicano sincero que nunca quiso ni pensó jamás divorciarse de sus principios, prefirió a su propia voluntad, que aquella elección tuviese un origen más puro, emanando como debía de emanar, de la libre voluntad de los repre-

sentantes del pueblo, convocados con tal objeto.

Verificada la elección, el voto libre favoreció afortunadamente a uno de los mejores hijos de Guatemala: al pundonoroso y valiente General Carlos Salazar, quien fue declarado por aquella Asamblea, Jefe del Ejecutivo del Estado.

Tal era el prestigio y la buena reputación de que gozaba el General Salazar, que ninguno de los partidos protestó por su elección, y, hasta el mismo Carrera, a pesar de la derrota que había infringido últimamente a Cuéllar, quedó como suspenso ante la elección del jefe valeroso, que con fuerzas muy inferiores a las suyas, pudo desalojarlo y derrotarlo de sus fuertes posiciones de Villa Nueva.

El decreto por el cual se declaraba electo al General Salazar y hacía cesar en sus funciones a Rivera Paz, no había llegado a manos de éste, cuando ignorándolo tal vez, se dirigía como siempre a su Despacho de gobierno, a donde momentos antes había llegado el Presidente de la República. No siendo posible que mediasen más palabras ni vanas explicaciones entre este alto funcionario y aquel mediocre gobernante, y, repugnándole como le repugnaba, hasta producirle náuseas, las aviesas y rastreras actitudes, prefirió emplear un medio más práctico y objetivo, para hacer comprender a Rivera Paz que había cesado en sus funciones: en los precisos momentos en que éste iba a llegar al umbral de la puerta, aquél se levantó a cerrársela, señalándole sin mover los labios la calle que daba rumbo a su casa particular.

La Asamblea, antes de clausurar sus sesiones, dió un importante decreto, por medio del cual se excitaba a los Gobiernos de Honduras, Nicaragua y Costa Rica, para que no se separasen de la Federación; y, este mismo trascendental problema, reclamaba nuevamente la presencia de Morazán en la capital de la República.

Mientras ese paso se daba, la situación de Guatemala se presentaba así: las fuerzas auxiliares de los Altos, que como las de El Salvador habían prestado tan señalados servicios, pedían con reiteradas instancias su retiro; los rebeldes, tanto por la desastrosa derrota sufrida últimamente en Chiquimulilla y Santa Rosa, como porque no se sintiesen capacitados para combatir el Gobierno del General Salazar, dieron muestras de ceder; y, por medio del padre Lobo y otros de

los principales agitadores, quisieron entrar en pláticas de paz; los Altos habíanse declarado independientes de Guatemala, formando un sexto Estado de la Federación; pero siempre leales a sus principios, afirmaron más su solidaridad con el Presidente de la República, enviándole un ejército de altenses a las órdenes del General Agustín Guzmán; las fuerzas federales no podían seguirse sosteniendo en pie de guerra por falta de recursos, pues nunca fue posible que Matheu y los otros comerciantes, obligados a hacer efectivo el empréstito a que voluntariamente se habían comprometido, diesen otra suma, si no fue empleando la fuerza; no era posible tampoco que los Estados de El Salvador y los Altos continuasen sacrificando sus rentas y sus efectivos; y por último, el General Guzmán, solicitado por los facciosos, como jefe de la división altense, celebró con Carrera el tratado de El Rinconcito, por el cual quedaba éste como antes, es decir, como Comandante de Mita, obligándose a entregar las armas, lo que nunca verificó.

Por todas esas circunstancias que se dejan anotadas, y ajustada como quedaba la paz de Guatemala por los tratados de El Rinconcito, el Presidente de la República creyó justo y conveniente que, una fuerza que podía sostenerse a costa de grandes sacrificios, lo mejor sería volverla a sus hogares, al campo y a la industria, que reclamaban su asistencia, después de una lucha tan porfiada. Movido por tales sentimientos, aquel desinteresado patriota aprobó los tratados de El Rinconcito, restituyéndose él con su ya disminuida división salvadoreña a la capital de la Federación, para continuar en el ejercicio de la Autoridad Suprema de la Nación.

Marcadamente tempestuoso y preñado de peligros para Centro América, había sido el año 38, principalmente para el Estado de Guatemala, donde después de los estragos producidos por el cólera morbus, fueron aún más prolongados y fatales los de la barbarie y el fanatismo alzados en funesta rebelión. El Salvador, que después de sus continuas y porfiadas luchas, había acudido en auxilio para apagar el siniestro incendio de Guatemala, encontrábase muy pobre y debilitado; en Nicaragua, Honduras y Costa Rica, habían brotado ya como una planta maldita las ideas separatistas, propagadas y cultivadas con tanto cuidado como esmero por los retrógrados de Guatemala, quienes bajo el pretexto

---

de reformar la Constitución, lleváronles con sus escritos la criminal idea de separarse de la Federación centroamericana.

---

XXVII

**Injustificable y criminal agresión de Honduras y Nicaragua a El Salvador.---Protesta de su Asamblea.---Revés de Benítez en San Francisco y su triunfo sobre Guijarro, en Jiboa.**

---

En Febero de 1839 expiró el segundo período para el que había sido electo Morazán como Presidente Constitucional de Centro América; pero encontrándose la República amenazada de muerte por la separación inconsulta de los Estados dicidentes que de hecho restaron su concurso, las elecciones para las nuevas autoridades federales no se pudieron verificar, faltando el voto de sus pueblos. Tal proceder de parte de los Estados que se creían eximidos del pacto, para no practicar las elecciones prevenidas por la ley, fue la nueva chispa con que los eternos enemigos de Morazán trajeron por otra vez a Centro América el voraz incendio de la guerra que consumó su separación.

Sobre ese mar profundo y negro de la política local, azotado por la furia de tantas tempestades y combatido por mil corrientes encontradas, causa verdadera admiración y el ánimo se maravilla al contemplar la eximia figura de Morazán que, serena en su grandeza e imperturbable ante la rudeza de los elementos que le son adversos, queda en pie, incommovible y firme en sus propósitos de procurar la grandeza de la Patria al frente de sus destinos por dos períodos consecutivos, sin que ninguna forma de perfidia y de asechanza fuese capaz de moverlo y desquiciarlo de su alto puesto, como Jefe Supremo de la Nación.

Y, para llegar a ese término, ni la fuerza que es la apelación de los tiranos, ni el soborno y la violación de las leyes, que es el recurso de los déspotas vulgares, empleó este grande hombre para sostenerse en el Poder; Poder que antes que opresor y tiránico, él quiso hacer de luz, de libertad y de redención para Centro América.

Las presentes y futuras generaciones deben inclinarse respetuosas ante ese hombre extraordinario, y como el poeta que interrogando mide su grandeza, debemos exclamar:

¿Quién no se siente  
por divinal corriente  
arrastrar, al mirar la veneranda  
imagen de aquel hombre, aquel que manda  
a los desencadenados elementos  
de la reacción callar; y, en fuego ardiendo,  
de sacro patriotismo,  
postra sus pies al negro servilismo,  
en cien batallas su poder venciendo?

Como esos hijos ingratos que en su cortedad de alcances y falta de comprensión para el porvenir se divorcian y se alejan del hogar nativo, para disponer en su pequeñez humana de una vida que desbordada por el libertinaje los perderá; tal así, Honduras y Nicaragua, sin una comprensión exacta de su destino, impulsados por sus malos gobernantes, e intrigados como estaban por los enemigos de la unidad nacional, apenas daban los primeros pasos por la hermosa senda de la libertad, se creyeron, como Costa Rica, con derecho a divorciarse del Pacto Federal, declarándose libres e independientes; y, apenas tan inconsulto como aciago paso fue dado, creyendo aquellos gobernantes fincada su grandeza en su propia pequeñez, diéronse en pactar una alianza defensiva y ofensiva contra aquel grande hombre que les había asegurado libertad y vida, y, como si quisiesen repetir la eterna leyenda de Caín, que se ha repetido tanto en Centro América, vuélvense airados contra el hermano Estado de El Salvador, para hacerle sucumbir en injusta y traicionera guerra, tan solo por que en su suelo, fecundo para libertad, se amparaba el águila caudal centroamericana.

Listos ya los ejércitos aliados a las órdenes de Ferrera, Méndez y Quijano, sin previa declaratoria de guerra, y sin que ningún motivo humano justificase esa lucha fratricida, no puede concebirse golpe más artero y criminal para el pequeño Estado de El Salvador, si se consideran las largas y sangrientas luchas sostenidas

en su propio suelo, y luego haber asistido, como asistió con sus recursos y con la sangre y vida de sus soldados en la empeñada y sangrienta lid que acababa de sostenerse en Guatemala. La pobreza de su Erario y la debilidad y agotamiento de sus fuerzas era más que notorio, y, si a esto se agrega la alevosía del ataque de ejércitos aliados, aquella guerra era además de injusta, ultrajante a la civilización y una puñalada de muerte para la Federación centroamericana.

Mas, sin embargo, a la previsión de Morazán no se escapó tan páfida maniobra, así como la marcha que sobre el indefenso Estado de El Salvador ejecutaban ya dos fuerzas enemigas, lo que puesto en conocimiento de la Asamblea del Estado para que acordase los medios de defensa, ésta protestó a la faz de Centro América y del mundo civilizado con el enérgico y vibrante decreto que dice:

«La Asamblea Legislativa de El Salvador, considerando: que a consecuencia de los tratados celebrados entre Honduras y Nicaragua se han aproximado sus tropas a las fronteras de este Estado; que ellas se dice tienen por objeto proteger la libertad de las Asambleas para que secunden en sus pronunciamientos sobre de reformas, que este alto cuerpo ha manifestado a Centro América toda, la libertad de que goza; que no debe intervenir de mano armada en sus deliberaciones; que se disolvería tan pronto como fuese invadido su territorio; que la misma Asamblea ha aceptado los decretos sobre reformas y convocado la Constituyente del Estado; y que, en fin ha adoptado todas las medidas prudentes y de política que evitara el rompimiento, sin que este interesante objeto fuese logrado; por unanimidad decreta:—Que la agresión que se hace a su territorio por los Gobiernos de Honduras y Nicaragua es injusta y atentatoria a su sistema establecido y a los derechos de los pueblos; que se opone a la independencia de los Estados y no acata la integridad de sus respectivos territorios; que rompe los lazos de fraternidad que unen a aquellos; que desacreditará en el exterior y dará lugar a reclamaciones fuertes que comprometerán la independencia nacional; que es un obstáculo para la adopción de cualquiera medida pacífica sobre reformas; y que el Estado es arrastrado a la guerra por el sagrado derecho de defensa con el más profundo sentimiento por la

efusión de la sangre centroamericana y demás desastres consiguientes».

Esa bella y elevada protesta, si no tuvo el poder de disuadir a los asesinos del Derecho, haciendo detener el paso de sus ejércitos en marcha, al menos sirvió para dar fuerza a la justicia y a la razón que asistían a El Salvador, para aprestarse a la defensa; y, sus hijos, aunque cansados de tantas y tan repetidas luchas, al oír aquella protesta colectiva, unànime y vibrante de sus ilustres representantes y sintiendo a su lado la sombra protectora de Morazàn, que los asistía y se preparaba a su defensa, no se acobardaron y, sacando fuerzas de su propia debilidad, alistàronse en sus filas para seguir la direcciòn que aquel genio de la guerra les dictara.

Tras el decreto de protesta fechado en San Vicente a 27 de Febrero de 1839, el General Bernardo Méndez y Quijano, al mando de mil leoneses y otros tantos auxiliares invadió el territorio salvadoreño por el departamento de San Miguel. Al mismo tiempo el General Francisco Ferrera movíase de Honduras al mando de otro ejército de invasión que, a marchas forzadas y bajo un plan previamente combinado con sus aliados, debería de invadir por otro punto de la frontera, para caer aplastante sobre las pocas fuerzas que les opusiera Morazàn.

Como le sucede al criminal que en su ciega precipitación por caer sobre su víctima ve entorpecido sus impulsos por obstàculos imprevistos, así el General Ferrera, que después de haber militado a las órdenes de Morazàn sirviendo la causa de los libres, lanzàbase ahora traidoramente contra él, ciego de ira y de envidia por la gloria de su nombre, encontró en su precipitada marcha inesperados obstàculos, que retardaron màs de lo esperado su poderoso contingente.

El General Méndez, en espera de su émulo, después de pernoctar por el departamento de San Miguel, dispuso trasladar su Cuartel General a la hacienda de Corlantique, situada en las màrgenes del Lempa.

Entre tanto, Morazàn, fecundo y propicio para sus planes, con los setecientos hombres que logró levantar sobre las armas, dispuso sus operaciones así: para evitar la acciòn conjunta del enemigo, o que Méndez marchase sobre la capital indefensa, mientras él tomaba la atrevida resoluciòn de salirle al paso a Ferrera, inter-

nándose para ello con su pequeño ejército al territorio hondureño, dejó otro ejército mayor al mando del General Benítez, en la hacienda de San Francisco, situada en margen opuesta del Lempa y a un cuarto de legua de las posesiones del enemigo, con instrucciones de obrar según las circunstancias lo demandaran.

El tiempo era seco, y estando el río un tanto decrecido, pudo pasarse a vado: su corriente era la única que separaba a los ejércitos, y por consiguiente, una sorpresa era común para ambos. Benítez habíase anticipado a recoger todas las barcas, y para no ser sorprendido colocó sus avanzadas en los puntos por donde el enemigo podía salvar el río.

Entre la espectación silenciosa y precabida de los dos ejércitos que se asechan, sólo se oía el lento y tranquilo murmurar del río y el canto de jaitivo y prolongado de las oropéndolas que anidan sobre los más altos árboles de sus márgenes. Mas esa calma poética y solemne de la Naturaleza, pronto quedó interrumpida por los que al parecer estaban como suspensos y sobrecogidos sobre las márgenes del gran río centroamericano. Pues tan luego como supo el enemigo la marcha de Morazán sobre territorio hondureño, mandó inmediatamente una comisión para que reconociese el río, buscando el mejor paso para salvarlo, y caer luego sobre Benítez con todo el peso de sus armas en un ataque de sorpresa. Enterado el jefe por la comisión que el mejor vado para pasarlo era el de «Petacones», determinó hacerlo, protegido por las sombras de la noche para no ser descubierto; y Benítez, por su parte, confiaba en el oportuno aviso de sus avanzadas para no ser sorprendido.

Profundo era el silencio de la noche y su obscuridad completa; las sombras que la hacían impenetrable no permitieron a la avanzada que Benítez había colocado en la sabaneta «El Jicaral» determinar la marcha que la vanguardia enemiga llevaba sobre ella. Las dos o tres de la mañana serían cuando las fuerzas que dormitaban en la hacienda de San Francisco, oyeron un fuerte tirote, que los puso inmediatamente sobre las armas; pero era ya tarde: la avanzada de «El Jicaral», sorprendida y deshecha había sido por la vanguardia enemiga y, cuando se pudo mandar a protegerla, ya todo el ejército asaltante había salvado el río y fue imposible contrarrestar el empuje victorioso que traía. Benítez, sin esperanza de poder resistir, apenas tuvo tiempo de

mandar a arrojar al río una pieza de artillería, sosteniendo luego un desventajoso combate contra un ejército superior, que lleno de confianza y de valor por la sorpresa que le había dado, cargó con nuevos bríos sobre el resto de sus fuerzas, que pronto fueron puestas en dispersión y en completa derrota por aquellos campos.

La noche cómplice, que había dado este triunfo a Méndez y Quijano, les impidió también perseguir a Benítez, cuyas disgregadas y maltratadas columnas, pudieron reunirse en punto determinado, gracias al conocimiento que tenían del terreno y a la decisión de morir el último en aquella lucha desigual. Bajo esta unánime determinación de jefes y soldados, Benítez dirigióse después del desastre del 19 de Marzo a Sensuntepeque, para reorganizarse allí.

El golpe sufrido por las fuerzas salvadoreñas interrumpió también la marcha de Morazán sobre de Honduras, de cuyo territorio regresó precipitadamente tan luego como supo el revés de San Francisco, dirigiéndose directamente a Sensuntepeque, para combinar en unión de Benítez, el plan de campaña que debería seguirse.

Méndez y Quijano, ignorando sin duda que la dispersión de una fuerza en su propio territorio, no queda aniquilada, sino más bien estimulada para su mejor organización y, devolver como se debe el golpe recibido, creyeron que aquel primer éxito de sus armas les había asegurado el triunfo y, bajo esa engañosa creencia, volvieronse ufanos a su campamento de Corlambique, para proseguir la marcha triunfal sobre San Salvador. Tomada esa determinación, pasó inmediatamente Quijano con la vanguardia a ocupar la plaza de San Vicente, donde según las disposiciones del General en Jefe se reunirían los ejércitos para entrar a la capital.

Al mismo tiempo que los invasores determinaban así el rumbo de su marcha, Morazán, al llegar a Sensuntepeque y hacerle las debidas observaciones a Benítez, por el fracaso sufrido en las márgenes del Lempa, ordenóle seguir inmediatamente a Quijano con su vanguardia. Ninguna orden pudo ser más grata a los impulsos bélicos de Benítez, como esa, que le daba la feliz oportunidad de tomar el desquite sobre aquel enemigo envalentonado que, vencedor ayer, debía de hacerlo escarmentar ahora; y, así, bajo ese febril empeño con que el cazador sigue a la fiera que ha dañado sus

ganados y lo lleva a una vista para asegurarlo y poner término a sus estragos, Benítez también seguía con ardoroso empeño tras los pasos de Quijano, con quien desesperaba enfrentarse, llegando así al fin de su marcha belicosa. La ansiedad creciente que sentía por combatirle le inspiró la feliz idea de engañarle, separándolo cuanto más pudiese de Méndez, y, para lograrlo, envióle un oficio urgente, en el que, imitando con la mayor perfección la letra y firma de Méndez, le ordenaba saliese a la mayor brevedad sobre Cojutepeque, donde había determinado se reuniesen los ejércitos para proseguir su avance.

Aquel oficio lo recibió Quijano en San Vicente y, sin darse cuenta del ardid que se le tendía, salió inmediatamente para la ciudad indicada en el oficio.

Tal como el lobo sanguinario y cabiloso, detiene de cuando en cuando su precipitado y cauteloso andar, y vuélvese para hotear y aspirar el aire que le ha llevado el hálito del enemigo que le persigue, así Quijano, en su cautelosa y precipitada marcha, dejó el camino real que conduce de San Vicente a Cojutepeque, tomando hacia el valle de Jiboa, para esquivar un encuentro de sorpresa. Al convencerse de que alguien le seguía muy de cerca, vuélvese de cara con su ejército para tomar las medidas de defensa y, encontrando muy aparentes y oportunas las lomas que dominan al valle de Jiboa, y que como fuertes naturales se alzan de uno a otro lado del camino, se posesionó de ellas y esperó allí confiado al enemigo.

Benítez no se hizo esperar mucho tiempo, ni tampoco se arredró cuando al frente de sus bravos cazadores vió cruzadas de bayonetas aquellas alturas que lo dominaban, sino que aceptando las desventajas en que quedaba para combatir, desplegó a los suyos en guerrilla sobre la llanura abierta y desamparada, y como si tuviese prisa de combatir o de sucumbir allí, pronto su voz enérgica se oyó, ordenando romper el fuego, que fue correspondido inmediatamente por el enemigo. La ventajosa posición que éste tenía, parapetado sobre las lomas, contrarrestada fue por la tática de aquél, que ordenó tenderse a los suyos lo más distanciados que pudiesen, y no hacer sino aquellos tiros que acertasen. En esas condiciones la lucha se había entablado, haciéndose el fuego muy nutrido de parte de los de Quijano, que con la supremacía del número y su ventajosa

posición, creyeron deshacer muy pronto al adversario, que medio oculto por el humo del combate, avanzaba a discreción arrastrándose por el suelo.

Mientras este atrevido avance tenía lugar, Morazán y Cabañas, que habían precipitado la marcha para asistir y reforzar a Benítez con su retaguardia, llegaron muy a tiempo cuando éste había dado la voz de asalto a sus soldados, que en pie y en carrera abierta, lanzábanse de cara al enemigo. Benítez, como sobreexitado por la presencia de aquel genio de la guerra que en momento tan oportuno llegaba para reforzarlo en su atrevido asalto, desesperado por brindarle allí el laurel de la victoria, ordenó el avance a bayoneta calada. El enemigo, que no esperaba semejante acometida, se vió en el puesto acobardado y en completa desmoralización huyó despavorido, dejando así el triunfo, aunque con muy sensibles pérdidas de parte del intrépido Benítez, que con tan decidido empeño, reparó con creces en las lomas del valle de Jiboa, el revés de San Francisco.

Quijano no pudo—como su vencedor—reorganizar sus fuerzas, y apenas si logró escapar con vida de su desastrosa derrota, llegando casi solo y abatido tras largos y penosos rodeos, al lugar donde se hallaban acampadas las fuerzas de Méndez

---

### XXVIII

*Triunfo memorable del Espíritu Santo. Patriótica arenga que Morazán dirige a los vencidos.—Los representantes del pueblo salvadoreño, gratos a los importantes servicios del héroe emiten un importante decreto.*

---

Ferrera había llegado ya con sus 1,700 hondureños a incorporarse a los nicaragüenses en su campamento de Corlantique, y Morazán, por su parte, para reponer las bajas sufridas en San Francisco y en las Lomas de Jiboa, dispuso marchar a Cojutepeque, donde reorganizó su ejército y lo preparó para poder proseguir la marcha.

Los aliados, a pesar de las pérdidas sufridas, contaban con un efectivo de más de 2,500 hombres, que comparados con las fuerzas de Morazán, que llegarían

a 800, la desproporción era evidente. Pero el adalid centroamericano, que se veía así combatido por dos Estados y reducido a las solas y ya debilitadas fuerzas de El Salvador, sin desfallecer ante ese aislamiento en que quedaba, recurre a sus geniales planes estratégicos, adoptando para engañar al enemigo la táctica de hacer variadas evoluciones en una serie de marchas y contramarchas que, además de engañarle, lo dejaba a saber si aquél rehuía el combate o trataba de embestirlo.

Era en época primaveral. Los anuncios de las primeras lluvias precedidas de calores sofocantes, se hacían sentir por los truenos prolongados que se oían a lo lejos, cuando Morazán haciendo las últimas evoluciones, se acercaba a las márgenes del Lempa caudaloso. Y luego, para dar lugar a la observación y reconocimiento del terreno, detuvo la marcha en la tarde del 4 de abril; y el 5, ya convencido de las disposiciones del enemigo que le seguía, dispuso esperarlo en la hacienda de El Espíritu Santo.

Estamos ya en el sitio donde el gran estratega libró la más genial de sus batallas, y que con el concurso del intrépido Cabañas, del valiente Coronel Rivas y del aguerrido y malogrado Benítez, obtuvo tan memorable triunfo.

Sobre un terreno más o menos plano se levantaba la casa de la hacienda, amurallada hacia el Oriente por una cerca de piedra, que en dos semicírculos unidos por el centro formabanle una regular defensa en forma de un gran 3 vuelto hacia la casa. Al Occidente, a unas 60 varas de la casa principal, levantábase una choza pajiza y, a cierta distancia, al lado opuesto, un espeso bosque cubría a un pequeño cerro que era como un nudo de verdura, y, más allá, dos alturas empinadas, mirándose frente a frente, se alzaban como limitando el terreno y dejaban una entrada natural entre sus dos flancos cubiertos de vegetación.

Morazán, que ya había previsto el ataque del enemigo, creyó conveniente servirse de la defensa que le brindaba la cerca de piedra, y apostó allí una parte de su ejército al mando de los Coronels Enrique Rivas e Ignacio Pérez; la otra la llevó consigo a la choza que se levantaba al Occidente y que formaría la retaguardia al mando inmediato de Cabañas; y, hacia el Oriente otra columna al mando de Benítez, formaba la avanzada que debería de estar sobre aviso para no ser sor-

prendidos.

El ejército aliado, que se movía con precisión sobre El Espíritu Santo, quiso dar ese mismo día 5 de Abril la batalla. Mas, en la tarde del referido día, al fin se desencadenó la tormenta anunciada, frustrando así las maniobras del enemigo para llevar a cabo el plan que creían les daría el triunfo indefectible. Pero habiendo cesado la lluvia al principiar la noche, Ferrera, que ya se encontraba en las cercanías de la hacienda, y que, como General en Jefe de los aliados traía la consigna de vencer y avanzar sobre la capital, mandó a romper el fuego tan luego como la luz de los relámpagos les permitió ver algo que, como un obstáculo imprevisto, se les ponía por delante. Era la avanzada salvadoreña que debidamente instruida y preparada, contestó a la primera descarga del enemigo con otra más certera que le hizo gritar de rabia, prosiguiéndose el tiroteo, que pronto se hizo muy nutrido por ambas partes.

El General en Jefe de las fuerzas salvadoreñas, comprendiendo que ya el combate estaba empeñado, y que su avanzada no podría resistir por mucho tiempo, mandó a reforzarla inmediatamente. Mientras tanto, los aliados, que contra lo esperado, habían visto detenida y destrozada su vanguardia, imprimieron a sus fuerzas un nuevo y poderoso empuje para quebrantar aquella insólita resistencia que tanto los enfurecía como los diezaba. A este nuevo y enfurecido empuje, los salvadoreños, ya reforzados, opusieron una mayor resistencia centuplicada con su valor que rayaba en delirio por morir combatiendo. Mas esa extraordinaria resistencia se hizo al fin imposible, cuando las columnas de retaguardia del enemigo salían, y salían como brotadas por las sombras, y avanzaban sobre el campo disputado cual una creciente que se desborda.....La avanzada salvadoreña cedió al fin, replegándose hacia la cerca y, allí, unida a las otras fuerzas, probaron una nueva resistencia, que muy luego fue quebrantada por el fuerte e incontenible empuje del enemigo, que ocupó la casa de la hacienda, cediéndoles aquellas el paso antes de verse totalmente envueltas. Entonces Morazán, que vió llegado el momento culminante de la batalla, lanzó sobre los aliados sus últimas reservas, y el combate se hizo general, tenaz y terrorífico: se luchaba entre las sombras, y los combatientes se confundían unos con otros, distinguiéndose no más por la luz de los re-

lámpagos y el disparo de los fusiles; Morazàn, Benítez y Cabañas iban y venían por todas partes como figuras sobrehumanas sobre sus corceles de guerra; y, allí donde la lid era màs empenada y donde el fragor de la fusilería se hacía màs intenso, era seguro que Morazàn estaba envuelto en la pelea. Mas si la vida de éste y la de Cabañas pudieron librarse como otras veces de aquel combate, que se hacía entre tinieblas, no fue así la del malogrado Benítez, quien herido de muerte, cayó como un valiente de su corcel de guerra, cubriéndose con el crespón de aquella noche tràgica, que se hizo aún màs negra e impenetrable cuando nuevos torrentes de lluvia vinieron a aumentar los terribles efectos de la lucha, que culminó con un ataque a la bayoneta.

Al fin ambas fuerzas, cansadas de combatir y obligadas por la lluvia, que seguía pertinaz, cesaron la lucha ya avanzada la noche, sin que ni una ni otra se diesen por vencidas. Esta tregua impuesta por Natura y por el exceso de fatiga, que obligó a ambos ejércitos a recogerse, dió lugar al invicto Morazàn para forjar al calor de su mente enardecida por la batalla, el golpe salvador, es decir, el *mate* que haría suya la victoria en lucha tan sangrienta y tan porfiada, que de prolongarse màs, hubiera sido vencido por el número.

Los mismos aliados que, al retirarse a la luz de los relámpagos creyeron tomar una posición ventajosa sobre sus contrarios, apoderándose de las dos alturas que se miraban frente, inspiraron a Morazàn la original idea de vencerlos con sus propias armas, ya que por amarga convicción sabía que las suyas estaban sensiblemente reducidas y que no podía seguir sosteniéndose solo a fuerza de valor. Y, para que aquella nueva concepción de su mente creadora, tan sencilla como admirable, no tuviese un éxito mediano, sino completo, comisionó al General Rivas para que, con la acción ejecutiva de los suyos, completase el éxito de su plan: éste, sin que de ello se apercibiese el enemigo, debía de ocultar parte de su gente en el cerrito que cubría el bosque; y, ésta, que debería reforzarse a cierta hora convenida para emprender el ataque, tenía la orden de rechazar a cualquier grupo que se acercase si no iba precedido de un sólo hombre, que no era otro sino el General Rivas, que los llevaría a cumplir su parte en el plan preconcebido.

Las breves horas de espera pasaron sin ninguna

novedad. A las tres de la mañana, bajo el silencio más profundo de la hora, Rivas,—según lo convenido,—se acercó a los emboscados, llevando tras de sí el resto de sus fuerzas que, ya unidas, fueron alistadas bajo el mayor silencio, para lanzarlas a la lucha. Al mismo tiempo, Morazán y Cabañas, cautos y precavidos como Ulises, haciéndose seguir de una partida, y protegidos por las sombras de la noche, introdujéronse dentro del seno de la verdura que separaba a las dos alturas y que como fortalezas naturales, guardaban a los aliados. Una de ellas estaba ocupada por los hondureños y la otra por los nicaragüenses: mientras éstos creíanse asegurados en sus alturas, en su base apenas se oía el sordo chocar de hojas bajo las pisadas de la partida que seguía a sus jefes; a una señal de éstos, un tiroteo dirigido a ambos lados interrumpió el silencio. El efecto fue admirable: hondureños y nicaragüenses, engañados por el tiroteo, creyeron que el adversario estaba en posesión de una u otra altura, y, suponiendo una verdad aquella ficción, rompieron entre sí el fuego, tirándose unos a otros, produciéndoles tal error numerosas bajas. Empeñada así la lucha entre ambos aliados, Morazán y Cabañas regresaron con los suyos al cerrito de los emboscados, desde donde pudieron apreciar efecto de su maniobra.

Al rayar el alba y antes que se pudiese distinguir y reconocer su error, los hondureños parecían ceder ante la tenacidad de los nicaragüenses. Morazán, aprovechando aquel momento álgido, y, antes que se descubriese el artificio de su táctica, con espada en mano señaló a los suyos el punto donde el enemigo ciego de furor aún se combatía. Al fulgor de aquella espada herida apenas por una suave luz, y al calor de su mágica palabra, que arengaba a sus columnas, aquellos heroicos soldados dispuestos ya para luchar, sintiéronse como arrastrados por su voz cuando, adelantándose a ellos les dijo: *¡Seguid a vuestro General!*

Nadie, ninguno de los soldados quiso quedar atrás; todos, como impelidos por una fuerza superior, avasalladora e irresistible, siguieron al supremo Jefe, que con tan mágico laconismo los arrastraba con su ejemplo, para terminar con golpe tan singular aquella batalla que ya se prolongaba demasiado.

Y el ataque inesperado se hizo por retaguardia sobre ambas alturas. Ya cuando los aliados volvieron

de su error, al combatirse mutuamente, era ya tarde, pues los asaltantes, sintiéndose completamente renovados en sus fuerzas después de tanto combatir, pronto estuvieron a sus espaldas, coronando las alturas, de donde desalojaron inmediatamente a nicaragüenses y hondureños, quienes confundidos en un sólo cuerpo, probaron hacer la última resistencia, trabándose, por consiguiente, un nuevo y violento combate. Pero fue imposible a los aliados sostenerse; aquella última prueba de resistencia no pudo continuar en pie ante el empuje irresistible de los salvadoreños que, asistidos y estimulados por la presencia de sus jefes, que mostraban la sangre de sus heridas y por la justicia de la causa que defendían, dieron la última carga con tan denodado esfuerzo, que el enemigo no encontró ya más medio de salvación que apelar a la fuga, dejando ambos campos de batalla cubiertos de cadáveres y heridos, y dándose los más voluntariamente presos, ya que demasiado sabían que los prisioneros en manos de Morazán, eran sagrados.

El sol del 6 de abril, a cuya luz se completó aquel triunfo memorable, al iluminar completamente el extenso campo donde se combatió a las sombras de la noche, dejó ver después los 319 cadáveres del enemigo y sus muchos heridos, que se recogieron para asistirlos con los de la fuerza salvadoreña, que también tuvo pérdidas considerables, contándose entre sus heridos al mismo Morazán y al intrépido Cabañas: el primero traspasado de un brazo y el segundo herido de gravedad. Mas por sobre todas las desgracias sufridas por los salvadoreños en aquel trágico combate, ninguna tan dolorosa al corazón del héroe, ni tan sensible para sus filas y a sus grandes sentimientos de jefe, amigo y compañero, como la irreparable muerte de Benítez, ante cuyo cadáver quedó suspenso y como sobrecogido de pesar, y, mientras él, que como el grande Aquiles le tributaba todos los honores a su valor e intrepidez, el ejército salvadoreño también, como a Patroclo, sobre los campos de la Iliada, le hacía los póstumos honores y le lloraba consternado de dolor.

A eso de las siete de la mañana, a la tibia luz del sol, que subía entre vapores, cuando ya el campo estaba revisado y que los heridos de una y otra parte se habían recogido para asistirlos, Morazán, en vista del estrago y de tantos prisioneros, sin hacer caso a los

dolores de su herida, fuese al lugar donde estaban aquellos recogidos para hablarles en presencia de los suyos, que le siguieron temiendo por su vida. Estaba pálido; pero aquella palidez marmórea de su semblante, hacía más simpático y atractivo su conjunto físico: de su marcial apostura escapábase algo así como un hálito de espiritualidad y de grandeza, cuando con la elocuencia y facilidad de su palabra, así como con la expresión de su mirada ardiente, que parecía iluminarlo todo, les habló así a los prisioneros:

*«Queridos hijos de la Patria: se os ha engañado, conduciéndoos a esta lucha fratricida, cuyos estragos deben caer como una maldición sobre vuestros fatales conductores. quienes empleando medios vedados al honor, os han hecho creer que veniais a luchar por vuestros derechos y por una causa justa; y, yo os digo que, no ha tenido más móvil que sus propias y desenfrenadas ambiciones. Se os ha presentado a mi persona perfilada con el tinte negro de sus odios, y llena de ambición que desconozco, a no ser aquella en que se finca la unidad y grandeza de Centro-América, por la que vosotros también habéis combatido otras veces a mi lado. Se os ha hecho creer, que mi espada es una constante amenaza para la paz y tranquilidad de sus Estados, cuando precisamente, sólo la he desenvainado cuando sus libertades y derechos los he visto amenazados de muerte, y cuando sus pueblos se han visto comprometidos y ultrajados por los facciosos y partidos; y, por último, para traerlos aquí con todo el coraje y valor con que habéis peleado contra este pequeño Estado, cuya defensa estaba reducida no más que a las ocho centenas de soldados que son vuestros hermanos; se os ha dicho y asegurado que yo, sólo yo, soy la causa de tantos males y de tan dilatadas como sangrientas luchas que aniquilan y sangran a la Patria.....No! Yo protesto ante vosotros y a la faz de Centro-América por tan injustos como criminales cargos, vertidos así tan inicuaamente contra la pureza de mis ideales, que no he burlado nunca, traicionaré jamás! Por ellos, por esos ideales que viven identificados con mi vida, y que me llevarán hasta el sepulcro, sin dejar en el trayecto de mis luchas no acabadas ninguna sombra: por ellos combatí en Comayagua y en La Maradiaga, luchando contra los incendiarios y terribles asesinos de las libertades hondureñas; por ellos, y por devolver la libertad a nuestros pueblos*

*ultrajados y comprometidos en su independencia, luché en La Trinidad, Gualcho, San Antonio, Las Chácaras y Guatemala; y por ellos, volví a combatir en El Salvador, Honduras y Guatemala contra la reacción y el salvajismo que quiso, e intenta siempre volvernos a las sombras del pasado y, por ellos, en fin, me tenéis aquí defendiendo al Estado más pequeño de la Federación..... No! Yo me titulo y me reconozco vuestro amigo y vuestro hermano, porque no aspiro sino a que vivamos como una gran familia esparcida por todo el Istmo centro-americano, cobijados por un mismo pabellón y amparados por las mismas leyes, cuyos fines son precisamente los que hoy me mueven a defender en esta lucha desigual, en la que me veo reducido a las escasas fuerzas de este pequeño Estado, que hoy, identificado como siempre con mis principios, sabrá sostener muy en alto la gloriosa Bandera Nacional: bajo sus sagrados pliegues y a su sombra bienhechora, quiero tener también a todos vosotros, como he tenido a vuestros hermanos y a vosotros mismos en otras gloriosas campañas. ¡Tenedme pues, como vuestro hermano y como vuestro sincero y leal amigo, que no desea sino la concordia de la familia centro-americana y el concurso de todos sus buenos hijos, para hacer de esta tierra privilegiada, de este Istmo ubérrimo y singular, nuestra gran Patria libre y fuerte por la unión de sus Estados!.....*

Ante la augusta y serena presencia de aquella gran figura, cuyo perfil helénico se destacaba delante de las compactas filas de soldados que le escuchaban absortos y emocionados en hora tan solemne; éstos, como arrobados por el extraño acento de su voz metálica que, al par que denunciaba a los culpables, hacía aquel llamado de concordia, se sintieron tan poderosamente atraídos, y tan firmemente convencidos y entusiasmados que, todos a una sólo voz, gritaron con toda sinceridad de su alma: «¡Viva el General Morazán!.....¡Viva el padre de la Patria!.....»

Y, luego después, aquel jefe, cuya generosidad sin límites no podía satisfacerse sino con la acción magnánima, a la vez que prodigó a todos los prisioneros y heridos los auxilios necesarios, los despachó luego a sus hogares con algunos recursos y, diez y siete de éstos que por la gravedad de sus heridas estaban imposibilitados para moverse, conducidos fueron por su orden a

los caseríos inmediatos, para que se les asistiese y recibiesen los cuidados indispensables, dejándoles, además, recursos pecuniarios.

Con la trascendencia del triunfo, la memorable batalla del Espíritu Santo, dignificada fue también por las excelencias de aquella alma, que por su valor y heroísmo, elevó siempre la bandera de concordia y de perdón, haciendo de ella una de las más gloriosas jornadas del patriotismo.

Reconocida la desproporción de los ejércitos y vista la pujanza con que el enemigo se arrojó sobre las reducidas fuerzas salvadoreñas, nadie que no estuviese al tanto de las excepcionales dotes estratégicas de Morazán, hubiese creído en aquel triunfo extraordinario que llenó de asombro a sus enemigos y de justa admiración a todo el pueblo centroamericano. Por eso fue que, la noche en que se desarrolló aquel combate tan terrible, un sargento y tres soldados, impresionados talvez por el número de enemigos, llevaron con su fuga a la capital salvadoreña la noticia de la total derrota de Morazán que, en razón de las ventajas anotadas, tomóse tan alarmante nueva como una verdad que no admitía duda.

Mas, ¡cuál no fue el asombro, y a cuánto no subió el regocijo salvadoreño, cuando por la derrota asegurada se le llevó el grato informe del triunfo de su armas!

La gratitud y la admiración del pueblo así salvado por su propia abnegación y heroísmo, expresada fue por sus dignos representantes, en el siguiente decreto:

«La Asamblea Legislativa del Estado de El Salvador, considerando:—Que el Estado se halla libre de las fuerzas que lo invadieron, por el valor y sufrimiento del ejército; que la Patria debe ser reconocida al patriotismo y servicios distinguidos de todos los que en la campaña sostuvieron el honor y la integridad del territorio; y, que el Cuerpo Legislativo quiere que queden consignados los sentimientos de gratitud de los pueblos del Estado para con sus libertadores; por unanimidad ha tenido a bien decretar y decreta: 1°—Se dan al Benemérito de la Patria, General Francisco Morazán las más expresivas gracias por sus heroicos esfuerzos y servicios tan positivos en las acciones de Las Lomas y El Espíritu Santo. 2°—A los Jefes y Oficiales vencedores en las mismas acciones, se les dará una medalla de oro con las armas del Estado y con la inscripción siguiente:

Al valor y sufrimiento». 3º—El Gobierno acordará para los demás subalternos un distintivo que les haga conocer que al Estado han sido sumamente gratos sus servicios. 4º—Además del distintivo se suministrará a los heridos en las indicadas jornadas, una mesada en señal de gratitud, y 5º—A las viudas y huérfanos de los valientes que murieron en dichas campañas, se les acudirán con el montepío de ley.—Pase al Consejo. Dado en la ciudad de San Vicente, a 21 de Mayo de 1839.—Luis Ayala, Diputado Presidente.—Quirino Estrada, Diputado Secretario.—Francisco Fortis, Diputado Secretario.

## XXVIII

Morazán es elegido Jefe de Estado de El Salvador.—Ferrera vuelve sobre su vencedor y posesionándose del departamento de Chalatenango, logra entenderse con sus adeptos, quienes se apoderan de la capital.—Sublime sacrificio de Morazán, en que prefiere la Patria a la familia.

Ya que los medios de reconciliación probados, no fueron suficientes a contener el paso de los agresores, El Salvador pudo al fin, como se vió, darse el respeto debido, mediante su heróico esfuerzo que, realzado por el genio de la guerra, coronado fue por aquel triunfo memorable de sus armas.

En tanto que los aristócratas y serviles de Guatemala trataban de empañar con sus escritos la proyección gloriosa que sobre la conciencia nacional había tenido la triunfal batalla del Espíritu Santo, El Salvador, pueblo leal y grato a los sacrificios del héroe que acababa de salvarlo de la opresión aliada, vuelve sus miradas hacia él, y lo elige por inmensa mayoría Jefe del Estado.

Habiendo terminado desde Febrero del año 39 sus funciones como Presidente de la República Federal de Centro América, Morazán no tenía en su civismo ningún impedimento para aceptar la designación que de él se hizo. Por eso fue que, acatando la voluntad del pueblo que lo idolatra, inauguró su Gobierno el 11 de

Julio del 39. Antes de esta elección, Morazán, que con su espada vencedora tenía ya afianzados los derechos y libertades del pueblo salvadoreño, llevaba también dentro de su sensible corazón los anhelos más vivos por mantenerlo dentro del fecundo seno de la paz, objeto de sus más caras esperanzas. Con tan nobles como elevados propósitos, logró ajustar con el Gobierno de Honduras un tratado de paz y amistad, que fue garantizado con la asistencia y mediación del de Guatemala.

Mas, como si el espíritu del mal estuviese siempre dispuesto a perturbar la tranquilidad de Centro América, tan luego como ésta entregábase a gozar de la paz bendita, al no más saberse en las otras secciones de la Patria la elección recaída en Morazán, el encono y la animadversión de sus apocados enemigos, principió a manifestarse con nuevas amenazas de guerra sobre el Estado salvadoreño, que lo aclamaba como a su más ilustre Gobernante.

Los aprestos militares que Ferrera hacía en Honduras, comprometían gravemente el honor de esa sección, que con la de El Salvador estaba solemnemente comprometida a garantizar la paz de Centro América, mediante el tratado que, con la asistencia de Guatemala, se había firmado en San Vicente el 5 de junio del 39.

Ya que la experiencia con sus rudas lecciones tenían indicado a Morazán lo que había que esperar de la porfía de tales enemigos, cuyos principales azuzadores eran los serviles de Guatemala, no quiso por esta vez ser agredido dentro del territorio de su mando, sino que, para demostrar que el derecho puede darse a respetar muy más allá de sus fronteras, mandó al propio territorio hondureño a refrenar el ímpetu belicoso de su contrario; a uno de sus más bravos y leales capitanes: Cabañas, el admirable y singular Cabañas, el legendario y valeroso soldado de la democracia, que acababa de convalecer de la mortal herida que por su temerario arrojó recibió en El Espíritu Santo, fue el jefe escogido por el héroe para ir a garantizar la paz con el peso de sus armas, al seno mismo de la extraviada y montañosa Honduras.

De encuentro en encuentro, el invicto Cabañas, a la cabeza de su aguerrida columna, tan luego penetró al territorio hondureño llevó al enemigo en una serie de derrotas, hasta colocarse cerca de la capital, que lo era Comayagua, la que sin mayor resistencia cayó en su

poder el 31 de Agosto del 39.

Con ese éxito tan rápido como brillante se tuvo de nuevo como asegurada la paz y la quietud de Centro América. Pero tan luego el vencedor sin represalias estuvo de vuelta, dejando en manos del vencido el ramo del olivo en vez del grito aterrador de la venganza, éste, que no podía, ni quiso oír ya más la voz de la concordia, entregóse a nuevas búsquedas de elementos bélicos, para vengarse del que le mantenía desvelado por sus glorias.

La nueva acometida de Ferrera no se hizo esperar mucho tiempo, quien sacando auxilios de hombres y dinero del Gobierno de Nicaragua, amenazó a El Salvador por el lado de San Miguel con un ejército de 1800 aliados que, él en su demencia bélica, denominó «Ejército aliado pacificador de Centro América».

¡Grande y magnánimo pacificador de la Patria y verdadero protector del Estado hermano, era sin duda ese hombre criminal, que iba a atacarlo en los precisos momentos en que Centro América, después de tantas y tan repetidas luchas, necesitaba como nunca de una paz reparadora; y él, inspirado quizás por el abismo abierto por los enemigos de la Patria, y forzando el auxilio de Nicaragua, iba a agredir al aislado y pequeño Estado de El Salvador; cuando más pobre y debilitado se encontraba; y, para colmo de males, en el momento que una facción interior alteraba el orden, y el Comandante de Mita protegía las violentas irrupciones que amenazaban la frontera occidental!

En tan penosas circunstancias, Morazán quiso, por lo menos, neutralizar en la contienda a Nicaragua, para que no facilitara nuevos elementos a Ferrera, y con ese fin, mandó a un comisionado, pero sin obtener un resultado favorable, ya que el entendimiento para la lucha continuaba entre los Estados aliados. Repitióse la Misión Diplomática, encargando de ella al tino y discreción del Lic. Miguel Montoya. Este llevaba el encargo de asegurarle al Gobierno nicaragüense: que Morazán no se oponía de manera alguna a la reforma de la Constitución Federal, motivo que aparentemente alegaban aquellos Estados, que azuzados por la nobleza de Guatemala, se alistaban a la lucha; y, para mejor evidencia, la buena fe con que se procedía de parte de El Salvador, su Gobierno proponía: que para tratar sobre dichas reformas se reuniese una Convención Na-

cional, ya fuera en Copàn, Santa Ana, Cojutepeque o donde la mayoría de los Estados lo determinase.

Con idénticos fines acreditóse otra Delegación Diplomática ante el Estado de Los Altos, comisionando para ello al eminente ciudadano don Doroteo Vasconcelos. En este nuevo Estado de la Federación encontró el ilustre diplomático la más amplia y calurosa acogida, pues sus pueblos y sus hombres dirigentes estaban completamente identificados con los ideales de Morazán. No hubo, pues, en él ninguna dificultad, suscribiéndose inmediatamente un franco y cordial tratado con El Salvador, que habla muy en bien del prestigio y el honor de la Sección Altense.

Ferrera, a pesar de venir al mando de un ejército respetable, sabía ya por experiencia lo que vale y significa la indignación y el espíritu de defensa que un pequeño estado puede oponer a una invasión injusta, y, comprendiendo que su amenaza por el lado de San Miguel no le daba buen efecto, determinó invadir al Estado por el departamento de Chalatenango, donde en verdad encontró mejor ambiente a sus propósitos.

Tan luego como esa invasión tuvo efecto, sus prosélitos principiaron a supeditar los ánimos para violentar a las otras facciones, con cuyo estímulo, sus correrías por la frontera guatemalteca parecían aumentarse. Esa doble atención impidió al Jefe del Estado distraer el contingente de los pueblos occidentales, principalmente de los fronterizos, porque había que ocuparlos para sofocar las incursiones que por ese lado hacía Francisco Ignacio Rascón. Pero no obstante de verse así agredido por sus dos fronteras, mientras el jefe hacía esfuerzos sobrehumanos, para poner en pie de guerra un ejército de defensa, los Coroneles Angulo, en Sonsonate, y Enrique Rivas en Santa Ana, mantenían a raya a los facciosos, quienes a pesar de sus esfuerzos y de sus repetidas tentativas, no podían adelantar un paso más allá de los pueblos fronterizos.

Morazán, al fin, con el pequeño ejército que pudo organizar en circunstancias tan difíciles y que a lo sumo llegarían a cuatrocientos hombres, marcha con ellos a Suchitoto, para abreviar allí los movimientos del invasor, que traía una fuerza cinco veces superior a la que se le podía oponer.

Mas, estando ya prendida en la propia capital la chispa de la rebelión, apenas Morazán se alejó de San

Salvador, una segunda facción, encabezada por individuos de origen nicaragüense, se alzó allí contra su autoridad, tomando los cuarteles en la madrugada del 11 de Septiembre.

Pero ese golpe pérfido y traicionero, asestado al propio corazón de El Salvador, no pudo, ni podría mirarse con indiferencia por sus dignos hijos, que se vieron por una maquinación siniestra sorprendidos y despojados de los cuarteles y de los pocos elementos de defensa con que contaban. Los calvareños, que fueron siempre los más abnegados y adictos al héroe de Gualcho, en número de ciento cincuenta y encabezados por Santos y Antonio Valencia, los hermanos Alas, Ciriaco y Manuel Bran, Leonardo Renderos y Pedro Azucena, tomaron inmediatamente el camino de Santa Ana en busca de armas, de las que carecían, para así, regresar a recuperar los cuarteles y volverlos al Gobierno constituido.

Mientras eso sucedía, los pronunciados por su parte, enviaron una comisión para que, entendiéndose con Morazán le hiciese saber: que la capital estaba rendida; que toda tentativa por recuperarla sería inútil, puesto que ya todo el Estado estaba invadido; adversado y desconocido su Gobierno, y que se le excitaba para que, como único medio de salvación que le quedaba, se sirviese hacer entrega del Poder en el ciudadano Antonio J. Cañas; y *que, al no hacerlo así, toda su familia que tenía en rehenes daríasele muerte ignominiosa pasándola a cuchillo.*

La comisión encargada de llevar semejantes términos de paz al más digno paladín de nuestra Historia, encontró a éste ya de regreso para la capital, quien al instante de saber el desgraciado golpe, volaba ya a recuperarla, para volverse inmediatamente contra su infame agresor, que lo retaba desde Chalatenango.

Una extraña y profunda conmoción agitó el ánimo y conmovió la delicada naturaleza de aquel héroe, al oír semejante proposición que al par que hería su dignidad de Gobernante, traía la inaudita y criminal amenaza de hacer perecer de manera tan bárbara a los seres amados de su corazón, en los preciosos momentos en que sus sacrificios rayaban en el prodigio para salvar al Salvador de la opresión en que se encontraba.

¡Mídase y compréndase aquella suprema angustia de su alma de patriota al devorar semejante reto que

puso a sus ideales y a sus sentimientos en la prueba más amarga de su vida; y dígasenos si no fue muy grande y muy digna de aquella vida heroica la respuesta sublimada por los tiempos y la historia, que aquel mártir de la Patria dió en tan supremos y difíciles momentos!

Llevándose la mano al corazón, oyó que sus latidos le hablaban muy hondo del sentimiento de familia y que debía de vivir, sacrificando sus ideales por esos seres adorados; pero levantando su cabeza enardecida y extendiendo la vista hacia el límite del horizonte, comprendió: que el cielo azul que le cubría le hablaba de la Patria en toda su belleza y esplendor, de su porvenir y su grandeza; entonces con un gesto estoico que sólo podía caber en aquella naturaleza heroica, que llegó al máximo del sacrificio humano, contestó estas inmortales palabras que conservaràn intactas las presentes y futuras generaciones: *«Los rehenes que mis enemigos tienen en su poder son para mí muy sagrados y hablan vehementemente a mi corazón; pero soy el Jefe del Estado y mi deber es atacar; pasaré sobre los cadáveres de mis hijos; haré escarmentar a mis enemigos, y no sobreviviré un sólo instante más a tan escandaloso atentado»*.

Tras el estremecimiento que le produjo tan torturante respuesta, despachó a los comisionados, para que llevasen su determinación al enemigo, indicándoles que, esperaba saber el resultado en el pueblo de Suyapongo; haciéndoles saber, también, que quedaba nombrado Comandante de San Salvador, el Coronel Máximo Cordero, a cuya autoridad debían de acatar en caso se sometiesen a la obediencia de su Gobierno.

Por la prórroga pedida por los individuos de la comisión para volver con la respuesta, comprendió Morazán que no debía perder tiempo y que, aquellos momentos eran preciosos para quedar allí esperando una determinación que no podía resolverse sino con el peso de las armas, por lo que dispuso inmediatamente su avance sobre la ciudad.

Entre tanto, los patriotas calvareños que todo lo habían hecho con la urgencia que requería el caso, habían vuelto ya con las armas que encontraron a primera mano, y habiéndose entendido también con Morazán, ajustábanse a sus instrucciones, guardando las bocas-calles de la ciudad por el Occidente y Sur, con la orden de hacer fuego únicamente sobre los culpables.

Pues bien comprendía aquel la comprometida situación del pueblo y la de los fieles soldados que guardaban los cuarteles, que fueron sorprendidos por la traición, así como también le sobraba gratitud al comprender que el número de patriotas aumentaba, fortaleciendo así la brillante acción de los calvareños.

Dispuesto todo ya con la precisión debida, Morazán, al empuje vigoroso de sus fuerzas, forzó las primeras avanzadas enemigas y, prosiguiendo su marcha por el barrio de Concepción, mientras los calvareños operaban por Santa Lucía y El Calvario, muy presto estuvieron en el centro de la ciudad atacando a los cuarteles, los que sin mayor resistencia cayeron pronto en su poder. Los facciosos sin ninguna fuerza moral que les apoyase, no osaron resistir, y apelaron a la fuga vergonzosa, dejando tras de sí un signo de ignominia y baldón. Perseguidos algunos, dióseles alcance: despojóseles de lo que llevaban de la ciudad que habían sorprendido; pero no se les quitó la vida, que tan gravemente tenían comprometida, tanto por la traición al Estado invadido, como por la salvaje y cruel propuesta que se le hizo a su eximio Gobernante.

Ese triunfo tan rápido y exento de represalias y sacrificios, al par que fortalecía a su Gobierno, aumentando los no mancillados prestigios del héroe, devolvíale también la vida de los suyos, de esos sagrados objetos de su corazón que el enemigo tenía como rehenes y que él pudo rescatar con vida, gracias a la marcada rapidez con que se apoderó de los cuarteles, que muy pronto estuvieron bajo sus órdenes.

Por su parte, Ferrera, que no veía ya a su frente a Morazán, y creyéndole perdido, avanzó sobre Suchitoto, cuya plaza ocupó tranquilamente y, desde allí, con la arrogancia presuntosa del que se cree dueño de la situación, lanzó un atrevido manifiesto al pueblo salvadoreño, en el que, en forma de ultimátum decía entre otras cosas: *que el Consejo representativo del Estado debía de desconocer la autoridad del Ejecutivo salvadoreño, contra cuya elección estaban los aliados así como la de los miembros de la Asamblea que lo habían elegido; que aquél cuya deposición él exigía como única condición de paz entre los Estados en contienda, debía de depositar inmediatamente el mando en manos del Consejero, don Antonio José Cañas; y que éste, como una de sus primeras medidas de seguridad, al no más estar*

*constituido su Gobierno, debería de expulsar del territorio, señalándoles residencia fuera del país, tanto al General Morazán como a los demás ciudadanos que integraban su Gobierno, dentro del perentorio término de veinticuatro horas; que el nuevo régimen debería inmediatamente levantar una respetable fuerza para poder asegurar su existencia, y que, mientras estos términos dictados por el triunfo de la causa que él representaba en nombre de los aliados no estuviesen cumplidos, allí quedaría él con la fuerza de sus armas respaldando su ejecución, y que la ocupación del territorio terminaría tan pronto como viese cumplidos sus anhelos por liberar y proteger al pueblo salvadoreño.*

Así hablaba quien en verdad no pretendía sino sojuzgar al pueblo y humillar a su Gobernante.

Semejante audacia tocó en lo más vivo la indignación y el honor del pueblo salvadoreño, que no hizo sino fortalecer más aún la solidaridad de ideas y sentimientos de gratitud que tan estrechamente lo ligaban a su auténtico y verdadero libertador; y éste, apremiado por las circunstancias y con el peligro de que la facción occidental al fin traspasase la frontera y entorpeciese sus planes por ese lado, hizo llegar a la capital a marchas forzadas al valiente escuadrón de Santa Ana. Ese pequeño contingente era apenas de unos setenta y cinco hombres; pero viniendo como venían al mando del Coronel Enrique Rivas, cuyo valor e intrepidez equivalían a otro número igual de combatientes, su contingente sería de gran eficacia en la nueva acción de heroísmo y sacrificio que se iba a desarrollar.

---

## XXIX

**Gloriosísima y memorable victoria de San Pedro Perulapán, donde cada soldado fue un héroe y el General en Jefe de los aliados, a pesar de sus proclamas, salió herido y solo camino de Montepeque**

---

Un nuevo contingente de doscientos hombres había-se agregado al ya poderoso ejército de Ferrera, que llegó a dos mil combatientes, suficientemente equipados y listos para entrar en acción. Con toda esa fuerza que

él creyó invencible, movióse el 24 de Septiembre sobre San Pedro Perulapàn. Simultáneamente ese mismo día, Morazàn, haciendo esfuerzos inauditos, contramarchó sobre el invasor con los quinientos soldados que pudo reunir y equipar.

En la noche del citado día acampó con ese pequeño ejército en el pueblo de San Martín, cuando Ferrera ocupaba a su vez la plaza de Perulapàn. Como primera y urgente medida para relajar la disciplina del ejército aliado, el jefe salvadoreño había mandado instrucciones anticipadas a dicha población, para que no se ocultasen las existencias de aguardiente al enemigo. Éste, ya embriagado y bajo los efectos supeditantes del licor, creyó aún más seguro su triunfo, y así lo repetían en sus gritos descompuestos con que rompieron la calma y la quietud de aquella población.

«¡Vivan los aliados!» «¡Vivan los libertadores!» «¡Muera el usurpador!» «¡Vivan los vencedores!» He ahí los gritos que se daban en el seno de esa población, mientras que por su parte Morazàn, en San Martín dejaba descansar a los suyos, entregándose él con su Estado Mayor a delinear su plan de ataque.

Conviene por la importancia histórica conocer la topografía y las condiciones que por aquella época tenía la población de San Pedro Perulapàn, que fue teatro de una de las acciones más memorables de aquel genio de la guerra.

A seis leguas al Nordeste de San Salvador, sobre un terreno algo accidentado, álzase en suave pendiente una altura que se prolonga de Sur a Norte; paralela a ésta y hacia el Oriente, una meseta se extiende por la misma dirección con un ligero declive; y hacia el Norte de la primera altura arranca otra más baja. La población se asentaba, parte en la meseta oriental, parte en el declive de la loma que va paralela a ésta, y la otra sobre la pendiente Sur de la segunda altura que se levanta al Norte. Dentro de ese perímetro irregular la población se extendía en cierto desorden a que daba lugar la irregularidad del terreno y el mal trazo de sus calles; descubriéndose dentro de esa confusión una sólo calle recta que, partiendo del camino que conducía a Cojutepeque, terminaba al costado Sur de la iglesia. Al Sudoeste de ésta, a unos cien metros de distancia, alzàbase un pequeño cerro de forma cónica regular que, destacándose sobre un campo abierto, podía contemplarse de muy

lejos, y que por su pintoresca posición formaba también el punto más atractivo del lugar, teniendo el privilegio de estar coronado por un pequeño campanario.

Bajo la calma y el silencio de la madrugada del día que siguió a la noche de su llegada a San Martín, el 25 de Septiembre, Morazán avanzó con sus cinco centenas de soldados sobre aquella población que dejamos descrita. Ferrera, que por sobre su valor, no poseía la ciencia de la guerra, es decir, el secreto de vencer por el cálculo y la estrategia, apoyándose únicamente en su valor y en el número superior de sus soldados, no mandó a levantar el plano de la población y, creía tanto más en el triunfo cuanto más lo gritaban sus soldados por la inspiración y efectos del alcohol. Morazán, en cambio, cuya táctica era diferente, ya tenía los pormenores de la topografía con sus entradas y salidas convenientes; por este conocimiento y para no ser sorprendido, determinó en su plan marchar sobre la población por el camino más amplio, ya que el otro, aunque más corto, tenía el inconveniente de tener de trecho en trecho paredones y cercas de piedra, desde donde con pocos soldados podía ser sorprendido, cortándole el paso. Además, la marcha se emprendió bajo tal silencio y discreción que, sus soldados semejábanse en su avance a esos cachorros que siguen al león que los arrastra para hacerlos caer por sorpresa sobre el enemigo.

A una indicación del jefe, aquel ejército silencioso, que se diría la sombra de una nube que camina, detiene la marcha y es debidamente colocado en puntos estratégicos; y, mientras las valientes columnas, bajo la más admirable disciplina y el más profundo silencio esperan la orden de acometer, Morazán con su Estado Mayor sube a una pequeña altura, desde donde, con su mirada de águila, lo abarca todo en un momento.

La aurora principiaba a iluminar el horizonte antes velado, cuando el héroe sobre su punto de observación, escudriñaba los detalles de aquel campo sobre el cual se iba a desarrollar una de sus más gloriosas batallas. Los vapores de la mañana, que como un velo se rompían a los primeros rayos de luz, dejaron distinguir bien pronto la blanca mole de la iglesia y el pequeño campanario que coronaba al pintoresco cerrito ya indicado. Sobre ese miraje de una lucha que se acerca, quedó reconcentrado y fijo el pensamiento del héroe que, en breves momentos, trazó en su poderosa imaginación la

nueva arquitectura del combate que presto se desarrollaría. Al volver la cabeza, tenía delante de sí al espía que regresaba diciéndole: que, a unas seis cuerdas de allí estaba una de las tres avanzadas del enemigo, compuesta de cien hombres ocultos dentro de una hondonada, mientras el grueso del ejército descansaba bajo su cuidado.

Con esa sólo indicación, Morazán comprendió que había llegado ya, antes de su descubrimiento, el momento de la acción. Sobre el aviso envió a cincuenta dragones al mando de uno de sus mejores oficiales para que, guiados por el mismo espía, cayesen sobre la avanzada, debaratándola, con orden de seguir contra todo riesgo sobre la población. Aquellos momentos le parecían siglos a Morazán, que esperaba impaciente el resultado de ese primer movimiento efectuado para sorprender la avanzada enemiga. Mas pronto su inquieto esperar terminó al oír los primeros tiros, primero en la hondonada, y después ya más cerca de la población. Sus valientes dragones, acercándose tanto como les fue posible a la avanzada, la sorprendieron con una sólo descarga, que no quisieron repetir sino con una carga a la bayoneta, que dejó a los más tendidos y los otros apelaron a la fuga.

Demasiado conocía Morazán la intrepidez de sus soldados, y desde luego, supuso que, después de haber roto a golpes de bayoneta la primera resistencia, ya debían estarlas viendo con una fuerza superior, según se lo indicaban los tiros ya lejanos que se oían, por lo que inmediatamente mandó a reforzar a sus valientes dragones con una parte de los que estaban listos para entrar en acción. Este refuerzo al mando inmediato del Coronel Rivas, ya unido a la avanzada, formaría la vanguardia que, llevaba la orden de atacar al enemigo por el frente, mientras que el General en Jefe, quedándose con la reserva para reforzar la ofensiva donde su acción se necesitase, dispuso que el resto de sus columnas, al mando de los coroneles Ignacio Malespín, Pérez, Cordero y Cierzo, avanzasen por el flanco de la serranía que se extendía paralela al camino que terminaba frente al cerrito del campanario. Esta pequeña eminencia que constituía una de las principales defensas del enemigo, fue ocupada por éste, desde el momento en que oyó los tiros de los dragones que sorprendieron y desbarataron su avanzada. Como era de esperarse, aquellos cincuen-

ta intrépidos dragones que alcanzaron ese éxito tan señalado, dejando libre el paso al resto del ejército salvadoreño, estaban seriamente comprometidos y en peligro de perecer el último en manos de un enemigo diez veces superior. Pero antes de caer todos cercenados por la muerte, el Coronel Rivas, que había volado a su defensa, estaba ya reforzándolos con su vanguardia; y, al toque de cornetas y redobles de tambores, trabóse un combate feroz y encarnizado por ambas partes.

Morazán, temiendo que por el número, los suyos fuesen acopados, con pistola en mano pronto estuvo con su reserva como un antemural a sostener el combate, del cual, sin duda, dependía el éxito o el fracaso de sus armas. La furia y el valor con que combatía el enemigo pareció por un momento quebrantar el prepotente esfuerzo de la columna de Rivas, cuyos soldados peleaban como leones; pero al verse sostenidos por la sombra invicta de Morazán, en cuya actitud y gesto se adivinaba algo así como una prevención por si retrocedían entonces, preocupándose más de aquella mirada ardiente que fulgía como un rayo, que del fuego del enemigo tomaron la ofensiva con tan indomable ardor que, el enemigo al fin acribillado y cediendo en su valor, se batió en retirada, hasta buscar refugio en la plazoleta de la iglesia. Los aliados, que tenían en ésta apostado uno de sus cañones y que debía haberles sido de gran utilidad para aumentar la eficacia de su infantería que se batía, no pudieron hacerlo funcionar en el momento que más lo necesitaba por ese lado, porque el daño hubiera sido para ambas fuerzas que luchaban a su frente.

Como sucede al calor de toda lucha empeñada en que ni el peligro se mide, ni los efectos se sienten y ni la muerte se teme, en ese combate desesperado y en el que como un león se vió luchar multiplicado al Coronel Rivas, no fue sino después de la lucha que se le vió tendido en el suelo, anegado en su propia sangre. En el fragor de la pelea había sido herido sobre su corcel de guerra; pero insensible a los efectos de la herida y embriagado por el hálito de aquella lucha a muerte, no cesó de combatir sino fue hasta que vió al enemigo puesto en fuga.

Mientras tan brillante éxito se alcanzaba por aquel frente, el otro cuerpo de morazánidas que había avanzado por la pendiente de la loma, caía también sobre los que defendían el cerrito del campanario. Este nuevo empuje, que traía la fuerza de un torrente montaña-

ro que se precipita desde lo alto y viene a rebotar a los bajíos, no pudo tampoco ser contenido por los que defendían el cerro, quienes no obstante su ventajosa posición, arrollados y desalojados fueron de él, tal así como un dique inútil que se desbarata por una corriente incontenible. Pero tan pronto éstos llegaron a su segunda línea de defensa, donde nuevas columnas de refresco estuvieron listas, a reforzarlos, volviéronse sobre sus contrarios con la doble fuerza que les daba el aumento del número y la vergüenza de la derrota sufrida de posesión tan ventajosa; y así, ciegos de coraje e impulsados por el ardiente deseo de vencer a sus contrarios, avanzaron sobre el cerro, sin preocuparse de las bajas que sufrían, hasta llegar a coronarlo y gritar victoria sobre quienes un momento antes los habían repulsado, y que hoy a su vez, cediéndoles el puesto por la furia de su empuje, bajaban derrotados. Pero Morazán, al ver que los suyos retrocedían a pesar de sus esfuerzos por retenerlos a cierto límite, antes de que el valor decayese en ellos completando su derrota, manda a su vez a reforzarlos con los últimos soldados que le quedan, y él mismo, como una sombra protectora que está pronta a sostener a sus columnas que flaquean, infúndeles con su ejemplo nuevo valor y, adelantándose a ellas, les señala la eminencia erizada de bayonetas enemigas, dándoles a comprender que ese era el sólo punto a donde debían de precipitar sus pasos, para quitar nuevamente al enemigo la altura disputada. Bajo ese acicate de valor a toda prueba del General en Jefe que los animaba con su ejemplo, sus bravas y excitadas columnas, vuélvense sobre el adversario con tal ímpetu y coraje que, acobardado al fin éste por tanta sangre que corría, cede nuevamente el puesto disputado, replegándose a todo escape hacia la iglesia, como lo hizo la primera vez.

En tanto que los morazánidas quedaron tiroteándolos desde sus últimos puestos ganados a fuerza de valor, los aliados, viéndose ya desalojados de sus principales puestos de defensa, imprimieron a todos sus efectivos un movimiento de concentración a la plaza. Ya reunidos allí, y viéndose muy superiores en número a los que así los combatían por todas partes, preparáronse inmediatamente para llevar sobre sus vencedores una nueva y más pujante ofensiva, que no les dejase lugar a escape. Pero tan luego comprendió Morazán

el ataque simultáneo con que el enemigo trataba de acoparlo, quiso cuanto antes evitarlo y, tras de la idea concebida, ordenó que continuase un tiroteo muy pausado por el frente, mientras otras columnas rápidas y cautelosas marchaban por un sendero oculto, saliéndole por detrás al enemigo, para sorprenderlo con una carga por retaguardia, no creída ni esperada. Este nuevo movimiento, gracias al conocimiento que se tenía de la localidad, fue ejecutado con maravillosa precisión y con éxito muy feliz. Pues ya el enemigo listo a emprender la ofensiva por aquel frente, donde creía que estaba toda la fuerza contraria, cuando sin preverlo recibió por detrás aquel golpe terrible; pero aunque se desconcertó muchísimo, al grado de desbandarse, volvió luego sobre sus pasos, principiando así una nueva lucha, que se hizo general. En este momento Morazán hizo avanzar por el frente a los de su inmediato mando, quedando luego en lucha abierta y reducidos a un sólo campo de batalla ambos contendientes. Como se considerasen los aliados superiores por el número, trataron nuevamente de envolver a los morazanidas. Pero gracias al movimiento que éstos habían ejecutado por retaguardia, tuvieron por un momento la ventaja de tomarlos a dos fuegos y, conscientes de esa ventaja momentánea, se acercaron tanto al enemigo que casi llegaron a confundirse. Pero éste que tampoco desconocía su superioridad numérica, volvió nuevamente a cargar sobre los salvadoreños, quienes viendo el peligro de quedar aislados, redujéronse a un sólo cuerpo, para no ser batidos en detalle. Como esta acometida del enemigo fue tan vigorosa, aquellos viéronse obligados a replegarse hacia un sólo sitio como bien pudieron; y, ya casi desfallecidos por la lucha y abrumados por el número, dieron muestras de ceder. Morazán, temiendo que tal desfallecimiento llegase a degenerar en una total derrota, y sintiendo a sus filas ya muy debilitadas, háceles con su espada que refulgía a los rayos del sol levante un signo de llamada en torno suyo, y cuando estuvieron a su lado entre la inminencia del peligro, cuando el enemigo se preparaba a dar el golpe decisivo, el héroe, como una suprema y última apelación a su valor no desmentido nunca, aréngalos así: «¡Soldados valerosos! Llegó el instante en que demostrar debemos si el número mayor del enemigo será para acobardarnos o para darnos más valor. Desde La Trinidad a Las

Chacras, y de Gualcho al Espíritu Santo, mis soldados inferiores en número, siempre han dado la victoria: toca ahora a vuestro valor no desmentido nunca corresponder a la consigna de vencer así en este mismo campo de batalla, de donde habéis de recoger el baldón de la derrota que nos perderà, o el laurel de la victoria, que os darà la gloria de salvar al Estado por el esfuerzo poderoso de vuestro brazo vencedor. ¡Adelante, pues, y acometed valientes al enemigo, que ya se apresta a la ofensiva!»

Palabras màgicas y de singular estímulo fueron aquellas, que subieron a su màximo de potencialidad las fuerzas ya desfallecidas de los morazánidas que, al toque de dianas y a los gritos de ¡Viva el General Morazàn! Viva el pueblo salvadoreño y muera la aristocracia! lanzàronse sobre los aliados con tal espasmo de valor, que nada fue posible a contenerlos; y, éstos, que también ya estaban próximos a romper la ofensiva, recibieronlos con coraje y gran valor, trabándose así una suprema y desesperada lucha, en la que unos y otros confundidos hacían màs uso de las bayonetas y culatas que de los tiros de sus fusiles; y Morazàn, como si se sintiese embriagado por el hálito de aquella tempestad de fuego, iba y venía animando sin cesar a sus soldados, los que también llenos de un delirio por combatir, y como si estuviesen electrizados por las màgicas palabras de aquel jefe que rayaba en el prodigio, lanzàronse por última vez con tan irresistible empeño de vencer o de morir, antes que ceder un paso, que el enemigo no pudo, ni le fue ya posible sostener màs la lucha, apelando a la fuga más completa y dejando así una de las mejores victorias a las fuerzas salvadoreñas, que coronó de nueva e inmarcesible gloria la frente del invicto paladín.

Nubes densas de humo quedaron velando la población después de aquella batalla que por siempre y para siempre serà memorable en los fastos de la Historia Patria.....Cuando aquel humo se hubo disipado y que los vencedores pudieron ver los efectos de la lucha, encontràronse sobre el campo de batalla más de doscientos cadàveres del enemigo y otros tantos heridos que yacían aquí y allà mezclados con los morazánidas, cuyas bajas también fueron numerosas.

La derrota del ejército aliado fue tan completa que, el mismo Ferrera, que sobre sus dos mil soldados se

sentía apuntalado por la facción de Marín, que mero-deaba por el centro, y por las repetidas incursiones de Rascón por el Oriente; ese mismo jefe decimos, que creyendo asegurada la victoria dirigió no sólo su célebre manifiesto a las Municipalidades, sino su soberbio y atrevido ultimatum al pueblo salvadoreño, salió terriblemente castigado de aquella lid, de la que huyó a pie, herido y solo, camino de Montepeque, dejando en el campo de batalla no sólo a su ejército y su bandera destrozados, sino lo que es más triste, su mismo equipaje, donde se encontraron varios ejemplares de sus manifiestos llenos de arrogancia.

Rivas, que había sido en esta acción lo que Benítez en la del Espíritu Santo, herido como quedaba después del triunfo, fue también noblemente emulado en su valor por los denodados y aguerridos jefes Cordero, Cierzo, Lazo y Morales, que con aquél fueron ascendidos y estimulados por el héroe de aquella gloriosa jornada, que contó entre sus muchos prisioneros al Coronel don José María Aguado y al Capellán del ejército, presbítero Doroteo Alvarenga.

Como cada soldado fue un héroe que tuvo que luchar contra cuatro, Morazán, que apreciaba más que ninguno sus altas cualidades, al sólo retornar a la capital del Estado, emitió un decreto, por el cual se acordaba un distintivo especial para todos y cada uno de sus soldados que sellaron con su sangre y su valor el por siempre memorable 25 de Septiembre, día de la gran victoria alcanzada por los morazánidas, en San Pedro Perulapán.

---

### XXX

**Reflexiones.** El gran error político de Morazán.—Funestas consecuencias que siguieron al tratado de El Rinconcito.—Disolución del Pacto Federal.—Barrundia estigmatiza y predice los males del fraccionamiento de la Patria

---

Es natural, que el sembrador que ha querido cultivar el campo de sus ideales con la generosa simiente del bien, sin extirpar a tiempo la cizaña que con ella medra, es indefectible que ésta ahogará a aquella.

Morazán, cuyo corazón era un ánfora de bondad inagotable y en cuyo fondo cabían todos los perdones, traicionado y vencido fue por él, por ese corazón sincero, incapaz de presentir la maldad de los demás.

Política infantil fue la suya, siempre que vencedor tuvo en su poder a los contrarios, a quienes en vez de hacerlos desaparecer de la escena de la vida, otorgándoles la gracia de seguirlo combatiendo, esperando que la sana reflexión los guiase al fin al proficuo seno de la República.

¿Qué misterio indescifrable es ese que rompe con sus brutalidades la perfección y la unidad de las grandes vidas que, entregadas por completo a la realización de sus ideales, su tangibilidad nunca llega a alcanzarse por la misma falta de rigor que hay en todo grande hombre?

¡Ay!.....Y, a Morazán, que era la suma perfección, faltábale, para desgracia de él y desgracia de la Patria, a quien tanto amaba, ese dón de conocer la perversión humana; y, cuando por fin, por la misma rudeza de los golpes recibidos llegaba a comprenderla, despreciaba su vileza sí; pero nunca quiso, ni intentó jamás extirparla con la muerte.

Esa fue su culpa, y esa fue la falta capital que lo perdió. Porque, ¿qué faltaba a ese grande hombre para ser y seguir siendo como lo era, el primero, el más auténtico, el más completo y trascendental de nuestros héroes? Todo se reunía en él, en una como gracia singular con que natura lo dotara, para ser entre nosotros el prototipo de los hombres superiores: talento, carácter, ilustración, genio, valor, desinterés y patriotismo, todo esto y demás virtudes congénitas al civismo y a la excelsitud de su misión de sacrificio, unidas a sus perfecciones físicas, hacían de él al hombre ideal por excelencia.

¿Qué le faltaba pues?

Vamos a decirlo de una vez: le faltó la partícula de fiero que debe haber en cada hombre sobre este campo de eterna lucha en que vivimos.

Talvez esa falta sea su mayor gloria; pero ella perjudicó y perjudicará siempre a los sagrados intereses de la Patria, que reclamaba para su salvación algo así como la fría y despiadada cuchilla del cirujano que, para que no se pierda todo el cuerpo, amputa el miembro gangrenado, o como el salvador cauterio que quema

la llaga a tiempo, antes que el terrible bacilo destruya el organismo enfermo.

El que fue águila para el vuelo y león para el combate, tuvo ¡ay! la dulzura de la paloma, siempre que vió vencidos por sus armas a sus más encarnizados enemigos.

El que humanizando la guerra en Centro América simbolizó con sus triunfos sin represalias la más alta civilización, no pudo ver nunca por la miopía de su corazón que, dentro de los ejércitos vencidos, venían las hienas pàvidas que, con la configuración de hombres y tomados como tales, se les perdonó tantas veces, para que muy pronto desgarrasen el fecundo seno de la Patria en bàrbaro festín.

Apodérase del alma cierta opresión de malestar cuando se piensa en las contemplaciones que Morazán tuvo siempre para con sus enemigos al vencerlos, y el ánimo se sobrecoge y se llena de estupor cuando se ve a esa águila caudal surcar en atrevidos vuelos y por distintos rumbos todos los extremos del Istmo, para descender después por las montañas de Mataquesquintla y Santa Rosa, no para aplastar de un sólo golpe al atrevido cuervo que nunca se sació de devorar las entrañas de la Patria, sino que, igualando la potencia y el brillo de sus alas con el lustre horripilante y negro de esa ave de rapiña que se llamó Rafael Carrera, se dió a lidiar con él, no más que para apaciguar su acometividad, y no para rematarlo con la muerte, como convenía hacerlo para la salud y salvación de Centro América.

Esa condescendencia y esa contemplación culpable del grande hombre; daban ya como era de esperarse, el amargo fruto que debía de terminar con aquella vida y perecer con ella la unidad, grandeza y porvenir de nuestra Patria.

Perdonados y despreciados los nobles de Guatemala; vencido y perdonado también el indio audaz de la montaña; aprobados por el Presidente de la República los tratados de El Rinconcito, que dejaban de nuevo a Carrera al mando de una zona militar, muy pronto el indio fiero, animado por ese estímulo inconcebible de que era objeto, y más ufano y engreído por las menguadas alabanzas de los serviles y aristócratas de Guatemala, pronto estuvo con sus turbas de salvajes en las puertas de aquella capital, cuando ausente Morazán,

atendía en El Salvador las primeras acometidas de Méndez, Quijano y Ferrera. Sólo el General Salazar, reducido a un corto número de defensores, no pudo oponer mayor resistencia y, el representante de la barbarie, el aclamado por la nobleza, entró triunfante a la ciudad de Guatemala, el nefasto 13 de Abril de 1839.

Ese golpe sordo y pérfido, trabajado y bendecido por el fanatismo y la nobleza de Guatemala, puso otra vez el Gobierno en manos de Rivera Paz, el prototipo del jesuitismo, así como las armas del Estado en manos de Carrera, que con el título de Mayor General del Ejército, ejercía un poder sin límites a la sombra de aquel remedo de Gobernante.

El liberalismo suicidado por su propia mano, tomó la vía dolorosa del destierro, o fue a espiar su falta de unidad a las cárceles o cementerios olvidados. El Estado de Los Altos, primero, y México después, fueron el asilo preferido de todos los perseguidos.

Arreada la bandera de los libres de la que fue capital de Centro América, e izada en su lugar la negra del separatismo, el aciago 13 de Abril del 39, desde esa fecha quedó imperando el bando de las sombras y de los viejos privilegios en el Estado de Guatemala, cuya odiosa y funesta preponderancia se hizo sentir bien pronto en las otras secciones de la Patria.

No era nada extraño, y sí, muy natural que, aquellos que se vieron vergonzosamente despreciados por aquél que quisieron atraer por la lisonja y el incienso de sus almas pervertidas, unidos ya a quienes fueron por tantas veces vencidos y perdonados, hiciéranle ahora porfiada guerra: la coalición de Honduras y Nicaragua fue su obra, y las sangrientas batallas de El Espíritu Santo y San Pedro Perulapàn sus primeros frutos que, aunque amargos para Ferrera, Méndez y Quijano y sus mismos instigadores, no habían de detenerse allí, a pesar del fracaso que tuvo su soberbia doblemente castigada. De ahí que el ex-Presidente de la República, y ahora Gobernante de El Salvador, cuando creyó brindar al Estado el lauro de sus últimas victorias, poniéndolo al amparo de la civilización y hacer de él un sagrado asilo para la libertad, trabajando en el seno de la paz y la concordia por una nueva y más firme union de los Estados que trataban de disgregarse, sus enemigos de allende El Paz, siguieron ¡ay! haciéndole porfiada guerra en una serie de provocaciones que

mantenían en constante alarma a los pueblos fronterizos.

Mientras tanto, la Patria centroamericana devorada en sus entrañas, era ya como un cadáver, cuyos mutilados miembros se disputaban los buitres del pasado en una especie de festín siniestro: el Estado de Los Altos invadido y deshecho había sido ya por el criminal Carrera, en cuyos bárbaros propósitos llevaba escrito con la sangre de sus pueblos la sentencia de su muerte, haciéndole desaparecer como entidad política de la Federación Centroamericana; las Islas de la Bahía, ocupadas habían sido nuevamente por la voracidad inglesa, que permanecía en nuestro acecho y, al ver que la bandera de los volcanes se desgarraba por nuestra propia división, la de la conquista se alzaba allí en Roatán, como signo de vasallaje y de baldón; Costa Rica, disgregada de la Patria por su misma lejanía, consumó pronto su total separación; Nicaragua y Honduras, sangradas de continuo por luchas intestinas, acordaron romper, por la torpeza de sus directores, el lazo de fraternidad centroamericana, declarándose enemigos de quien les había asegurado derechos y libertades, y que hoy no luchaba solo por sostener los vínculos de la nacionalidad.

Ante ese cuadro desolador y triste, dos grandes espíritus, cuya luminosa conjunción parecía derramar la única luz sobre ese caos, volvían a entenderse en una como comunión sagrada de principios: eran Morazán y Barrundia que, sobreponiéndose a todos los prejuicios y a todas las brutalidades del destino, desesperaban por salvarnos, ofrendando en aras del común ideal que los unía, todo lo grande y luminoso que había en ellos. Nunca parece que esas dos almas superiores estuvieron distanciados, porque sus proyectos y sus hechos siempre se identificaron en esa suprema inspiración de hacer de Centro América una sola Patria, digna de la consideración y el respeto universal. ¡Qué comprensión tan alta y qué unión tan íntima la de esa espada y esa pluma que con el verbo y la acción por guía supo plasmar el uno, y cantar el otro la unión y libertad de Centro América! Ya se les vea en la cima del Poder aclamados por el pueblo, o aislados e incomprensidos, siempre el diapasón del estro de Barrundia y el fulgor de la espada de Morazán recorrieron al unísono todas las escalas del patriotismo hasta llegar a la más alta del

sacrificio.

Recuérdese, para comprobar los hechos que constatamos, lo que Barrundia decía en 1830, cuando Morazán tomaba por primera vez posesión de la Presidencia de la República de Centro América, con estos otros párrafos del tribuno, cuando aquél reducido al Estado de El Salvador, luchaba solo: «¿Qué alma—decía—por fuerte que sea no se contrista al contemplar la situación de la República en general, el aspecto interior de cada Estado y el trastorno extendido hasta la más pequeña aldea?—Miserables facciones oprimen a los Estados de Honduras, Nicaragua y Guatemala, y olvidados de todo sentimiento nacional, incapaces de toda mira grande, sólo piensan en sus mezquinos intereses. Desaparezca Centro-América!—han dicho—del catálogo de los pueblos cultos, con tal de que nosotros podamos satisfacer nuestras pasiones.—Y, de hecho se proceda a disolver la Unión; se hace la guerra a las autoridades que la representen, se pilla sus rentas y se derrama en contiendas fratricidas la sangre centro-americana, esta sangre preciosa que sólo debiera verterse para la defensa de nuestra independencia y de la inviolabilidad de nuestro territorio.....»

«La reciente injusta ocupación de Roatán por los ingleses, una de nuestras más valiosas pertenencias, debería hacernos recobrar el juicio para que tratásemos sinceramente de transigir nuestras desavenencias intestinas y nos ocupásemos sólo de la seguridad de la República.—Pero los partidos abdicán del uso de la razón, desde que se constituyen tales, y el oscurantista, especialmente, jamás cederá un ápice de sus pretensiones exageradas.—¿Será imposible la concordia?—¿Estaremos destinados a ser otra vez degradados colonos de Europa?—¿No se reorganizará pronto la Autoridad Federal?—¿No se le dará el vigor que necesita para repeler las agresiones de nuestros enemigos y obligarlos a respetar nuestros derechos?»

«Recordemos sin cesar el ultraje hecho a nuestra bandera en Roatán hasta que obtengamos la debida satisfacción: recordémosla también para conocer cuan necesaria es la unidad nacional y la concordia. ¿Qué ventaja sacaríamos por ventura de separarnos en pequeñas soberanías, aislados y tal vez hostiles las unas de las otras?»

«Un cordón de aduanas, el embarazo en la adminis-

tración de justicia, las frecuentes guerras de Estado a Estado, la nulidad de cada una: la incapacidad de sus pequeños gobiernos, la intervención interesada de las potencias extranjeras, el barbarismo y, por fin, la muerte política».

Eso decía el gran vidente y, Morazán, por todos los medios pacíficos que estuvieron a su alcance, se empeñó porque los lazos de la Federación no se rompieran; pero esa lucha cívica le fue imposible sostenerla ya en medio de enemigos armados en perpétua guerra contra él: estaba solo y aislado con un puñado de héroes, y los pocos espíritus que le comprendían; y su Poder estaba reducido al pequeño Estado de El Salvador, cuya paz era continuamente alterada por las facciones protegidas descaradamente por Carrera, que actuaba ya como Mayor General del Ejército de Guatemala, y el apócrifo Gobierno tenía como letra muerta el tratado de paz que había garantizado.

La prensa servil de Guatemala, haciendo coro a la mala fe y perversión de su Gobierno y a las demasías del indio engalonado, tomaba cada día un tono más agresivo contra el héroe, que por tres veces la salvó de sus hordas enfurecidas, y que entonces glorificó hasta el fastidio.

Hastiado ya el espíritu tolerante de Morazán por tanta bajeza y tanta saña, y convencido como estaba de que el secreto de la disolución y ruina de la Patria centroamericana radicaba en la propaganda disociadora de los aristócratas y serviles, así como en el filo del cuchillo de los bárbaros que lo sostenían, decidió al fin poner término a tanta maldad, preparándose a una nueva lucha armada, ya que ese era el sólo y único recurso que quedaba para hacer resurgir dentro de sus mismas ruinas la gran Patria, con todos sus derechos y prerrogativas de Nación independiente.

Justificada por el espíritu de defensa que lo animaba y por el noble fin que perseguía, aquella nueva guerra de reivindicación nacionalista era del todo inevitable y, por lo demás, Morazán, que nunca contó el número de sus enemigos, aceptó el reto a muerte que se le hacía, lanzándose a esa lucha que rayó en el más alto y no igualado heroísmo.

## XXXI

Tras una marcha rapidísima y en breves horas el adalid centroamericano hace rendirse a la capital de Guatemala. - Al desocuparla sus últimos disparos forman las más vibrantes notas de su gloriosísima epopeya.

Estamos a mediados de Marzo de 1840. Los días tràgicos parecían haber llegado. La sobreexcitación del pueblo salvadoreño quedó como suspensa ante la suprema determinación de Morazán, quien habiendo convocado una Asamblea extraordinaria, dejaba depositado el mando en el Vice-Jefe Silva, mientras él, rumbo al Occidente marchaba a la cabeza de novecientos hombres que había logrado poner en pie de guerra. Un brillante cuadro de oficiales y los mejores jefes de la época formaban su Estado Mayor.

¿Hacia dónde el adalid supremo dirigiase con sus heroicos soldados? ¿A qué iban? ¿Hasta dónde y cuál sería el término de la marcha?

El término lo ignoraban; pero el teatro y el fin de aquella lucha demasiado lo sabían: iban a la capital de Guatemala, para empeñar allí la lucha a muerte a que se les provocaba; y, su fin, su glorioso fin, estaba más que justificado: íbase a hacer un sobrehumano esfuerzo por salvar a la Patria de la ruina, volviéndola a su perdida grandeza y unidad y, a demostrar también cómo las grandes causas pueden defenderse mientras haya hombres libres dispuestos a morir por ellas.

En tan suprema resolución del héroe, había tanto de sacrificio como de audacia, pues quedándole detrás Honduras y Nicaragua, que ya movían sus ejércitos, el Estado de El Salvador quedaba expuesto a una invasión conjunta, tanto por el aislamiento como por el desamparo en que quedaba. El pueblo sabía todo eso, pero sin anodarse por el peligro que corría, después de la conmoción profunda que sintió por la marcha del Jefe idolatrado, vióse poseído de marcada satisfacción y orgullo al llevarse sobre sus hombros el peso de tanta gloria.

La reacción coaligada de los tres Estados no creyó nunca que Morazán con tantas desventajas pudiera lanzarse a una lucha desigual fuera del Estado a que

estaba reducido. Por eso fue que, aquella marcha bélica que tuvo el prestigio de lo inesperado, no pudo ser descubierta ni creída sino cuando el gran estratega llegaba con sus fuerzas muy cerca de la capital, donde se alimentaba la conflagración servil.

A las cinco de la tarde del 17 de Marzo de 1840, sin haber sufrido la menor interrupción, Morazán ocupó con su ejército la Villa de Guadalupe, donde inmediatamente fue informado: que Carrera con una parte de sus fuerzas estaba en la hacienda de Aceituno con el propósito de atacarlo por retaguardia, y que la capital estaba defendida por ochocientos hombres bien atrincherados, con suficiente artillería, municiones, provisiones de boca y demás elementos de guerra. Mas nunca sería la astucia del indio engalonado quien pudiera contener la audacia de aquel genio de la guerra, que llevaba la decisión inquebrantable de atacar, como quiera que el enemigo se le presentase. He ahí por qué al siguiente día, o sea el 18 de Marzo, muy de mañana, el ejército morazánida se apoderó con la brevedad que convenía hacerlo, del Guarda de Buena Vista, y en la tarde de ese mismo día, Morazán entraba a la capital bajo el siguiente plan para efectuar el asalto de la plaza: rodeando el antiguo llano de San Juan de Dios colocó una división de infantería en la plazuela de Guadalupe, dejando el tren de guerra e indumentaria del ejército en el Hospital, y la otra división, compuesta de dos secciones de infantería y toda la caballería quedaba al mando del General Cabañas en las alturas del Calvario y a inmediaciones de la Plaza de Toros.

En tal disposición, Morazán, como centro y alma de ese golpe de audacia que se iba a dar al propio corazón de Guatemala, dispuso que el asalto se llevase a efecto simultáneamente por tres columnas que, yendo en marcha paralela, partirían de la plazuela de Guadalupe hasta llegar a tocar con las trincheras de la plaza. El éxito de tan atrevida empresa fue confiada a la pericia y al valor del General Rivas, bajo cuyas inmediatas órdenes debían de operar las tres columnas ya debidamente preparadas,

Al toque marcial de tambores y cornetas, los asaltantes, como flechas disparadas por la tensión de una sola cuerda propulsora, pronto estuvieron atacando la plaza: el Coronel Antonio Rivera por el lado del Cuño, frente a la Escuela de Cristo; hacia el lado de la porta-

da del mismo Cuño, el Coronel Ignacio Malespín, y por la calle de Guadalupe el segundo Comandante Bernardo Rivera. Posesionados del edificio del portal que correspondía al Cuño, sin amedrentarse por las bajas sufridas, inmediatamente los asaltantes volvieron sus fuegos sobre las primeras trincheras que defendían la plaza por aquel frente. Sus defensores no pudiendo soportar sus certeros fuegos las abandonaron presto, ocupándolas inmediatamente los morazánidas, quienes sin detenerse continuaron sobre la otra trinchera que se levantaba en la esquina del Palacio del Gobierno, la que con la misma suerte cayó en su poder. Por su parte, los que defendían la plaza, al verse expulsados de sus últimas trincheras, replegaron hacia el atrio de Catedral, desde donde con la esperanza de sostenerse, mientras llegaban las huestes de Aceituno, hacían a los asaltantes un fuego muy nutrido. En tan oportunos momentos el General Rivas, con el resto de las columnas de su mando apareció en la plaza, ante cuya marcial actitud, los que habían probado sostenerse, huyeron acobardados, divididos en dos secciones.

Para completar el éxito de aquella acción tan rápida como atrevida, aún faltaba desalojar de las torres de Catedral a una compañía de tiradores que, resguardados como estaban, hacían un fuego certero sobre los vencedores que ocupaban las trincheras, hasta el grado de obligarlos a desocuparlas. Pero sobre la proporción del daño tomósese una medida salvadora: a la orden del jefe, un grupo de intrépidos soldados forzaron la entrada y, aunque recibidos por un fuego a quemarropa que por sus laberintos o partes ocultas les hacía el enemigo, dando cara a la muerte en aquel santuario alzado por la fé, y que entonces servía de fortaleza, pronto, muy pronto, viéronse a los admirables soldados como arañas que van sobre su presa, ascender por las graderías y cornizas, hasta escalar a las torres, donde con la bayoneta en mano a manera de agujijón atrapador, atacaron al enemigo, que quedó allí duramente escarmentado. Con esta hazaña de prodigio y de valor se completó la posesión de la plaza, que cayó en poder de los morazánidas con la artillería, provisiones de boca y demás elementos bélicos que no pudieron poner a salvo los defensores en su precipitada fuga.

Dos horas, a lo sumo, habían bastado a Morazán para quedar triunfante sobre la plaza de Gua-

temala y, mientras su no igualada tática había alcanzado tan señalado éxito contra todas las amenazas inmediatas o lejanas, veamos lo que el cacique de Mita y hoy General en Jefe de las fuerzas guatemaltecas hacía por su parte. Sin faltarle actividad, armas y demás elementos para combatir a su enemigo, el indio, reduplicando sus esfuerzos hacía todo lo posible por reunir en Aceituno el mayor número de hombres para lanzarse a sus espaldas, arrollarlo, tomándolo a dos fuegos, a fin de *no dejar vivo*—según sus propias palabras—*a ningún hereje*, y con sus despojos llevar como trofeo la cabeza del invicto Morazán. Pero por más que activó la marcha y, cuando él creía haber llevado a cabo una de sus más rápidas maniobras en combinación con los de la plaza, se encontró con que el gran estratega la había tomado ya a pesar de sus trincheras y fuertes posesiones, defendidas por ochocientos hombres que pronto serían reforzados por nuevos contingentes que no tardarían en llegar.

A la caída inesperada de la plaza, mientras Carrera como fiera herida que ve burlados sus deslizamientos de felino para caer sobre su presa, lanzaba ahullidos de coraje y de impotencia, del seno de la capital rendida alzabase también un clamor de regocijo al ver flamear otra vez sobre sus edificios públicos la enseña de los libres que, en transportes de alegría, saludada fue por la multitud de prisioneros libertados en aquel último y supremo esfuerzo de los soldados de la Democracia.

Como naufragos que se ven perdidos en mares inclementes y, de pronto, sin esperarlo, llega impelida por la misma tempestad que los perdió, la nave salvadora que vuela en su socorro, tal así fue el momento de inusitado regocijo en que las víctimas de aquella tempestad política que hundía a Centro América en las sombras del oprobio, se vieron libertados por aquel genio de la guerra. Y, las manifestaciones de alegría, si es verdad que no tuvieron como otras veces un desborde unánime y general, en cambio las que ahora se hacían eran tanto más sinceras, cuanto que los que la manifestaban eran almas escogidas y elevadas que en verdad y de verdad apreciaban tanto las glorias del héroe, como amaban sus libertades y derechos.

Dentro de esas vehementes demostraciones de regocijo, hubo algo de emocionante y de conmovedor, que parecía ser ya el principio de la Tragedia, y, fue el mo-

mento en que el libertador de Guatemala recibió en sus brazos al héroe de Omoa, al General don Agustín Guzmán. Guzmán, quien traicionado por el *caudillo adorado de los pueblos*, después de violar el tratado de El Rinconcito y de haber sojuzgado al Estado de Los Altos, fue llevado allí como una de tantas víctimas, sepultándosele vivo en inmunda y bárbara mazmorra. El ilustre e infortunado militar deseaba, como lo había hecho siempre, poner su espada al servicio de la Libertad y seguir tras la huella luminosa del héroe de tantas jornadas; pero ¡ay! imposibilitado estaba de moverse, porque la húmeda y estrecha prisión que lo guardaba, lo había entumecido. La emoción de regocijo que parecía haber tocado a todos los corazones, viéndose de nuevo a Guatemala libre de la dominación servil, hizo también que una inteligente dama devota de la libertad y ferviente admiradora de Morazán, escribiese al calor del entusiasmo una carta a Quezaltenango, haciendo la apoteosis de su triunfo; y, hasta los verdaderos Ministros del Señor y santos predicadores de la religión cristiana, como el padre Ugarte, vieron en ese triunfo una como consagración purificada a la verdadera y legítima religión de Cristo.

Anotado el entusiasmo que embargó a todos los corazones libres, sigamos las otras fases que presentó la lucha en la rendición y desocupación de la capital de Guatemala.

Ocupada la plaza con todos los elementos que contenía, habíase hecho también gran número de prisioneros. Las consideraciones que con éstos se tuvo, ponía en ridículo la lastimosa actitud de los nobles: muchos de ellos, los más comprometidos, se habían refugiado en el convento de La Concepción, donde acobardados y temblorosos apenas si podían sostenerse de rodillas al pie de sus altares, al oír de sus espías lo que en la plaza acababa de suceder; y, aquellos corazones que rebozaban más odio que piedad, temblaban de pavor al escuchar lo que la *madre tornera*, la sibila del fanatismo, les comunicaba por directa comunión con Dios; otros, no creyéndose todavía seguros a la sombra de esos claustros que guardaban todos sus secretos, fuéronse tras los pasos del *caudillo adorado de los pueblos* para ponerse bajo su protección, ya que éste llevaba para la defensa de sus filas el lábaro de la religión y los colores del pabellón de España en su bandera de combate.

Entre ese número de prosélitos se encontraba Rivera Paz, quien no habiendo podido llevar siquiera el sello del Gobierno, que dejó con el archivo abandonado, al menos llevó a los campos de El Aceituno, el sello de su bajeza y cobardía.

La magnanimidad con que Morazán los había tratado siempre, volvió nuevamente a repetirse con los que cayeron prisioneros. Mas, sin embargo, ¿por qué huían? ¿Qué era lo que temían de quién para mal de la Patria, fue excesivamente humano? Huérfanos de entereza y faltos de todo valor, ¿fue acaso un átomo de honor lo que los puso en tanto sobresalto, pensando talvez en sus repetidos y pérfidos intentos para con aquél cuya mirada no podían resistir? Aún lo dudamos.....

Sabiéndose que de un momento a otro las fuerzas derrotadas, unidas ya a las hordas de Carrera, contra-sitiarían la ciudad, los morazánidas no se dieron un momento de reposo. Mientras el General en Jefe iba de la plaza central a la plazuela de Guadalupe con la cuarta y quinta sección de infantería, el General Cabañas con una parte de la caballería iba del Calvario a los Guardas de Barranquilla y Buena Vista con el objeto de observar los movimientos del enemigo; y el General Rivas con la otra parte, hacía iguales reconocimientos por el Cerro del Carmen.

Carrera por su parte, que había logrado reunir no menos de cinco mil adeptos, quienes a falta de disciplina tenían sobra de fanatismo y de maldad, dividió sus fuerzas en dos grandes secciones: una comandada por él mismo, y la otra por su hermano Sotero, siendo su segundo en ella el tristemente célebre Francisco Malespín, que venía al mando de la caballería. El Coronel Sotero formaba con su sección la vanguardia del ejército que iba a contra-sitiar la plaza, mientras Carrera quedaba con la suya formando la retaguardia. Fue en la Garita del Golfo donde se vió desembocar esa masa confusa de hombres, quienes antes de entrar en acción venían dando gritos de muerte que degeneraban en siniestros alaridos. Esta era la sección que encabezaba el Coronel Sotero, quien para coronar con éxito la parte que le estaba reservada, la dividió en dos partes, haciendo marchar la primera sobre la Plaza de Toros, al mando del Coronel Cruz, y la otra con dirección a la Plaza Mayor.

Debido al reconocimiento que el General Cabañas hacía con la caballería sobre Buena Vista y Barranquilla, la Plaza de Toros no se encontraba defendida sino por la infantería, cuando desembocó allí la fuerza enemiga. No obstante, la lucha no se esquivó y se sostuvo a pie firme el empuje de aquella avalancha de hombres, trabándose así formidable y reñido combate. Reconocida la debilidad de sus fuerzas por ese lado, donde faltaba el apoyo de la caballería, que el enemigo la tenía numerosa, Morazán mandó a reforzar inmediatamente la división de Cabañas, con cuyo eficaz apoyo sostuvo la lucha que, desde luego, inclinóse en favor de los morazánidas por la superioridad de su táctica y disciplina. Mas, en el momento en que éstos ya alcanzaban la victoria, presentóse como un remedo de la sombra de Atila sobre su corcel de muerte, la siniestra figura de Carrera, quien arrastrando su retaguardia entraba en plena acción. Y no fue su fatídica presencia, ni el crecido número de hombres con que se presentó a reforzar a los suyos lo que pudo hacer retroceder ni acobardar a las columnas del intrépido Cabañas, quien contando ya con la acción de su caballería, estaba dispuesto a luchar allí para evitar el avance victorioso del adversario. Luchóse, pues, con desesperación y encarnizamiento y, aunque las pérdidas eran considerables por ambas partes, ni unos ni otros daban muestras de ceder. Parecía que el combate no iba a terminar, ni se decidiría, porque la disciplina y el valor de los de Cabañas estaba como equilibrado por el coraje y la sed de sangre de los carreristas. Pero, al fin, los morazánidas, después de hora y media de combate, viendo que luchaba uno contra seis, se retiraron en orden y de cara al enemigo, hasta llegar al estanque y atrio del Calvario; y notando desde allí que Carrera no continuó la acometida, se replegaron tranquilamente hacia la plaza.

Mientras aquella acción de armas se libraba en la plaza del Calvario, otra acción, no de valor, sino de odio y de rencor, tenía lugar en el Hospital de San Juan de Dios: Sotero Carrera, que no se animó a atacar la Plaza Mayor, fuese con sus fuerzas hacia aquel asilo del dolor, donde Morazán tenía sus heridos, el tren de guerra, dinero, los equipajes y demás indumentaria del ejército. Lo que allí pasó no fue un combate de fuerza contra fuerza: fue el asalto de la barbarie sobre la inmovilidad de los heridos, la abnegación y debilidad de

cien mujeres, quienes en calidad de vivanderas atendían a las necesidades del ejército. No encontrándose soldados en pie a quienes combatir, pronto oyóse en ese asilo del dolor el grito aterrador de la venganza seguido de crueles e inauditos atentados de lesa humanidad: soldados convalecientes y otros que sufrían los agudos dolores de mortales heridas, después de oír la palabra soez y el insulto a la causa y bandera que defendían, fueron cruelmente ultimados, pereciendo entre ellos terriblemente apuñaleados los Coroneles Sánchez y Padilla, ayudantes de Morazán, así como otros oficiales que yacían moribundos. Las pobres e indefensas mujeres, después del ultraje hecho a su pudor y debilidad no respetada, maltratadas y reducidas fueron a bárbara prisión, completándose una hazaña de cobardía con el inmenso botín que se recogió allí, agregado a veinte mil pesos que formaban el haber del ejército.

Reducido Morazán a las trincheras que defendían la plaza, Carrera ya no pensó sino en contrasitiarlo con todas sus fuerzas reunidas. En tal situación, el héroe semejâbase a un león que, sobre las candentes arenas del desierto y rodeado de su bravos cachorros, ve el negro y dilatado cerco de hienas hambrientas que se mueven y desesperan por sacarlo del lugar en que temen su presencia, y que deseando despedazarlo, no se atreven ni tienen el valor de acometerlo.

Ignorando Carrera los secretos de la estrategia, y no sabiendo como los grandes capitanes que, para el éxito de un asalto decisivo, se necesita del sacrificio de unos, para que los que les sigan, sin temblores a la muerte y pasando sobre sus cadâveres, coronen el triunfo con arrojo y valentía; su sola tática se redujo a engrosar y a engrosar màs el círculo de hombres que, como un anillo movable, tenía la propiedad de estrecharse o dilatarse, según se animasen a embestir, o se acobardasen, retirándose del centro de fuego que tanto los amedrentaba. Trasadémonos con la imaginación a ese mismo teatro de guerra ya conocido en sus detalles; pero no bajo el aspecto de un sitio debidamente formalizado con no menos de cinco mil hombres que encerraban a unas seis centenas de soldados, quienes como los últimos paladines de la libertad, defendían con heroísmo sin igual la plaza a que estaban reducidos.

Ya la lucha està entablada en un sólo sitio, y no

hay en ella la complejidad de encuentros, de atacar, defender o desocupar tal o cual punto estratégico, ya que la situación de ambos combatientes era esta: un centro de resistencia que homita fuego sin cesar, y un gran círculo movible que intenta apagarlo para gritar victoria sobre sus cenizas; e ahí la simplicidad terrorífica de aquel combate que se prolonga con el coraje y tenacidad de unos y otros. Para esa lucha titánica y soberbia los elementos bélicos parecían estar equilibrados: las fuerzas de Morazán se sostenían con los elementos de guerra capturados al caer la plaza, y las de Carrera con los que su hermano Sotero había capturado en San Juan de Dios. Mas como el combate se prolongase más de lo creíble, y los carreristas diesen muestras de estrechar aún más el sitio, hubo de parte de los morazánidas necesidad de intensificar tanto el fuego, que llegó momento en que los fabricantes de cartuchos no podían dar abasto a sus demandas.

¿Cómo pudo ser aquel esfuerzo sobrehumano en que el número, el tiempo y la hostilidad del lugar estaban manifiestamente a favor de Carrera, quien además de poder renovar sus fuerzas, podía con todas las facilidades que tenía a su alcance prolongar todo lo que quisiese aquella lucha a muerte hasta rendir al último de los morazánidas? ¡Ay!.....y éstos que sabían que al contener su fuego sería la muerte para ellos, ¡cómo, con qué constancia luchaban extenuados de hambre y de cansancio, sudorosos, ahumados y trágicos, alimentándose de pólvora y embriagándose de llamas!.....Y, Morazán, ¡titán enardecido que sostenía con su ejemplo aquella inquebrantable resistencia, no sabía, encerrado como estaba en aquel círculo de fuego, contra cuántos miles de enemigos combatía!.....

Ya la tarde avanzaba presurosa, y el combate proseguía intermitente sin dejar punto de reposo a tan admirables soldados, que como héroes incansables parecían ignorar los efectos e intensidad del fuego.....Por fin, a eso de las seis de la tarde, como si esa hora ejerciese cierto influjo sobre aquellas masas de soldados fanatizados, el fuego terminó por parte de ellos como por ensalmo: era la hora de oración; no se oyó un tiro más sobre la plaza y, los que la sostenían, viéndose olvidados de sus fuegos, cayeron como desplomados bajo la fatiga de tanto combatir con aquellas armas que les quemaban ya las manos. Mas ese profundo silencio

que sucedió a la lucha, fue luego interrumpido por el eco de infinidad de voces que cantaban algo.....Eran los soldados de Carrera que como pájaros siniestros de la noche, cantaban la salve. Aquel canto lúgubre, de entonación quejumbrosa y sepulcral, coreado como era por infinidad de voces incultas y salvajes, escuchado en tales circunstancias, parecía ser la *Elegía de la Muerte* entonada al borde de la tumba de la Patria que se hundía!.....

Como águila que descendiendo de la cumbre para empeñar combate con aves de rapiña que tienen sus miradas en los muros de templos olvidados, y oye por vez primera suspensa y sobrecogida por las sombras de la noche el siniestro canto de las aves de las tinieblas, tal así, Morazán, después de esa lucha y, erguido como estaba en su puesto de combate, escuchó sobrecogido en esa noche trágica la rara entonación de aquella salve, que parecía cantado por la muerte de la Patria. Por el coro interminable de tantas voces, éste comprendió mejor su situación, convenciéndose del enorme número de enemigos que le rodeaban.

¿Qué hacer en esas circunstancias cuando faltó de agua y provisiones de boca no tenía más apoyo que su espada jamás vencida y acuyos reflejos de victoria se tiase fascinada aquella legión de héroes que le rodeaban y lucharían allí hasta morir el último?

¿No sería estéril ese sacrificio en el que después de perecer al filo de puñales asesinos vendría como consecuencia el desgarramiento completo de la Patria?..... Sí; Morazán, así lo comprendía, y más por salvar a los suyos, que por salvar su propia vida, pensó desde luego en una retirada salvadora, ya que por ningún lado podría esperar oportuno auxilio. En cambio, Carrera, sobre el gran número de hombres que tenía, esperaba aun nuevos contingentes que presto llegarían.

Mientras esa retirada militar se resolvía en la mente del héroe, la lucha volvió a reanudarse por parte de los sitiadores, para quienes, como si las sombras de la noche fuesen más propicias para combatir, progresivamente fueron estrechando más y más el cerco, hasta el grado de llegar en algunos puntos a media cuadra de las trincheras. Pero no obstante, y muy a pesar de la impetuosidad de las acometidas, aquellas no caían, porque muy pronto la metralla los barría, poniéndolos

en pavorosa fuga.

Habiéndose combatido casi todas las horas de aquel día, y prosiguiéndose la lucha más fuerte y tenaz de parte de los asaltantes, ¿por qué Carrera con tantos hombres y elementos no podía tomar la plaza que Morazán tomó en menos de dos horas? Esa sólo diferencia de resultados, vasta también para comprender la diferencia entre uno y otro caudillo, así como la bondad o ruindad de principios que ambos ejércitos defendían: a la Civilización y a la Democracia vastabanles para su defensa aquellas pocas centenas de soldados y, a la nobleza, bajo el cetro de Carrera no le eran suficientes tantos miles de salvajes que luchaban por su causa.

Cansados y burlados en sus repetidas pruebas de asalto, los carreristas retiraronse a sus puestos de defensa, replegándose los más a los muros de la iglesia de Concepción. Refugiados allí, cambió el aspecto del combate y disminuyó su intensidad. Con la regularidad de un cronómetro, al cargar sus armas, salían de sus muros y; deslizándose como sombras de Satán, venían a descargar cerca de catedral sobre las trincheras; y como si el fuego de sus armas fuese ya un elemento secundario para su ofensiva, los carreristas no anunciaban tanto su coraje con sus tiros, como por la sorda y confusa gritería con que procedían y terminaban sus ataques. La potencia ofensiva la llevaban no en las armas sino en la boca, ya que estaban convencidos de la ineficacia de sus ataques. Todos los dicterios e insultos más procaces eran lanzados por aquellas bocas hambrientas e insatisfechas de sangre, sobre la firmeza estoica del héroe y sus invencibles soldados, que libraban la última batalla de la Democracia contra la barbarie y la nobleza confabuladas. Todo lo que ésta había expresado en sus escritos en lenguaje más o menos culto, era allí sintetizado a gritos en el lenguaje soez de la ignorancia, cual si fuese el compendio de todos sus odios y pasiones que hacían estallar como explosivos infernales contra aquel genio y aquella gloria nacional.

Tras el insulto y el escarnio que se hacía a ese nombre glorioso, oíanse alternados con las mil amenazas de muerte estos gritos repetidos: «¡Entreguen al hereje! ¡Nosotros defendemos la religión y *ahora* vengaremos a los santos padres que los malvados liberales sacaron el 29.....!» Y, lo más chocante era que, entre aquellos

gritos de muerte y palabras soeces, se repetía como es-tribillo: «¡Viva la religión!» Solamente en las primeras horas de la noche los insultos fueron contestados, y después, los que defendían las trincheras, ajustándose a las instrucciones recibidas, redujéronse al silencio más completo y solo contestaban a las descargas con uno y otro tiro que no debía de fallar, tumbando aquí y allá a cuerpos adversarios que no se levantaban más. Ante ese silencio y el certero efecto de las balas que les llevaban muerte en vez de insultos, los carreristas se sentían aun más enardecidos, y estallaban en gritos que poblaban de insultos interminables el ambiente de esa noche trágica.

¿Os habéis quedado alguna vez en campos que frecuentan por la noche esas numerosas manadas de lobos sanguinarios y cobardes que pueblan el espacio de ahullidos interminables y siniestramente horribles? Tal así, oíase la inmensa y confusa gritería de las hordas de Carrera, que invadieron la capital y acediaban en noche tan terrible los puestos de defensa del invicto Morazán.

Ese estado de constante amenaza de unos y de silenciosa preparación en otros, prosiguió hasta las dos de la mañana, hora en que los carreristas, haciendo un movimiento de contracción, como de fiera que se recoge para abalanzarse sobre su presa, después de poner en pie a todos los hombres disponibles, decidieron al asalto general. Compactado aquel anillo de terrorífica movilidad, se dió la voz de asalto, y el fuego se rompió con toda la furia contenida por aquella masa humana que sólo respiraba, odio, venganza y muerte. Mas el parque economizado en las trincheras por los morazánidas, empleado fue en esa hora suprema en que se hizo la última prueba de defensa. La lucha se empeñó nuevamente tenaz, sangrienta y, la pujanza del enemigo que llevaba el designio de vencer, parecía ser incontenible; mas contra todos los cálculos, ese asalto general que se creyó coronado con el triunfo a los pocos minutos de iniciado, se prolongó hasta cerca de dos cuartos de hora, durante cuyo tiempo los sitiados hicieron vomitar sobre el enemigo en masa todo el fuego de sus armas y explosivos que tenían a mano; y éstos, desconcertados por el efecto de aquellos treinta minutos de vivísimo combate en que atronaba la metralla, pasando sobre sus muertos e inúmeros heridos; volvieron

---

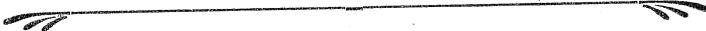
las espaldas y fueron a refugiarse presurosamente a sus puestos de defensa que primero pudieron encontrar.

Y aquel estallido de metrallas que dejó de oírse hasta las tres de la mañana, parecía ser con su fragor la más vibrante nota de la epopeya que termina, para dar principio a la tragedia.





DE LA TRAGEDIA





## DE LA TRAGEDIA

### XXXII

Mediante una habilísima maniobra desocupase la plaza de Guatemala, efectuándose la más famosa retirada militar que ha tenido lugar en Centro América.---Cruelles represalias que Carrera tuvo con los heridos encontrados en la plaza y los patriotas de Quezaltenango.---El Salvador recibe a su héroe con grandes demostraciones de admiración.

---

**L**A HORA TRÁGICA había llegado. Aquella expulsión del enemigo a fuerza de valor y de metralla, fue un triunfo sí; pero ese triunfo alcanzado con tan supremos esfuerzos, no tenía ¡ay! nada que pudiese hacerlo definitivo. Faltaba ya el agua, y fuera de una cantidad de pólvora, carecíase de elementos de combate y, sobre esas necesidades para poder proseguir la lucha, ¿cómo sostener el triunfo sin la esperanza de ningún auxilio para esa legión de héroes cuyas fuerzas estaban visiblemente disminuidas, tanto por la sangrienta lucha del Calvario como por la no menos sangüinaria y prolongada de la plaza?

Resuelta ya la retirada, no había tiempo que perder. Apenas el último combate cesó con el rechazo del enemigo, Morazán volvióse a los suyos para indicarles el rumbo y precisión con que debía efectuarse la salida,

ordenándoles romper a viva fuerza toda interposición del enemigo. Con una serenidad que maravilla, como si en verdad se tratase de operar sobre de uno de sus mejores triunfos y en terreno que no le fuera hostil, dió sus últimas instrucciones a sus jefes y oficiales a fin de completar el engaño de los carreristas, quienes desalentados por los efectos de la metralla; esperaban para animarse a gentes de Chiquimula, Verapaz y otros departamentos. Aprovechando esa calma que tenía como suspenso al enemigo, Morazán, después da orden de que se arrojasen al estanque doscientos barriles de pólvora que aun quedaban, arengó a los suyos en un lenguaje de brevedad ingente, cuya bélica expresión reduciase a estas lacónicas palabras: «*¡De cara al enemigo, ¡Marchad de frente, y romped sus líneas con desprecio de la vida y, nadie quede en esta retirada sino tendido por la muerte!*»

A tan lacónico mandato de precisión espartana, sucedió la última descarga que se hizo para hacer creer al enemigo que se trataba de embestirlo; y, los oficiales y tiradores encargados por el héroe para romper con sus lanzas aquel cerco humano que les rodeaba, cual ginetes de la muerte lanzàronse como impelidos por un viento de tempestad para abrir la brecha.

Al estruendo de los últimos disparos lanzados como un judio! a la ciudad, emprendiose la gloriosa retirada militar que tuvo tanto de épico como de trágico. A las cuatro de la mañana, a esa hora en que aun no se determinaban los objetos, Morazán salió de la plaza por la calle de Guadalupe, seguido por más de cuatrocientos soldados. El tropel de la caballería que formaba la vanguardia, escuchado por el enemigo en sus diferentes posiciones en aquella hora, parecía más bien una carga de ofensiva que una marcha en retirada. Dispuesto también a resistirla, pronto agolpó hacia aquel lado el mayor número de hombres para detenerlos y despedazarlos fuera de aquel centro de resistencia en el que aun los creían atrincherados. Las vaguedades de la hora daban lugar para que tuviese efecto aquel engaño estratégico, que fue debidamente aprovechado por los morazánidas, quienes bajo un aparente combate de ofensiva, dejaban desmanteladas las trincheras y abandonada la plaza. Esta misma equivocación del enemigo, que se creía acometido, hizo de esa salida una lucha a muerte. A la vanguardia, Morazán mandaba

una línea y Cabañas otra, sostenidas ambas por el General Rivas, que empujaba a la retaguardia con un valor que rayaba en el prodigio.

Cubiertas las esquinas por masas de hombres armados de bayonetas y cuchillos, en cada boca-calle dâbase una carga, que dejaba bajo su certero efecto abierta la brecha para dejar libre el paso a la retaguardia, volviéndose caras a cada media cuadra para proteger la retirada. Como una visión apocalíptica envuelta por los vapores fantásticos de la mañana, los caballos que llevaban sobre sí a aquellos jinetes invencibles, habituados como estaban al fragor de los combates, pasaban sobre las masas de hombres como sobre un campo abierto dejando bajo sus cascos ensangrentados a los heridos y muertos, cual débiles espigas cortadas a su paso. Y, esos choques sanguinosos, que dejaban impregnado el ambiente húmedo de la mañana de un hálito de muerte, no dejaron de repetirse de una a otra esquina, sino fue hasta que los morazánidas, rompiendo toda resistencia mediante aquel empuje sobrehumano, lograron traspasar la plazuela de Guadalupe, que les dejó ya libre y expedito el paso para la Garita del Incienso, prosiguiéndose de allí la marcha sin ser perseguidos por el camino de Mixco.

Mientras tanto, las fuerzas de Carrera, que habían quedado mutiladas y en desorden, al volver de la sorpresa dirigieron sus fuegos sobre la plaza, en donde creían todavía encerrado a Morazán, cuando ya éste, aprovechando el resultado de su táctica atrevida, guiaba el resto de su ejército con dirección a la Antigua.

Cuando el miedo aun retenía a muchos de los sitiadores en el atrio de la Concepción, el odio que había cegado a los más, impulsó nuevamente a las masas de asaltantes a estrechar más el círculo, hasta que, enfurecidos por la no contestación a sus nutridos fuegos, lanzáronse sobre las trincheras a bayoneta calada, creyendo dar así el golpe final a tan porfiada resistencia. Pero, ¡cuál no fue el asombro, la soberbia y el coraje que los poseyó al ver burlados sus más negros y crueles propósitos de no dar cuartel a los que creían encontrar vencidos en aquellas trincheras que vieron desmanteladas a la luz de la mañana!.....Mas ¡ay!; para poder apagar el fermento de odio que bullía en aquellos pechos fanatizados y cargados de camándulas, los heridos y moribundos que se encontraron, traspasados fueron a bayoneta y

rematados a filo de cuchillos homicidas que temblaban en sus manos ensangrentadas.

Cuadro terrible y funesto fue ese en que, la inmovilidad del heroísmo, tan cruelmente castigado, tuvo esa despiadada sentencia de los bárbaros, que sin ningún sentimiento de humanidad apagaron sus gemidos con insultos y sanguinarios golpes!

Cuando Morazán con el resto de su ejército llegó a la Antigua, a eso de las once de la mañana del trágico 19 de Marzo, la ciudad entera lo recibió en triunfo, brindándole toda clase de cuidados y atenciones. No hacía mucho que con inucitado e indescriptible regocijo habíase recibido allí la grata nueva de su triunfo del día anterior sobre la plaza de Guatemala y, al vérselo con la serenidad de siempre, sabiendo como sabían que nunca sus grandes victorias fueron pernografadas por sus labios, creyéndole triunfante y en demanda de auxilios para proseguir su cruzada libertaria sobre el ultrajado Estado de Los Altos, ofreciósele inmediatamente un contingente de seiscientos hombres voluntarios. Estos, al ver por otra vez en aquel suelo, que tan propicio le fuera siempre al paladín centroamericano seguido de sus invictos soldados, gritaron enardecidos: «¡Viva la libertad!» «¡Aquí están ya entre nosotros los vencedores del 29, los reivindicadores del derecho!» «¡Armas queremos, que nuestra mayor gloria será la de combatir o morir a su lado!»

—Por esta vez, la suerte me ha sido adversa, y no quiero sacrificar inútilmente vuestros generosos impulsos ante la saña de tantos enemigos que me rodean,— contestó el héroe, poseído de profunda gratitud por tan patrióticas manifestaciones que se traducían a hechos.

Mientras se reparaban las fuerzas después de aquella marcha que siguió a tan prolongados combates. Morazán paso en la Antigua revista a sus esforzadas e invencibles columnas, y entre sus muchas y sensibles pérdidas, tuvo el dolor de contar la de los valientes Coroneles Miguel Sánchez, Esteban Cierzo, Antonio Arias, Ignacio Pérez y Eugenio Mariscal, y la de los Tenientes Coroneles Mariano del Río, Manuel Archego, José Viesa y otros jefes y oficiales distinguidos que cayeron gloriosamente en la toma y desocupación de Guatemala, que tuvo efecto del 18 al 19 de Marzo.

A las tres de la tarde del mismo 19, bajo los ardientes rayos del sol de Marzo, después de las breves horas

de descanso que se tomaron en la Antigua, Morazán, seguido de su invicta tropa, salió rumbo a El Salvador por sendas extraviadas y fragosas. Admirable fue el orden y la disciplina con que se hizo aquella marcha, salvándose el camino contra todas las dificultades y privaciones por una tropa en retirada! Parecía que en cada jornada de retroceso se abriese más y más ante la vista del héroe el abismo en el que no tardaría de precipitarse el glorioso porvenir de Centro América.

Procesión de héroes fue aquella en que al fin vencidos por la suerte regresaban al Estado, cuya existencia estaba seriamente amenazada por tantos enemigos que le rodeaban.

Por fin, después de cinco días de no interrumpida marcha, a eso de las cinco de la tarde, llegaron los morazanidas a las inmediaciones de Ahuachapán. Mas, si al través de la distancia recorrida, salieron sin contratiempo alguno, esperábales allí una nueva lucha y un nuevo lauro para coronar mejor sus grandes sacrificios. Carrera, tan luego tomó las más crueles represalias contra las indefensas víctimas que quedaran heridas en la plaza de Guatemala, mandó inmediatamente sobre El Salvador a un tal Figueroa con ochocientos hombres, para llevar allá sus venganzas. Cuando el héroe tocaba con los suyos en aquellas tierras de su amor y salvaba las alturas de Tacuba, ya la ciudad de Ahuachapán estaba en poder de los carreristas, quienes cometieron toda clase de excesos. Al saber éstos su aproximación, salieron a combatirlo con la intención de despedazarlo. Pero para castigar el desenfreno y la soberbia de los invasores, que se creían dueños de la situación, bastó adelantar al intrépido Cabañas, al mando de una centena de soldados, quien como un león desencadenado desbarató en un momento de lucha a un enemigo ocho veces superior, que huyó despavorido al Estado de su procedencia.

Tres días después de esa última refriega, Morazán ingresaba con su ejército, disminuido pero no rendido, a la capital salvadoreña.

Digno y glorioso escenario del gran protagonista de este drama nacional, fue siempre el ardoroso y palpitante suelo de El Salvador, donde como en la antigua Grecia en sus grandes trances nacionales, todas las cabezas se alzaron descubiertas y sobrecogidas de admiración al ver pasar a la esforzada y heroica legión que,

vencida por la suerte, pero no rendida por las armas, llevaba muy en alto el augusto pabellón de Centro América.

Pequeño por su territorio, pero grande, muy grande por sus proezas, el pueblo salvadoreño, orgulloso y satisfecho de tanta gloria, no se abate ante la suerte que le ha cabido, por haber amparado y haber seguido en todas sus campañas al ídolo de sus glorias, que recibía ahora entre sus brazos, no como a un vencido, sino como al gran perseguido que nuevamente se refugiaba en su benigno suelo.

Singular fue la espectación delirante de aquel pueblo heróico, cuando lleno de esa extraña emoción que producen los grandes hechos, contempló el regreso de Morazán, que llevaba sobre sí la inmensa pesadumbre que le ocasionaban todas las desgracias y desventuras de la Patria. Procesión de hombres y mujeres, niños y ancianos, lanzáronse fuera de la ciudad para ver su entrada; y, cuando estuvo en su seno, todos los habitantes agolpáronse a las calles, disputándose el paso para verle: los niños en brazos de las madres y los ancianos apoyados en sus báculos, le señalaban llenos de emoción. Hubo un extraño sacudimiento en todas las almas, cuando Morazán sobre su corcel de guerra, como si se sintiese engrandecido en la desgracia, dió la voz de mando para que sus valientes legionarios presentasen sus armas, no rendidas, ante el pueblo que estaba identificado con sus glorias. Simultáneamente todas las cabezas se descubrieron para saludar y vitorear al heróico paladín de la Democracia centroamericana y a sus soldados, que en ese momento, izaban el Pabellón Federal, como símbolo sagrado de todas sus proezas.

Mas, en tanto que la actitud del pueblo salvadoreño, comprometía una vez más la sincera gratitud del paladín centroamericano, colocándose a la altura de ese doloroso trance nacional, los Gobiernos de los demás Estados de la Federación; sumergidos ya al reinado de la barbarie, descendían a la última escala del oprobio, todos ellos festejaban como un triunfo de sus pueblos el éxito que las huestes de Carrera habían tenido sobre los últimos defensores del Derecho y la Democracia. El de Honduras, gobernado a la sazón por un tal Francisco Zelaya, émulo de Carrera o torpe enemigo del primero, tenía ya sobre las armas al país para volar en auxilio del indio de Mita, cuando supo en Comayagua la

nueva de su triunfo; mas, quedándole el pesar de no haber podido hacer uso de su espada enmohecida, conformose en expresar al indio victorioso, por medio de su Ministro Francisco Alvarado, sus más efusivas felicitaciones, insinuándole de paso: que era muy necesario para bien de Centro América perseguir hasta la muerte al invicto Morazán.

Suelto nuevamente el espíritu del mal sobre el desgarrado suelo de la Patria, apenas vióse Carrera dueño de la situación, marchó sobre la libérrima ciudad de Quezaltenango, para castigar con nuevos crímenes su espíritu democrático y su adhesión y simpatías manifiestas por el héroe. Su Municipalidad al saber el triunfo de Morazán, levantó acta de adhesión por la causa que iba a defender en aquel duelo a muerte. Carrera, ese mónstruo de iniquidad y de perversión humana, exasperado por el nuevo fracaso de sus armas en las cercanías de Ahuachapán, y enfurecido por esa nota de simpatía de un pueblo libre, fue a tomar venganza sobre él, cometiendo entre otros crímenes, el inaudito de pasar por las armas, sin forma de juicio ninguno, a todo el Cuerpo Municipal, por su levantada y patriótica actitud a favor del reivindicador de nuestras libertades y derechos.

La Antigua, Los Altos y El Salvador, he ahí las tres Secciones de la Patria que siempre fieles al héroe de Gualcho, estuvieron prontos a seguirle en su redentora cruzada por el Itsmo.

---

### XXXIII

**Morazán expone ante junta de notables salvadoreños los motivos que le impulsan a dejar el Poder y ausentarse de Centro América.—A bordo de "El Izalco" los morazánidas salen del puerto de La Libertad rumbo al Sur.—Meditaciones del gran proscrito sobre las playas colombianas.**

---

Convencido Morazán que, por sobre tanto crimen con que la reacción y la barbarie ensangrentaban el suelo de la Patria, sus enemigos, aun no saciados de venganzas, preparábanse para una nueva guerra de represalias contra el debilitado Estado de El Salvador,

no pensó ya más sino en salvarlo del desastre.

¿Y cómo lo salvaría?

Desconcertante le parecía esa nueva interrogación de su destino.

Aquel pueblo ardiente y aguerrido, mientras estuviese alentado por su presencia le acompañaría hasta el último momento de perecer con él. Pero no; eso si era glorioso para el pueblo, era lacerante y doloroso para quien le amaba también por su abnegación sin límites; por eso antes que verlo invadido y ultrajado por su causa, decidió alejarse de esas tierras de su amor depositando el mando en el Consejero José Antonio Cañas. Mas, antes de alejarse del seno de ese pueblo queridísimo, donde en cada pecho parecía guardarse culto de adoración a su destino, consideraba de su deber razonar los motivos que tenía para tomar tan trascendental resolución, que dejaba como huérfano al pueblo salvadoreño. Para este objeto reunió una Junta de Notables, ante quienes expuso los justos y patrióticos motivos que lo impulsaban a salir del país.

Bella y convincente, y en alto grado sugestiva, presentóse ante la Junta de Notables aquella marcial figura que, sin haber mancillado jamás el brillo de su espada, guardábala ya, para mostrar en su diestra el ramo del olivo que, ofrecido en esa hora de prueba, ofrendábalo por la paz y bienestar de Centro América.

—«No sería jamás la sólo exigencia del enemigo—dijo,—la que podría obligarme a dar este paso; es algo más sagrado y elevado lo que me obliga a ello: es la integridad y la salvación de Centro América; mi ausencia no sólo del Estado que me comprende, sino del todo de la Patria que se fragmenta y se desquicia, la creo necesaria y de urgente necesidad. Los enemigos de su unidad y su grandeza, tomaron primero como arma de combate la reforma de sus leyes y ahora es mi persona y mi presencia aquí en esta sección que tanto amo la que les molesta y les desvela. Ellos no descansan ni dejarán jamás de perseguirme mientras me vean al frente de los destinos de este pueblo que siempre me ha pertenecido, y ha sido fiel a mis principios; y yo, no debo corresponder nunca mal a tanta abnegación y sacrificio. Si por el firme propósito que siempre he tenido de sostener la unidad e integridad de la Patria, me he opuesto tantas veces a las miras y fines criminales de los reaccionarios, castigándolos con la derrota en tan-

tos campos de batalla; ahora que solo mi persona parece ser el blanco de sus iras, no debo permitir, no, que de nuevo se sacrifique este pueblo valiente y abnegado, empurpurando con su sangre el suelo de la Patria».

«Me alejo pues; no por cobardía, sino por el mismo sagrado deber con que el destino tiene atado el hilo de mi existencia al porvenir de Centro América. Allà en mi destierro voluntario, sabré esperar el tiempo necesario, para que los enemigos demuestren con los hechos la sinceridad de sus propósitos de reconstruir bajo mejores bases la unidad de Centro América. Yo, mientras tanto, sobre otras playas y bajo otro cielo velaré por el destino de esta Patria que llevo dentro de mi corazón, como algo que le es inseparable y que no puede finar sino con la muerte. Si mi destierro la pudiera engrandecer tal como la he soñado en mis delirios, queden en buena hora los que me persiguen al frente de sus destinos, mientras mis mortales restos descansen en extranjeras playas. Pero si mi ausencia tan deseada por tan implacables enemigos, sólo sirviese para prolongar más aun el reinado de las sombras, el martirio de los pueblos y para perpetuar la obra infcua y disolvente de los perversos; entonces, no podré, no permaneceré indiferente a esa obra de perversión y, de nuevo, volveré a tocar a estas playas de mi amor, para llevar a feliz término la nueva cruzada de redención que habrá de darnos Patria, asegurando nuestros derechos y libertades interiores, así como nuestra independencia y respeto en el exterior».

«Dejo en este y en los demás Estados innúmeros amigos que, perfectamente identificados con los ideales que sustentó, sabrán velar como yo en la ausencia, para que en la hora de llamada general, estemos todos en el puesto que el deber nos tenga señalado. Mientras tanto, os dejo la promesa de volver, o no, a este suelo queridísimo, según el bien de la Patria lo necesite: yo respetaré su voz sagrada y, con mi palabra, o dejo aquí la expresión sincera de mi eterna gratitud para este pueblo, cuyo amor me llevaré a la tumba si no vuelvo a verlo.....»

Un silencio angustioso y doloroso, en el que sólo se vió la palidez de los semblantes, sobre los cuales resvalaban lágrimas furtivas, tal fue lo que reinó en aquel sagrado recinto después de oirse la voz de Morazán, que

con acento firme, pero conmovido dijo tales cosas.

Lo que al parecer y sin mover los labios se dijeron allí en el fondo de su alma conmovida por la emoción, fue la sagrada promesa de seguirle unos, y otros, la de quedar allí luchando por la gran causa que los separaba de jefe tan querido.

A los dos días de haberse despedido Morazán del abnegado pueblo salvadoreño, el 8 de Abril, en la rada del puerto de La Libertad pasaba algo también que dejaba conmovidos y lacerados a muchos corazones.

Como si el Izalco, ese coloso de la tierra cuscatleca, no quisiese tampoco separar su nombre de aquel coloso de la guerra, cuyos primeros triunfos él también anunció con sus rugidos y señaló con la inmensa luminaria de su cráter encendido, el buque que estaba allí pronto a llevarlo sobre las ondas del Pacífico, «El Izalco» también se le nombraba.

El mar sereno a veces, y a veces encrespado, parecía entonar con sus rugidos algo así como un profundo jados! de despedida a los gloriosos morazánidas que, pronto, muy pronto, se alejarían de sus playas; y la goleta «Izalco», balanceándose inquieta sobre sus ondas, parecía también estremecerse de emoción al ir recibéndolos en su seno. Cuando todos estaban ya sobre cubierta y la Bandera de la Federación flotaba sobre el más alto de sus mástiles, dando al viento el azul y blanco de sus franjas, una multitud sensible y comprensible quedaba allí como retenida contemplando la partida y la trágica agitación de la insignia de la Patria, sobre aquella nave que parecía llevarse lo más grande y lo más ilustre de ella.

Levada el ancla, la nave fue virando y alejándose poco a poco de la playa. ¿Hacia dónde iba y qué rumbo tomaría mientras aquellos seres entristecidos quedaban allí como clavados contemplando la partida?

Ello no se supo, sino cuando mar adentro se le vió virar de fijo a la derecha.

¿Y quienes eran los patriotas que con Morazán iban a bordo de la goleta «Izalco», para principar su éxodo?

He aquí sus nombres, que la Historia conservará por siempre: Trinidad Cabañas, Gerardo Barrios, Doroteo Vasconcelos, Enrique Rivas, Isidro Méndez, Diego Vigil, José Miguel Saravia, Miguel Alvarado Castro, Carlos Salazar, Máximo Orellana, Nicolás Angulo, Pedro Molina, Felipe Molina, José Molina, Manuel Irun-

garay, Antonio Rivera Cabezas, Bernardo Rivera Cabezas, José María Silva, Máximo Cordero, Indalecio Cordero, Antonio Lazo, Agustín Guzmán, José Rosales, Mariano Quezada, Joaquín Rivera, Cirilo Salazar, Domingo Asturias, Manuel Merino, Manuel Lara, Dámaso Sousa, Rafael Padilla, Manuel Romero, Felipe Uribal y José Antonio Ruiz.

Y esa odisea dolorosa que principiada en tierra continuaba sobre las ondas del Pacífico, dignificada había sido ya por la prueba de amargura a que se vió sometida la familia de aquel Ulises nuestro.

Morazán, que por experiencia sabía ya hasta dónde podía llegar el odio de sus implacables enemigos, al salir sobre la capital de Guatemala, reconoció la conveniencia de anticipar la salida de los suyos, por si perecía en la demanda. Así fue que, cuando él tomaba rumbo a la metrópoli centroamericana a la cabeza de su ejército, su amante y dulce esposa, doña Josefa Lastarria de Morazán, con sus caros hijos a bordo de la barca francesa «Melaní», salía del mismo puerto de La Libertad rumbo al Sur, buscando un tranquilo refugio para pasar en él aquella tempestad política que conmovía a los Estados septentrionales de la Patria. Al llegar la distinguida dama a las playas de Costa Rica, desde el puerto de Calderas se dirigió al Jefe del Estado don Braulio Carrillo, pidiéndole hospitalidad; pero este Gobernante, que como los de Honduras y Nicaragua estaba identificado con Carrera y participaba de sus odios, denegó la solicitud, poniendo condiciones, que desde luego repugnaron a la dignidad de tan esclarecida dama, prosiguiendo por eso su marcha hacia las playas colombianas, que le parecieron más hospitalarias que las de su misma patria. Desembarcó, pues, en esas tierras en el puerto de Chiriquí, mientras recibía nuevas de su esposo.

Sobre las mismas aguas, llevando el mismo rumbo Morazán y los patriotas que le seguían a bordo de «El Izalco», pasaban por iguales pruebas. Detenidos en Puntarenas, solicitaron del mismo Jefe su desembarque para residir en Costa Rica. Contestóseles también negativamente, permitiendo solo el desembarque de unos pocos, quienes antes de separarse de su jefe, prefirieron seguirle al ostrasismo. La goleta «El Izalco» siguió el mismo rumbo de la «Melaní», anclando como ella en el puerto de Chiriquí, para dejar en tierra

colombiana a los ilustres proscritos, quienes fueron recibidos con marcadas muestras de cordialidad y simpatía. Unido en este puerto a su familia, Morazán quedóse allí por algunos meses.

Aquella alma deseaba estar y convivir allí frente a la grandeza del océano, para meditar sin duda bajo la amplitud de su majestuosa soledad, y descifrar por el misterio de sus grandes borrascas y sus calmas, el porvenir, el sagrado porvenir de la Patria con que soñaba.

¡Quién pudiera medir y comprender los diálogos profundos que el gran proscrito tuvo allá sobre las playas colombianas con la grandeza del océano, sobre cuyas lontananzas miraba delinearse en bellas perspectivas la comprensión geográfica de la Patria unida por su mente soñadora. Tales diálogos repetidos en las últimas horas de la tarde, ya cuando el sol se hundía hacia el Occidente, debieron tener la luminosa proyección que sobre las profundidades marinas tenían los bellos arboles dibujados con las últimas pinceladas de luz del astro que descendía!

Todo espíritu elevado y toda mente comprensiva, gusta de esas comuniones directas con Natura; y, el océano, tiene para tales espíritus voces y ecos misteriosos que sólo ellos pueden descifrar sobre su ondeante y tumultuosa superficie, que a veces cuando se alborota formando esos inmensos repliegues que se levantan ornados de blanca espuma, parecen ser hojas de un gran libro que se abre a la mente de quienes saben escrutar el porvenir. Y, aquel gran novador, legislador y patriota centroamericano, estuvo allí descifrando por muchos días, frente a esos mares el bello porvenir que en su ardiente imaginación se había forjado para esta Patria de su amor y de su encanto.

Sus nuevos proyectos de reforma sufrían todos los días un toque más de luz y, con el luminoso pincel de sus ideales, trataba de desvanecer las sombras con que los enemigos de la Federación habían obscurecido el hermoso cuadro de los Estados que, bajo la sombra de un sólo pabellón, representábale el simbolismo de su escudo con sus cinco volcanes sobre de dos mares en bonanza, iluminados por los rayos del sol levante y coronados por el gorro frigio, símbolo de nuestras sagradas libertades.

El continuo fragor de sus batallas, la atención constante de sus pueblos y gobierno, y la demanda no inte-

rrumpida que la Patria hacía de sus servicios, no le habían permitido tener esas dilataciones del pensamiento que ahora tenía a solas en comunión continua con la grandeza del océano, y por eso fue que su alma al dilatarse sobre esa inmensidad movible que lo llevaba en sueños a las playas centroamericanas, sus proyectos de reforma tenían proporciones igualadas solamente a la grandeza de su alma. Siempre que su vista se lanzaba tras la estela de una nave que recorriese el Continente americano, su proyecto, su trascendental proyecto de perforar el Istmo por el canal de Nicaragua, le obsesionaba hasta el delirio y al calor de su ardiente imaginación figurábase que pronto Centro América sería el Emporio del Mundo, donde se darían cita los dos Emisferios, para unir bajo una sólo tendencia de bienestar universal las dos civilizaciones: la de Occidente y la de Oriente, que vendrían a irradiar como un sol sin ocaso sobre el centro del Continente americano.

La obsesión de sus ideales inclinaronle a cambiar de residencia, trasladándose con su dulce esposa y caros hijos a David.

Después de meditar sobre las páginas del libro abierto de Natura en el puerto de Chiriquí, Morazán, sin perder jamás el tiempo, se dedicó en su nueva residencia de David a estudios que el tiempo y las circunstancias no le habían dado lugar. Allí profundizó sus conocimientos en ciencias políticas y sociales, especializándose de modo preferente en Derecho Público Constitucional; revisó todas las Constituciones y todas las reformas de Gobierno que regían en las diferentes Repúblicas del Sur. A base de estos estudios y por la comparación que hacía con los resultados que daba su aplicación en esas naciones, cuya legislación estudiaba, sus ideas sobre las dos formas de Gobierno Republicano se rectificaron en sentido de que, convenía más a Centro América la forma Universitaria, que la Federal.

Como entre de la prensa que le llegaba, y especialmente de Centro América, no faltaban los ataques de sus enemigos, Morazán, que esgrimía también la pluma como la espada, se decidió a contestarles.

## XXXIV

Desde su asilo de David, Morazán dirige su célebre Manifiesto a los centroamericanos.

Hay sitios, como hay tiempos y hechos que no podrán olvidarse jamás. Uno de estos sitios inolvidables que bordean las costas colombianas es aquel en el cual se erguía la arboleda que daba frente a la casa que habitaba Morazán en David.

Siendo aquel clima muy ardiente, allí bajo la fresca sombra de sus árboles se entregaba el ilustre proscrito a la meditación y a la lectura; y fue bajo esa sombra protectora donde redactó a su hijo Francisco y al Coronel Cruz Lozano sus magníficas memorias y el manifiesto que dirigió a los centroamericanos.

Esa pieza política y literaria reúne a la belleza y a la energía de su estilo, una rara entonación en la que, a la vez que aterró al enemigo, iluminó también los campos de la Historia patria, con sus oportunas y demolidoras citas, tal así como lo hiciera Demóstenes en sus Filípicas, Montalvo en sus Catilinarias y Hugo en sus Castigos. Su prosa, que acusa y estigmatiza a los perversos, seméjase por su concisión sentenciosa a los apóstrofes de este último, cuando se dirigía a Napoleón el Pequeño desde su glorioso destierro. Para su debida apreciación deberíamos darlo íntegro; pero habiendo el proyecto de publicarlo por aparte con otras producciones de la época, dámoslo hoy fragmentado y seguido de nuestras apreciaciones.

Hay en el encabezamiento de sus apóstrofes aquel pensamiento de Montesquieu, que sintetizaba la situación en que se encontraba Centro América, y que dice: «*Cuando los traidores de la Patria ejercen los primeros destinos, el Gobierno es opresor*». Y luego los increpa así:

«Hombres que habéis abusado de los derechos más sagrados del pueblo por un sórdido y mezquino interés! con vosotros hablo, enemigos de la independencia y de la libertad. Si vuestros hechos para procuraros una Patria, pueden sufrir paralelo con los de aquellos centro-americanos que perseguís o habéis expatriado, yo a

su nombre os provocho a presentarlos. Ese mismo pueblo que habéis humillado, insultado, envilecido y traicionado tantas veces, que os hace hoy los árbitros de sus destinos y nos proscribo por vuestros consejos, ese pueblo será nuestro Juez».

«Si la lucha que os propongo es desigual, todas las ventajas de ella están de vuestra parte.»

Para demostrar la verdad de esa afirmación, su sólida argumentación reducíala a estos puntos:

«Tenéis en vuestro apoyo: que os habéis colocado en el Poder, y nosotros nos encontramos en la desgracia; que podéis hacer uso de vuestra autoridad para procurarme acusadores, y que nosotros no encontramos tal vez ni un testigo; que nuestra voluntaria retirada de los negocios públicos era con un objeto más noble que el que ha podido caber jamás en vuestros corazones, la habéis interpretado como fuga; que vosotros, que no os atrevisteis nunca a vernos cara a cara, nos insultáis atrocemente en vuestra imprenta; y, añadiendo el escarnio a la venganza, habéis tomado la mano misma que os ha envilecido, para trazar los caracteres de un nombre funesto que no podremos pronunciar sin oprobio.....»

Luego vienen sus citas históricas en las que, alterando el procedimiento de perseguidores y perseguidos, escribe ese terrible paralelo entre el partido servil ultramontano y el partido liberal democrático, donde el contraste es tan pronunciado que, al leerlo, hace la impresión del que pasa de la luz a las tinieblas, o de la agitación de la vida a la inmovilidad de las tumbas.

«No es vuestra Patria,—dice.—Porque en 1812, que por primera vez se ventilaban los derechos americanos, vosotros hacíais de injustos jueces, de viles denunciantes y de falsos testigos contra los amigos de la independencia del Gobierno absoluto».

«Es nuestra Patria.—Porque en la misma época nosotros la procurábamos difundiendo ideas de libertad y de independencia en el pueblo, sin que vuestras amenazas nos arredrasen ni nos intimidase la muerte, ya sea que se nos presentase en la copa de Sócrates, que la encontrásemos al cabo del dogal que quitó la vida al Empecinado, o que se pronunciase en vuestros infués tribunales».

«No es vuestra Patria.—Porque cuando triunfaron

los ideales de la libertad en la metrópoli; cuando los patriotas españoles quitaron algunos esclavones a la pesada cadena de nuestra esclavitud, revelándonos de este modo lo que éramos y lo que podíamos ser, vosotros conspirásteis contra el Gobierno Constitucional que se estableciera en toda la monarquía. Como enemigos de las luces cooperásteis con aquellos que pretendieron entonces independizarse del Gobierno de las Cortes y trasladar a la América el Gobierno absoluto de los borbones».

«Es nuestra Patria.—Porque al mismo tiempo hacíamos resonar el grito de independencia en todo el Reino de Guatemala. Todo aquel que tenía un corazón americano se sintió entonces electrizado con el sagrado fuego de la libertad».

«No es vuestra Patria.—Porque en 1821 acreditásteis con un hecho que es a los ojos del Mundo un grave crimen, vuestro tardío arrepentimiento por haber cometido otro crimen que no es menos grave a los nuestros: los remordimientos de vuestra conciencia por haber cooperado a la independencia de un pueblo indócil, que convirtió en su provecho lo que era destinado al vuestro; quisísteis aquietarlo sacrificando a un gran conspirador los derechos de este mismo pueblo; y en lugar de un viejo Monarca nos disteis un nuevo usurpador; en lugar de la tiranía de los borbones, nos disteis el escándalo de un Emperador de farsa, más opresor, porque era más inepto, y su opresión mil veces más sensible, porque la ejercía sin título, sin tino, con sus iguales y por la vez primera».

«Es nuestra Patria.—Porque, cuando vosotros al lado del General mexicano don Vicente Filísola, hicísteis los mejores esfuerzos por conservar la dominación del Emperador Iturbide en los pueblos que habíais subyugado por la intriga, aunque sin éxito, nosotros procuramos evitarlo. Cuando muchos de vosotros a la retaguardia de aquel General érais testigos de los últimos esfuerzos del heróico pueblo salvadoreño, que mal defendido y cobardemente abandonado por su Jefe en el momento del peligro, (\*) sucumbió noblemente y con

---

(\*) El General Arce, que mandaba a los salvadoreños, los abandonó por enfermo, en los momentos en que Filísola iba a atacar la plaza, y, sin embargo, su salud le permitió huir a los Estados Unidos.—N. de M.

más gloria que la que pudo haber a sus vencedores; nosotros por ese tiempo en el propio teatro de la guerra, en Guatemala, Honduras y Nicaragua, corríamos la suerte de los vencidos por la identidad de nuestras opiniones».

El pueblo salvadoreño sin armas y abandonado a su propia suerte, hizo impotente la nueva intriga que se formara en su seno con innobles miras. Defendió por largo tiempo la más hermosa de todas las causas, adquiriendo por digna recompensa de sus grandes hechos, la inmarcesible gloria de dar al mundo el grandioso espectáculo de un pueblo libre que se regenera, obteniendo en su propia derrota la reivindicación de los mismos derechos que se lo ocasionara; en tanto que sus injustos agresores pierden todas las ventajas que les diera su malhadado triunfo.

«Por un distinguido favor de la Providencia, los últimos cañonazos que quitaron la vida a los mejores hijos de El Salvador y completaron en el Reino de Guatemala la dominación de Iturbide, eran, contestados por los que se disparaban en México, para celebrar la completa destrucción de un Imperio que sólo apareció al Mundo para oprobio de sus autores. Y, por justo resultado de estos hechos, el Reino de Guatemala, libre del dominio del Emperador Iturbide, en donde había creado vuestra nueva Patria, se formó la nuestra, bajo un sistema democrático, con el nombre de República Federal de Centro-América.....»

Después de ese paralelo en el que de modo magistral hace resaltar Morazán la luz y la sombra de las páginas de nuestra Historia, continúa con el registro de los siguientes hechos que, como candente hierro marca con ellos la envilecida frente de sus contrarios.

«Volvamos al asunto,—dice.—Después de la caída de Iturbide, ¿cuál ha sido la conducta que habéis observado?—Yo os lo recordaré.

«Vuestra debilidad os hizo firmar la Constitución Federal de 1824, y combatirla vuestra perfidia en 1826, 27 y 28».

«Con este interés disteis vuestros sufragios de Presidente al Señor Arce; y este mismo interés os hizo despojarlo cuando ya había llenado en parte vuestras miras, porque le fuera adversa la suerte en el momento mismo de exterminar a vuestros enemigos».

«Vuestra razón de Estado llevó segunda vez la gue-

rra a muerte a los pueblos de El Salvador, que perpetúan vuestros Jefes por interés».

«Vuestra venganza iluminó por mucho tiempo las oscuras noches de estío con el incendio de poblaciones indefensas, para que la rapaz y mezquina codicia de vuestros militares, que se ejercitaba a media noche, encontrase alumbrado el camino por donde se condujera a vuestros campos los miserables despojos que habían librado de las llamas. Esta devastación, esta ruina que solo había terminado en la dominación a que aspirabais y que se os escapara de las manos por la imbecilidad y cobardía de vuestros guerreros, desapareció con los triunfos de Gualcho, Mexicanos y Guatemala: y los liberales vencedores acreditaron con la completa realización de la República, que eran dignos de regir los destinos de un pueblo libre».

Vuestra venganza jamás satisfecha, y vuestros deseos de dominar, nunca extinguidos, trajeron otra vez la guerra a la República, para dar un nuevo testimonio al Mundo de vuestras miras, y a los centro-americanos una prueba de todo lo que debieran esperar y temer de sus enemigos».

«El Coronel Domínguez, que defendiera vuestra causa con tanto empeño en 1828, invadió los puertos del Norte en 1831, se introdujo con fuerzas al Estado de Honduras, para presenciar sus derrotas, y encontró por último la muerte en la ciudad de Comayagua».

«El ex-Presidente Arce, que apareció por el mismo tiempo por Escuintla de Soconusco con tropas mexicanas que habían destruido la independencia nacional, fue completamente batido por el valiente General Raoul. No pudiendo aquel desgraciado jefe imitar a Moreau, que murió combatiendo contra su país natal con un valor que atenuara su crimen, ni a Coriolano, que obligado a retirarse de las puertas de Roma por las súplicas de la que lo llevara en su vientre, acreditó que no le faltaban virtudes, siguió el ejemplo de tantos griegos que se reunieron a los enemigos de su Patria, para combatirla, y sufrir como ellos, el digno castigo de su propia derrota».

«Esta injusta guerra terminó con la ocupación del castillo de San Fernando de Omoa, en donde el malvado Guzmán, que combatiera en vuestras filas como soldado en 1828, enarboló la bandera española. Después de una lucha obstinada de cinco meses que diezmara a

nuestro ejército y de la epidemia que lo quintara, fue abatida esa señal oprobiosa de nuestra antigua esclavitud por el otro valiente y sufrido General Guzmán, que hizo rendir la fortaleza. Y para dar al mundo un testimonio de los extremos opuestos a que pueden conducir nuestras opiniones y las vuestras, en el mismo campo donde está colocada la cabeza de un traidor, hijo de la República y de vuestro partido, que elevara sobre los muros del castillo el símbolo de nuestra opresión, existen los sepulcros de mil centro-americanos».

«Esta guerra tan fecunda en hechos que ilustran el Gobierno Nacional, no fue menos abundante en sucesos que justificaron más y más la causa de los liberales vencedores, arrojó, sin embargo, elementos funestos de discordia. A estos se unió el descontento que naturalmente debió producir una administración de diez años, continuamente contrariada por los hábitos que dejara el Gobierno absoluto, cuyos resortes tocásteis con oportunidad para preparar la revolución de 1840».

«Vosotros, apoyados en el fanatismo religioso, destruisteis en el Estado de Guatemala las obras que los demócratas consagraron a la libertad, en tanto que los bárbaros las hollaron con su inmunda planta».

«La profesión de los derechos del pueblo, la ley de la libertad de imprenta, la que suprimió las comunidades religiosas, la que creara la Academia de Ciencias, en que se enseñaban los principales ramos del saber humano, repuesta por vosotros con la antigua Universidad de San Carlos, la de *Habeas Corpus*, los códigos de prueba, de procedimientos y de juicios, obra del inmortal Livingston, adoptados con el mejor éxito, y tantas otras, fueron al momento derogadas por vosotros; y el vacío que dejaron estos monumentos del patriotismo lo llenásteis con nombres odiosos que recordarán al pueblo su antigua esclavitud y sus tiranos».

«En los Estados de Nicaragua y Honduras, los justos deseos de reforma no satisfechos con los que hiciera el Congreso en 1831 y 1835, fueron de nuevo citados por los folletos que escribió el ex-Marqués de Aycinena. En ellos pretendía éste probar que no estábamos bien constituidos, porque los Estados como en Norte América, no fueron antes que la Nación, y porque la Constitución Federal es más central que la de aquella República. Propositiones en su origen insidiosas, risibles

en su aplicación y que han merecido el desprecio de los hombres sensatos.....»

.....»  
 A las elocuentes refutaciones, a los libelos infamantes de sus enemigos, llenos de tantas imposturas y calumnias, sigue aquella su célebre y formidable sentencia con que derribó para siempre de la cabeza del ex-Marqués de Aycinena la corona con que pretendía ejercer derechos de nobleza en estas tierras de la democracia, y que dice así: *«Ni el oro del Guayaque, ni las perlas del Golfo de Nicoya, volverán a adornar la corona del ex-Marqués de Aycinena; ni el pueblo centro-americano verá más esta señal oprobiosa de su antigua esclavitud; pero si alguna vez brillase en su frente este símbolo de la aristocracia, será el blanco de los tiros del soldado republicano».*

Después, siguiendo por el campo de sus exploraciones históricas, remueve con valor el fieno donde aparecen como una nidada de escorpiones los negros e inauditos crímenes del indio feroz de la montaña.

«Y para que nada faltase,—dice,—de ignominioso y funesto a la revolución que habéis últimamente promovido, apareció en la escena el salvaje Carrera, llevando en su pecho las insignias del fanatismo, en sus labios la destrucción de los principales liberales, y en sus manos el puñal que asesinara a todos aquellos que no habían sido abortados como él, de las cavernas de Mataquescuintla. Este mónstruo debió desaparecer con el cólera morbus asiático que lo produjo. Al lado de un fraile y de un clérigo (Lobo y Aqueche) se presentó por primera vez revolucionando contra el Gobierno de Guatemala; como envenenador de los ríos que aquellos conjuraban, para evitar, decían, el castigo de la peste. Y contra este mismo Gobierno fue el apoyo de los que en su exasperación le dieron parte en la ocupación de la ciudad de Guatemala. Fue su peor enemigo cuando estos quisieron poner término a sus demasías y bandalismo, y su más encarnizado perseguidor y asesino cuando el salvaje se uniera con vosotros».

«Es necesario que no se ignore la conducta de este insigne malvado, que ha excedido con sus crímenes a todos los tiranos sin conocerlos. Su vida forma una cadena no interrumpida de delitos, acompañados de circunstancias horrendas».

«El fusilamiento de varios jueces de circuito, en cuyo

número se encuentra el ciudadano Zapata, que ejercía sus funciones en Jalpatagua».

«Como en todos los pueblos, lo primero que hizo Carrera fue incendiar en la plaza la ley que establecía el juicio por jurados, y los códigos, que eran el espanto de los malvados, porque se habían sentenciado en pocos días, con arreglo a ellos, reos de muchos años».

«En seguida hizo colocar al juez Zapata en el lugar destinado al suplicio, a tiempo que pasaban de camino, para una ciudad de El Salvador, las señoritas Juana y Guadalupe Delgado. Juzgando sin duda el malvado asesino que todos tenían un corazón que se complacía como el suyo con la muerte de la inocente víctima, las obligó a presenciar la ejecución, a pesar de sus súplicas y lágrimas para evitarlo, y de sus esfuerzos para separarse de aquella escena de horror».

«El rapto, entre tantos raptos, de una joven doncella que vivía con sus padres en la hacienda de la Laguna de Atescatempa, fue acompañado de circunstancias que no deben ignorarse. Para ocultar el malvado sus perfidias a la que era objeto de sus torpes deseos, recurrió a otro crimen, que pudo producir peores consecuencias por el gran compromiso en que puso a su Gobierno.....»

«La muerte del Diputado Cayetano Cerda, que lo obligara Carrera a cenar a su mesa en señal de amistad y lo mandara a asesinar en seguida por el mismo centinela que lo guardaba».

«La muerte que dió con su propia lanza a un elector de Cuajiniquilapa, que se negó a prestarle su voto».

«El asesinato de todos los heridos del 19 de Marzo en la plaza de Guatemala, ocupada a la bayoneta, y evacuada después, rompiendo la línea enemiga, por falta de municiones, y por no haber encontrado los auxilios que ofrecieron los liberales. Asesinato tanto más criminal cuanto que se habían tratado con las debidas consideraciones al oficial Montúfar y soldados que se tomaron prisioneros en la acción, y respetado al Padre Obispo y Canónigos que se encontraron en catedral confundidos con los soldados enemigos».

«La muerte que dió a cuarenta de los más distinguidos ciudadanos de Quezaltenango, entre cuyo número se encontraban las autoridades municipales, después de haber rescatado a muchos de ellos la vida con grandes

sumas de dinero, que Carrera recibió, son los menores delitos que ha cometido este malvado».

«A este mónstruo estaba reservada la invención diabólica de acompañar con su propia guitarra los movimientos del señor Lavagnino, a quien obligaba a danzar, y los últimos ayes de las cuarenta víctimas que asesinó el 2 de Abril en la misma plaza de Quezaltenango, para acostumar así los oídos del pueblo y prepararlo a nuevas matanzas».

«A este mónstruo estaba reservado el acto de mayor inmoralidad y perfidia que se ejecutó en la propia ciudad de Quezaltenango. Habiendo prevenido al pueblo que se presentase en la plaza a una hora señalada, bajo la pena de muerte, cuando se encontraba ya reunido, mandó saquear a su tropa toda la ciudad, que contenía 25,000 habitantes».

«A este mónstruo estaba también reservado enterrar a los vivos, como lo ejecutó con un vecino respetable del pueblo de Salamà, porque le faltaban \$1.000 pesos en que había valorado su vida. A pesar de que su familia le presentó alhajas en doble valor, lo introdujo sin embargo, en la sepultura que le había obligado a cavar, y lo cubrió de tierra hasta la garganta, dándole después grandes golpes en la cabeza, que le produjeron la muerte; lo abandonó a su inocente familia, que en su desolación derramaba lágrimas sobre el cadáver, cargando en seguida el bandido con el vil precio de su infame asesinato».

A este mónstruo estaba reservado.....Pero, ¿cuál es el delito que no ha podido perpetrar ese malvado? Existe uno, ¡quién lo creyera! que sólo estaba reservado a vosotros: dar a Carrera en premio de tanto crimen el poder absoluto que hoy ejerce en Guatemala por vuestros votos».

Y como coronación de esa serie de acusaciones que se suceden implacables, terminan sus apóstrofes con el siguiente párrafo, en el que después de apelar a la conciencia del pueblo centroamericano, para que él decida como Supremo Juez de que parte estaba la justicia, predice al enemigo la suerte de paria que el destino le tiene reservado: «Que nuestros conciudadanos que han presenciado todos estos hechos, desde las prisiones de Belén en 1812, hasta las matanzas de Carrera en Quezaltenango en 1840, juzguen y decidan ahora si tenéis algún título para llamaros centro-americanos, y cuáles

son los nuestros. Y si, como esperamos, la justicia decide en nuestro favor, si los pueblos patriotas de que se componen los Estados de Nicaragua, Honduras, El Salvador, Los Altos y parte del de Guatemala, han descubierto ya vuestras pérfidas miras, preparaos no sólo a abandonar la República, sino a andar errantes como los hijos de Judea, tras la Patria de los tiranos que buscaréis en vano. Si, en vano, porque la libertad que habéis combatido tantas veces, derramando la sangre de sus mejores defensores, ha recobrado el imperio del orbe, que por un don del cielo ejercía en los primeros tiempos. Los pueblos de ambos mundos profesan ya sus cultos; los Gobiernos del nuevo son obras suyas, y los del antiguo caen y se precipitan a su vez, para no reaparecer jamás sobre la tierra.—David, 16 de Julio de 1842.—*F. MORAZÁN*.

## XXXV

*Morazán recibe honrosas proposiciones del Mariscal Gamarra, las que declina en aras del único ideal por el cual se le sacrifica.—Su retorno a la Patria y su brillante exposición dirigida a los Gobiernos de Centro América.*

Uno de los conflictos más complicados del Sur, como fue la prolongada lucha del Perú, Bolivia y Chile, vino a tener cierta relación con la vida de nuestro héroe, que lo encontró en una de sus facetas en aquellas playas en 1841, cuando el Mariscal Gamarra, como Presidente del Perú llevaba sus armas sobre Bolivia. El célebre Mariscal en la acción de Ayacucho, antes de partir a campaña, viendo cerca a las costas del Perú el brillo de esa espada que le cautiva, dirigióse a Morazán, ofreciéndole el mando de un ejército de 500 hombres para combatir a Santa Cruz, o el Ministerio de la Guerra.

Honrosa proposición fue esa que, viniendo de aquella alta autoridad militar evidenciada, fuera de Centro América, todo el prestigio de que gozaba el gran estratega centroamericano.

Una nueva lucha moral puso a prueba por otra vez la firmeza del ideal que embargaba el alma de nuestro insigne Capitán: la gloria en otra forma, como una mujer apasionada del amado de su alma, bajo otros

cielos y sobre otras tierras, presentábasele atrayente y sugestiva para, depositar sobre su frente, un nuevo y más ardiente beso. Los amores reprimidos de su espada, despiértanse y se exaltan ante la bella imagen de la gloria que lo llama fuera de su suelo; pero ¡ay! su amada y querida, la Libertad, que escarnecida en su propia tierra se le persigue y se le condena, proscribiéndola de su suelo, retiénelo con tan terrible poder hacia este lado que, no es posible hacer mover sus pasos más allá de su retiro de David.

Morazán contesta, pues, al renombrado Mariscal Gamarra: que, al no estar pendiente su vida de la triste situación de Centro América, cuya reorganización le embargaba, gustoso correría para caer abrazado a la muerte sobre cualquier campo que se le señalase en aquella lucha. Pudo él como Garibaldi, en la República del Plata, recoger sobre otros campos de victoria nuevos lauros más para sus sienes; pero sin tener tan lejos como el unificador de Italia, las costas de su Patria, reteníanle allí en su cercano retiro las dolorosas y alarmantes noticias que de ella le llegaban por la prensa y por correos especiales, que le traían también los llamados insistentes de sus compatriotas perseguidos.

La situación de Costa Rica, Honduras y Guatemala, era terrible. Para volar en su socorro en el momento más preciso y ver realizados sus ideales de unificar sólidamente a Centro América bajo la forma unitaria, había obtenido también del Mariscal Gamarra muy nobles y alagadoras promesas de auxilio, tan luego como terminase su campaña. Pero su ilustre admirador, que se había empeñado en protegerle, sucumbe en la sangrienta batalla de Ingaví, sufriendo su más preciada esperanza, un nuevo golpe con esa muerte tan sensible.

Después de ese doloroso golpe a sus proyectos, Morazán deja las hospitalarias playas colombianas y dirigiendo su barca de proscrito hacia el Perú, fijó su residencia en Lima, a donde le siguieron el General Saravia, el Coronel Cruz Lozano y otros compañeros de ostracismo.

Aquel ambiente de renovadas simpatías satura de cierto bienestar la vida de tan ilustres proscritos, en donde la amistad generosa y reconfortante del nuevo Presidente del Perú, le fue brindada a Morazán, la que

con la de los prestigiados Generales Echanic y Bermúdez, señores Escalante y de otros preclaros ciudadanos influyentes en la República, al par que hacen grato su nuevo asilo, ofrécenle generosamente su valiosa ayuda.

En tanto que permanecía en la capital del Perú, Morazán continuaba recibiendo de sus partidarios y amigos repetidas excitativas, en las que se le llamaba con insistencia para que pusiese término a su voluntario destierro, volando en socorro de la nacionalidad centroamericana, que sucumbía. Los patriotas de Costa Rica le hacían ver los despóticos procedimientos del dictador Carrillo; los de Guatemala, infinitos crímenes cometidos por Carrera, y los de Honduras, Nicaragua y El Salvador, le patentizaban la triste situación en que habían caído después de su ausencia del país. «Por Dios y por la Patria, véngase inmediatamente,—decíale en carta uno de sus innúmeros partidarios—porque Ud. es el único llamado a redimir a estos pueblos y a poner dique a todas las vejaciones y tormentos de que son víctimas todos sus amigos y partidarios por parte de Carrera, Ferrera y Carrillo».

No obstante esas continuas excitativas, en las que sus amigos tocaban las fibras más delicadas de su corazón, aún no creía oportuno su regreso, porque figurábase ver en esas manifestaciones, más que todo, el cariño de sus amigos y no la voz imperiosa de la Patria que, con toda la sinceridad de su alma, había tratado de salvarla con su ausencia. Quería aún dar tiempo a sus enemigos para que se convenciesen de su noble actitud de espectación, con lo cual esperaba que, aplacando sus instintos criminales en el seno de la paz que disfrutaba, dieran al fin los pasos necesarios para llevar al terreno de la práctica sus decantadas reformas; mas, en vez de esa grata nueva, que él hubiera celebrado con júbilo desde su destierro, fue a sorprenderle la alarmante noticia de que la integridad y soberanía de Centro América había sido violada una vez más por el leopardo inglés, que tenía clavadas sus garras sobre las fértiles comarcas de San Juan del Norte.

La confirmación de tan lamentable suceso, llegó por la proclama que el supremo Director de Nicaragua había lanzado a los pueblos de Centro América, llamándolos a la defensa de la integridad de su territorio. Tal proclama llegó a manos de Morazán, en los momentos

que de Lima se dirigía para Chile.

¿Creyó ver Morazán en esa proclama la imperiosa demanda que dejó determinada al despedirse del pueblo salvadoreño en el seno de la Junta de Notables, cuando prometió volver a la Patria solamente en el caso de que su sagrada e imperiosa voz se lo exigiese.

Si; su convicción patriótica, parecía gritarle que, la hora del retorno y de la lucha había ya llegado; y, esa convicción viola reforzada aún más, con la comunicación directa que recibió del Ministro de Relaciones de Nicaragua. En esa comunicación urgente se le encarecía viniese a prestar su valioso apoyo poniendo el peso de su espada para reivindicar los derechos ultrajados de Centro América. Convencido de que era la voz sagrada de la Patria quien demandaba sus servicios, Morazán aprontó su expedición, tan esperada y, con sus propios recursos y con los que noblemente le proporcionaron los Generales Echenic y Bermúdez y otros ilustres americanos, compró el bergantín «Cruzador» y demás elementos bélicos para fletarlo en pie de guerra.

Por otra vez las aguas del Pacífico recibieron en su ancho seno la nueva barca del gran proscrito, que retornaba a las playas de su Patria, con el noble y salvador propósito de luchar por sus caras libertades y la reintegración de su territorio, volviéndola luego a su unidad perdida. El «Cruzador», que bogaba así, bajo ese destino que lo guía a las playas centroamericanas, amengua un tanto su precipitada marcha: vuelve su proa hacia Guayaquil y detiéndose allí, donde desembarca para aumentar las provisiones. La casualidad hizo estrechar a su jefe en ese puerto la mano del General Flores, entonces Presidente del Ecuador, quien no ignorando sus grandes dotes militares, le colmó de atenciones, que viniendo de una espada para otra espada, parecían afirmar más su acerado temple.

Vuelve nuestro laureado capitán, al seno de su nave armada en guerra, la que prosiguiendo el rumbo que traía, vésele perder de aquellos marinos horizontes.

¿Hacia dónde y cuál sería el término de la marcha del «Cruzador», que bogaba ya sobre aguas de Centro América, sin determinar su rumbo ni penetrar a ninguno de los puertos de Costa Rica, Nicaragua y Honduras?

Ha pasado ya la punta del Cosigüina y, parece querer evitar la entrada al bello Golfo de Fonseca, porque

sin doblar la punta, sigue y sigue bogando hasta dejar atrás el cono del Conchagua, de donde al fin, con una falsa maniobra, vuelve la proa hacia atrás y se dirige precavido hacia la encantadora Bahía de la Unión, fondeando sin novedad alguna en su apacible seno.

Era de Nicaragua de donde se le había llamado oficialmente; pero deseando sentir en el propio corazón de la Patria todas las palpitaciones sobre aquel trascendental suceso que hería por igual los sentimientos de todos sus buenos hijos, prefirió arribar primero al puerto de La Unión, que por su posición intermedia, se prestaba mejor que ningún otro lugar de la República, para oír la voz de todos sus pueblos, apreciar la situación de los Estados y sondear a la vez, la opinión de sus gobiernos respecto a su retorno; y, sobre todo, tener allí pleno conocimiento del problema de Nicaragua, pues no quería obrar precipitadamente sin antes conocer el terreno que tocaba, sabiendo, como sabía, la política de compromisos que ligaba a todos ellos.

La ausencia del Coronel Aguado del puerto de La Unión, del que era Comandante, hizo que el desembarque de Morazán en el suelo salvadoreño se verificase sin accidente alguno, llegando éste tranquilamente a la ciudad seguido apenas por sus oficiales, mientras todos los demás expedicionarios que venían con él del Sur, quedaban a bordo.

Cuando Aguado regresó del interior, ignorando el desembarque del héroe, le sorprendió la noticia hasta que estuvo en las primeras casas de la ciudad, pues los sanos y elevados propósitos de éste, no daban lugar para ninguna alarma y, aquél no teniendo nada que temer de quien sólo venía movido por los grandes intereses nacionales, se presentó a él, como uno de tantos subordinados a su gloria.

La franca adhesión de la primera autoridad del puerto, afirmó más la confianza de Morazán y, en medio de aquella atmósfera de libertad y de simpatía a su nombre esclarecido, decidió quedarse allí algunos días. Pero para no comprometer al Coronel Aguado ni a sus amigos y admiradores que de todas partes llegaban a saludarle, poniéndose a sus órdenes, devolvióse al seno de su nave.

Y, allí, sobre el mágico espejismo del bello Golfo de Fonseca, a bordo del «Cruzador», Morazán se dirige a los Gobiernos de Centro América, no sólo para exponer

los patrióticos móviles que lo traen sino para saber de ellos la manera en que sus servicios y valioso contingente pueden ser empleados en la campaña nacionalista, insinuándoles de paso, la forma que a su juicio debía tratarse primero, de tan delicado asunto. En la razonada exposición que dirigió al Gobierno de El Salvador, se expresaba así: «Ese sentimiento inextinguible, el amor a la Patria, avivado por la prohibición de volver a ella, me hizo olvidar muy pronto mis sufrimientos pasados y prescindir de toda ingerencia en su futura muerte».

«Si alguna vez los papeles públicos me instrúan de que mi voluntaria separación de la República en nada había cambiado su suerte, temí que las buenas intenciones que para mejorarla a ella, si bien pudieran servir para justificarme con las personas que conocían mis opiniones y designios, no bastarían a desmentir las inculpaciones que me dirijiesen por otros que las ignorasen, si el éxito no correspondía a mis deseos; y me contentaba por ésto con hacer votos por su prosperidad. Sacrificaba gustoso a este sentimiento el derecho que la naturaleza y las leyes nacionales me dan para intervenir en la organización de mi Patria, porque me alimentaba la idea de que los nuevos Directores de la cosa pública, más afortunados que sus predecesores, podrían establecer un gobierno de leyes que hiciese la felicidad de los centroamericanos».

«Ni los males que éstos padecían, ni las persecuciones de mis amigos, ni las excitaciones continuas de los que eran perseguidos en el interior de la República, habían podido variar la conducta neutral que observamos en 22 meses de mi espontáneo destierro. Esa conducta habría sido invariable para mí, si un suceso tan inesperado como sensible no me hubiese hecho mudar de resolución, en fuerza de los nuevos deberes que me lo prescribían de ese sentimiento nacional, irresistible por aquellos que tienen un corazón para la Patria».

«Desde que llegó a mi noticia, que la República estaba amenazada por un pueblo bárbaro, yo no podía mostrarme indiferente, sin participar de la humillación nacional. Y, cuando estas noticias fueron confirmadas por la proclama que con fecha 22 del próximo Agosto, expidió el Supremo Director de Nicaragua, y con el oficio de su Ministro de 4 de Octubre último que recibí en Lima, en los momentos de embarcarme con dirección a

Chile, me decidí a unir mi suerte con la de sus defensores».

«Fue tan grande la impresión que en mí hizo la lectura de este documento en que se llama a los centroamericanos a tomar las armas para defender la integridad de su territorio, como el atentado que había obligado a dictarlo».

«La energía y decisión con que se hablaba en ellos al pueblo nicaragüense, excitó de tal modo el amor patrio de los centroamericanos que se hallaban conmigo, que borró en ellas hasta la más pequeña idea que les recordase los motivos por qué nos encontrábamos a tanta distancia del suelo que nos proponíamos defender. Desde entonces ya sólo vimos en él amigos decididos a unir su suerte con la nuestra para salvar el honor nacional. Ningún centroamericano dejó de participar de este deseo, y puedo asegurar en favor suyo, que, su actividad y decisión han contribuido a proporcionarme el honor que hoy tengo de ofrecer al Supremo Gobierno de este Estado, un buque armado con las municiones de guerra que se encuentran a bordo, así como nuestros pequeños servicios en concepto de soldados voluntarios».

«Señálesenos el lugar que debemos ocupar y el Jefe a quien obedecer, la manera en que cumplamos las órdenes de los Gobiernos de los Estados, será la mejor garantía de las sanas intenciones, si con el honor puede conciliarse el sacrificio que se nos exija».

«La ocupación de una parte de la Costa Norte por un pueblo extraño como el de los moscos, no podrá verse nunca con indiferencia, porque equivale a perder para siempre un terreno que será con el tiempo a la República de grande utilidad, y porque la tolerancia de un hecho de tanta magnitud, prepararía otra de igual naturaleza y de mayor trascendencia para lo sucesivo; pero la ocupación de San Juan del Norte, ejecutada por este mismo pueblo, es un golpe de muerte para la República, porque a mi modo de ver, está cifrada su existencia nacional, la consolidación de un Gobierno y su bienestar y grandeza, en la apertura del gran Canal interoceánico por el propio puerto de San Juan».

«Con iguales motivos a los que han servido para usurpar este puerto, podrán más tarde ocuparse las Capitales de los Estados, porque la codicia no conoce límites cuando encuentra un débil pretexto en que fun-

dar sus pretensiones y un apoyo en la arbitrariedad de un Gobierno poderoso».

«Si consultamos la historia, veremos en ella, que el derecho de las grandes naciones se ha fundado en algún tiempo en causas de tal naturaleza, que sólo habría excitado la burla y el desprecio, si no hubiesen sido sostenidos con las armas, y este abuso puesto para los pueblos débiles, y que la ambición ha sancionado tantas veces, y legitimado el derecho del más fuerte, se ha repetido por desgracia en nuestros días».

«Si más de tres siglos de posesión nunca interrumpida no nos han dado un derecho al puerto de San Juan, ¿cuál es el en que fundan el suyo tantas naciones, que por los mismos medios han adquirido los inmensos territorios que hoy poseen? La nación que nos niegue la legalidad de nuestros títulos a aquel puerto, ha roto los suyos; títulos que le recuerdan su antigua pequeñez y miseria, y que son hoy la única base de su poder y el origen de su prosperidad y grandeza».

«Lejos de mi la idea de que se obre militarmente antes de haber dado todos los pasos que las leyes exigen y prescribe la prudencia para pedir que se nos haga justicia. Las armas son medios usados por los que carecen de razón, y la que tienen los centroamericanos en la cuestión presente, no puede admitir duda ni por aquellos que se han posesionado impunemente de una parte de nuestro territorio».

«Si me es lícito expresar mis opiniones, no para que las adopte el Supremo Gobierno, sino para que vea en ellas los sentimientos que me animan, me permitiré el consignarlas, solamente al terminar esta exposición. Sería de desear»:

«Que se nombrase un Ministro: que procurase arreglar la cuestión sobre territorio, de una manera amistosa y digna de la nación que va a representar».

«Que se ponga entre tanto en estado de defensa a la República».

«Que se satisfagan los justos reclamos que por indemnización y empréstito exigen los extranjeros, señalando a este fin, los productos líquidos de la alcabala marítima».

«Este acto de justicia revelará a las naciones extranjeras la existencia de un gobierno que quiere y puede satisfacer sus compromisos, dando al mismo tiempo

## MORAZÁNIDA

---

con esto prueba de estabilidad y poder y de los principios en que está basada su política».

«Semejante conducta servirá en mi concepto a los Gobiernos de Centro América, para que se les atee en los fundados reclamos que deban hacer, puesto que ellos mismos habían dado ya el ejemplo, administrando cumplida justicia a los acreedores extranjeros».

«Pero si contra lo que debe esperarse como resultado de esta conducta y de estos hechos, no se pudiese lograr una transacción honrosa para la República, quedará por lo menos a los centroamericanos, la satisfacción de haberla procurado y la de acreditar al mundo entero, que si se les coloca entre la humillación y la guerra, elegirán siempre el último partido, aun cuando tengan la certeza de no poder salvar más que el honor».

«Me suscribo, Señor Presidente, su Atto. S. S.—  
*FRANCISCO MORAZÁN.*—A bordo del Bergantín «Cruzador», Bahía de La Unión, Febrero 16 de 1842».

---

## XXXVI

**Falacia del Gobernante salvadoreño y manifiesta hostilidad de Carrera, Carrillo y Ferrera con motivo del arribo de Morazán a playas centroamericanas.—Otra vez en el seno del Golfo.—Incidentes que siguieron a su desembarco en La Unión.—El pueblo salvadoreño sigue a su héroe y éste prepara su expedición.**

---

Meticulosa como toda obra de perfidia, suave y sedosa como mano de digitigrado que se desliza sobre el laberinto de una selva, sin mostrar las garras que van a caer sobre la presa, tal nos parece la cortesanía, y tal también la cobardía con que el Gobernante salvadoreño contestó a la exposición de Morazán, con fecha 18 de Febrero. Toda ella es una pieza acabada de reconocimientos, en la que hace resaltar los méritos que abonan al caudillo centroamericano, la abnegación, sinceridad y patriotismo con que procedía; pero dentro del círculo vicioso de aquellas genuflecciones, con que su pusilanimidad hacía la venia al gran patriota, reconociendo y dando fé de los nobles propósitos que lo tenían

## MORAZÁNIDA

---

... la nota de advertencia parsimoniosa respecto *promiso que existía con su Gobierno de mantener buenas relaciones con los de los otros Estados, y su actitud, aun contra sus propias convicciones, dependería de lo que sus aliados resolviesen.* Y, para que el disimulo de sus torcidos y bajos propósitos tuviese la interpretación que deseaba en la mente de Morazán, advertíale que: no siendo una nota suficiente y adecuada para explicar su reserva, pronto enviaría una *comisión honorable*, no sólo para demostrarle el aprecio que le merecía, sino para que éste le diese los primeros conocimientos al caso.

Por lo que después sucedió, cabe suponer que las comunicaciones que el Gobierno de El Salvador dirigió a los demás, con motivo a la exposición de Morazán y su permanencia allí, en vez de una excitativa al reconocimiento de sus patrióticos esfuerzos para que aunacen los suyos en pro de la reivindicación del territorio nacional, fue por el contrario, una pieza insidiosa y de acusación en la que, como Morazán presintiera, se desvirtuaban sus sanos y elevados propósitos.

Aquel Gobierno que pudo apreciar el grado a que llegaba la idolatría que el pueblo salvadoreño sentía por el caudillo centroamericano, sintióse, desde luego, tocado de envidia y de celos para con quien, desposeído de toda ambición personal, se ofrecía con todos sus recursos, no como Supremo Director de la campaña que se iba a realizar, sino como subalterno que, gustoso ocuparía el puesto de peligro que los Gobiernos acordasen para él y todos los centroamericanos que le acompañaban. En cambio, Morazán, que desconocía esa política de engaño y disimulo que después ha impedido en Centro América, al enterarse de la contestación del Gobernante salvadoreño, lleno de confianza y alentado por la fe de que los Gobiernos procederían conforme lo demandaba el patriotismo, trasladóse a San Miguel, para conocer allí mejor la situación general de Centro América, estrechar la mano de muchos amigos y oír sus opiniones. Mas al siguiente día de haber llegado a esa ciudad, fue sorprendido con la desagradable noticia de la fuga inmotivada del Comandante Aguado. Temiendo que aquel acto pudiese tener fatales consecuencias, y que éstas entorpeciesen el desarrollo de sus gestiones, para llevar a cabo su patriótica expedición, dirigió desde allí una segunda nota al Gobierno

de Nicaragua, redactada en los siguientes términos:  
«San Miguel, 20 de Febrero de 1842.—Señor Secretario General del Supremo Gobierno del Estado de Nicaragua.—Un suceso en sí mismo, harto desagradable, pero que lo es doblemente para la siniestra inteligencia que pudiera dársele en perjuicio de los grandes objetos que me han conducido a la República, y que tuve la honra de comunicar a ese Supremo Gobierno en mi exposición fecha 15 del actual, es el que hoy me obliga a dirigirme a Ud. de nuevo con el fin de que el Supremo Director de Nicaragua, plenamente enterado de los hechos, pueda hacer justicia a la sinceridad de mi conducta».

«Al desembarcar yo en La Unión, en la madrugada del quince, no se encontraba en aquel puerto su Comandante, Teniente Coronel José María Aguado; pero en pocos momentos llegó a él, e ignorando cuanto ocurría hasta las primeras casas de la población, no le fue posible retroceder, puesto que vino inmediatamente a presentarse. Después de haberle informado yo los motivos y fines de mi regreso al país, le hice presente que en manera alguna tenía el propósito de trastornar en lo más pequeño el orden de cosas establecido en el Estado, y que por lo mismo, podía continuar en el desempeño de sus funciones, como lo hizo hasta mi salida de dicho puerto para esta ciudad. Antes de verificarla, y deseando salvar al señor Aguado de todo compromiso, le hice presente que si él creía contraer alguno con permanecer en el puerto, por mi parte no encontraría embarazo, para obrar como se lo dictare su honor, agregándole: *que me sería más agradable verlo colocado en las filas de los que me hiciesen la guerra (en el inesperado caso de que se prefiriese tratarme como enemigo, o aceptar mis ofrecimientos), que el que me prestase sus servicios, por importantes que ellos fuesen, si juzgaba que al verificarlo, traicionaba sus deberes*».

Quedo, pues, en el puerto, y allí mismo la guarnición que antes existía, con todas sus armas, sin que de los individuos que me acompañan, permaneciesen en el puerto, más que el General Cabañas con su Jefe de Estado Mayor, pues expresamente les ordené que continuasen a bordo los demás militares que existían en el buque de guerra, dando con este acto de confianza una prueba inequívoca de la buena fé de mis operaciones;

pero el Comandante Aguado, al siguiente día de mi marcha, sirviéndose de los propios soldados que yo dejé a sus órdenes, preparó un bongo para fugarse con ellos y otros a quienes había armado, con dirección a ese Estado. Retuvo hasta después de verificado el embarque, en la Comandancia al General Cabañas y al mencionado Jefe de Estado Mayor que le acompañaba; y desatendiéndose de todas las reflexiones que el mismo General le hacía sobre una conducta tan extraña, emprendió su viaje después de haber hecho uso de la fuerza para impedir que se llevase al buque, noticias de lo ocurrido».

«Tan luego el General Cabañas, con la partida del Comandante Aguado, quedó en libertad para proceder según lo exigían las circunstancias, considerando que la fuga para ese Estado de dicho comandante con la tropa salvadoreña que estaba en su mando, sería interpretada como la consecuencia de un acto hostil de nuestra parte y un motivo de alarma que turbase la armonía y concierto, cuyo establecimiento es el objeto preferente, de nuestros esfuerzos, se dirigió a bordo de «El Cruzador», y mando a echar al agua los botes y lanchas del buque y con los soldados y marinos necesarios, se puso a darle alcance, como lo verificó a pocas millas, y al ordenar que abordase al bongo, el señor Aguado dijo se rendía sin resistencia, colocando antes al mismo Aguado, como una precaución indispensable, a bordo de «El Cosmopolita», que también he tomado y armado para el servicio de la República, y allí se le trata con las consideraciones y atenciones debidas».

«Recelando el General Cabañas que si este hecho se difundía, sin que antes se hiciesen las explicaciones convenientes, a caso podría maliciosamente desfigurarse, mandó a suspender la salida de las embarcaciones que se hallaban próximas a partir para los puertos de Nicaragua, interiniéndome cuenta de lo ocurrido, podía yo escribir, como ahora lo hago, a ese Supremo Gobierno, presentándole una suscinta y verdadera relación de lo ocurrido, aunque no con la prontitud apetecida, a causa de que cuando el correo conductor de dicha noticia llegó a esta ciudad, me encontraba fuera de ella».

«Prevengo también ahora al General Cabañas que satisfaga, como lo hará inmediatamente, todos los perjuicios que por la tardanza se haya ocasionado a los

comerciantes e hijos de Nicaragua, demorados en «La Unión,» los cuales quedan en libertad de salir del puerto, cuando gusten».

«Debo decir a Ud. en conclusión y en obsequio de la Justicia, que no creo que el Comandante Aguado haya procedido en esta vez, de acuerdo con sus propios sentimientos, sino que ha sido influido por extrañas instigaciones de personas mal intencionadas; pues el señor Aguado, que en concepto de prisionero ha estado otra vez en nuestro poder, creo que no podrá tener motivo alguno para dudar del buen tratamiento que se le daría en circunstancias tan diversas, cuando, según me ha dicho con reiteración, se complacía antes de ahora en hacer justicia a mis manejos con respecto a él».

«Dígnese, Ud., Señor Secretario, aceptar las distinguidas consideraciones de aprecio con que soy de Ud. Atto. y S. S.—FRANCISCO MORAZÁN».

Imperturbable en sus propósitos, mientras obtienen respuesta sus francas declaraciones, Morazán continúa activando los preparativos de su campaña de reivindicación nacional, para cuyo fin había adquirido ya otras naves. Mas, como viese que la reserva continuaba de parte de los Gobiernos a quienes se había dirigido, determinó salir de San Miguel rumbo a La Unión, donde se embarcó con todos los suyos con dirección a Acajutla, haciendo escala en La Libertad. Con el objeto de informarse sobre la verdadera situación de los Estados, desembarcó en Acajutla y se dirigió a Sonsonate, donde encontró la clave de aquel extraño silencio.

Para una alma menos templada para las luchas, allí hubiese quedado anonadada la de este Agamenón de nuestra Democracia, cuando contra lo que esperaba, supo que todo conspiraba en su contra: Carrera, Ferrera y Carrillo, como una terrible trinidad, desnudaban sus sangrientas espadas para despedazar su expedición, oponiéndose contra toda ley y justicia, a que El Salvador le tolerase en su territorio; el Gobierno de este último Estado, dócil al reclamo del indio feroz que imperaba en Guatemala, no hacía sino seguir sus instrucciones pedidas en su vergonzosa nota de informe sobre su arribo, permanencia y actuación tergiversada que le atribuía en sus dominios. En cumplimiento a esas instrucciones y como demostración a su perfidia, en vez de la comisión de honor que se le anunciaba, habíasele enviado una fuerza para sorprenderle y hacerle sucum-

bir en la demanda. Por fortuna ya cuando esa fuerza, al mando de Malespín llegó al puerto de La Unión, para consumar aquel golpe alevé, el héroe y los suyos salían ya a bordo de sus naves, del seno del Golfo de Fonseca, no quedándole a Malespín en su impotencia por seguirles, sino golpear la tierra de coroje al ver alejarse tranquilamente de aquel puerto, la escuadrilla.

Comprobada la actitud hostil de los Gobiernos y la correspondencia ingrata que el de Nicaragua daba a sus sacrificios, Morazán se encontró con este nuevo problema por resolver: ¿Sobre cuál de sus ya declarados enemigos llevaría el peso de su espada? ¿Cuál sería el yugo que habría que quebrantar primero? ¿Principiaría por el Norte o por el Sur?

Guatemala en pleno estancamiento, yacía bajo el reinado de la barbarie, no teniendo más luz sobre su horizonte político que el siniestro resplandor de la sangrienta espada de Carrera: Honduras, El Salvador y Nicaragua, dominados por él, sugestionados y dirigidos por el funesto bando de la reacción, volvían las espaldas a la civilización y entraban de lleno al dominio del pasado; el laborioso pueblo costarricense sufría bajo el tacón del déspota Carrillo, quien, habiendo pisoteado todas sus leyes, ultrajaba su dignidad y sus derechos con proceder infamantes que nunca jamás se vieran en esa tierra de libertad.

Sobre tanta sombra que prevalecía en Centro América, Morazán, al convencerse de su caótica situación, salió violentamente de Sonsonate, regresa a Acajutla y vuelve a bordo de sus naves, que inquietas lo esperaban.

Entre tanto, los Gobiernos coaligados en reacción, combinaban sus planes para hacerle sucumbir, el pueblo salvadoreño, a plena luz y sin que ninguna medida de rigor bastase a sofocar sus simpatías y sus ansias por seguirle, entregóse con más ardor a significar a su héroe la creciente admiración que por él sentía. Fiebre de entusiasmo y anhelo de libertad inflamaban a todo aquel pueblo que delirante y decidido al sacrificio, invocaba su nombre como un símbolo de redención.

Escenas patrióticas, heroicas y dolorosas, se veían por doquiera: ancianos agobiados por el peso de los años, entusiasmaban a sus nietos para que siguiesen a Morazán en su cruzada libertaria; hijos que desprendiéndose de los brazos de sus padres, iban a abrazar

una arma oculta para escapar con ella a donde se encontraba él para seguirle; esposas que fortalecidas por la actitud levantada del compañero de su vida, aceptaban engrandecidas por el sacrificio, el ¡dios! de partida, que quizá sería eterno; amantes que hacían brotar de sus labios al calor del último beso que se daban la sagrada promesa de no regresar sino triunfantes; y, soldados y oficiales que escapando al reclutamiento forzado del Gobierno y de sus mismos cuarteles, iban a dormir a la intemperie de los campos, buscando los extravíos más ocultos para ir tras la sombra del jefe gloriosísimo, cuyos grandes hechos los tenían como fascinados; y, tras la actitud particular de los ciudadanos decididos a la lucha, venía la de las poblaciones que, siguiendo el movimiento de la capital se pronunciaban a favor de Morazán. El más significativo de esos pronunciamientos fue el de Chalatenango, por cuanto que, como debe recordarse, fue allí donde Ferrera encontró mejor ambiente para combatirle y, ahora, era él, que sobresalía por su adhesión y reconocimiento a la inmarcesible gloria de aquel benemérito de la Patria.

Mientras el Gobierno de El Salvador y sus aliados, se veían en la impotencia de combatir a Morazán por agua, éste tranquilo en su conciencia y fuerte en su misión, tenía ya armados en pie de guerra a cinco buques, que eran «El Cruzador», «Asunción Granadina», «Isabel II», «Josefa» y «El Cosmopolita». En tanto que estas unidades de combate se hacían nuevamente a la vela rumbo al Sur, las costas salvadoreñas presentaban un espectáculo emocionante, digno de la época y de aquel pueblo heroico: uno como cordón móvil y palpitante de entusiasmo bordeaba sus ardientes playas: era la multitud de espectadores y soldados voluntarios que ansiosos esperaban el regreso de aquella flotilla para agregarse o ver pasar siquiera las blancas velas que empujaban, por decirlo así, toda el alma de ese pueblo. Los soldados voluntarios que estaban en espera, ocultos en manglares o a flor de los esteros, soportaban con resignación estoica todos los peligros y privaciones; y, el Coronel Pardo, que al mando de cien calvareños no podía hacerse muy visible, después de permanecer oculto por algunos días en las rugosidades del volcán de San Salvador, descendió con ellos hasta la rada de Misota, donde pacientes y sufridos guardaron el paso de la flotilla. Y, ese regreso tan esperado, vióse al fin

cumplido, cuando las cinco naves ya citadas, hinchando sus velas, iban con viento favorable rumbo a las playas orientales de El Salvador, donde tantos espectadores y voluntarios esperaban, ya para decir ¡adiós! ver y saludar al héroe o para incorporarse a su flotilla.

Lenta y entretenida fue la navegación a lo largo de aquella palpitante costa, donde unas veces había que esperar a los botes fugitivos que se desprendían de sus radas y, otras, en que había que lanzar al agua las lanchas que se llevaban a bordo para ir a recoger a grupos de soldados que llamaban con señales impacientes. Cuando las naves estuvieron frente a la rada de Misota, las señales que de ellas se hacían dieron a comprender que se trataba de un número mayor, y pronto las lanchas fueron allá a recoger a los valientes calvarreños que, llevados directamente a bordo de «El Cruzador», tuvieron allí el inefable placer de estrechar al jefe inolvidable que tantas y tantas veces los había llevado a la victoria. Éste, al estrechar sobre su corazón a cada uno de aquellos maravillosos soldados, sintió algo así como la caricia de hojas de laurel que, desprendidas de los feraces campos de El Salvador, llevávanle toda el alma estremecida de ese pueblo valeroso que vivía de sus glorias.

Terminado ese recorrido que hubo que hacer, la flotilla, siempre rumbo al Oriente, penetró por otra vez al Golfo de Fonseca, en cuyas aguas tuvieron que hacer un nuevo reconocimiento en busca del mejor fondeadero, tanto para su seguridad debida y facilidad de comunicaciones, como para no herir la susceptibilidad de los Gobiernos. En tanto que las naves, una en pos de otra, hacían tan indispensable reconocimiento, Morazán, de pie en la popa de su buque insignia, cruzado de brazos, quedó como en éxtasis, abismado en la contemplación de aquella espléndida entrada de mar en la que los sugestivos conos del Conchagua y Cosigüina, como dos atalayas, guardan el misterioso seno de aquel golfo encantador que tantos tesoros de grandeza y poderío conserva para la Patria del mañana. En eso soñaba talvez Morazán, cuando su mirada de águila, esparciéndose sobre aquel Edén, comprende más que nunca la necesidad de la unión política del Istmo que, histórica y geográficamente, la considera indivisible ante aquellas sublimes perspectivas del golfo, donde el azul del agua, el azul del cielo que le cubre y de las ci-

mas que le circundan, parecían formar una como escala de armonía, con el azul luminoso de sus sueños de patriota; y ante el misterio de sus aguas encantadas y la sugestiva posición de sus islas esparcidas aquí y allá, que forman canales naturales, bahías y ensenadas, su espíritu vidente y soñador, parecía quererlo retener allí encantado como Ulises en uno de los pasos de su Odisea, antes de estrellarlo contra la terrible realidad.

En esa actitud de olvido y de profundo recogimiento, encontrábase Morazán, cuando se le pidieron órdenes para que indicase mediante el reconocimiento que se hizo, el punto más conveniente para hacer fondear las naves. Como su intento no era provocar a ningún Gobierno, no quiso que su base de operaciones quedase ni en la bahía de La Unión, ni en la de Cosigüina, como tampoco en el canal que separaba las islas de El Tigre y Zacate Grande. Por la facilidad para conseguir las provisiones y poderse comunicar con el interior, y por tener agua potable, prefirióse echar anclas en el pequeño fondeadero abrigado por la punta de Martín Pérez.

Recogidos así en el seno del golfo, no dejaban de recibirse a bordo a los patriotas voluntarios que de todos los rumbos de la Patria llegaban, para seguir como agregados a la expedición. De las costas de Honduras, Nicaragua y El Salvador, desprendíanse con dirección a ese punto de reunión, frágiles y atrevidos botes que traían a dos o tres soldados voluntarios en una como no interrumpida peregrinación de patriotas: texiguas, curarenes, tegucigalpas, leoneses, altenses y antigüeños, todos llegaban a pedir su parte de sacrificio en aquella cruzada de redención. Reforzada así la expedición centroamericanista, al par de tan abnegados soldados, veíase también un brillante cuadro de jefes y oficiales, cuyo sólo nombre, era lo bastante para asegurar el triunfo de tan gloriosa división, que llevó y eternizó el nombre de *MORAZÁNIDA*. Allí Saget, que había militado con el gran Capitán del siglo; allí también el intrépido Cabañas que, inseparable a las glorias del héroe, formábanle con Rivas, Saravia, Rascón, Vigil y otros preclaros ciudadanos, una verdadera pléyade de ameritados jefes, que eran orgullo y blasón de la Patria Grande.

Quinientos eran los soldados, y cien los jefes y oficiales que había a bordo de los cinco buques que forma-

ban la flotilla, pronta ya a partir de esas playas, de donde el General en Jefe determinó su plan de campaña y cual el Estado que había de libertar primero a base de informes circunstanciados y por los reiterados llamados que se le hacían.

A últimos de Marzo, la histórica flotilla dejó su base de aprovisionamiento, que por algunos días tuvo en la pequeña rada de Martín Pérez, viéndose alejarse lentamente del golfo hasta salir a pleno océano.

---

### XXXVII

**Principiase la nueva Cruzada Libertaria por salvar a Costa Rica.--Proclama de Morazán y convenio de "El Jocote".---La liberación del pueblo hermano confabula a los Gobiernos opresores ---Bárbaro decreto del Gobierno salvadoreño y primer acuerdo de los libertadores.**

---

Precedidos por el «Cruzador», el buque insignia, a cuyo bordo iba Morazán, síguenle «El Cosmopolita», «Josefa», «Asunción Granadina» y el «Isabel II», que sobre las aguas del Pacífico navegaban, al parecer, directamente hacia el Sur, apartándose todo lo posible de la extensa costa diagonal de Nicaragua, como si quisiese evitar el contacto o la vista de las playas centroamericanas. Mas, después de alejarse tanto como pudieron, vuelven sus proas con dirección a la península de Nicoya, llevando como punto de mira el Cabo Blanco. Alcanzado y doblado éste, que forma el extremo de la península, la escuadrilla penetró al espléndido Golfo de Nicoya, uno de tantos tesoros de belleza que nuestro suelo ostenta en el seno del Pacífico.

Desde que se dejó el Golfo de Fonseca, determinado fue el plan que debería de seguirse. Las instancias que venían del ultrajado pueblo costarricense, decidieron a Morazán a principiar rompiendo el pesado yugo con que Carrillo trataba de envilecerlo. Su grito unánime de dolor y de protesta lo llevaba allí con su abnegación de siempre: recursos, armas y brazos, él los llevaba y, en bien y por la libertad del pueblo que lo llamaba, todo lo daría, hasta llegar al sacrificio de su propia vida.

y la de sus esforzados y valientes legionarios. Sin embargo, su corazón le decía que, dada la general protesta que salía de aquel pueblo hermano que le llamaba como a su salvador, la resistencia, en caso de haberla, sería corta y reducida no más que al círculo oficial que rodeaba al déspota. Mas siempre, a pesar de esa confianza, prefirióse para el desembarque el puerto menor de Calderas, donde sin novedad ni contratiempo alguno, se puso pie en tierra, el 7 de Abril de 1842.

El silencio y la tranquilidad de esa comarca, interrumpida ahora por la marcial alegría de la división centroamericanista, no tuvo alteración durante varias horas; y no fue sino hasta el siguiente día, a las diez de la mañana, que Carrillo supo de su desembarque. Y por esa calma de buen presagio, Morazán se afirmó más en la idea que no sería atacado, por cuyo motivo, aunque con los mayores planes de campaña levantados por su previsión, no se decidió a seguir ninguno, pues tenía la esperanza que, para volver al pueblo al goce de sus derechos y libertades, no había necesidad de empurpurar su suelo con la sangre de sus hijos y la de sus hermanos que corrían a salvarlos. Impulsado por esa idea generosa, en vez de indicar a su Estado Mayor el plan de ataque que convenía seguir, redactó la cordial y fraternal proclama que dirigió al pueblo de Costa Rica.

Carrillo por su parte, al no más enterarse de la presencia de los morazánidas en el puerto de Calderas, dió inmediatamente un decreto, en el que declaraba, se separaba del mando para ponerse al frente de su ejército, llamando a las armas a todos los costarricenses.

Talvez no le faltaría la intención de trocar el mando de un pueblo laborioso por el comando de su ejército en línea de batalla; pero resultó que, en vez de marchar a su cabeza como lo declaraba en su decreto, se quedó allá en San José, enviando en su lugar al General Villaseñor, al mando de setecientos hombres para combatir a Morazán. Entre tanto, éste, siempre genial y comprensivo, antes que despertar con el fragor de las batallas el patriotismo del pueblo costarricense, de quien tenía la más alta idea, quiso despertar y conmover mejor sus sentimientos con el prodigio de la palabra impresa, enviando para ello una proclama que dice así:

«FRANCISCO MORAZÁN,  
«A los habitantes del Estado de Costa Rica».

«Costarricenses: Han llegado a mi destierro vuestras súplicas y vengo a acreditaros que no soy indiferente a las desgracias que experimentáis. Vuestros clamores han herido por largo tiempo mis oídos, y he encontrado al fin los medios de salvaros, aunque sea a costa de mi propia vida».

«Compatriotas: el día de la libertad ha llegado: venid a recibir a mis manos este grandioso presente, de estas manos que han sido mutiladas tantas veces por defenderlo: venid a saludar la bandera de los libres, que vuelve a flamear de nuevo sobre el suelo costarricense, después de tantos años de esclavitud y de opresión: venid a colocaros en rededor de este hermoso emblema de vuestra regeneración política, al lado de tantos compatriotas vuestros, dispuestos a sacrificarse en defensa de vuestros derechos: venid a tomar las armas y municiones que abundan en nuestro campo y marchemos en seguida contra el tirano, porque todo el tiempo que éste abuse de la libertad del pueblo, será de oprobio, de sangre y de luto para vosotros.»

«Costarricenses: no más contribuciones arbitrarias: no más prisiones sin causa: no más destierros y confiscaciones sin motivo: no más trabajos forzados sin objeto: no más víctimas inocentes, sacrificadas a la venganza sin ninguna forma de juicio: no más arbitrariedad y tiranía.»

«Ya no se verán en lo sucesivo los maridos y padres de familia arrancados del hogar doméstico con sus esposas e hijos para ir a perecer a los caminos de Puntarenas y Matina. Al peso de un ímprobo trabajo, y al influjo de una atmósfera mortífera han sucumbido allí centenares de costarricenses, y los restos de cadáveres insepultos que no han sido el pasto de las fieras, yacen hoy colocados en las sinuosidades de un terreno que la barbarie y la ignorancia de un déspota han querido hacer transitable».

«No veréis ya vuestras tierras ocupadas y vendidas, destruidas vuestras casas, cegadas vuestras sementeras sin ninguna indemnización, sólo con el fin de hermostrar los lugares donde el tirano medita nuevos medios de esclavizaros».

«Bajo la égida de la ley, de esta ley que vosotros mismos habéis dictado y que hoy es escarnecida y hollada por el tirano que os oprime, estarán en adelante vuestras vidas, vuestras personas y la de vuestras ca-

ras esposas y tiernos hijos, y el encargado de ejecutarlas será hoy elegido por vosotros, porque vosotros sois el soberano».

«Un déspota ilustrado que domina por largo tiempo una nación, puede tener cómplices de sus delitos, pero carece de ellos un tiranuelo como Carrillo, ignorante y sanguinario, que ha esclavizado un pueblo moral, sensible y laborioso, después de haber despedazado sus instituciones republicanas».

«Yo sólo veo en el Estado de Costa Rica, un tirano sin cómplices y un pueblo esclavizado a su pesar. Un déspota que si tiene pocos servidores por el temor, carece de un sólo amigo que haya asociado su causa a la del que ha destruido la libertad de sus conciudadanos».

«Guerra contra Carrillo: libertad del pueblo costarricense: garantías positivas para todos, sin ninguna excepción es nuestra divisa. Respeto a la ley, a la moral, a la santa religión y sus ministros, es el sentimiento más íntimo de vuestro compatriota.—FRANCISCO MORAZÁN».

Mientras la falange libertadora esperaba tranquila el efecto de aquella proclama, Villaseñor marchaba ya al frente de su ejército, que llegó a novecientos hombres, con los doscientos que se le agregaron en Río Grande.

El jefe de ese ejército costarricense, sereno y con la conciencia del deber cumplido, prosigue la marcha hasta el lugar llamado «El Jocote», de donde avistó el ejército de Morazán. Tomando las medidas convenientes, dictó sus órdenes y preparó a sus tropas para el combate.

Frente a sus líneas ya listas para lanzarse a la pelea, Villaseñor, que había visto la proclama del jefe a quien iba a combatir, de pronto una idea súbita y salvadora cruzó por su mente cultivada y, en breves instantes interrogóse a sí mismo: ¿La disciplina y el honor militar estarían por encima del martirio y el dolor de todo un pueblo que agoniza bajo el látigo infamante de un déspota vulgar? Aquellos sufridos hijos de la Patria, que estaban allí a sus órdenes, prestos a derramar su sangre, ¿la derramarían contra la Libertad y el Derecho que tocaba a sus puertas, para sostener un régimen que aborrecía la generalidad de los costarricenses? Eso era lo que dictaba la fría e implacable disciplina

militar; pero no lo que reclamaba el bienestar del pueblo a quien se trataba de salvar.

Combatir por la tiranía, o aliarse a la Libertad; he ahí el dilema que se presentaba a esa alma de patriota bien nacida.

Para no fallar en resolución tan comprometida, volvióse al frente de sus filas y les dijo:

«Costarricenses: la suerte del Estado está en vuestras manos; el General Morazán asegura que desea el orden, la libertad y el progreso, y que aspira a que de la escena pública desaparezca don Braulio Carrillo, cuyo Gobierno vosotros habéis experimentado. Nuestras fuerzas son superiores a las que trae el ex-Presidente de Centro América. Decid si se da la orden de ataque, o si se hace un tratado de paz».

Tras breve silencio; un clamor unànime, entusiasta y prolongado rompió aquella calma con este grito lanzado por mil voces:

*¡Qué se haga un tratado!*

Apenas una sola voz, como un débil eco que viniese de la sombra de Caín, contestó aislada:—«No hemos venido a tratar sino a pelear».

Mas por la voluntad unànime, la suerte del Estado estaba decidida. Los jefes deliberaron un momento, y de su conciencia conmovida, brotó la decisión de respetar la voz del Ejército, que se proclamaba por la paz y la libertad del pueblo.

Inmediatamente mandóse un parlamentario al campo de los morazánidas, a quien con el símbolo de la paz se le recibió gratamente, trayendo en su retorno al campo de los suyos, la nota de concordia con que se selló la unión de los ejércitos.

Regocijado el héroe al ver colmados sus anhelos para que no se derramase ya más sangre centroamericana, ordenó la marcha de su ejército hacia el paraje de «El Jocote», no ya en actitud de combatir, si no para unir bajo un sólo pabellón a los ejércitos hermanos. He ahí una nueva táctica con que aquel talento múltiple ganó tan singular batalla, en la que el estallido del cañón y la metralla fue sustituido por la persuación y la elocuencia de la palabra impresa. Ya no fue el plomo de los proyectiles que derriba y hace sucumbir a los soldados, sino el plomo fundido en tipos que despiertan las conciencias, lo que produjo tan maravilloso efecto.

De la unión feliz de los ejércitos y como término de

aquella primera jornada, ajustóse el siguiente convenio de paz, que fue suscrito por todos los jefes y oficiales de ambas fuerzas:

«Reunidos en el paraje de «El Jocote», los Generales Francisco Morazán, General en Jefe del Ejército Nacional, por una parte, y el Brigadier Villaseñor del Ejército del Gobierno, por otra parte, con el objeto de lograr un advenimiento entre ambas fuerzas beligerantes que se hallaban a la vista, e impedir que se derramase inútilmente sangre centro-americana».

«CONSIDERANDO: que la opinión de los pueblos del Estado, bien pronunciada contra su actual Gobierno, resiste abiertamente su continuación por carecer de la legitimidad que sólo puede emanar de la libre elección de los pueblos, han convenido en los artículos siguientes: 1º—Ambos ejércitos se reunirán en uno sólo, dándose un abrazo fraternal, como símbolo de la identidad de sentimientos de que se hallan animados; 2º—Se convocará una Asamblea Constituyente para que organice al Estado conforme lo demandan sus verdaderos intereses y lo prescriba la voluntad de los pueblos. Entre tanto, el mismo Estado será regido por un Gobierno provisorio que ejercerá el General Francisco Morazán, y en su defecto, el Brigadier Vicente Villaseñor; 3º—El Licenciado Braulio Carrillo, que actualmente se halla en el mando, lo entregará tan luego como se ponga en su noticia el presente convenio, y saldrá del territorio de la República en el perentorio término que se le designe, garantizándole su familia y propiedades, que en nada le serán perjudicados; 4º—Si dicho Licenciado Carrillo rehusase cumplir con todo lo dispuesto en el artículo anterior, quedará fuera de la protección del presente convenio, cuyo cumplimiento lo garantiza el mismo ejército unido, y se tendrá por válido y obligatorio, tan luego como se haya firmado por ambas partes contratantes».

«En fe de lo cual, lo hacen por duplicado, con los Jefes y Oficiales de sus respectivas fuerzas en el paraje dicho a once de Abril de mil ochocientos cuarenta y dos».

Habiendo quedado Morazán en aquel paraje con su ejército, los Generales Saravia y Villaseñor marcharon a la capital con los pliegos que contenía el convenio de «El Jocote», para que Carrillo lo ratificase y le diese cumplimiento. Convencido éste del completo vacío y

del aislamiento en que quedaba su Gobierno, no le quedaba otra cosa que hacer, sino ratificarlo. Mas, sin embargo, sugestionado por el grito de su conciencia pervertida, aun no se creía suficientemente asegurado por el acuerdo, y para firmarlo adicionó otros artículos.

Morazán, ya en marcha para la capital, encontró en Heredia a los representantes de ambos ejércitos y, viendo que en los artículos adicionados por Carrillo, no había nada que estuviese contra sus nobles sentimientos, y si una simple repetición de lo que tácitamente se le garantizaba en el artículo 3º, no tuvo ningún inconveniente en aceptarlos, y se firmó por ambas partes el convenio adicionado.

Era ahora en el Estado de Costa Rica donde sobre el más alto relieve de comprensión cívica se alzaba la prestigiosa figura de Morazán, que en todos los demás Estados había tenido ya en acción constante, su variada labor de reformas trascendentales.

Y, aquel pueblo cuya ética y tradicional civismo hace mucha honra al conglomerado centroamericano, identificado con la pureza de ideales de nuestro Agamenón, supo corresponder por aquel entonces el patriotismo y abnegación con que corrió a salvarlo, recibéndole con marcadas demostraciones de regocijo y simpatía. Y ese pueblo comprensivo y laborioso que vio fundida por su sola voluntad la oprobiosa cadena con que el déspota le quería mantener sujeto, supo también dignificar al paladín de nuestras libertades con varias demostraciones de gratitud que por siempre quedarán grabadas en las páginas imborrables de la historia.

Cuando el ejército centroamericanista continuó su marcha de Heredia a San José, en todas las poblaciones del tránsito acudía el pueblo en masa para manifestar su regocijo vivando a sus libertadores, cuya sola presencia los llenaba de la más íntima satisfacción. Así, bajo ese ambiente de regocijo general impregnado de gratas simpatías, Morazán entró a la capital, a la cabeza de mil quinientos hombres.

Esa entrada sin oposición que el protector de Costa Rica tuvo en la capital, produjo una conmoción general en todo el organismo político de Centro América: en la mayoría de sus habitantes la admiración y el entusiasmo de siempre; en otros la sorpresa y la incomprensión de ese éxito alcanzado sin lágrimas ni sangre; los Gobiernos de Guatemala, El Salvador y Honduras, corta-

ron inmediatamente sus relaciones con el de Costa Rica, cuyo cambio inesperado fue para ellos un tormento y una verdadera pesadilla.

Ridícula y bárbara fue la actitud que estos Gobiernos tomaron para con el Estado que abría sus puertas a la Libertad que ellos perseguían. El ánimo se entristece y se llena de estupor al preguntarse: ¿Qué hado siniestro y qué destino tan adverso es éste que ha cabido en suerte a Centro América?

Cuando la luz de la civilización y del derecho se ha alzado en uno de los Estados, los otros Gobiernos se han confabulado siempre para apagarla: Arce primero fue contra Honduras, porque allí estaba Dionisio Herrera y Morazán, que eran la Democracia; Cornejo y San Martín, que gobernaban en El Salvador, se ciegan de envidia y de furor, haciéndole dificultades al Estado de Guatemala, cuando allí reinaba la libertad, y Morazán actuaba como Presidente de la República de Centro América; Ferrera, Méndez, Quijano y Carrera, que mandan y disponen de los destinos de Honduras, Nicaragua y Guatemala, unidos en criminal alianza, le llevan la guerra al aislado y pequeño Estado de El Salvador, porque éste es nido de las libertades patrias, donde se refugia el águila caudal centroamericana; y, por último, todos éstos en liga odiosa, rompen sus relaciones y se confabulan contra Costa Rica, porque este Estado, libre ya de su opresor de ayer, recibe en triunfo a su protector y declara: que su territorio es asilo sagrado para todos los centroamericanos que sufran persecuciones.

Solamente ese fenómeno histórico basta para comprender que, Morazán, era un símbolo de gloria y un mártir consagrado, porque sólo los genios y los mártires de la libertad, son perseguidos y odiados por los eternos representantes del mal, que por desgracia han extendido su imperio sobre el pueblo centroamericano.

Y de aquellos Gobiernos que pusieron el grito en el cielo por la ocupación y redención de Costa Rica, ninguno llegó a tal grado de ridiculez, después de los aullidos de impotencia que lanzara el indio de Carrera, como el de El Salvador, que condensó su cólera y sudemencia en aquel bárbaro decreto con que suspendió las relaciones con Costa Rica, entre cuyos artículos se encuentran éstos: «2º—Todo individuo residente en El Salvador suspenderá sus relaciones con los habitantes de Costa

Rica, bajo la pena de ser calificados y juzgados militarmente como enemigos de la *independencia y libertad de El Salvador*; 3º—Los Administradores de Correos, son obligados a presentar a los Gobernadores Departamentales, y éstos al Gobierno, cuantos pliegos vengan de Costa Rica, cualquiera que sea su naturaleza y objeto, y los particulares que por cualquier conducto reciban comunicaciones de la propia procedencia, son obligados bajo la pena establecida en el artículo anterior, a presentarlas a las Autoridades más inmediatas, para que sean remitidas al Gobierno; 4º—Todo habitante está obligado a denunciar la correspondencia que sepa haya llegado de aquel Estado, o se dirija a él, bajo la pena que queda establecida en los artículos precedentes». (!)

Mas, por sobre todas esas amenazas, aquella àguila caudal, cuyo sereno y atrevido vuelo no tuvo fin sino con la muerte, continuó allà sobre el suelo costarricense imperturbable como siempre en su gloriosa labor de reivindicación nacionalista, devolviéndole al Estado que se puso bajo su protección y amparo, todas sus libertades y derechos conculcados.

De conformidad con lo estipulado en el convenio de «El Jocote», Morazán asumió provisionalmente la Jefatura del Estado, nombrándose como Ministro de Relaciones Exteriores al ilustre ciudadano J. Miguel Saravia. Su primer paso fue volver a la concordia a la familia costarricense y, convencido que la paz y el progreso no podrían afianzarse sino en el seno de una fraternal concordia, dictó el siguiente decreto:

«CONSIDERANDO: que la regeneración del Estado se ha obtenido por el voluntario concurso de la opinión de los pueblos que lo componen, y que es del interés de los mismos pueblos, mantener por todos los medios posibles la concordia que felizmente reina en la actualidad; y siendo para ésta indispensable echar un denso velo que cubra todos los hechos que tiendan a destruirla, haciendo olvidar las funestas disenciones en que por desgracia se han visto envueltos los centroamericanos desde su emancipación política, las cuales han conducido a la República a tan lamentable estado en que se halla: teniendo presente que su felicidad demanda una sincera y franca reconciliación de todos sus hijos, ha tenido a bien, expedir el presente Decreto»:

«1.º Un olvido general cubre todos los hechos políticos anteriores a este Decreto; y por tanto, los que en

virtud de ellos se hallan perseguidos, a excepción de la sola persona comprendida en el convenio del doce del actual, pueden volver libremente al Estado, en donde vivirán en el pleno goce de sus garantías individuales, sin distinción alguna ni otra diferencia que aquella a que los hagan acreedores sus méritos y servicios».

«2º Todos los que por hechos políticos se hallasen perseguidos en los otros Estados de la República, sea cualquiera el partido a que hayan pertenecido anteriormente, tendrán en Costa Rica un seguro asilo, y podrán vivir en su territorio bajo la protección de sus leyes».

«Dado en San José, a 14 de Abril de 1842.—FRANCISCO MORAZÁN».

---

### XXXVIII

Con el triunfo de Morazán, Costa Rica es la primera en experimentar el toque de sus reformas avanzadas.—La Asamblea del Estado grata a sus servicios le declara electo Jefe del Estado.—Importantísimos decretos.—Agresión de Nicaragua por El Guanacaste.—Importante decreto de la Asamblea en que se faculta a Morazán a luchar por la Unión de Centro América.

---

No creyéndose jamás el primero, aunque lo fuese, así en el seno de la paz como en el de la guerra, Morazán, al dar principio a su labor de renovación política, social y administrativa que para Costa Rica había formulado en su proclama, no quiso, apesar de sus sólidos conocimientos en la materia, proceder como un dictador para introducir todas las reformas que deseaba, derogando las leyes arbitrarias y decretos insensatos emitidos por Carrillo. Para proceder a ello, nombró una comisión compuesta de los hombres más ilustrados del país, para que a su juicio dictaminasen sobre cuáles entre aquellas leyes y decretos debían derogarse.

La comisión, al dar cuenta de su cometido, fue de parecer que se derogasen entre otras leyes, la que prohibía a los empleados que ejercieran el comercio; el decreto de 10 de Febrero de 1841, que privaba a los empleados del Estado el derecho de propiedad; el decreto llamado de bases y garantías; el del 8 de Marzo de

1841, en el que se declaraba Carrillo Jefe perpétuo e inamovible; y así otros más, que sería prolijo enumerar.

Los considerandos con que Morazán derogó cada una de esas leyes y decretos tan extraños como atentatorios a la libertad política e individual, demuestran sus avanzados conocimientos en Derecho Público Constitucional, sólidamente adquiridos en su destierro por el estudio, la reflexión y la experiencia.

Aquietados los espíritus después de ese cambio político que devolvió a Costa Rica el goce de sus libertades, su Jefe interino, para quien toda promesa era sagrada, convocó a los pueblos del Estado para que eligiesen sus Diputados a la Asamblea Constituyente, que según el artículo 2º del convenio de «El Jocote», era la llamada a organizar todos los Poderes, para que el país entrase en pleno régimen constitucional.

Después de ese tiempo, en que no se oyó más voz ni voluntad que la del que se había proclamado Dictador de Costa Rica, su soberana representación se instaló solemnemente el 1º de Junio de 1842.

El 15 del mismo mes, en el recinto en que celebraba sus sesiones la Asamblea, pasaba algo de extraordinario, algo que embargaba la atención de todos los habitantes del Estado y que había agolpado en sus barras al público josefino: estaba allí presente, pronto a escuchar la soberana voluntad que saldría del seno de sus dignos representantes, la figura excelsa de Francisco Morazán. Bajo las más sencillas prescripciones democráticas, hijas de los principios republicanos que el mismo adalid proclamara y sostuviera como Presidente de la Federación centroamericana, es declarado en tan solemne momento por el Presidente de la Asamblea y ante la aclamación general del pueblo, Jefe Supremo del Estado.

¿Cómo y por qué fue esa elección?

Lo fue por la soberana voluntad de los habitantes del pueblo costarricense, quienes en sesión ordinaria de aquel mismo día, después de proceder a votación nominal para elegir al Jefe del Estado se declaró electo por unanimidad de votos al General Francisco Morazán, cuya disposición se expresó en el siguiente decreto:

«La Asamblea Constituyente del Estado de Costa Rica, cumpliendo con el Arto. 1º del Decreto de la mis-

ma, del 14 del corriente, ha venido en decretar y decreta»:

«Artículo 1º—Se ha por Jefe Supremo del Estado, al Benemérito General en Jefe del Ejército Nacional y Libertador de Costa Rica, al Señor Francisco Morazán, electo por la Asamblea, con unanimidad de votos».

Artículo 2º—Se presentará ahora mismo en el salón de sesiones, a prestar el juramento de ley, y tomar posesión de su destino».

«Comuníquese al Poder Ejecutivo para su cumplimiento, y que se imprima, publique y circule».

«Dado en la Ciudad de San José, a los 15 días del mes de Julio de 1842.—*José Francisco Peralta, Diputado Presidente,—Joaquín Bernardo Calvo, Diputado Secretario,—Félix Sancho, Diputado Secretario*».

Como era de esperarse, el pueblo de Costa Rica, uno de los que en Centro América han hecho mejor uso de sus libertades, y que al perderla, ha sabido comprender en su desgracia, lo que vale y significa para la vida de los pueblos ese precioso don, ahora que nuevamente se veía rehabilitada en sus derechos, supo apreciar como nunca los grandes beneficios de esa libertad recuperada, gracias al auxilio poderoso de la división centroamericanista, que había volado a sus playas para salvarlo del oprobio. Y, esa gratitud y reconocimiento, parecía dilatarse más en el pecho de todo costarricense, cuando veían que entre las filas de la división de morazánidas encontrábanse hijos de todas las secciones de Centro América, quienes de muy lejos y bajo todos los peligros y sacrificios habían escapado a la vigilancia de Gobiernos opresores, llegando primero al Golfo de Fonseca, y luego al de Nicoya, para saltar a tierra a fin de salvarlos de la opresión en que yacían.

La Asamblea, fiel intérprete de los sentimientos del pueblo, y comprendiendo la magnitud del sacrificio, dictó el siguiente decreto:

«La Asamblea Constituyente del Estado de Costa Rica; CONSIDERANDO:—que en el aciago 27 de Mayo de 1838, una facción liberticida despojó a las autoridades legítimas del Estado, y colocó de hecho en el mando supremo al Licenciado don Braulio Carrillo: que por consecuencia de tan atroz atentado la Constitución y las leyes perdieron su energía, quedando los costarricenses en manos de una administración ilegítima y arbitraria, y privados de los recursos que la Constitución

consignara contra los abusos del Poder: que en tan tristes circunstancias, no había medio para sacudir el yugo oprobioso, siendo el resultado de las tentativas que se hicieron, la persecución y la muerte: que habiendo a la sazón desaparecido el centro de unidad y el Poder Nacional por las intrigas de los refractarios, no quedaba a los costarricenses, más que una fuerza exterior, que sirviendo de apoyo a la opinión general, pronunciada contra el Gobernante intruso, les restituyera su libertad: que con tan laudable objeto el Benemérito General, Libertador de Costa Rica, Francisco Morazán, reunió una división armada de centroamericanos, con un cuadro de Jefes y Oficiales valientes, saltó a tierra en el puerto de Calderas, y marchó rápidamente a apoderarse de esta ciudad: que logró felizmente con la cooperación del honrado General Vicente Villaseñor, que con su carácter público y amante de los principios, no pudo ser indiferente a la suerte deplorable de su Patria adoptiva, así como no lo fueron los Jefes, oficiales y tropa de la división de su mando, que por un grito simultáneo y con el entusiasmo de libres costarricenses se unieron a los libertadores, tomando las armas contra el opresor que se las diera, lo mismo que las autoridades superiores, vecindario y división del Departamento de Guanacaste, que se pronunció de mano armada en sostén de las libertades patrias, tan pronto como se supo el arribo del General Morazán a nuestras costas. La Asamblea fuertemente conmovida por tan distinguidos servicios, y deseando dar un testimonio público del alto aprecio que le merecen, decreta:

1º—Los Representantes del Estado, votan acción de gracias a la división de centroamericanos que al mando del Benemérito General Francisco Morazán, vino a darle libertad a Costa Rica; 2º—Quieren que a nombre de los costarricenses se manifieste su reconocimiento a los Generales, Jefes, oficiales y soldados que componen la indicada división, y el aprecio que hacen de sus servicios; 3º—En lo sucesivo, se le denominará División Libertadora de Costa Rica; 4º—La división del Estado que salió a batirse con la Libertadora y tomó las armas contra el intruso, proclamando la libertad de la Patria, ha contraído un mérito; la Asamblea lo reconoce y quiere que a su nombre se le den las gracias a los Jefes, oficiales y soldados que la formaban, por sus servicios en favor de la causa pública; 5º—Al

Jefe de la División dicha, General Vicente Villaseñor, se le obsequiará una medalla de oro, a nombre del Estado. En su amberso figurarán las armas del mismo, con una leyenda en la circunferencia que diga: «Costa Rica: al mérito reconocido del General Vicente Villaseñor»; 6°—Las Autoridades superiores, vecindario y división del Departamento de El Guanacaste, obraron meritoriamente pronunciándose contra el Gobierno intruso, y secundando los esfuerzos de la división libertadora, cuando supieron que ésta saltó a tierra en el puerto de Calderas. Los Representantes del Estado les tributan una expresión de agradecimiento y reconocen sus servicios; y 7°—El día doce de Abril de todos los años, será feriado y se celebrará en él, con las mayores muestras de regocijo, una función religiosa y cívica en las cinco ciudades principales del Estado».

Tras la publicación de tan significativo decreto, la Asamblea emitió otro en el que se declaraba a Morazán *Libertador de Costa Rica*. La natural modestia de tan eximio repúblico, evitó que dicho decreto se diese a la publicidad, por lo que aquel alto cuerpo ordenó a la Secretaría dirigiese el siguiente oficio: «San José, 1° de Agosto de 1842.—Al Señor Ministro General:—La Asamblea, en sesión de hoy, ha sido informada por algunos de sus miembros de que el Ejecutivo se ha abstenido de imprimir, publicar y circular el Decreto que la misma se sirvió expedir el quince del próximo pasado, declarando Libertador de Costa Rica al General Francisco Morazán; y CONSIDERANDO: que semejante omisión solo puede ser efecto de la misma delicadeza de dicho General, por cuanto es el encargado actualmente del Poder Ejecutivo, ha acordado se diga a éste: que la Asamblea espera no postergará por más tiempo la impresión, circulación y publicación del mencionado Decreto, sin que obste consideración alguna; pues es un documento cuyo conocimiento interesa tanto más a los pueblos, cuanto él es la expresión de los sentimientos más puros de la gratitud del pueblo de Costa Rica, producidos por sus Representantes, en favor de la persona que heroicamente lo restableciera al pleno goce de sus libertades y derechos».

«Es con el fin indicado que tenemos la honra de decirlo a Ud. Señor Ministro, de orden de la Asamblea Constituyente, teniendo la muy particular de reprodu-

cir que somos sus atentos servidores,—*Joaquín Bernar. do Calvo.— Félix Sancho*».

Algo que tocaba a la más alta escala del patriotismo y sobre cuya cúspide luminosa vióse irradiar un pensamiento redentor, salió del seno de esa Asamblea de hombres libres que, conscientes de su deber, se dignificaban en el presente, para ser admirados y bendecidos en lo porvenir. Esas serenas inteligencias que habían sentido la inspiración de algo grande que sobrepasaba al límite de un estrecho patriotismo, amando a Costa Rica, como la amaban en verdad, cifraban su mayor gloria, no en su resurgimiento puramente local que la aislara del resto de la Patria, sino en su incorporación a la República Federal, que la llevara a su fecundo seno, para ser dentro de ella, una de sus estrellas más brillantes.

Y, aquellos dignos ciudadanos de la Patria que puesta la mano sobre el corazón y la mirada hacia el porvenir, tuvieron la más clara visión de la suerte que a cada Estado tocaría en el aislamiento y la brillante y próspera que le correspondía si estrechaban aun más los lazos de su antigua unión; por eso fue que ellos como los más avanzados Representantes del Estado, comprendiendo que el secreto de la grandeza de la Patria estaba en la unión de sus secciones, apresuráronse a declarar en el memorable decreto de 20 de Julio, que Costa Rica volvía al seno de la República, que manos traidoras habían tratado de romper.

Ese paso trascendental que los Representantes de Costa Rica daban en pro del magno ideal, basta por sí solo para testificar que en aquella sección de la Patria ha habido y habrá siempre espíritus amplios y comprensivos que, repudiando el aislamiento del Estado, cifran sus mejores anhelos en que Costa Rica vuelva con sus hermanas a formar la gran Nación de nuestros mayores.

El espíritu que flotaba en el fondo del importantísimo decreto a que nos referimos con tanta satisfacción, fue algo así como un fulgor de aurora que iluminó por un momento el cielo entenebrecido de la Patria, y que dignificó por siempre, a los portavoces del pensamiento centroamericano, que ahora resplandecía sobre la tierra donde se alzan el Orozú y el Turrialba.

La historia no puede dejar de consignar nunca tanpreciado como levantado documento, en el parece re-

saltar el pensamiento que siempre dominó en el alma de aquel genio, que nació y vivió sólo para la Patria.

He aquí su letra: «La Asamblea Constituyente del Estado de Costa Rica, considerando: que la posición geográfica de Costa Rica, sus intereses, relaciones y simpatías la llaman a ser parte integrante de Centro América, como lo ha sido desde antes del glorioso pronunciamiento de independencia absoluta de la dominación española: que por tan justas consideraciones concurre a acordar el pacto de 1824, por el cual se proclamaron y constituyeron en Nación, libre, soberana e independiente, acordando las bases para un Gobierno que lo representara en el exterior y conservase la unidad, y para darse instituciones análogas a sus necesidades e intereses, en la capacidad de Estados independientes entre sí y ligados por la Constitución general: que si los vínculos de asociación política de los mismos Estados aparecen rotos por las vías de hecho, el pueblo de Costa Rica no ha desconocido la conveniencia de restablecer el imperio de las leyes, darle vida a la República y consolidar la paz, que tanto interesa al honor, respeto y bienestar de la misma: que una triste experiencia adquirida con inmensos sacrificios convence que la dislocación de los Estados los ha comprometido en sus relaciones exteriores y puesto a merced de las disensiones intestinas: que Costa Rica no habría sufrido la calamidad con que la afligiera el tirano, si a la sombra de un gobierno de leyes en la República, sus votos no hubieren sido sofocados por las facciones que eran consiguientes a la completa desorganización de aquellos; y que para evitar nuevas y dolorosas consecuencias en la marcha política del Estado, es no sólo conveniente y necesario, sino de la más urgente necesidad, promover por cuantos medios sean al alcance, la reorganización general de la República y el establecimiento en ella de un Gobierno liberal, sólido y fuerte, con unanimidad de votos, decreta»:

«Artículo 1º—El Estado de Costa Rica que, por una mano atrevida y criminal, fue sustraído de las leyes y autoridades nacionales, creados a virtud del pacto general, pertenece a la República de Centro América, y es, y será parte integrante de ella según lo expresa la ley fundamental del 21 de Enero de 1825».

«Artículo 2º—El Estado de Costa Rica quiere decididamente la reorganización de la República a que per-

tenece, y excita para tan grandioso objeto, e interesa al patriotismo de todos los centro-americanos».

«Artículo 3º—El Estado de Costa Rica concurrirá con los demás Estados por medio de sus representantes, electos directamente por el pueblo con amplios poderes, a un gran Congreso o Asamblea Constituyente, que se ocupará de la formación de un nuevo pacto bajo bases sólidas que hagan la prosperidad pública y den una verdadera seguridad interior y exterior».

Artículo 4º—El Poder Ejecutivo del Estado queda autorizado para obrar como convenga, a fin de que tenga efecto la reorganización de la República y establecimiento de la Unidad Nacional, que reclaman altamente los deseos e intereses de los centro-americanos».

«Comuníquese al Poder Ejecutivo para su cumplimiento y publicación».

«Dado en la ciudad de San José, a los veinticinco días del mes de Julio de 1842. José Francisco Peralta, Diputado Presidente.—Joaquín B. Calvo, Diputado Secretario.—Félix Sancho, Diputado Secretario».

«Por tanto: ejecútese, circúlese y publíquese.—Casa de Gobierno, San José, Julio 21 de 1842.—FRANCISCO MORAZÁN».

Nada más grato a los ideales del eximio centroamericano que la ejecución de ese decreto, en que se le autorizaba llevar a la realización sus sueños de proscrito: legar una Patria grande a la posteridad. Si su espíritu hubiera sido como tantos otros cuya mediocridad triunfante se estanca y corrompe siempre en los fangales del éxito, es seguro que, sin volver su pensamiento a la gran Patria, allí se hubiese quedado en Costa Rica, disputando sin mayores inquietudes el Poder que tenía en sus manos, bajo un ambiente apacible y sosegado. Pero no; aquel gran novador, extraño a todas nuestras pequeñeces y miserias, creado había sido para testificar al mundo que, Centro América, como Norte y Sur América, no había de quedar huérfana de una verdadera gloria nacional, que cristalizase en hechos sublimes su redentora misión sobre la tierra que le vió nacer.

Mas el adalid centroamericano, que tenía la seguridad de vencer siempre a sus adversarios en el campo de batalla, quiso antes de emprender la lucha, agotar primero los medios de persuasión, haciendo de Costa Rica una especie de Piamonte, para que todos los buenos centroamericanos llevasen allí su concurso, a fin de lo-

grar por la atracción lo que sólo como un último recurso se haría por las armas. Pero escrito está: «que la envidia y la traición forman la corona que los mártires y genios encuentran en su misión, y que, hay siempre detrás de cada redentor, la sombra de un Judas que le sigue para venderlo».

El encono y la envidia gritaban a Morazán desde Guatemala, el Salvador y Honduras; la ingratitud asombraba odiosa y negra del lado de Nicaragua, y la infame y negra traición le seguía ya muy de cerca de Costa Rica a donde llegó la grito de sus implacables enemigos que imperaban como amos y señores en las tres primeras secciones. Harto habían trabajado ya éstos para perderlo desde su principal centro de conjuración, que lo era la ciudad de Guatemala. Tocaba su turno al Gobierno traidor de Nicaragua, y a ellos se encaminaban sus pasos, para corresponder así, a los gastos y sacrificios de quien voló en su socorro al ser llamado por el Ministro General, en defensa de la integridad de su territorio.

Sin previa declaratoria de guerra, y sin que mediase explicación ninguna, el Gobierno de Nicaragua fue el primero en lanzarse traidoramente sobre el de Costa Rica, amenazándolo con una fuerza considerable por el lado de «El Guanacaste».

Perturbada así la paz del Estado que gobierna Morazán, deposita el mando y se pone al frente de su división centroamericanista, tanto para defender y garantizar los derechos y libertades de sus gobernados, como para proseguir su campaña nacionalista. Ante la firme resolución del Jefe, y no quedando más recurso que las armas para llevar a cabo la reorganización de Centro América, bajo la sombra de un sólo pabellón, el General J. Miguel Saravia, como Secretario del Supremo Gobierno de Costa Rica, envió a Morazán un decreto en que se le autoriza para alistar y movilizar sus fuerzas, haciendo frente a las amenazas de Nicaragua y proseguir la lucha por la unión de Centro América.

En una de sus partes, el decreto dice así: «Que el General en Jefe procure reunir el catorce del corriente en el punto que lo creyese conveniente todos los Jefes y oficiales, lo mismo que los patriotas que son considerados como militares, para que con la misma franqueza y voluntad con que se pusieron a sus órdenes en el Perú, en El Salvador y en este Estado, declaren si quie-

ren o no continuar al servicio del Ejército Nacional, con el grandioso objeto de salvar la República».

«Que a los militares que no quisieren continuar en el servicio, bajo la disciplina que establecen las leyes, se les mandará conducir por cuenta del Estado a los puntos que ellos designen y el Gobierno esté en la capacidad de hacerlo, proporcionándoles al mismo tiempo todos los recursos que fuesen compatibles con las escasas del Erario, en consideración a los buenos y desinteresados servicios que hasta ahora han prestado a la causa pública».

Antes que restar su concurso, ninguno de los centroamericanos que desde el destierro o de las otras secciones de Centro América habían corrido en pos del héroe, quiso separarse de sus filas y, antes bien, como impulsados por un sólo sentimiento y una sólo voluntad, todos vieron en aquel decreto la correspondencia de sus ideales. Ellos, que ya habían cooperado a la salvación de Costa Rica, pronto estuvieron ocupando el puesto que se les designó, para proseguir su lucha redentora en las otras secciones de la Patria.

Invariable y firme la voluntad de los centroamericanos, por combatir, el éxito de tan gloriosa cruzada pendiente quedaba únicamente de la actitud que asumiese el pueblo costarricense.

---

### XXXIX

**Fatalidades que encadenaron a Morazán en San José de Costa Rica.—Correspondencia ingrata a sus grandes sacrificios.—Lucha titánica y desesperada en el sitio de El Prodigio.—Salida gloriosísima de la capital—La Traición los pierde y aprisiona en Cartago.—Trágicas escenas.**

---

Abiertas las alas de la ilusión en nuestro último capítulo, verásele desplomarse en el presente bajo ese vértigo que producen los grandes cataclismos de la Historia.

Con esa furia desconcertante con que las corrientes huracanadas se precipitan a veces sobre mares en bonanza, para originar naufragios lamentables,

los acontecimientos de Costa Rica se sucedieron así, llenos de esa trágica y desconcertante furia con que el huracán de las pasiones políticas ocasionaron el más grande de nuestros naufragios nacionales.

Contra lo esperado, el pueblo costarricense no se aprestó a tomar las armas, como tantas veces lo hiciera el salvadoreño en circunstancias más difíciles y apremiantes. No era justo ni humano tampoco que la división centroamericanista fuese la única que estuviese pronto a derramar su sangre en defensa del Estado cuyos derechos y libertades había sabido afianzar con el prestigio de sus armas: ahora convenía más que a ninguno, a sus propios hijos, defender sus libertades y derechos: mas como no lo hiciesen, hubo necesidad de apelar al reclutamiento forzado, en tanto que el General Rivas, cumpliendo órdenes del General en Jefe, corrió con una parte del Ejército a defender el territorio por el lado de «El Guanacaste».

A las órdenes de reclutamiento, la mayor parte de costarricenses se alzaron a los montes y, los pueblos y ciudades soliviantados por las prédicas odiosas de los enemigos de la Unión, pronto se convirtieron en focos de sublevación. A esta obra infame unió su acción activa y descarada el Cónsul inglés, tomando así el desquite de lo que Morazán dijera y se propusiera hacer por la ocupación de San Juan del Norte.

No será nunca al brazo que ejecuta el golpe, sino a la cabeza que lo dirige, a quien el criterio y la verdad histórica podrá culpar por los dolorosos y lamentables sucesos de Costa Rica, cuyo laborioso pueblo ama como el máspreciado de sus bienes, la paz de sus hogares.

Una serie de fatalidades, cual si fuesen soplos de Satán, vinieron a precipitar el sangriento drama nacional. El oficial Ángel Molina, que bajo las órdenes del General Rivas estaba al mando de una guarnición en «El Guanacaste», comete un acto de indisciplina, que en aquellas circunstancias la Ordenanza Militar demandaba un ejemplar castigo. Pero ante la pena merecida, el oficial mencionado se subleva con los soldados de su mando, y agregando un crimen más a su infidencia, ataca traidoramente al General Rivas y le asesina. Morazán, que vio sucumbir así a uno de sus mejores jefes y máspreciados amigos, no pudo consentir que con el crimen y la infracción a las leyes militares quedase abierta la puerta de la rebelión, y apresuró la marcha del General

Saget a Puntarenas, quien al mando de los quinientos centroamericanos, llevaba el doble objeto de hacer respetar el fallo que el Consejo de Guerra distara para castigar el delito de Molina, y el de preparar el avance hacia Nicaragua. Pero Morazán, ignorando que la traición le espiaba muy de cerca, dió ese paso tan fatal, que lo redujo al aislamiento más completo: con Saget envió casi toda la división centroamericanista, y él quedaba en la capital con Cabañas, Saravia, Vigil y otros jefes y oficiales apenas con trescientos hombres, siendo de éstos doscientos costarricenses y cien salvadoreños. Para completar la debilidad de los que en la capital habían quedado, mandóse después de la partida de Saget, anticipándose a la del General en Jefe; un tren de guerra para que fuese reembarcado en Puntarenas: al pasar este tren que, entre otros elementos llevaba ciento cincuenta barriles de pólvora, por Alajuela fue capturado por Florentino Alfaro, quien traidoramente se había sublevado con trescientos cincuenta reclutas que estaban listos para ir a campaña.

Ese mismo día, (once), en que Alajuela se declaraba por la rebelión, también los josefinos se levantaban, y en número de cuatrocientos atacaron la Guardia de Honor de Morazán, compuesta apenas de cuarenta salvadoreños. Con ese primer ataque impulsado por la Traición, la lucha principió tenaz y desigual: luchaba uno contra diez y sin embargo, el enemigo fue cuatro veces rechazado, no obstante haberle llegado el contingente de Heredia y Alajuela en número de mil hombres. ¡Sostenerse cuarenta contra mil cuatrocientos, era ya el colmo de la desproporción numérica!; por lo que los heroicos morazánidas, que jamás rindieron sus armas, rompieron las líneas enemigas, trasladándose, precedidos por el héroe, al cuartel principal, donde con los elementos de combate se creyó encontrar un regular número de soldados dispuestos a combatir hasta el último momento. Pero allí estaba también la Traición y, bajo su helado soplo, desertaron los soldados costarricenses, quedando únicamente los salvadoreños, que con los de la Guardia de Honor, sumaron poco más de una centena.

Como una marejada que tratase de ahogar con su alborotado tumulto aquel último valuarte donde se defendía el heroísmo, los sublevados fueron aumentando y aumentado en número. Pero a la aglomeración

de esas fuerzas ciegas, que sin tática ninguna y sin ideales elevados se habían levantado contra quien los sustentaba en el más alto grado, faltábales la dirección de alguien que obrase como jefe del movimiento subversivo; mas el jefe pretoriano no había de faltar para dirigir las turbas regresivas dispuestas a sacrificar a su libertador de ayer: el infame portugués Antonio Pinto, aventurero sin entrañas, ofrécese a ello, y queda como jefe de aquel movimiento criminal, que no tuvo por principio sino la odiosidad de afuera y la ingratitude y la traición de adentro.

Mientras Morazán como un titán encadenado quedaba reducido a sus pocos defensores, doña Josefa, su amante esposa, y caros hijos, en busca de un seguro refugio para salvarse, salieron a la calle bajo una lluvia de balas y, aunque respetados por la muerte, no lo pudieron ser por los enemigos que, tomándolos prisioneros, fueron conducidos a la propia casa del jefe pretoriano.

Pedro Mayorga, Comandante de Cartago, ignorando el desarrollo de tales hechos, sale de esa plaza con ochenta hombres en auxilio de Morazán; pero en el camino fue derrotado, y ese fracaso que debió enaltecerlo, sólo sirvió para tornarlo a su verdadera naturaleza de traidor. Tan luego como comprendió la fatal situación de su protector de ayer, volvióse a Cartago y con la misma autoridad de Comandante que aun tenía de esa plaza, levantó al pueblo contra Morazán.

Reducido el grupo de héroes al sólo cuartel que defendían, la lucha se renovó tremenda y desproporcionada como nunca jamás se ha visto en Centro América. Cerca de cinco mil hombres brotados de todas partes y armados de toda clase de armas, los cercaban en círculo de fuego, donde la metralla y el cañón, parecían entonar las más bélicas estrofas de la gloriosa Epopeya, que pronto tocaría a su fin con la Tragedia.

Morazán esperaba algo que debía de poner término a la desesperante situación en que se encontraba: había convenido con Saget que al no recibir el expreso que diariamente sería enviado a Puntarenas, era indicio de que algo grave pasaba en la capital, debiendo entonces volver con sus quinientos a protegerlo. Pero en vano el héroe esperó aquel auxilio salvador, una tras otra hora, porque el enemigo también supo burlar la previsión del jefe traicionado, llevando el engaño infame

me al mismo Saget. Mientras esa única esperanza alimentaba el pecho del titàn enardecido, la consigna para los suyos fue la de: «luchar y sostenerse a toda costa»; pero ya cuando esa esperanza quedó desvanecida, después del segundo día de lucha tan tremenda, entonces fue la de: «morir luchando; pero no rendirse».

¡Y qué lucha y qué heroísmo!

Los jefes confundidos como soldados disputàbanse el honor de caer los primeros en brazos de la muerte. Ninguna voz de mando salía ya de sus labios; sustituida esa voz en acción, todos disputàbanse el puesto de primeros combatientes: Morazàn, Cabañas y Lazo hablaban por boca de sus cañones, que cargaban y disparaban a la vez, haciendo de artilleros admirables; y Villaseñor y Vigil, secundàndoles, habían trocado sus espadas por fusiles que disparaban sin cesar. Estaban inconocibles: el humo del combate los había transfigurado en otras tantas imágenes del dios Marte que, al parecer, se había allí multiplicado en cada uno de aquellos héroes.

Tres días de combatir así, faltos ya de víveres y de agua, ¡qué lucha tan titànica y tan sublime!

¡Cuanto te vale ser pequeño! Esta bala era para tí y me ha tocado a mí,—fue lo que con expresión serena dijo Morazàn al sin igual ¡Cabañas, cuando cerca ambos, en la propia puerta del cuartel, recibió en la cara una bala que aun respetó su vida. Ambos al parecer disputàbanse el primer puesto ante la muerte; pero ¡ay! menos afortunados que los demás jefes y oficiales que caían a sus pies, asistidos parecían por Minerva, que los sostenía sobre ese campo de combate, que debería llamarse el *Sitio del Prodigio!*.....

Cabañas, como si sintiese sed, pero sed de morir en la refriega, hace salidas temerarias, que rayando en el prodigio, parece ser el àngel tutelar de aquella gloria nacional que lo admiraba. ¡Diez y siete agujeros, como diez y siete condecoraciones otorgadas por la Gloria, sobre el campo de la muerte, fueron contados en el sombrero y en el vestido de Cabañas, después de aquella lucha desigual de tres días y sus noches, en la que tantos otros héroes quedaron tendidos para siempre!

Rascón y Lazo, cayeron los últimos en actitud sublime, quedando en su semblante la satisfacción impre-

sa de haber muerto como valientes, por la más grande de las causas.

—Al no morir aquí, talvez la Patria nos necesitará mañana—expresó el héroe a Villaseñor, Cabañas y Vigil, que aun sobrevivían con un puñado de soldados entre los cadáveres de los demás.

¡Once, doce y trece de Septiembre!, días de prueba y de incesante lucha, suficientes eran ya para que cinco mil hombres redujeran a la nada a una centena de soldados con sus jefes y oficiales! Mas, como la providencia no lo quiso así, porque donde faltaba el número, sobraba el heroísmo, Morazán quiso respetar su último dictado, y ordenó la retirada de los sobrevivientes en la madrugada del catorce del mismo mes.

De la mitad de héroes que habían quedado en pié, veinticinco recibieron la orden de alistar sus cabalgaduras para que como ginetes de la muerte, armados de la pavorosa y temida lanza, armasen la pequeña caballería para romper el sitio, y el resto de la infantería, al mando del General Cabañas, formaría la retaguardia para proteger la retirada. El enemigo, que había medido ya el grado de heroísmo de estos invencibles legionarios, que caían muertos pero no vencidos, previó su retirada sobre tantos miles que los rodeaban, por lo que mandó obstruir las calles y caminos con maderos, lazos y carretas.

Entre las tres y cuatro de la mañana del 14 de Septiembre, casi a la misma hora en que se operó la retirada de Guatemala en Marzo de 1840, verificóse esta increíble y atrevida salida del cuartel principal, donde el enemigo tenía la mayor parte de sus fuerzas. Pero aquellos caballos de guerra, impacientes por salir de ese recinto donde por tres días habían estado inactivos, al sentir el acicate de sus bravos ginetes que, con lanza en mano los empujan por sobre todo obstáculo, no corrieron, sino que saltaron y volaron como impelidos por una tempestad que los azotara.

Con ese espasmo que entre la vida y la muerte deben sentir los que para salvarse o para morir se dejan llevar por el ímpetu de la corriente que los arrastra, así la infantería, ciega de valor y de muerte, siguió tras el empuje sobrehumano de la caballería, que le abría el paso. Desbaratando y rompiendo obstáculos, recibiendo o dando la muerte, los invencibles y no igualados morazánidas salvaron las últimas calles de la capital,

para proseguir el camino que por su audacia y su valor les quedaba libre.

Y, por sobre tanto peligro y tanto encono, respetada había sido una vez más la olímpica cabeza de Morazán, que con las del sin par Cabañas, Villaseñor, Saravia y Vigil, fueron el blanco de tantas balas enemigas, cuando como jefes forzaron con su heroísmo sin igual aquel paso en que la muerte lo era todo y la vida nada.

¿Por qué la Providencia, que no quiso que cayesen allí envueltos en su bandera, no encaminó sus pasos hacia otro rumbo en que no fuese con ellos la Traición? Mas la fatalidad, la ciega fatalidad, así lo dispuso. Mientras Cabañas quedaba atrás protegiendo a los heridos en esa retirada del prodigio, Morazán, con Villaseñor y Vigil, adelantáronse con otros pocos sobrevivientes para Puntarenas, pasando antes por Cartago, donde se encontraba Mayorga. Algo así como un presentimiento impulsó a Villaseñor para persuadir a Morazán a que no llegasen allí; pero éste, traicionado siempre por el corazón, contestóle: «Temo que Mayorga esté comprometido, y hay que salvarlo a toda costa».

¡Ay! los héroes y los genios no conocen ni conocerán nunca hasta dónde puede llegar la miseria y la perversión humana!

Al llegar a Cartago, se dirijieron directamente a la propia casa de Mayorga. Este, cuya traición estaba consumada, llevó a su semblante la máscara de Judas, y procediendo como aquél con el Maestro de Galilea, llegóse a su protector y jefe; le da su postrer abrazo, colmándole de atenciones. Finge luego que le preocupa la peligrosa herida que lleva Morazán en el carrillo izquierdo, y sale con precipitación, no a buscar el cirujano que decía, sino a organizar la escolta para prenderlo.

Mientras tanto, el mártir de la Unión de Centro América, sin atender a los dolores de su herida, así como el Maestro de Galilea ilustraba por última vez a las multitudes sobre la bondad de sus principios evangélicos que le habían traído para salvar al Mundo, Morazán explicaba también a las personas que le rodeaban sus principios y los motivos que lo habían llevado allí, indicando a la vez, las medidas que debían tomarse para que Cartago no sufriese. Entre la multitud de oyentes encontrábase don Felipe Espinosa, quien como enviado del Gobierno del Perú para trasladar los restos del General Lamar, estaba allí en Cartago en la misma

casa. Conmovido por lo que no ignoraba había pasado, el distinguido peruano escuchaba con profunda atención la relación del héroe. Por su parte Vigil, extenuado, rendido por la marcha y agujoneado por el hambre, después de lucha tan tremenda, en la que sufrieron toda clase de privaciones, se acercó a la señora de Mayorga para pedirle algo de comer y de fumar. Los sentimientos de ésta, muy opuestos a los de su indigno compañero, no pudieron permanecer ocultos dentro de su generoso corazón que rebosaba de gratitud por quien había sido su protector. Conmovida por la pena que le ahogaba, indicó a Vigil lo que en verdad andaba haciendo su ingrato e infiel esposo. Sin pensar ya más en reparar las fuerzas y mitigar el hambre, Vigil se acerca al señor Espinosa, llamándole para decirle a solas lo que acaba de saber. Como quien arroja de sus hombros un peso que le abruma, éste contestó emocionado: «Sí, desde esta noche se han levantado aquí.....»

Ya no había duda; la Traición, la negra Traición, les rodeaba por doquiera! Vigil informó de ello a Morazán, y éste al saber la procedencia del informe, ya no dudó un instante más y ordenó la marcha. Pero era ya tarde: un número regular de soldados pretorianos guiados por el traidor, les rodeaba ya e iban a prenderlos.

Morazán abriéndose la levita presentó el pecho y dícele a los soldados: «¡Pronto acaben con mi vida, que la muerte me será más grata antes que llegue a presencia de mis enemigos!»

—¡Atrás! ¡atrás!—dijeron los soldados pretorianos, aprisionando inmediatamente al héroe inmortal que, con Villaseñor y Vigil, condújoseles a una pieza donde quedaron privados de su libertad.

Sin anonadarse por ese golpe tan fatal, recibido en el mismo sitio donde acababa de recibir el jefe el abrazo del traidor, medita aquel un momento y luego pregunta a Vigil por las bestias, para montar y forzar la salida sobre aquel cerco de soldados que vigilan la casa. Esta atrevida resolución los hubiera talvez salvado; pero la suerte, que se había empeñado ya en serle adversa, puso en la pervertida conciencia de los traidores todos los medios para perderle. El aguerrido Cabañas, que aun venía al mando de unos pocos morazánidas capaces de levantar a una división que se les opusiera al paso, había quedado muy atrás protegiendo

—como ya dijimos—a los heridos. Pero ya que ninguna fuerza armada fue capaz de cortarle el paso en la dirección que llevaba para unirse al jefe y compañeros, la Traición, la infame y negra Traición pudo hacerlo, por medio del aventurero Buenaventura Espinach, quien como un vil instrumento de perfidia, se adelantó para asegurarle: que Morazán y sus compañeros no se encontraban en Cartago y que, en su rápida marcha por allí, habíanle dejado el encargo de indicarle: que se encaminase hacia Matina, donde le esperaría. Algo había en las facciones de este vil instrumento de la traición, que denunciaba desde luego su diabólica misión. Cabañas, cansintiendo el engaño, no quiso dar crédito a sus palabras; mas aquél fingiendo lo más que pudo su pérfido papel, le presentó una mula ensillada e imprimió a su voz tal tono de sinceridad que, al fin Cabañas, sorprendido, en vez de llegar a Cartago, se dirigió con los suyos en la dirección que se le indicó. ¡Tras él fuese la última esperanza que quedaba a Morazán y sus compañeros!

A verificarse iba ya la atrevida salida que dejamos indicada, cuando el General Saravia y Francisco Morazán hijo, uno en pos de otro, desesperados por correr la misma suerte de los prisioneros, llegaron a su improvisada prisión, llevándoles la fatal noticia de que Cabañas, engañado por Espinach, había marchado a Matina.

Y, aquel pundonoroso soldado de la Patria, cuya virtud sin tacha no ha sido ni será imitada, no pudo darse cuenta del fatal engaño, sino fue hasta que llegó al paraje denominado «El Paraíso». Al saber allí la prisión del jefe y compañeros, ya no pensó sino en salvarlos o morir con ellos, regresando inmediatamente sobre Cartago. Pero ¡ay! no le fue dado ni salvarlos, ni morir con ellos, porque en el trayecto fue sorprendido y hecho prisionero con los pocos que le acompañaban.

Las escenas del terrible y sangriento drama se sucedían unas tras otras con esa precisión con que el cronómetro marca la hora final de la agonía.

Abrumados aquellos cuerpos por tantas fatigas y privaciones, sus espíritus parecían estallar dentro de ese cúmulo de dolorosas impresiones. Saboreaban la última fatal noticia del desengaño sufrido por Cabañas, cuando las fuerzas que les seguían desde la capital vinieron a gritar muy cerca a su prisión: «¡Vivan los pueblos libres!» «¡Mueran los traidores!» Mas estos gri-

tos no eran soeces como los vertidos por las turbas de Carrera el 18 de Marzo de 1840 en la capital de Guatemala, pero tenían el mismo timbre de amenaza a muerte, y Villaseñor y Saravia, cuyos cerebros estaban ya demasiado sobreexcitados, adelantándose a la ejecución con que se les amenazaba, quisieron poner término a tantos sinsabores, escapando de ellos por las puertas del suicidio: primero, el infortunado Villaseñor, llevó el cañón de su pistola a la cabeza para dispararse en las sienas; pero el arma no dió fuego. Mientras tanto, Saravia, que también deseaba escapar de esta vida, para no tener el dolor de ver morir al amigo, ayudado por Vigil, logró quitarle el arma a viva fuerza a Villaseñor; y Morazán, que desesperaba con su inmutable serenidad, verse precipitado a la muerte, que creía el mejor beneficio que podrían esperar, con estoico acento dijo desde su catre, donde permanecía recostado por el agudo dolor de la herida: «¡Déjenlo!.....¡Déjenlo, que es preferible hoy la muerte!»

Aunque habían logrado quitar el arma a Villaseñor, Vigil en sus esfuerzos dejó caer un puñal que llevaba oculto, el que tomó precipitadamente aquél, infiriéndose dos profundas heridas cerca del corazón que lo hicieron caer bañado en su propia sangre.

Conformándose Saravia a sobrevivir por unos pocos instantes a su amigo, mientras se atendía al infortunado Villaseñor, y después de lograr ponerlo en reposo, retiróse él con Vigil, mientras Morazán y su hijo quedaron contemplando en su lecho de dolor a aquél. La turba como un mar apaciguado, había cesado de gritar, y en medio de aquella calma que sobrevino a los gritos de amenaza, Saravia y Vigil entregáronse a hacer gratas reminiscencias del pasado tan lleno de esperanzas..... Brillaba en el anular de Saravia un anillo con una piedra, en cuyo engarce había algo fatal que éste tenía reservado para la última hora de prueba; complaciéndose entre tanto, en referir a Vigil lo más sobresaliente de su actuación durante su permanencia en el Sur. Entre otras cosas, enseñábale un periódico que había redactado en Lima, y que lo conservaba como un recuerdo de sus luchas por la causa que defendían, y por la cual sin duda morirían.

Envueltos por aquel trágico silencio, pareció que el 14 pasaría sin más novedad. Pero ya cuando el día había terminado, a eso de las siete de la noche, de modo

brusco y repentino, entró el oficial Daniel Orozco al mando de una escolta para decirles: «*que el ejército pedía se les pusieran grillos y que era necesario complacerlo*».

Pronto los pretorianos principiaron por engrillar a Morazan, prosiguiendo con Vigil, y, mientras la infame cadena ligaba los pies del jefe y amigo, Saravia sobreexcitado paseábase en el reducido espacio que le quedaba libre. Al ver remachados los grillos en su jefe y amigo, creyó llegada la hora de decirle su judio eterno y, llevándose la misteriosa sortija que tenía en el anular a la boca, en el preciso momento de sentarse, extendió los pies y dijo a sus verdugos: «*Estoy listo, pueden ponerme los.....*»

Al decir esas trágicas palabras y cuando los verdugos ajustaban los grillos a sus pies, violentas convulsiones le sacudieron y cayó desplomado al suelo: estaba envenenado desde el momento en que llevó a sus labios el anillo que de antemano había preparado, y aquellos infames grillos no se remachaban sino sobre un cuerpo que no quiso darse a sus perseguidores más que muerto.

Tras esa nueva pena de dolor que laceraba el alma conmovida del héroe, siguió la del padre martirizado por todos los sacrificios, cuando vió encadenado al hijo de su amor.

Asegurados ya dentro de ese recinto fúnebre que les servía de prisión, mientras Villaseñor herido de gravedad yacía tendido en su catre, Morazán, como Aquiles que velaba el cuerpo de Patroclo, pidió como un último consuelo que le dejaran allí el cuerpo de Saravia para velarlo. Fuele concedida esta gracia, quedando con su hijo y Vigil haciendo aquella vela de dolor en torno al cadáver queridísimo, donde con el chisporrotear de las velas encendidas y el penoso respirar de Villaseñor, oíase de vez en cuando la voz apacible y resignada de los ilustres y martirizados prisioneros que, aun sobre la intensidad de su dolor, hablaban de la Patria y su porvenir.

En aquella vela del heroísmo estoico y resignado había algo de extraordinario, algo que la Providencia había querido reunir allí, para testificar al Mundo que, hay algo de sobrenatural con que Dios une a los espíritus predestinados a la gloria. Los al parecer solitarios prisioneros no estaban solos: la gloria los envolvía y los acariciaba dentro de esa atmósfera de dolor, donde

parecía flotar algo que los animaba elevándolos por encima de las miserias de este mundo. ¿Por qué obró la casualidad de manera que en esos mismos días enviase el Gobierno del Perú por las cenizaspreciadas del General Lamar? Y ¿por qué el señor Espinosa no llevó antes o después de esta escena los restos que estuvieron allí en el mismo lugar donde Marazán y los suyos fueron presos, y pasaron esa vela del dolor?

Alguna comunión sagrada unió en esa ocasión a dos espíritus ilustres: el del héroe de Junín y Ayacucho dentro de la urna que los guardaba, y el del héroe centroamericano dentro de su forma corpórea que estaba próximo a abandonar.

---

XL

**Tremendo y no igualado sacrificio de los mártires de la Unión.—Sublime y trascendental testamento de Morazán.—Estoica resignación con que marcha hacia el patíbulo, y su ascensión a la inmortalidad.**

---

Era el vigésimo primer aniversario en que Centro América habíase declarado independiente de España, y el décimo tercero en que el Creador de nuestra nacionalidad emancipada, nos había dado una verdadera Patria, libre y desligada de todos los absurdos del pasado, cuando el más inaudito e inconcebible de los crímenes iba a consumarse sobre quien tanto había luchado por mantenerla unida. La mañana del 15 de Septiembre de 1842, tenía indecisiones y palideces mortuorias, como si Natura quisiera velar con un manto de tristeza día tan memorable. Algo de tormentoso e indescifrable había en la nebulosidad de ese día en que, hasta el mismo sol, como si sintiese rubor de aparecer, no se atrevía a romper toda aquella bruma que velaba el horizonte.

El frío húmedo de la mañana, como el primer soplo de la muerte, penetró a la pieza de los ateridos prisioneros, que habían pasado en vela la noche del 14, cuando los centinelas que los guardaban abrieron la puerta para dar paso a la escolta, que nuevamente los iba a sacar de su recogimiento.

¿A qué iban esos soldados del Pretorio? Iban a

quitarles el peso de los grillos, que los tenían entumecidos, como águilas cautivas condenadas a no surcar ya más el cielo de la Patria. La operación se ejecutó en silencio y con cierto recogimiento de respeto y admiración, como si los soldados sintiesen una verdadera satisfacción al librar de su cruel tortura a quienes habían llegado sólo por salvarlos del oprobio.

Al quedar libres de aquella tortura apareció en el umbral de la puerta una figura singular que llevaba en su semblante esa luz sobrenatural que espiritualiza y hace venerables a los enviados del Señor: era un santo sacerdote que, conmovido y trémulo por la misión sagrada que lo llevaba allí, dijo a Morazán: «Vengo a ofrecerle mis servicios, porque Ud. va a comparecer ante Dios».

Morazán, cuya fe sencilla y pura reducíase a creer en el Autor Supremo del Universo, no creyó necesaria la confesión, ya que su alma estaba como su conciencia, limpia y tranquila, al menos aceptó la plática evangélica y de celestial consuelo del anciano sacerdote, a quien con la más dulce y serena expresión respondió: «Siéntese, señor. Listo estoy a recibir vuestro celestial consuelo».

Tanto había de grandeza y de resignación en aquella alma sublimada por el sacrificio a que se iba a someter que, el cristiano sacerdote bañó su rostro de lágrimas que rodaron silenciosamente por sus pálidas mejillas: esas lágrimas fueron como la condensación de todos los dolores de la Patria que lloraba la suerte del más grande de sus hijos que moría por su amor.

Quedaron solos, sumergidos en ese diálogo que lo espiritual tiene con lo ignoto.....

El sacerdote al cumplir con la santa misión que lo llevó, salió de allí con esa evangélica y santa expresión en la mirada, que nada tiene de terrestre. Acto seguido y en cumplimiento a las órdenes de Pinto, los mártires del ideal centroamericano, entre dos filas de soldados, fueron conducidos camino a su cadalso, para ascender al Tabor de su humano sacrificio.

Los pueblos de Costa Rica no podían odiar a su libertador; la fatalidad quiso que su suelo propicio a la libertad, fuese el teatro destinado para tan terrible sacrificio. Si el brazo de ese pueblo hermano pudo ser tomado como instrumento para ejecutar el drama de Caín, su corazón no pudo ser tomado en prenda para

regocijarse con aquel hecho horrendo que empurpuró su suelo con esa sangre redentora que tanto y tanto le avergonzó después. Por eso fue que en Cartago, donde se consumó la traición por la negra y aleve mano de Mayorga, toda la población se sintió consternada ante el cuadro de dolor que pasaba ante sus ojos, cuando los ilustres mártires fueron sacados de su seno, camino a la capital. Los niños, las mujeres y los ancianos, lloraban al ver las tristes condiciones en que iba Villaseñor, el de la salvadora adhesión al héroe, que casi moribundo era conducido en una hamaca; Morazán, montado con su hijo, y Vigil también herido, caminaba en medio de los dos. El trayecto era largo, y bajo tan penosas condiciones, los presos llegaron al fin a la capital a eso de las cuatro de la tarde del propio 15 de Septiembre. La muchedumbre, como sucede siempre en todos los hechos extraordinarios, invadió las calles y se agolpó sobre la avenida por la cual entrarían, para verlos pasar. No hubo nada en tan inmensa multitud que denunciase regocijo por aquel acto inhumano que quizás rechazaba su conciencia: ese silencio del pueblo en masa era algo así como la confesión más sincera de que, su alma y su corazón, reconocían la gloria y la abnegación del mártir de la Patria.

Morazán, el héroe sublimado por el sacrificio, al verse así conducido por entre aquella multitud que se apiñaba a su paso, volvióse a Vigil para decirle: «*Con qué solemnidad celebramos la Independencia!*»

Ese hombre superior, cuya alma ya estaba entregada a Dios, su pensamiento parecía aun retenerlo sobre los destinos de la Patria que dejaba; pues en el trayecto encontró a un señor Guevara, que era jefe de sección, a quien llama para decirle: «Vea que no se pierdan los papeles de la cuestión inglesa». Estos documentos testificaban, como todos sus actos, sus patrióticos anhelos por la reivindicación total de Centro América.

Luego después, los presos fueron separados: a Morazán y a Villaseñor, se les condujo al edificio de la Corte, y a los demás, al llamado de «Los Almacenes».

Preocupado Morazán por la dolorosa situación que guardaba su amigo Villaseñor, acercóse a él para infundirle resignación y, mientras le hablaba así, con todo el cariño de su alma, pasábale la mano por la frente sudorosa. En esos momentos, un oficial entró de súbito a comunicarles la orden de su fusilamiento, advir-

tiéndoles que tenían poco tiempo de que disponer.

Sin ser juzgados ni oídos, Pinto, el jefe homicida, daba esa orden tan horrenda, la más infame y vergonzosa de cuantas ha podido dar un Gobernante costarricense.

Disponiendo de tan limitado tiempo como el que se les daba, Morazán, tranquilo como una cima besada por los últimos rayos de un sol poniente, suplicó le hicieran llegar al General Mariano Montealegre y a su querido hijo para hablarles.

El primero, que ya sabía la horrible suerte de quien iba a oír sus últimas palabras, al acercarse su emoción fue tan profunda que, su sensibilidad desgarrada, dejó correr sus lágrimas con abundancia sobre el pecho del amigo y mártir.

—«Tranquílcese amigo; no se acongoje: morir hoy, o mañana, es lo mismo»,—dijo Morazán, y luego, con una serenidad extraordinaria comunicó a Montealegre lo que tenía que decirle.

Luego llegó su hijo, a quien después de abrazarle con toda la efusión de su alma, indicó que se sentase para redactarle el más bello y trascendental testamento que jamás se haya escrito en circunstancias tan tremendas, como aquella en que el alma del patriota se veía desgarrada por la injusticia y el crimen que con él se iba a cometer.

Tal si como un sol de eterno resplandor que no tiene ocaso, Morazán, aún con los pies puestos sobre la tumba que se abría para él, su pensamiento fijo e invariable siempre sobre los destinos de la Patria, al redactar su testamento, piensa que, en la fecha en que lo escribía, era también la fecha del nacimiento de la Patria, y por eso lo principia así: *«San José, 15 de Septiembre de 1842.—Día del aniversario de la Independencia, cuya integridad he procurado mantener».*

*«En el nombre del Autor del Universo en cuya religión muero»,*

*«DECLARO: que todos los intereses que poseía míos y de mi esposa, los he agotado en dar un Gobierno de leyes a Costa Rica, lo mismo que diez y ocho mil pesos y sus réditos que adeudo al señor General Pedro Bermúdez».*

*«DECLARO: que no he merecido la muerte, porque no he cometido más falta que darle libertad a Costa Rica y procurar la paz de la República. De consiguien-*

te, mi muerte es un asesinato, tanto más agravante, cuanto que no se me ha juzgado ni oído. Yo no he hecho más que cumplir las órdenes de la Asamblea, en consonancia con mis deseos de reorganizar la República».

«PROTESTO: que la reunión de soldados que hoy ocasiona mi muerte, la he hecho únicamente para defender el Departamento de «El Guanacaste», perteneciente al Estado, amenazado según las comunicaciones del Comandante de dicho departamento, por fuerzas del Estado de Nicaragua. Que si ha cabido en mis deseos el usar después de algunas de estas fuerzas, para pacificar la República, solo era tomando de aquellas que voluntariamente quisieran marchar, porque jamás se emprende una obra semejante con hombres forzados».

«DECLARO: que al asesinato se ha unido la falta de palabra que me dió el comisionado Espinach, de Cartago, de salvarme la vida».

«DECLARO: que mi amor a Centro-América muere conmigo. Excito a la juventud, que es la llamada a dar vida a este país, que dejo con sentimiento por quedar anarquizado, y deseo que imiten mi ejemplo, de morir con firmeza antes que dejarlo abandonado al desorden en que desgraciadamente hoy se encuentra».

«DECLARO: que no tengo enemigos, ni el menor rencor llevo al sepulcro contra mis asesinos, que los perdono y deseo el mayor bien posible».

«Muerdo con el sentimiento de haber causado algunos males a mi país, aunque con el justo deseo de procurarle su bien; y este sentimiento se aumenta cuando había rectificado mis opiniones en política en la carrera de la revolución, y creía hacer el bien que me había prometido para subsanar de este modo aquellas faltas, se me quita la vida injustamente.....»

Los momentos eran supremos y, Morazán en el breve tiempo que se le dejó para disponer y escribir su memorable y trascendental testamento, no pudo ya consignar la cláusula en que legaba sus cenizas a El Salvador, por ser el pueblo que mejor le había comprendido en sus ideales y haberle seguido hasta la hora final de su sacrificio. Pero al salir para el patíbulo encargó a su hijo Francisco y al Ministro Montealegre que indicasen a su albacea que agregase dicha cláusula.

Cuando llegó el fatal momento de partir de la prisión a la plaza en que se iba a consumar el crimen, el

pueblo costarricense presenció consternado una nueva escena de dolor que a muchos hizo derramar lágrimas: Morazán hacía esfuerzos por separarse de su hijo Francisco, quien abrazado como una hiedra al tronco que le ha dado vida, deseaba en su amor y en su desesperación morir al lado del padre idolatrado.....al fin, Morazán logró desprenderse de aquellos tiernos brazos que le hacían mucho mal; luego levantó y sacudió con un gesto de evangélica resignación su olímpica cabeza y, clavando la mirada en el cielo, como para poner por testigo a Dios, continuó sereno en su vía-crucis de dolor. Al volver su marmóreo rostro hacia la multitud, uno de sus más encarnizados enemigos que respondía al nombre de Diego Carranza, adelantóse a ofrecerle el brazo para que se apoyase en él, creyendo que le faltaban fuerzas para caminar.

—*Ni he de huír, ni me falta valor para morir*,—fue la contestación serena de aquel hombre extraordinario.

Y, ese enemigo, tornóse como muchos en ferviente admirador de quien con tanta entereza marchaba hacia el patíbulo. La mirada de Morazán, que siempre fue de águila que escudriña los espacios para volar y remontarse más y más hasta perderse en la región etérea, tenía ese fulgor tranquilo de la estrella de la tarde que sale al ponerse el sol hacia el occidente: era que ese hombre extraordinario no caminaba hacia la muerte sino al Tabor de su inmortalidad; el patíbulo lo esperaba, pero para llevarlo transfigurado como el genio de la Patria que pasaba el empíreo de su gloria. Y, su gloria que pertenece al dominio de lo indiscutible, nos da lugar para dejarlo allí, sin que nadie tenga la osadía de empañarla, para referirnos a ese inagotable sentimiento de excelsa bondad que no ha tenido igual entre nosotros.

«Declaro—consigna en su testamento, antes de morir,—que no tengo enemigos, ni el menor rencor llevo al sepulcro contra mis asesinos que los perdono y les deseo el mayor bien posible».

Solo Jesús, fue quien después de apurar todos los martirios, marchitos los labios por la sed, clavado sobre su cruz y con la corona de espinas que punzaban su cabeza agobiada por el dolor, dió también en su infinita bondad. «Perdónalos padre, no saben lo que hacen».

Morazán perdonaba a los suyos en su sacrificio por la Patria, y les deseaba el mayor bien posible. ¡Es-

taba sublimado, y ellos desaparecían confundidos ante esa frase de perdón que salía de sus labios, cuando su desgarrado corazón, apuraba la prueba más amarga de su cruento sacrificio, al separársele por la muerte de la Patria y de los seres más amados de su alma!

Eran las seis de la tarde. El sol que se hundía ya hacia el Occidente vertía su última luz sobre la tierra en cuyo seno iba a ejecutarse el crimen que tanto habría después de avergonzarlo, cuando los ilustres presos llegaron al lugar de su suplicio. La calma que reinaba en la atmósfera era completa; la misma Naturaleza parecía estar como suspensa, y los corazones en medio de esa calma tan terrible, sentían aún más el peso de la abrumada conciencia del pueblo que había sido engañado por sus falaces directores. Con semejante ejecución, a la hora en que el reconocimiento y la admiración del pueblo hacia Morazán se esperaba, el honor y la gratitud de la Nación quedaron gravemente lesionados: no hacía mucho que este mismo pueblo había visto el decreto en que se declaraba a Morazán, Libertador de Costa Rica, así como el otro en el que se acordó obsequiar a Villaseñor la medalla en cuyo anverso decía: «Costa Rica, al mérito reconocido del General Vicente Villaseñor;» ¡Y ahora, verán allí en aquel sitio fatal a sus libertadores, cuya preciosa sangre se derramaría no por él, sino por sus infames directores!.....

Villaseñor, que por la gravedad de las heridas había sido conducido en una silla al sitio fatal de la ejecución, al dejársele en su puesto, como una planta agobiada ya por el hacha que le ha herido; vaciló, y Morazán apresurose a sostenerlo contra su pecho, y el Jefe cariñoso, no queriendo que manos profanas le tocasen, encargóse él mismo de sentarlo lo mejor que pudo, para que no quedase en posición incómoda; y después, con sus suaves manos como dos alas de paloma mensajera que quisiesen ayudar al eterno vuelo de aquella alma amiga, le arregló el cabello que tenía en desorden, dejándole despejada la amplia frente, donde posó sus labios para besarle y decirle con voz profética y conmovida: «*Querido amigo, la posteridad nos hará Justicia.*»

Al acomodar aquel cuerpo queridísimo, volvióse Morazán a sus conocidos y demás amigos que estaban cerca; para despedirlos; y, recordando que desde el aciago 11 de Septiembre no había vuelto a ver a su esposa e hijos, tomó el pañuelo que llevaba sobre su pecho, y

se lo entregó al General Montealegre, para que se lo llevase a la compañera de su vida como la última ofrenda de su amor.....Después con un extoicismo sin precedente, pide y suplica como última gracia, el mando de los soldados encargados de su ejecución, y, no pudiéndosele negar lo que su valor pedía, el Jefe de la escolta aunque con rubor, concédele el mando de los soldados.

De pié, impàvido y sereno como una estatua que estuviese tallada en màrmol, vésele así erguido sobre el pedestal de su grandeza y como nimbado por una niebla que descendía a la hora del crepúsculo, presentando el pecho al cañón de los fusiles que en breve le derribarían.

Bajo un silencio supremo, oyóse su firme voz que dijo: «*Apunten bien hijos*». Pero al momento de ir a dar la voz ejecutiva, observó que una puntería se le dirigía mal, y después de corregirla, concluyó: «*Ahora bien.....fuego!.....*»

Tras la detonación, el cuerpo de Villaseñor cayó desplomado por la muerte; pero Morazàn, transfigurado y envuelto por el humo de la descarga, irguió por última vez su olímpica cabeza y exclamó: «*¡Aún estoy vivo!*» Una segunda descarga terminó con aquella preciosa existencia, y el denso humo en que quedó envuelto ese cuadro tràgico, fué en verdad como dijera Alvaro Contreras, «la esplendente nube en que Morazàn puso firme el paso para remontarse al cielo.»

Tras la Apoteósis del dolor que el pueblo hizo con su respetuoso silencio en esa hora postrera, en que sin ningún murmullo, sólo se oyó la voz del héroe, vino después la Apoteósis del honor, en la que el mismo pueblo como sobrecogido de admiración profunda, dignificó con sus múltiples y vozeadas expresiones de lenguaje tanto valor y abnegación, que no ha sido ni será igualado en esta pequeñez humana en que vivimos.

Luego, cuando las sombras de la noche envolvieron los cadáveres con su negro manto de duelo y de tristeza, la Gloria como un angel tutelar descendió sobre ellos y, dejando que la muerte quedase con la materia inerte que les sirvió de forma, se posesionó del Alma y se remontó a la eternidad con ella.

Ungido así el héroe por la imàgen de la Gloria cuando el pueblo quedaba envuelto por las sombras de la noche,

su nombre y su memoria entraban al círculo luminoso de la *INMORTALIDAD!* ! . . . .

---

XLI

**Fin de la tragedia.**—*Critase venganza por la muerte del héroe; pero el pueblo arrepentido por el crimen aclama por la paz.*—Los morazánidas con sus restos queridísimos, dejan su nombre legendario sobre aquella plaza para tornarse el de "Coquimbos" a bordo de su navío.

Cuando todo se hubo consumado, y la fatal noticia de la trágica muerte del Jefe idolatrado llegó al campo donde el engaño había retenido a los morazánidas, una ola de indignación inundó a todos aquellos pechos esforzados, y no pensaron ya sino en vengar su sangre.

Inmóviles y aislados por la traición que los tuvo en Puntarenas, habían quedado allí en espera de una sola señal para volar a donde el deber y el peligro los llamara. Seiscientos entre Jefes, oficiales y soldados, era el número de morazánidas que a las órdenes del General Isidro Saget, estaban listos para obrar según la dignidad del Ejército lo reclamaba.

Reunidos en consejo para deliberar, el Jefe les pregunta que era lo que hacer debían, en caso tan fatal en que, la traición impía y la negra ingratitude les había arrebatado vida tan preciosa, y con ella a la Patria y su libertad.

*¡Vengarle!.....¡Vengarle!.....y proseguir la lucha hasta morir el último!.....* fué el grito unánime que se oyó repercutido por las voces y las playas de aquella Costa conmovida.

El reto quedó lanzado desde que cada legionario apuró la copa de amargura en la que vieron las burbujas de la sangre del mártir que pedía su venganza.

Preparados ya para la lucha, no esperaban sino la voz del Jefe que los guiase para vengar la muerte del héroe asesinado, cuando llegaron al seno de aquel campo conmovido muchas voces de concordia que pedían en nombre del pueblo Costarricense una paz reparadora.

Oídas las razones de ese pueblo hermano que por la

voz de sus enviados se demostró que el fin de tan sangriento drama preparado había sido por ocultas manos y por la misma confabulación de los Gobiernos reaccionarios, que no se dieron tregua ni descanso hasta dar cima a sus odiosas pasiones por medio del informe portugués que se prestó para verdugo. Entonces todos convencidos también de la actitud serena observada por el pueblo que pedía la paz, consintieron que se firmase ésta, a base del convenio que los representantes que el General Saget y los del Gobierno de Costa Rica, tuvieron después de varias pláticas en la Isla de San Lúcas.

En dicho convenio se estipulaba: que se devolverían los elementos de Guerra de exclusiva pertenencia de Costa Rica, y se retendrían los demás, para que disputaran de ellos, la familia del General Morazán; que serían puestos en libertad absoluta, todas las personas detenidas por el Gobierno; que sería cedida en propiedad con los víveres necesarios, la barca «Coquimbo», para que en ella se trasladasen los morazánidas a donde a bien tuviesen; que se pagarían por el tesoro de Costa Rica, las cantidades que el General Morazán adeudaba al señor Iriarte, por fletes anteriores de su buque, y además, el pasaje al puerto de La Unión, de todos los emigrados que quisieran dirigirse a El Salvador, dándoseles por vía de subsidio, el valor de medio sueldo militar; y que el Gobierno de Costa Rica nombraría Comisionados ante los de El Salvador y Nicaragua, para obtener que se recibiera a los morazánidas que prefirieran asilarse en sus territorios.

Cuando el referido convenio fué puesto en manos del General Saget para su ratificación, vió que faltaba en él algo que no era material, sino puramente moral que correspondía al honor de aquella patriótica cruzada, y, en tal sentido, envió el convenio con las correcciones y adiciones que el honor reclamaba. Pero el gobierno de Costa Rica, impulsado siempre por los enemigos del héroe desaparecido, no lo admitió. Surgieron entonces nuevas dificultades que estuvieron próximos a resolverse en una nueva lucha armada. Pero al fin prevaleció la concordia, y se convino: que, el General Saget devolvería las armas pertenecientes al Estado; y en cambio el Gobierno de éste enviaría de tierra, las provisiones necesarias para sostener la fuerza que se hallaba a bordo, mientras se daba cumplimiento a lo estipu-

lado.

Así permanecieron los morazánidas por otros días, a bordo del «Coquimbo». Pero un día dejaron de recibir las provisiones, y en vano se esperó otro. Indignado Saget por aquella falta que les hacía padecer hambre, desembarcó en Puntarenas, atacó su guarnición y la venció. Tomando enseguida todo lo que le hacía falta a bordo, regresó a su puesto.

No teniendo que esperar ya nada en esas playas inhospitalarias donde con el sacrificio del paladín de la Unión Centro Americana, se consumó el naufragio de nuestra nacionalidad, Saget mandó alzar anclas y, tomando rumbo norte, vióse al «Coquimbo» salir mar adentro.

¿Hacia dónde irían los legionarios que habían heredado el honor y la hidalguía de aquel ilustre visionario, cuyos restos queridísimos quedaban allí al pié de las montañas del Dota?

En todos los Estados de la Patria fragmentada, no sus pueblos, sino sus imbéciles gobiernos, aún no saciados con el sacrificio de Morazán, volvían sus odios no aplacados, no solo contra la inmortalidad de su memoria, sino contra aquellos peregrinos del Ideal Centro Americano, que en pleno océano, bogaban y bogaban sin tener una playa que los recibiese en el seno de la Patria y, las bárbaras medidas tomadas contra estos dignos herederos de su gloria, colocaron en el último grado de infamia a los Gobiernos que, inhábiles, ciegos y pequeños, llevaban a la Patria del 21 hacia el abismo de la nada!

Mientras tanto, los que sin rumbo fijo bogaban así como impelidos por un viento de desgracia, de una a otra playa, sin encontrar asilo, huérfanos ya de aquella sombra ilustre que antes los guiara, dejaron con sus restos allá en Costa Rica, el nombre de morazánidas, para seguir desde entonces con el de *coquimbos*; nombre inolvidable con que aún se recuerdan en nuestros días a los ilustres sobrevivientes de aquel desgraciado naufragio nacional.

Al fin el Gobierno Salvadoreño, más humano que los demás, consintió en que se asilacen en su territorio con la precisa condición de que, los *coquimbos* entregarían al Estado su barca y las armas que llevaban a su bordo. Más no obstante esa seguridad con que después de algunas vacilaciones quedaban asilados en tierra

Centro Americana, sin otra prerrogativa que la de poder vivir tranquilos en el seno de la paz, el Gobernante Salvadoreño siempre pusilánime, dirigióse a los demás para que diesen su aprobación al acto humanitario que acababa de acordar. Como era de esperarse, estando dominados estos remedos de Gobierno por el espíritu reaccionario que imperaba en Guatemala bajo el cetro de Carrera, todos ellos impulsados por los mismos sentimientos, protestaron contra el asilo que se acababa de otorgar, diciendo entre otros absurdos: *que tal acto era un atentado y una amenaza para Centro América.*

De Guatemala y Nicaragua no era extraño que viese tan bárbara protesta contra el asilo que se daba a los ilustres descendientes políticos de Morazán; pero lo que repugna más al sentimiento patrio, fué la actitud del Gobierno de Honduras, quien sobreponiéndose a la admiración que el pueblo guardaba por su hijo más ilustre, manifestó una vez más el odio por su nombre, volviéndolo contra sus dignos herederos de su gloria. Alma de ese gobierno de principios tan funestos, era un tal Francisco Alvarado, quien como ministro General, en su contestación al Gobierno de El Salvador, decía: «Impuesto el Gobierno de Honduras de la apreciable de Ud. de veinte del próximo pasado, en que manifiesta haber entregado el General Saget, una barca y todo el armamento de infantería con que arribó al Puerto de La Unión, y que el Gobierno de Estado le ha dado asilo en unión de los doscientos seis individuos que lo acompañaban, destinados al efecto a la ciudad de Sonsonate; me ha prevenido diga a Ud. en contestación: que siendo el asilo dado por el Supremo Gobierno de El Salvador a los enemigos de Centro América (!) atentario respecto de los solemnes pactos celebrados entre los Estados, el de Honduras protesta contra aquel acto mientras no merezca el ascenso general de los aliados. Al decirselo a Ud. para conocimiento de ese Supremo Gobierno, tengo la satisfacción de reiterarle mi estimación y aprecio.—Francisco Alvarado.»

Por lo visto, Morazán no se había equivocado, legando sus cenizas a El Salvador, cuyo heroico pueblo fué el que mejor le comprendió; y, era esa tierra la que ahora también se prestaba para recibir en su seno a los naufragos de la tragedia que lo llevó a la inmortalidad. Pues tratándose de enemigos, hasta el mismo Malespín que lo fué en alto grado, colocábase ahora en un terre-

---

no más humano que el de sus enemigos hondureños: Malespín trabajó en el ánimo del Gobierno Salvadoreño, para que a pesar de la airada protesta y la amenaza de los otros Gobiernos, no retirase la aprobación del asilo acordado a los «*coquimbos*»; este militar que empuñaba espada, tuvo menos saña y menos sombras en el alma, que el ministro hondureño que tenía un alma y principios de Jesuita.

He ahí la acción de un enemigo del insigne Morazán, descorriendo con mano de piedad y de Justicia, el telón, en esta última escena que da fin a la *Inmortal Tragedia* del primer héroe Centro Americano, cuya gloria inmarcesible gravitará por siempre y para siempre, como un sol de eterno resplandor sobre el cielo de la Patria, que habrá de resurgir al recuerdo de los hechos inmortales!.....

---



DE LA APOTEOSIS



## DE LA APOTEOSIS

### XLII

Exhumación y envío de las sagradas cenizas de Morazán al pueblo de su predilección.—Primera consagración al héroe Nacional.—Inusitado regocijo de El Salvador al recibir tan preciado legado.

---

En los primeros días de Enero de 1,849, vése una nave que con procedencia de las playas del Sur, va fijamente hacia el Norte, bogando por el ancho seno del Pacífico. A excepción del rumbo que lleva, nadie podría decir cual era la misión que traía, ni cual el puerto de procedencia ni el de su destino.

Sin ser un secreto ni un misterio, la travesía de esa nave que se distingue por sus blancas e hinchadas velas que le empujan con buen viento, su misión es sin duda muy sagrada y muy discreta; pues nada se supo ni se llegó a saber sino fué hasta que arribó al puerto de Acajutla.

Arrojada el ancla y fondeada ya en ese puerto, vióse

claramente escrito a su babor el nombre de «Chambón». Tal era el nombre del bergantín que con procedencia de Puntarenas, venía destinado a las playas Salvadoreñas.

Enviado por cuenta del Gobierno de Costa Rica, ¿cuál podría ser el objeto de ese viaje directo y extraordinario del bergantín «Chambón»?

Los pliegos portados por la Comisión de Honor que venía a bordo, hablaban muy hondo al pueblo y Gobierno que los recibía, y colocaban también muy alto el nombre del que los dirigía.

He aquí su contenido: «Ministerio de Relaciones Exteriores. Casa del Gobierno, San José, Enero 8 de 1849. Señor Ministro de Relaciones Exteriores del Supremo Gobierno del Estado del Salvador:—El Presidente de Costa Rica, deseoso de honrar la memoria del Benemérito, General Francisco Morazán, y de contribuir de alguna manera a que el Gobierno de ese Estado satisfaga su deseo de conservar en esa Ciudad Capital las cenizas de tan ilustre Centro Americano, expidió el decreto adjunto.»

«Después de llenar cumplidamente lo dispuesto en el Arto. 2º de dicho Decreto, de conformidad con lo prevenido en el Arto. 3º S. E. ha acordado: que el bergantín «Chambón» zarpe del puerto de Puntarenas para Acajutla con el exclusivo objeto de conducir la urna que contiene los restos mortales del General Morazán; y que los señores Coronel don José María Cañas y el Presbítero don Ramón María González, comisionados con quien su excelencia tiene a bien dirigirla, han de entregar a ese S. G. junto con el expediente que comprueba la identidad de dichos restos.»

Ruego a Ud. se sirva dar cuenta con esa nota al excelentísimo Señor Presidente de su Estado, por quien el de éste, siente muy fuertes simpatías.»

«Dígnese aceptar Ud. las consideraciones del distinguido aprecio con que tengo la honra de suscribirme su Atto. y obediente servidor.—Joaquín Bernardo Calvo.»

El Decreto en referencia decía así:

«José María Castro, Presidente de Costa Rica, teniendo en consideración que es un deber de los Gobiernos civilizados honrar la memoria de los hombres célebres: que el General Francisco Morazán legó sus restos mortales al Estado del Salvador; y que el Gobierno de Costa Rica, fiel amigo y aliado de aquel país hermano,

desea darle claros testimonios de distinguida consideración y aprecio,—Decreta:

«Artículo 1º—Los restos mortales del General Francisco Morazán, serán exhumados el día 27 del presente mes, y puestos en una urna funeraria que será depositada en la Iglesia matriz de esta Capital.

«Artículo 2º—Se harán exequias de cuerpo presente en la ante dicha Iglesia matriz, el día 4 de Diciembre último, a las cuales concurrirá el Gobierno Supremo, las Corporaciones y empleados.

«Artículo 3º—Los restos mortales del General Morazán, serán oportunamente entregados con solemnidad, al Gobierno de El Salvador.

Dado en San José, a los seis días del mes de Noviembre de 1,848».

No se necesitan siglos, ni muchos años tampoco, para que la glorificación del héroe fuéese también consagrada por los pueblos y Gobiernos de Centro América. Las sombras con que el bando conservador y el fanatismo habían querido opacar la luminosa trayectoria del sol de nuestra existencia Nacional, rasgadas fueron pronto por el civismo de dos pueblos hermanos que comprensivos y conscientes, iniciaban la *Apoteosis* del grande hombre desaparecido el año 42.

Si es cierto que en Costa Rica se había alzado la sombra de Caín para asesinar al padre de la Patria; también era allí ahora donde la conciencia nacional despertada por uno de sus más dignos Gobernantes, iba a hacerse plena justicia a quien se había sacrificado por darles libertad. Seis años iban transcurridos, cuando su culto Gobernante, acuerda la exhumación de esos restos venerados, los identifica y, después de glorificarlos y hacer las exequias a su memoria en la iglesia matriz de la Capital, devuelve tan sagradas cenizas al pueblo y Gobierno de El Salvador, para cumplir con la cláusula final de tan memorable testamento que decía así: *Lego mis restos al pueblo Salvadoreño, en prueba de mi predilección y de mi reconocimiento, por su valor y sacrificio en defensa de la Libertad y de la Unión Nacional.*»

Y, ese pueblo que recogió inmediatamente la cláusula final de su testamento, aún sin tener las cenizas del patriota, pero teniéndolo en su corazón, fué el primero que consagró a su memoria honras fúnebres al año de su sacrificio, es decir el 15 de Septiembre del 43.

Después de algunos años de silencio, ya puede comprenderse la conmoción profunda que produjo en El Salvador el siguiente Decreto:

»El Presidente Constitucional del Estado de El Salvador, teniendo presente: que con fecha 27 de este mes, el Señor Coronel don José María Cañas participa haber llegado al Puerto de Acajutla trayendo a bordo del bergantín «Chambón» los venerables restos del ilustre General Francisco Morazán, con el exclusivo objeto de entregarlos al Gobierno del Salvador por órdenes del de Costa Rica; Considerando: que éste con tan generoso proceder se ha hecho acreedor a la eterna gratitud del Gobierno y pueblo Salvadoreño, que tantas y tan repetidas pruebas ha dado de su ardiente deseo de conservar en su territorio las cenizas de aquel Benemérito General; que es necesario expresar estos altos sentimientos de la manera más solemne que sea posible, y también conviene arreglar *ad interim*, las demostraciones con que se debe verificar su recibo y traslación, se ha servido decretar, y decreta:

«Artículo 1º—Se darán por el órgano correspondiente al Supremo Gobierno de Costa Rica, las gracias más expresivas por la emisión de su decreto de seis de Noviembre último mandando exhumar los restos mortales del ilustre General Francisco Morazán, y por su espontánea y generosa remisión a este Estado.

«Artículo 2º—Serán recibidos dichos restos en el puerto de Acajutla por el Gobernador y Municipalidad de Sonsonate, asociándose de todos los Jefes y Oficiales que residan en aquella Ciudad.

«Artículo 3º—En el momento de su recibo, el Comandante del puerto de Acajutla los saludará con 21 cañonazos, y serán trasladados a la Iglesia principal de Sonsonate, en donde permanecerán depositados, mientras que por Decreto especial, se arregle la manera y forma de ser conducidos a esta Capital para colocarlos en el mausoleo correspondiente.

«Artículo 4º—Por el órgano respectivo se darán también las gracias a los comisionados, Señores Doctores Coronel José María Cañas y Presbítero don Ramón María González.

«Artículo 5º—No siendo justo que el filantrópico Gobierno de Costa Rica al obsequiar los deseos del Gobierno y pueblo Salvadoreño, facilitándole la posesión de tan preciosos restos, se grave con ninguna clase de

gastos, la Tesorería Nacional pagará todos los que se hayan invertido, tan luego como los Señores Comisionados de Costa Rica avisen la suma a que ascienda.— San Salvador, Enero 29 de 1849.»

*Procesión de almas fervorosas que desean convenirse si el arribo de esos restos queridísimos es un sueño o realidad, vese por aquel rumbo donde se dice que vendrán.*

*Y, es verdad! No fué un sueño; pues ya la urna funeraria recibida con honores en el puerto de Acajutla, es también con honores conducida a Sonsonate, donde el pueblo con los ojos en lágrimas bañados, contempla los despojos que el mártir en la tumba le legara.*

*Ya el pueblo preferido por el héroe ve en su suelo lo que es suyo, y la Patria, la gran Patria disgregada, pronto estuvo en su duelo a recibirle, y cual Hécuba en la Iliada, cuando el cadáver de su Héctor adorado recibía, así la Patria nuestra, también llorándole en su duelo, le decía a sus cenizas: «Tú eres de cuantos hijos me dió el cielo, el que más adoraba el alma mía».*

.....  
*Orgullo y dolor, placer y tristeza, todo eso tenía el fervor de aquel pueblo que en día inesperado, tuvo al fin en su suelo, las cenizas del hijo dilecto que fuera su gloria.*

*Y fué en Sonsonate, donde la Patria vestida de luto, ornó sus altares de negros crespones, guirnaldas y palmas; y en ellos la urna sagrada elevada en su túmulo, en el que como en un cielo preñado de astros, ardían mil luces; y luego la Fé y la Gloria, radiosas imágenes vestidas de blanco y azul, hacían custodia allí en el altar que la Patria elevaba en el templo bendito.*

*Y fué en ese templo sagrado, donde tantas almas venidas de lejos contemplaron al fin las preciadas cenizas de tan insigne y preclaro varón; y, fué allí donde la religión y su santo Ministro, envolviendo el altar de la Patria en nubes de incienso, consagraron por siempre entre cantos de gloria y de fé, la sagrada memoria de quien ya nunca jamás eclipsado será por las sombras del mal!*

*Concluido el acto de amor y de fé del pueblo que vió bendecir la memoria de su ilustre caudillo, la gran multitud salida del templo y los grupos que llegan y aumentan ese número, formaron bien pronto la gran procesión que imponente y solemne conduce la urna que*

*guarda las reliquias tan caras al pueblo dilecto.*

Todo aquel que tuvo ocasión de presenciar los actos religiosos consagrados a la memoria de Morazán, la solemne conducción de sus restos a la capital y la intensidad de sus manifestaciones, si quisiera dar una idea a nuestra actual generación de ese culto fervoroso que el pueblo Salvadoreño sentía por su héroe, no tendría que hacer, sino repetir aquellos versos de Simónides que dicen:

«Su tumba es un altar, y su memoria  
Vive en la Patria en perenne duelo;  
Y su duelo es un canto de victoria.»

Algo también de esa emoción profunda que el pueblo idólotra de sus glorias sintió ante la posesión inesperada de tan caras cenizas, puede traducirse por el siguiente párrafo de un discurso que el Doctor Doroteo Vasconcelos, uno de los *coquimbos*, como Presidente de El Salvador, dirigió a su pueblo.

«Costa Rica, decía, ha incitación de Guatemala, ha hecho la misma declaratoria de erigirse en República. Sin embargo conserva su buena inteligencia con El Salvador. Como prueba de esta amistad y armonía, ha recibido el Gobierno, un testimonio digno de nuestra gratitud y eterno reconocimiento. Os hablo Ciudadanos, del paso que acaba de dar el Presidente actual, mandando los restos mortales del ilustre General Morazán, el hijo de la Patria y el constante defensor de sus derechos. Un Gobierno filantrópico, obsequiando los deseos de estos pueblos, nos manda generoso sus caras cenizas, que legó a ellos como un recuerdo de su amor en los momentos mismos en que era conducido al sacrificio.

Este presente inestimable, cuánto grato y doloroso en sí tiene, estos despojos tristes de nuestro caro amigo, serán luego conducidos de Sonsonate, con la pompa que nos sea posible. Si no existe ya ciudadanos, el ilustre guerrero que condujo siempre el patriotismo, a la defensa de la causa del pueblo, poseemos al menos sus restos queridos, y él vivirá siempre en nuestro amor. Unido a este pueblo y a su libertad con una decisión constante, su memoria será también inseparable de ésta. Una loza fúnebre cubrirá sus cenizas. Su eternidad interpuesta entre ésta y nosotros nos lo ha ocultado. Pero el nombre de Morazán, pertenece a la Historia: sus restos queridos al pueblo Salvadoreño.

## XLII

La juventud Salvadoreña hace la primer Apoteosis con que el pensamiento Nacional glorifica y analitico los grandes hechos del Paladín de la Unión de Centro América.

Treinta y nueve años después del sacrificio de Morazán, y en el sexagésimo aniversario de nuestra Independencia Nacional, la juventud de la Sección de El Salvador, recordando el encargo que el mártir de la Unión le hiciera en el patíbulo, fué la que consagró a su memoria la primera Apoteosis con que el pensamiento Nacional venía a glorificar sus grandes hechos.

Al recuerdo de aquella cláusula sublime en que excitaba a la juventud a seguir su ejemplo, la de El Salvador sintió sobre su corazón, algo así como el aleteo de la gloria y, por eso la velada que en su nombre se dió en el Teatro Nacional de San Salvador, resultó un verdadero acontecimiento social y literario, que hizo época en los anales de nuestra cultura Nacional.

El público de la capital, correspondiendo como debía a la invitación de su juventud, llenó con su presencia el amplio recinto de aquel centro de cultura, donde tuvo lugar la Apoteosis con que el pensamiento y el arte nacional deseaban memorar las proezas de adalid Centro Americano.

Entre la magnificencia del decorado, profusión de flores, artísticas coronas y los símbolos de la Patria, ostentábase en el fondo del escenario, preparado por el arte, la imágen de aquel hombre extraordinario.

Ya por sí, o por la interpretación de bellas señoritas, el número inspirado de los poetas Juan J. Cañas, Méndez, Bonilla, Castañeda y Delgado, cantaron las proezas del héroe, así como la prosa de Hernández, Enrique Martí y Barrios, supieron con sus citas oportunas hacer el Registro de aquella vida heroica consagrada al servicio de la Patria.

El poeta Cañas, que fué de los primeros en cantar a Morazán, al recordarle en nuevos versos, profetiza en ellos: que su nombre será en lo futuro un símbolo de redención para la Patria.

«Y cual Jesús fué también perseguido;  
 Porque hacía a la reacción la guerra.  
 Aún su memoria al opresor aterra,  
 Que con el polvo yace confundido;  
 Y..... vendrà un día en que al tirano asombre  
 Ver cual pendón de libertad su nombre.»

Méndez con la intuición del vate, que comprende y lo abarca todo, al dignificar al héroe, sintetiza su epopeya en sus admirables versos, en los que, después de presentárnosla, sus interrogaciones, son como fragmentos de su grande historia.

«Miradle allí ¡Titàn enardecido  
 Por la llama inmortal del patriotismo;  
 Idolo de su pueblo que aguerrido,  
 En cien combates aclamó su nombre;  
 Religión de los hombres de civismo,  
 Mitad divinidad, mitad hombre,  
 Sus recuerdos sin par los tiempos reta  
 Y de ellos triunfa poderoso atleta!»

«Quién en mi Patria, Morazàn ignora,  
 Tu grande ingenio, tu virtud sublime?  
 Quién la Patria en San José no llora?  
 Quién con la gloria en San José no gime?  
 Y a quién orgullo tu virtud no inspira  
 Tu santo ardor, tu heroicidad preclara?  
 Quién en San Pedro tu valor no admira,  
 Y en Trinidad tu inteligencia rara?  
 Gualcho inmortal te apellidó romano,  
 Guatemala vencida, heróico griego,  
 San Salvador, intrépido Espartano,  
 Ciego de gloria y de heroísmo ciego.»

¡Morazàn! ¡Morazàn! Astro radiante  
 Del cielo de la Patria ennoblecida:  
 Astro sin par, cuyo fulgor divino,  
 Al pueblo alumbra en su triunfal camino!  
 En vano han inventado los pigmeos  
 Tu renombre ocultar, tu inmensa gloria:  
 Nunca podrá la envidia ni el encono  
 El fulgor eclipsar del genio altivo,  
 A quien eleva magestuoso trono,  
 Al Amor de sus víctores, la Historia.

Propuesta cruel del enemigo oíste,  
De intrepidez y de arrogancia lleno,  
Y por la Patria tu familia diste,  
Màs grande y noble que Guzmàn el bueno.

.....  
Donde tu voz enérgica se oía  
El corazón del pueblo palpitaba,  
La gloria sonreía  
Y heróico luchador se levantaba,  
En cada hombre que tu ardor veía.

¡Cuán grande y magestuoso fué tu vuelo,  
Cuán raudo y sostenido!  
Perderte parecías en el cielo;  
Y si nubes hallabas  
Que osaran detenerte en tu camino,  
Con régia magestad las desgarrabas,  
Y el Mundo y el Destino,  
Que un semi Dios, tu espíritu creían  
Ardiendo en entusiasmo te aplaudían.  
Fuiste muy grande y tu misión muy alta;  
Te admiraron los buenos,  
Cuya alma noble a lo infinito sube.»

Al compendiar el vate en estos toques magistrales la brillante carrera del héroe, llega a su tragedia, ve el vértice que lo lleva hacia la muerte y, señala al pérfido enemigo que se alzó en la sombra, terminando con una exhortación a la juventud de la Patria y al pueblo Cuscatleco.

En medio de aquel caos espantoso  
Me parece que veo  
De mi Patria infeliz espurios hijos,  
Que ansiosos de poder ignominioso  
Y tinta en sangre la homicida mano  
Con torpe carcajada se disputa  
De la inolada madre los despojos!  
Me parece que veo al falso apóstol,  
Vampiro en las tinieblas,  
Queriendo conducir al pueblo ignaro  
Al batarro mortal de la edad media.  
¡Hambriento lobo con la piel vestido  
Del cándido cordero,  
Que honor, justicia y libertad pregonaba,  
Y honor, justicia y libertad traicionaba.....  
.....

Brillante juventud, gloria futura,  
 Expléndida y risueña nebulosa  
 Del patrio firmamento, luminosa:  
 Camina audaz por el espacio inmenso  
 De la Ciencia y el Arte,  
 A la luz de aquel astro esplendoroso  
 Cuyo fulgor deslumbrara a Marte.

¡Oh, pueblo Cuscatleco, el más ardiente,  
 De los que aclama con su voz el Ande:  
 Jamás inclines la indomable frente,  
 Sé de la Patria, corazón y mente,  
 Y aunque seas pequeño, serás grande!  
 Tú jamás olvidaste a aquel coloso  
 Que domina tu altivo sentimiento;  
 Y hoy, más que nunca, justo y generoso,  
 Erijes entre aplausos victorioso  
 Al demócrata libre, un monumento.

Luego el poeta Bonilla con sus octavas, sabe encerrar en cada una de ellas, como en acabado marco, las diferentes fases en que se presenta a la lucha por la Patria el insigne Morazán. Recordamos éstas:

Y tú, viendo a la Patria en su tortura,  
 Comprendiste tu bélico destino;  
 Sus falanges destroza tu bravura,  
 Y siguiendo impertérrito el camino,  
 La victoria tu genio te asegura;  
 Y aquel que de la ley fuera asesino,  
 A tus huestes rendido al fin le viste  
 Y la aureola de gloria te ceñiste.

.....  
*Unión y Libertad!* Tal fué tu lema,  
 Tal fué la llama que encendió tu pecho,  
 Expiación, ruda guerra, y anatema  
 Al que hallara los fueros del derecho.  
 Y así al fin, resolviendo aquel problema,  
 De obstinada teocracia ante el despecho,  
 Levantastes a la Patria sus altares  
 Do tuvieron los déspotas sus lares.

.....  
 Corre la sangre hermana a borbotones  
 Para saciar la furibunda saña  
 De las hordas serviles y campeones

Que brotara en mala hora la montaña:  
 Desgarran la bandera, y sus girones  
 Ponen por orla al pabellón de España,  
 Como para rendir pleito homenaje  
 Al recuerdo infeliz del coloniaje. (1.)

.....  
 ¡Fatalidad, oh, cara Patria mía,  
 En fragmentos endebles y pequeños  
 Dividió tu inicial soberanía  
 Y tus destinos grandes y halagüeños,  
 Que en Lontananza en anchurosa vía  
 Vislumbraba el patriota en sus ensueños,  
 Murieron cual las hondas luminosas  
 En el fondo de nubes tempestuosas.

.....  
 ¡Oh Morazán! tu gloria memoranda  
 No acabó con tu vida en el cadalso,  
 Al rauda golpe de traición nefanda!  
 Tú redimirla de un principio falso  
 O morir ofreciste en la demanda;  
 Y ora mi voz hasta tus manes alzo  
 Para evocar tu espíritu en ayuda  
 De la nación, que en levantarse duda!

Por último, Delgado, con beligeramente trompa sigue al héroe en sus luchas, e imprimiendo a su poesía narrativa acentos de viril entonación, hace una brillante y justa apología de quien tanto le inspira por sus proezas en los campos de batalla, cuando le canta así:

Si tu nombre es famoso  
 Porque al brillar tu espada  
 En medio del campo fragoroso,  
 Ante tí se postraba la victoria,  
 Por tu genio potente subyugada,  
 A ofrecerte la palma de la gloria;  
 Es mucho más famoso y admirable  
 Porque, con tu poder incontrastable,  
 Ante la Patria tú te prosternabas  
 Y en su altar tus lauros ofrendabas.  
 Nunca tus armas fueron  
 Escabel de sangrientas ambiciones;

(1.) Refiérese al pabellón que adoptaron los separatistas de Guatemala al convertir a esta Sección en República.

Jamàs tus huestes pisotear te vieron  
A la alma libertad con tus bridones.  
Para otro quede el criminal renombre  
De haber esclavizado a cien naciones,  
Dejando solo con su odioso nombre,  
Memorias de saqueo, de matanzas,  
Desolación, desastres y venganzas.

.....

Tu gloria es pura porque siempre fuiste  
Modelo de abnegado patriotismo;  
Porque con mano firme oprimiste  
Al audaz fanatismo  
Que inoculaba su mortal veneno  
De la jóven República en el seno,  
Porque después de alzar limpia y triunfante  
Tu federal bandera,  
Caíste al golpe de traición artera,  
Del mártir con la aureola rutilante,  
Por unir los pedazos  
De este pueblo, que en hora maldecida  
Despedazó suicida  
De nuestra unión los sacrosantos lazos.

.....

Cuando ojeo las páginas sangrientas  
De nuestra breve y desgraciada historia  
Me figuro que altivo te presentas,  
Y con tu ejemplo, Morazán, afrentas  
A los falsarios viles de la gloria  
Por la noble hidalguía que juntabas,  
A tu valor sublime y denonado,  
Por el ardor ferviente  
Con que la idea liberal amabas:  
Fuiste un antiguo paladín, realzado  
Con las virtudes de la edad presente.

.....

En medio de los campos de batalla  
Cuando el cañón rugiendo  
Vomitaba torrentes de metralla,  
Y el humo de la pólvora subiendo  
En negras espirales  
Extendía sus sombras funerales;  
Cuando el ronco clarín y los tambores  
Sonaban a la par atronadores,

Y la empeñada lid estremecía  
Al ancho espacio con sus mil fragores,  
Entonces Morazán aparecía,  
El ardor reprimiendo del fogozo  
Corcél, que el suelo impaciente hería;  
Con la espada en el puño vigoroso,  
De relámpagos lleva la mirada,  
Garbosa la apostura,  
La nariz dilatada,  
Y la espaciosa frente levantada  
Con magestad y sin igual bravura.  
Las enemigas huestes señalando  
Con su desnudo y fulgente acero,  
Al combate arrojábase arrastrando  
Al ejército entero,  
Que a morir se lanzaba decidido,  
Por su caudillo insigne conducido;  
Y las contrarias huestes en derrota,  
Corrían por los valles y las lomas,  
Cual bandadas de tímidas palomas,  
A quienes ruda tempestad azota.  
Perulapán, Trinidad, Las Charcas,  
El Espíritu Santo..... fueron  
Los triunfos que del héroe difundieron  
La fama excelsa en todas las comarcas,  
Allí sus grandes dotes de relieve,  
Ante la faz del mundo se ostentaron  
Y peregrines y altísimos brillaron,  
Cual de los Andes la perpétua nieve:  
Con su inmarcesible espada fulgurante,  
Allí trazó las páginas más bellas,  
De nuestra historia, y se labró con ellas,  
El pedestal eterno de un gigante.

Y el bardo nacional, en uno como examen de conciencia, hace resaltar más aún, la misión sublime de Morazán en Centro América, con los siguientes versos:

Más si la historia justiciera admira  
Al guerrero inmortal,  
Es porque en él representado mira  
De un pueblo el Ideal.  
Un guerrero y grande pensamiento  
El alma fué de sus heroicos hechos,  
Y con él infundía el ardimiento  
De sus soldados en los nobles pechos,

Hacer de Centro América anhelaba  
 Un pueblo solo, venturoso y fuerte,  
 Y si incesante resistencia hallaba,  
 A combatir volaba  
 Y se oponía impávido a la muerte.

.....  
 ¡Ya aquellas glorias de la Patria huyeron!  
 Las guerras nacionales  
 Después de Morazán, se convirtieron  
 En monstruosas contiendas personales.  
 Hoy en el campo do mezclado humea  
 La propia sangre y la del pueblo hermano,  
 Se busca el medio del interés insano  
 Jamàs el triunfo de ninguna idea!

.....  
 Cuando una juventud piensa y habla así, la Patria  
 no debe desesperar de sus destinos. Dignificando al ge-  
 nio y al héroe nacional, se dignificaba ella misma; y su  
 pensamiento, su noble y elevado pensamiento, no que-  
 darà jamàs perdido en el vacío.

---

 XLIII

**Erección del primer monumento a Morazán en Centro América.—La gran Apo-  
 teosis de El Salvador trascendió y conmovió a todos los Estados de la  
 Patria.**

En Febrero de 1,882, un extraordinario alborozo  
 tenía como embargado al pueblo Salvadoreño. De ani-  
 mación en animación subiendo, el alma de aquel pueblo  
 parecía dilatarse más encendida por el fuego del sacro  
 patriotismo. Después del caos espantoso en que queda-  
 ra sumergida Centro América el año funesto del 42,  
 tuvo la virilidad y la energía este pueblo de rasgar con  
 atrevida mano la sombra ignominiosa con que el con-  
 servatismo que imperaba en las otras Secciones de la  
 Patria, trataba de envolverlo. Y así, gracias a su le-  
 vantada actitud, pudo darse un Gobierno Liberal con  
 Vasconcelos, uno de los morazánidas sobrevivientes del  
 «Coquimbo,» quien como digno heredero del mártir de  
 la Unión de Centro América, aún luchaba por sostener

talizar la noble imagen del hombre extraordinario que por maravillosa manera, supo improvisarse el Señor de la victoria el númen del patriotismo y el inmortal favorito de la Gloria.

.....»  
Desde que Morazàn entra en escena, deja de ser un hombre, para convertirse en una misión.

Su figura gigante no se puede medir por la talla de los caudillos, porque ha venido de lo ignorado con la fuerza prodigiosa de un destino que deslumbra, que se impone para realizar una grande idea, para ser el alma de un sistema, para luchar y morir por la transfiguración de un pueblo.»

.....»  
«El General Morazàn no es paladín que vibra su espada entre las huestes españolas, como muchos otros de este Continente. Pero lucha contra los màs genuinos y obsecados representantes del espíritu colonial, que brega con pertinacia y con furor por mantener impreso el sello de Felipe II y de Fernando VII sobre la frente del pueblo Centro Americano.

«La carrera de aquel genio es un gran combate librado contra màs de 300 años de absolutismo y de tinieblas.

Con sus pocos Hondureños, Nicaragüenses y Salvadoreños, el campeón improvisado del derecho se presenta en la encañada de la Trinidad, donde besan el polvo los infames profanadores de su cuna. El hace un gesto de mando a la victoria; y la victoria le obedece, levantándolo en sus brazos hasta las màs encumbradas eminencias de la Gloria.

.....»  
Y, el inspirado orador que hizo el màs acabado y bello registro de la cruzada morazànida, no se olvidó ni pudo olvidar jamás a los bravos veteranos que siguieron al caudillo nacional en todas sus épicas jornadas, allí estaban ellos al pié del monumento como una distinción bien merecida, haciendole la Guardia de Honor, y a quienes en vida condujo siempre a la victoria: allí estaban con sus nevadas cabezas ostentando con orgullo sus viejas cicatrices como una de sus mejores preesas conquistadas en el campo de batalla, por la unión y libertad de la Patria. A ellos, que llenos de emoción y con los ojos humedecidos por sus lágrimas

escuchaban al orador que pregonaba sus hazañas inmortales, volvióse el vibrante orador para decirles:

«Y vosotros respetables veteranos, que marchásteis en ardiente tropel en pos del adalid glorioso, haciendo luz de libertad con vuestros aceros vencedores, y con ellos cegando laureles para su frente y para la vuestra, inclinãos un momento con gratitud y con respeto ante el Gobernante Liberal y civilizador que os ha traído aquí a esta gran fiesta de la Patria, para vincular su nombre y el vuestro, a la gloria inmortal de Morazán.  
.....»

Después de las dianas aplausos, y vivas atronadores que siguieron al trascendental discurso de Alvaro Contreras, escalaron la tribuna a su vez, los señores: doctores Rafael Reyes, David Castro y Juan J. Cañas, por la Universidad; General y Doctor Lucio Hernández, por el Municipio; Bachiller Manuel J. Barrera, por la Sociedad «La Juventud»; Doctor Francisco Arriola y Bachiller Miguel Plácido Peña, por la Asociación «La Democracia»; Doctor Pablo Buitrago Díaz, por el Gobierno de Nicaragua y don Cruz Ulloa por el de Honduras.

El tiempo más nó el entusiasmo cortó el número de oradores, para poder seguir los otros puntos ya indicados en el programa.

El bien inspirado bardo nacional Calixto Velado, sintetizó en los siguientes versos, la Apoteosis del Salvador.

Esta Sección del mundo Americano  
Hoy festeja al político, al Guerrero,  
Al Leónidas audaz, al Espartano,  
Por el valor y patriotismo austero.  
Festeja al que en la lucha fué severo,  
Y después de vencer, siempre fué hermano;  
Al que ahogar supo con potente mano  
La ronca voz del fanatismo fiero.  
Lo saca de su estrecha sepultura,  
Y en cincelado mármol lo levanta  
\* Y es tanto su esplendor, su gloria tanta,  
Que ni el presente ni la edad futura  
La talla medirá de esa estatura  
Que el curso de los tiempos agiganta.

El Himno a Morazán de Miguel Plácido Peña, con música del maestro Olmedo, cantado fué por las Escuelas y, al dejarse oír el último coro que dice:

¡Salve, salve gigante soldado,  
De magnánimo, audaz corazón;  
Salve, salve guerrero esforzado  
De la Patria el honor y la Unión!

Barriera decía en su discurso: «Me parece oír en los rumores de esta fiesta, las palpitaciones del corazón Centro Americano.....» Y volviéndose a los veteranos decía: «Decid leales veteranos, si ese que fué vuestro ídolo no tuvo por única religión la libertad; decid si no fué el amor patrio, el único que lo inspiró en aquella lucha tenáz que hubo de sostener contra las ordas cínicas que desgarraron el seno de la Patria Centro Americana?»

«No me desmentiréis; porque testigos fuistéis de aquella época para vosotros de gloriosos recuerdos.

Aún descubro pintarse en vuestros semblantes el orgullo, y que aplaudís más que ninguno esta demostración de gratitud nacional.

«Salvadoreños: recordad que El Salvador y Morazán se identifican siempre en un solo amor, en una misma idea: *Unión y Libertad*.

«Conservad eternamente ese recuerdo y alimentad ese amor, que así, y con nuestras gloriosas tradiciones podréis confirmar sinceramente y con orgullo, que El Salvador es el pueblo del progreso, el pueblo de la Libertad de Centro América; que así veréis levantar el pedestal de ese otro monumento más grande todavía y más glorioso que debe consagrarse a Morazán; ese monumento será: *la Unión de Centro América*.»

El entusiasmo nos sobrecoje cuando pensamos que, a Centro América no le han faltado ni le faltarán pensadores, poetas y escritores que, como verdaderos intérpretes del pensamiento nacional emancipado, saben escrutar el pasado y señalar rumbo al porvenir de nuestros pueblos y, que, como brazos del Ideal sublime, emergen de su fondo azul, para darnos en versos o en prosa de oro las perlas de su pensamiento cristalizado.

El bardo Centroamericanista, Joaquín Aragón, es uno de ellos. En su magnífica composición declamada frente al monumento de Morazán, decía:

«Sí Morazán, el pueblo te comprende, porque com-

prende el pueblo todo lo que es grande.»

Y luego pone en boca del pueblo, esta sublime profesión de fé:

«Juramos, dice, deponer los odios  
Y de la libertad vibrar la palma:  
Juramos ante vos no usar de dolo,  
Los cinco Estados ser un pueblo sólo,  
Tener un solo pecho, una sola alma:  
Juramos ante vos, ser ciudadanos,  
Libres, unidos, fuertes esforzados,  
Juramos libertar a los hermanos  
Que otra nación mantenga esclavizados:  
Juramos evitar que sangre corra  
En tierra Americana;  
Y juramos, en fin, que es soberana,  
Libre e independiente  
La América Central, y si algún día  
Una nación de América o de Europa  
Trata de matar su autonomía,  
O de usurpar su tierra,  
Si no podemos evitar la guerra  
Sin faltar al honor y a la hidalguía,  
Las armas tomaremos, y ni un punto  
De tierra cederemos;  
Y si cruel persíguenos la suerte,  
Imitando a Numancia y a Segunto  
Gritando moriremos:  
*Atrás infames, Libertad o muerte.»*

Y luego pone en boca del mártir sacrificado, estas palabras:

«Si yo soy grande, dice,  
Con voz que el huracán remeda,  
Es porque grandes mis ideas fueron:  
Unión y Libertad, tal fué mi lema:  
Por él lidié, vencí; muchos cayeron  
Postrados a mis pies, el servilismo,  
La odiosa tiranía;  
Y de la Patria en glorioso día  
La palma de los mártires me dieron.  
Traidores me tendieron negros lazos,  
Inspirados quizá por el abismo:  
Morí y entronizóse el despotismo,  
Y América Central fué hecha pedazos....  
.....

Mucho tiempo he esperado, pero en vano,  
 Mirar reaparecer la obra grandiosa  
 De la Federación: ¿Qué hicistes pueblo?  
 En vez de trabajar, con odio insano  
 Os destrozàbais sin piedad, cual fieras,  
 Hollando vuestro honor y salpicando  
 De crímenes las páginas primorosas  
 De nuestra nueva historia.

.....

Quise apartar mis ojos  
 De aquel terrible cuadro, en ira ardiendo,  
 Los cinco Estados viendo  
 Convertidos en campo de Agramante,  
 Y el León boreal sus garras afilando  
 Para después cebarse en sus despojos;  
 Pero oí vuestra voz, sé vuestro intento,  
 Y ahora os reconozco: el pensamiento  
 Que acabàis de expresar y vuestros brillos  
 Muestran que es digna el alma que anima  
 De apellidaros hijos  
 Del alma libertad, obras sinceras

.....

¡Oh! vosotros, ha quienes ha confiado  
 La Patria sus destinos,  
 Llevadla por los màgicos caminos  
 De la Unión y el Progreso  
 Y un asiento tendréis en el Congreso  
 De genios inmortales.

.....

Y vosotros, ¡Oh! pueblo adelante!  
 No temàis, obrad bien, que yo constante  
 Velaré por vosotros;  
 Y no permitiré que haya vestiglos  
 Que quieran desunirte Patria amada,  
 Y libre, y poderosa y respetada,  
 Seràs honor de los futuros siglos,  
 Que al contemplarte con afàn profundo  
 Te tienen de llamar, Reina del Mundo!

.....

Profundísima e imperecedera fué la impresion que  
 en el ànimo de los miles de concurrentes dejó aquella  
 gran manifestación Nacional, que por siempre vivirá en

los anales de la Historia. Terminado el acto cívico, las bandas completaron la animación con sus marciales notas que se prolongaron hasta el Teatro Nacional, donde se sirvió un espléndido banquete de 300 cubiertos, brindado por la Nación a sus huéspedes.

En ese augusto silencio que reinó después en el «Parque Morazán», quedaron haciendo guardia al monumento los veteranos. Esas horas de silencio y calma, tuvieron una significación grandiosa: Allí quedaban ellos en actitud de recogimiento mandados por el más antiguo, haciendo aquella guardia que era como el poema de sincera admiración, en que se compendia la soberana elocuencia de los hechos que dignificaron al Paladín Nacional: ellos le habían visto, le habían seguido, conocían el timbre de su voz, y sabían la magia que encerraba su mirada de Aguila, cuando con el ejemplo, los llevaba siempre a la victoria; y, allí estaban ahora ante su imagen cincelada en bronce, con el arma al brazo mirándole de hito en hito. Mucho habían deseado quedar solos con él, con su inolvidable y querido Jefe, y, ese honor se les concedió, a la hora en que el sol, como en sus memorables batallas parecía enardecerlos más.

Sí; así era él, decían. Solamente que no nos llama a combatir, montado como lo hacía sobre su hermoso caballo de campaña..... Pero vean; es su mismo gesto y su mirada es la misma..... Parece que quiere hablarnos así como está empuñando la espada, para luego señalarnos al enemigo de la Unión y la Libertad de Centro América.....

Y el Jefe veterano que los relevaba en sus turnos, yendo y viniendo de uno a otro extremo del parque, figurábase que iba a comunicar a sus soldados, las órdenes recibidas del Jefe queridísimo; y que pronto entrarían en acción.....

Y así, en todos ellos, mientras estuvieron haciendo la Guardia de Honor, contemplando la imagen del patriota esclarecido, ¿cómo pasaba por sus mentes el tropel de sus batallas coronadas siempre por el triunfo?

¿Quién pudiera expresar todo el poema vivido pero no cantado de aquellas almas que, en extática adoración, contemplaban y hacían guardia a la imagen del Jefe inolvidable que para ellos parecía animarse sobre su alto pedestal?

¿Sufrían o gozaban?..... Todo a la vez; y, mientras tanto, el espíritu del gran patriota no pudo tener mejor

Apoteósis que esa feliz disposición del Gobernante que dejó en su custodia, como punto principal del programa, a esos veteranos que, ostentando sus viejas y gloriosas cicatrices, le habían seguido en toda su cruzada por el Itsmo.....

A eso de las cuatro de la tarde de ese día memorable, una gran parada militar tuvo lugar en la Plaza de Armas; y, dos horas después, cuando el sol desaparecía y el Izalco retumbaba, aquellos cinco mil soldados al toque marcial de las bandas y al estallido de una nueva salva de artillería, presentaban el arma en el momento que la Bandera Federal descendía de lo alto del Palacio Nacional, ante la respetuosa contemplación de todo un pueblo entusiasmado. Y, después, la grandiosa enseña de la Patria, al desaparecer del asta que la sostenía en lo alto y ser recibida por un cuadro de oficiales del Ejército, llevada fué triunfalmente al «Parque Morazán.» Al estar allí el pedestal del monumento venerado fué totalmente cubierto de hermosísimas coronas, que los jefes y oficiales del Ejército y los representantes de los demás Estados, colocaron como una ofrenda que venía del alma de sus pueblos.

Ya el sol se había ocultado, pero mil luces iluminaron de pronto el Parque, donde una nueva y grandiosa manifestación tuvo lugar. El entusiasmo, antes que decaer, parecía más bien aumentar; pues otro mundo de gente estuvo allí pronto a oír la palabra inspirada de los oradores y poetas, llamados a dilatar con su sentida inspiración, el entusiasmo y la animación de aquel memorable 15 de Marzo que perdurará por siempre.

La esplendidez del cielo tachonado de astros, las notas marciales de la música y el ambiente perfumado por la infinita variedad de flores de tantísimas coronas, hacían de ese cuadro y de esa hora en que se escuchó por otra vez la palabra inspirada de los oradores, la más singular y llamativa de las Apoteósis al héroe nacional centroamericano.

A esa hora de serena calma en el espacio inmenso, y de unción y de regocijo en el animado y palpitante suelo, donde se glorificaba al padre de la Patria, la palabra parecía tener un extraño y misterioso acento que conmovía al auditorio. Todas las miradas estaban como elevadas en el monumento, cuando uno de los poe-

tas que escalaron la tribuna, dejó oír las siguientes estrofas.

Y al clamor de la Patria desgarrada  
Surge hércules ese genio que la escucha;  
Y el frigio gorro y la desnuda espada  
Toma, y su lanza a la intestina lucha,  
Donde lauros le brinda la victoria  
Y le encumbra a las nubes de la gloria.

Y es Morazán, perínclito soldado  
Que el roto lazo de la Unión reanuda;  
El varón siempre heróico y denodado  
A quien la América Central saluda  
Cuarenta años después que exhaló el alma  
Y logró del martirio la aura y palma.

Ved allí la simpática figura  
En perdurable bronce modelada,  
Del héroe que alcanzó con su bravura  
Ver la negra discordia domeñada,  
Y domeñada la anarquía fiera  
Y triunfante en su mano la bandera.

Vedle allí en el mármoleo monumento  
Que el Salvador consagra a su memoria;  
Parece que aún rebulle el pensamiento  
Tras de su frente, que cual lente ustoria  
Inflama su cerebro portentoso,  
De libertad al rayo esplendoroso.

---

#### XLIV

**Monumentos que se erigen a Morazán en el Centro de la Necrópolis de San Salvador, y en el Puerto de Amapala.**

---

Dentro de esa alentadora renovación política y social que, partiendo de Guatemala, se hacía sentir en todos los Estados de la Patria, El Salvador, como si caminase guiado por un espíritu superior, venía hoy a rendir sobre el misterio de las tumbas su eterno culto de admiración al Mártir de la Unión Centro Americana. Su liberal y bien inspirado Gobierno, siempre propicio en sus grandes manifestaciones cívicas para consagrar

al genio de la Patria, acordó que la inhumación de sus venerados restos en el nuevo monumento levantado al centro de la Necrópolis de la Capital, tuviese efecto en el aniversario de nuestra Independencia Nacional, seis meses después del glorioso 15 de Marzo.

Y fué el 14 de Septiembre del mismo año 82, a los ocho lustros de haberse alzado el cadalso que devoró la vida del ilustre Morazán, que sus caras cenizas iban a guardarse para siempre, en el nuevo y suntuoso monumento que se había alzado a su memoria.

Sí, cuarenta años hacía que el ilustre patriota había dicho a Villaseñor en el patíbulo: «Amigo: la posteridad nos hará justicia.» Y su predicción se cumplía apenas se disiparon las primeras sombras por la luz que salía de su tumba, con las manifestaciones y apotheosis que se hicieron el 48, 49, 80, 81, 82, y 83 en Costa Rica, El Salvador y Honduras sucesivamente.

El siguiente Decreto corresponde a la nueva consagración a que asistimos.

«El Poder Ejecutivo del Salvador. CONSIDERANDO: que a consecuencia de los terremotos ocurridos en esta Capital en 1,873, ha sido completamente destruido el monumento que guardaba las cenizas del ilustre General Francisco Morazán; que es un deber del Gobierno, conservar en depósito, manteniendo vivo el recuerdo y las virtudes cívicas de tan esclarecido caudillo, decreta:

«Se erigirá en el centro del Cementerio General de esta Capital, un monumento nacional, donde se guardarán los restos de aquel Benemérito patricio, fijando en diversas inscripciones, su nombre y los homenajes de gratitud, que el pueblo de San Salvador tributa a su memoria.—Dado en San Salvador a 10 de Mayo de 1,880.—Rafael Zaldívar.—El Ministro de R. E.—Salvador Gallegos.»

Y el bello monumento alzábase ya en el centro de la Necrópolis, pronto a recibir tan preciado depósito; y, es ahora en ese sagrado recinto, donde no llegan los falsos renombres, y donde impera la augusta verdad que el pueblo predilecto en perpetua adoración va a tributarle culto de admiración al que fué y será el inmortal favorito de sus glorias. Solemne es el momento en que todo un pueblo se ve congregado bajo el misterio que guardan millares de tumbas, y donde también con los representantes de las naciones amigas, Cuerpo Consular, Corporaciones, Alumnos de las Escuelas, Colegios

y Centros Universitarios, se le van a hacer los póstumos honores.

Miles de cabezas hay allí descubiertas en actitud de recogimiento y de veneración; y, ese sentimiento que se veía pintado en todos los semblantes al contemplar en la mansión del olvido, la imagen del patriota, era respetuosa y solemne como la hora en que se iban a inhumar sus caras cenizas.

El silencio se hizo profundo, cuando el digno representante del Gobierno, Doctor Antonio Guevara Valdez, con la vista sobre aquel sagrado depósito principió su discurso.

Con un delicado sentimiento de esperanza que no debe caer en la desgracia, dijo entre otras cosas el distinguido comisionado:

«Pero no deben ser lágrimas estériles las que nosotros debemos derramar. Es necesario que al honrar la memoria del héroe Centro Americano, procuremos con toda la fuerza de nuestras fuerzas hacernos dignos hijos de tan esclarecido padre; es necesario trabajar y más trabajar, para que sea fecundo el árbol que regó con su sangre; pero que sea fecundo en bienes y no en elementos disolventes que por desgracia se han agitado en nuestra vida política; elementos que nos han mantenido en criminal desunión, que nos han hecho vivir en la ignorancia, y que nos han impedido explotar las riquísimas fuentes de progreso con que el ser Supremo se dignó adornar nuestro suelo, resultando de aquí, como lógica consecuencia, que Centro América es hoy una Patria despedazada, cuando por la Unión y el patriotismo de sus hijos, debía ostentar ante el mundo, la cultura más floreciente.

«Si existe en realidad la visión beatífica, ¡Dios no habrá permitido todavía que el alma del gran héroe dirija una sola mirada a los habitantes de estos países! Si esas cenizas se animáran, siquiera por un instante, se levantarían amenazantes al ver que las generaciones que las han sucedido, nada, casi nada han hecho de positivo por concluir la obra que Morazán inició con su esclarecida inteligencia y con su espada legendaria, hasta lanzar en su prosecución, el último suspiro.

.....

«Morazán quiso la Unidad de Centro América, y a ese sublime y elevado pensamiento consagró todos los días de su vida; y si el plomo homicida de la traición no

hubiera cortado el hilo de su existencia, hoy nos veríamos formando una importante entidad política, fuerte en sus instituciones y considerada con respeto, por las naciones extranjeras; más hoy, no somos más que parodias de Naciones: formamos tan solo cinco endeble pasiones políticas que, separadas, nada significan en el concepto de los demás pueblos del Mundo. Las ambiciones bastardas nos mantienen desunidos, y los intereses rastreros han hecho de cinco hermanas, cinco celosas rivales.

.....

«Cuando nuestras rencillas fratricidas amenazaban destruir nuestra Independencia, allá en Honduras, cuna de tantas inteligencias que honran a Centro América, se levantó un hombre que puso al servicio de la Patria su persona, sacrificando su tranquilidad y bienestar por oponer un dique a los trabajos de los eternos enemigos de la civilización. Este hombre, ya lo sabéis, fué Francisco Morazán, a cuya memoria consagramos este monumento como un tributo de amor y gratitud.

«Apenas apareció en la arena política, aquella figura colosal, el régimen de las ideas obscurantistas comenzó a temblar de sus cimientos.....

«Morazán, acompañado de un grupo de patriotas y comandando después un ejército de valientes, relativamente pequeño en número, pero grande en constancia y en lealtad, atacó a los enemigos del progreso donde quiera se le presentaban, sin atender jamás a las ventajas del número, ni de la posición que pudiera tener, porque en aquel privilegiado cerebro, ardía la bienhechora idea de la salvación de los principios republicanos, y en aquella alma de espartano palpitaba el valor de los héroes. Morazán caminó siempre de triunfo en triunfo con sus huestes vencedoras, y siempre dejaba por huella la redención de la democracia.

.....

«Sin los esfuerzos de Morazán, y de los compatriotas que compartieron con él las fatigas y peligros, talvez nosotros seríamos aún el patrimonio de alguna testa coronada, lá miserable alfombra donde pusiera sus plantas alguno de esos monarcas que cree en el derecho divino de los Reyes; la ignorancia sería el único patrimonio del pueblo, el fanatismo constituiría el principal elemento de Gobierno; en una palabra, las tinieblas se-

rían nuestra atmósfera, y nuestro porvenir sería la esclavitud más abyecta.....

«La juventud, ese poder omnipotente que simboliza el adelanto de la civilización, verá también en ese Decreto un estímulo poderoso para esforzarse en adquirir las prendas que hacen de los hombres una gloria nacional.

«Cenizas veneradas de Francisco Morazán: recibid un tributo de amor, un homenaje de gratitud del pueblo que hoy os contempla con respeto; porque sois las reliquias del hombre a quien más debe, del hombre a quien más ha querido, del hombre cuyo recuerdo vivirá siempre en el corazón de los buenos centroamericanos.

«Ciudadano Presidente: recibid un voto de agradecimiento nacional por vuestra iniciativa de la emisión del importante y aplaudido Decreto en que se ha ordenado honrar la memoria del héroe Centroamericano.»

\*  
\* \*  
\*

Y esa viva y clara corriente de admiración por el adalid Centroamericano que prolonga y prolonga su fecundante curso, ha traspasado ya el límite del Estado donde tuvo su fuente de origen, dilatándose por todo Centro América.

Digna de no ser olvidada nunca, y sí, siempre recordada por el patriotismo es, esa noble actitud del Gobierno y pueblo de El Salvador que, después de erigir en su suelo los monumentos indicados, envía como una ofrenda de fraternal simpatía al Gobierno y pueblo hondureño, otro esculpido en mármol, para que se perpetúe la memoria de Morazán sobre el suelo donde se mecía su cuna.

Grato el Gobierno hondureño por tan hermosísimo como significativo recuerdo, emitió el siguiente Decreto:

«Marco Aurelio Soto, Presidente Constitucional de Honduras, CONSIDERANDO: que no es posible sin grave riesgo, transportar a esta capital la estatua del Benemérito General Francisco Morazán, obsequiado por el pueblo y Gobierno del Salvador, al pueblo y Gobierno de Honduras; y que el lugar que queda como más a propósito para colocar la estatua es el puerto de Amapala, bello por su forma e importantísimo por estar en el centro de la Costa Sur, de la América Central; por tanto, decreta:

«Artículo 1º—Fórmese un parque en el puerto de Amapala en el lugar elegido por el arquitecto del Gobierno, y de conformidad con el plano para dicho efecto.

«Artículo 2º—El parque que se construirà, llevará el nombre de «Parque San Salvador».

«Artículo 3º—Levántese en el centro del parque, con sujeción al plano aprobado, el pedestal donde debe colocarse la estatua del General Morazàn.

.....»

En mármóreo monumento quedó erijido frente al bello golfo de Fonseca, quedando la estatua del héroe en la misma actitud de contemplación en que le vimos sobre la popa de su buque insignia «El Cruzador» cuando después de su destierro vino a su última cruzada; aquella actitud de profundo recogimiento con que quedó contemplando las bellezas del Golfo, sobre la cubierta de su buque, cuando tan grandes y sublimes pensamientos cruzaron por su mente soñadora, quedó gravada para siempre en el mármol que recordará en el centro de la Patria a las presentes y futuras generaciones de la suprema abnegación de quien ofrendó su vida y todos sus recursos para engrandecerla con la Unión.

Conforme lo acordó el ilustre Gobernante hondureño, para simbolizar la gratitud de Honduras a El Salvador, el viajero que visite nuestro pintoresco puerto de Amapala, verá que la imàgen del patriota que en mármol se destaca sobre las risueñas perspectivas del Golfo, mira hacia las playas salvadoreñas, donde se perfila la tierra volcànica que tan grata y digna le fuera

---

XLV

*Honduras se dignifica glorificando al héroe, primero por la voz de sus talentos y después por el soberbio monumento que por Decreto de 1,880 se le erigió en Tegucigalpa.*

---

Desde el triunfo de la Revolución Liberal del 71 que operó un cambio radical en la política de Guatemala, los insultos y diatribas que se prodigaban en Centro América a la memoria del ilustre Morazàn, tornàronse

por la virtud de sus principios en hosannas a su nombre. Las bárbaras demostraciones de regocijo que por su muerte se hicieron en Honduras, Guatemala y Nicaragua, anatematizados fueron por la juventud que se levantó a los fulgores de esa nueva aurora.

Honduras que volvía de las sombras a la luz, gracias a los renovadores principios que infundiera a su Gobierno el Doctor Soto, hacía plena justicia a su hijo más ilustre, reivindicando su memoria. En 1,880 tuvo lugar en Tegucigalpa la primera Apoteosis a Morazán con una gran velada lírico-literaria que se le consagró al celebrarse el aniversario de nuestra Independencia.

Un verdadero acontecimiento literario fué ese recordado concurso en el que, el talento y el patriotismo hicieron gala de elocuencia: tomaron parte en él los notables oradores y hombres públicos, Doctores Adolfo Zúñiga, Ramón Rosa y el mismo Jefe del Estado, doctor Marco Aurelio Soto.

De aquella producción valiosísima que forma por sí solo una bella y preciada corona con que el pensamiento nacional aureolaba la frente del vencedor de Gualcho, entresacamos únicamente estas memorables y edificantes palabras del entonces Gobernante Hondureño: «Combatamos con perseverancia el egoísmo, la indiferencia, el personalismo y los bastardos intereses que embarazan nuestro camino. Propaguemos la idea, que ella dará sus frutos. Llevemos hasta la mente del último aldeano el convencimiento de que la Unión, que dà la fuerza, es la base más sólida del orden y la paz: que la Unión que dà la fuerza, es el más poderoso motor del progreso y de la civilización; y que la Unión es la única que puede dar positiva prosperidad y grandeza a Centro América».

«Tan sólo trabajando sin cesar, con buena fé, con ardimiento, puede realizarse la Unión Nacional. De otra suerte continuando en el indiferentismo en que vivimos, ¡Ah!, nunca tendremos Patria. ¡Y que dolor cerrar los ojos a la luz, sin dejar a nuestros hijos por herencia una Patria!

«Os confieso ingenuamente, que yo no siento en este día las inefables dichas que estoy cierto sentiría si fuera hijo de los Estados Unidos y se conmemorara hoy el aniversario del 4 de Julio. ¿Por qué señores? ¿Serà porque no se estremece en mi alma la fibra del patriotismo? No Señores. Es porque hoy se celebra la independencia

de la República de Centro América, y la República de Centro América no existe: está hecha pedazos, y estos viven despedazándose en luchas fratricidas. Es porque hoy se me presenta la sombra magestuosa del gran mártir, y veo que con semblante severo pide a la juventud estrecha cuenta del encargo que le hiciera en sus últimos y sublimes momentos. El testamento del General Morazán casi no se conoce, cuando es la hoja en que debieran aprender a leer los niños de Centro América.

Ese documento venerable es la unción del patriotismo que las madres debieran hacer rezar a sus hijos al dormirlos en sus blancas cunas, para que todo Centro Americano desde la infancia sepa que no tenemos Patria.

«Señores: yo tengo confianza ciega en las ideas y en el poder vital de las nacionalidades. Esperemos y confiemos en el porvenir y en los destinos de Centro América. Señores: brindemos porque el pueblo Centro Americano se una, se levante inflamado de amor patrio, borre con mano soberana las fronteras y enarbole en su robusto brazo la enseña soberana.»

Cuando aquel bien intencionado Gobernante hablaba así, era indudable que su sincera inspiración emanaba de algo que él deseaba convertir en realidad; pues a los dos años en que la intelectualidad hondureña hizo esa primera consagración al mártir de la Patria, emitió el siguiente Decreto.

«Marco Aurelio Soto, Presidente Constitucional de Honduras, CONSIDERANDO: que todo pueblo debe honrar la memoria de sus grandes hombres, y que el Benemérito General Francisco Morazán, fué para el pueblo hondureño el heroico sostenedor de sus derechos y el más ilustre representante del Gobierno Republicano de la Unión Nacional de Centro América, por tanto, decreta:

«Artículo 1º.—Levántese en la plaza principal de esta capital una estatua ecuestre, de bronce del Benemérito General Francisco Morazán.

«Artículo 2º.—La estatua se levantará sobre un pedestal de piedra, bronce y mármol, que llevará inscripciones que perpetuen en la posteridad, las elevadas ideas y los heroicos hechos del abnegado defensor de la unidad de Centro América.»

Tan espléndido monumento fué concluido en 1,883; y el 30 de Noviembre de este año, su digno sucesor el doctor Bográn tuvo el honor de declararlo solemne-

mente inaugurado.

Esculpido en bronce, sobre su corcel de guerra, blandiendo la invicta espada, la imàgen del patriota sin mancilla destàcase soberbia sobre se alto pedestal en el parque de su nombre, allà en la ciudad libérrima donde se meció su cuna: su actitud es la del guerrero intrépido que clavando el acicate a su fogosícimo caballo de combate, hàcelo arrancar en veloz carrera, para ir a combatir al enemigo, llevando tras de sí, a sus soldados invencibles que le siguen por doquiera. Con la vista hacia el Sur, como mirando hacia su primer campo de batalla «La Trinidad», su perfil helénico tiene toda la naturalidad del gran atleta del Derecho y de la Libertad, que denuncia en su gesto y en su mirada, la màs excelsa figura que se ha podido esculpir en bronce y se ha elevado hasta hoy en suelo Centro Americano.

Y es en el parque donde se alza tan soberbio monumento, bajo el azul purísimo de un cielo, donde ahora el pueblo hondureño se ha congregado para hacer la apoteósis del màs insigne de sus hijos en el inolvidable 30 de Noviembre. Un año hacía nada más que en San Salvador, se había inaugurado el primer monumento, cuando Honduras en noble y santa emulación, inaugura también en Tegucigalpa el suyo, con iguales demostraciones de entusiasmo.

Dentro de aquel mundo de cabezas que se descubren al entonarse el himno de elevadas y sentidas notas, vese el gran Cuadro de Honor al pié del monumento formado por el elemento oficial, los representantes de Centro América y extranjeros, Cuerpo Diplomático y Consular, las Escuelas y Colegios.

El Licenciado Jerónimo Zelaya, encargado por el Poder Ejecutivo para llevar la palabra oficial, interpreta a maravilla el sentimiento Nacional, expresando entre otros conceptos, los siguientes: «Felicitémosno, Señores, por la erección, aunque tardía entre nosotros de este bello monumento, a los 41 años de la tràgica muerte del héroe a quien està consagrado; del héroe que ha merecido que dos Estados se inclinen ante él y le tributan honores y Apoteósis. Felicitémonos porque, este acontecimiento significa que nuestra amada Patria no ha perecido; no ha muerto el noble sentimiento de Justicia, que en todos los países y en todas las épocas discierne coronas, palmas y lauros a las grandes virtudes, a las grandes y sublimes abnegaciones. Honduras

**IMPRESO**  
**EN LOS TALLERES**

**CDS**

**QUEZALTENANGO**

**CASA EDITORA**

**Carlos D. Suasnávar**

**PROPIETARIO**

idioma y la religión, los intereses y las costumbres, podrían atraerles el respeto y aprecio, y las consideraciones de las naciones cultas; y por eso se convirtió el grande hombre en protagonista esforzado, valiente, enérgico, infatigable de la Federación; y por eso, señores, por el poder irresistible de sus convicciones, consagró las altas facultades de su inteligencia y su brillante espada al triunfo de su causa que abrazó con fé, con amor y con abnegación, y en cuyo holocausto ofrendó sus intereses, su juventud, su reposo, su sangre, su vida sirviéndola a toda hora con su palabra, con su pluma, con su consejo, y con su espada en los campos de Honduras, El Salvador, en Guatemala, en Costa Rica, casi en todo Centro América.

«¡Qué espectáculo tan singular y tan bello el del noble ciudadano nacido de las filas del pueblo, elevándose por su sólo mérito sobre el nivel de sus compatriotas, y empeñado en la lucha titánica de crear una gran Nación, contra la cual se han conjurado el retroceso, las oscuras tradiciones de la colonia, el glacial y duro egoísmo y las sórdidas ambiciones! ¡Qué maravilloso y sublime espectáculo el del joven Francioso Morazán, fija la mente en el porvenir de su América del Centro, esa Patria adorada de sus ensueños, ocupado en enaltecerla y dignificarla ante el mundo, y tratando de hacer por ella, durante diez años, lo que hace poco ha hecho la bella, encantadora Italia, y la profunda y pensadora Alemania; lo que hará mañana la noble España unificando la Península con Portugal, y lo que hará un día Sur América y otras naciones!

«Amemos mucho, Señores, sí, amemos mucho la memoria del grande hombre, cuyo monumento inauguramos consagrándole esta ovación solemne, esta festividad nacional. Sus levantados y generosos sentimientos, sus esclarecidas acciones, e insignes proezas en pro de la Unidad de Centro América, forman un gran patrimonio de gloria, legado a la posteridad, legado a nosotros. Acojamos con respeto y cariño, con veneración y reconocimiento, ese glorioso patriotismo, que a la vez que encierra una alta y saludable enseñanza, es nuestra honra y más bien preciado blasón, y será también la honra y el blasón de nuestros últimos descendientes!

«Juventud hondureña: que no sean estériles para

vosotros, los monumentos erigidos a nuestras glorias Patrias, que son también gloria y honor de Centro América. Recoged de Morazán sus últimas palabras, su testamento inmortal, que os lega con el recuerdo de su inmenso infortunio, la defensa y el sostén de la noble causa por la que rindió con serenidad, su hermosa vida.

«La juventud de Norte América, educa su corazón más que con los libros de los sabios, con la lectura de las vidas de sus hombres célebres.....»

¡Y cómo seguir esa fuente de inspiración patriótica que con su poderoso fluido de magnético entusiasmo, conmovía a todos los hijos de la montañosa Honduras, el día memorable en que quedó perpetuada en bronce la más legítima de sus glorias!

Todo lo que en variados tonos y en distinto estilo allí se dijo por la prensa y la tribuna para eternizar el nombre y los ilustres hechos del más preclaro de sus hijos, tuvo la sonora vibración de su fecunda y soberbia naturaleza, donde las grandiosas e imponentes montañas, profundos valles y espesas selvas cantaràn por siempre el himno eterno a su inmortal cruzada por el Istmo!

Conmovida, inspirada y ennoblecida, Honduras se dignificaba al reconocer y glorificar al genio que surgiera del fondo azul de sus ásperas montañas: era la Justicia que, amparada y estimulada por otra generación más consciente y civilizada, daba la vista ya, libre de toda venda al sol de sus libertades.

De los que en vida habían odiado y perseguido a Morazán, no quedaba de ellos sino el estigma de sus negros procederes, y él perpetuado en bronce, allí quedaba admirado para siempre como el gran Capitán del siglo, que nos diera verdadera libertad para eterno y edificante estímulo de las presentes y futuras generaciones.

Y la libérrima ciudad que tuvo la gloria de dar al centro del Mundo Americano tan insigne varón, hoy ostenta con orgullo ese monumento con que ha querido glorificar los hechos y eternizar la imàgen de ese hombre extraordinario que fué sacrificado por la grandeza de la Patria.

## XLVI

Costa Rica y Guatemala perpetúan también la gloria impercedera de Morazán; y Máximo Jeréz en Nicaragua con su apostolado recoge la herencia del héroe.

Y la voz de Centro América que, como una escala de infinita gratitud parecía hacer el registro de aquella vida destinada al sacrificio por la Unión y libertad de sus Estados, oída y secundada fué también por Costa Rica y Guatemala, que, inspiradas por un mismo sentimiento, acordaron perpetuar la memoria de Morazán con obras que acreditasen su admiración y gratitud el año 87.

Costa Rica, desde 1848 y 49, había acordado las primeras honras fúnebres y celebrado las solemnes excéquias al exhumar las sagradas cenizas antes de ser enviadas con todos los honores a El Salvador; y en Guatemala, después de la nueva lucha que se sostuvo para disipar tantas sombras acumuladas durante el oprobioso régimen de los 30 años, una nueva generación tomaba también como el más alto símbolo de redención el glorioso nombre de Morazán. Y, su pueblo, despertado por la voz de esa juventud que se educó bajo los principios liberales, después de pagar el natural tributo al General Barrios como restaurador de esos principios y mártir del 85, vuélvese con gratitud al fundador de la Democracia centroamericana, al que con su espada novadora rompió la tenebrosa noche de más de 300 años de dura esclavitud, el año memorable del 27. Ese reconocimiento del pueblo guatemalteco, expresado fué por el siguiente Decreto, emitido por sus representantes en 1887.

«La Asamblea Nacional de Guatemala, decreta:

Artículo único.—Autorízase al Poder Ejecutivo para que en la Plaza de Armas de la Capital de Guatemala, erija un monumento digno de la memoria de los Generales Morazán, Justo Rufino Barrios, Trinidad Cabañas y Máximo Jeréz, héroes y caudillos de la idea Federal Centro Americana.»

El monumento además de justo, era en alto grado significativo: Morazán como el primer fundador de la Democracia y Reformador de la Patria, destacábase el

primero entre sus gloriosos sucesores que lucharon y murieron por convertir en realidad su grande y luminoso ideal de unir a Centro América.

Por el mismo año el Gobierno de Costa Rica, presido por don Bernardo Soto, acordó por Decreto especial perpetuar la memoria de Morazán, en el bello parque de su nombre que se mandó a construir en su culta Capital.

La juventud de Guatemala quedó luchando también, porque además del monumento acordado, se erigiese otro por separado a Morazán, así como en San Salvador y Tegucigalpa. Sus patrióticos anhelos viéronse satisfechos por el Decreto de 1892 emitido por el Gobierno del General Reyna Barrios, en el que se autorizaba a la "Junta de Patriotas", organizada con tal fin, para que procediese a su erección en la plaza de Jocotenango.

Ese nuevo triunfo de la juventud de Guatemala, tenía una alta significación: esa juventud, a diferencia de la de El Salvador y Honduras, que no encontraron oposición a sus ideales, tuvo en Guatemala que luchar a brazo partido contra los prejuicios acumulados en la conciencia del pueblo por el bando conservador, quien después del sacrificio de Morazán, continuaba en su ingrata tarea de querer opacar el brillo de su nombre. Pero gracias a que con la espada de Justo Rufino Barrios, que fué el Reformador político, apareció también el Reformador social: el Doctor don Lorenzo Montúfar, ese pensador austero que con el acerado corte de su verbo demoledor y reconstructivo, iluminó y libertó al pensamiento nacional dormido. Fué el maestro y el novador de sus principios, y su poderoso talento y su invencible dialéctica fueron los que obraron el milagro de levantar esa juventud. Montúfar fué quien, en Guatemala como en todo Centro América libró la gran batalla de la pluma y la palabra contra todas las sombras y resabios de un pasado de ignominia; él fué quien con su poderoso pensamiento y la soberana elocuencia de su verbo, tomó como un deber la defensa y la dignificación del héroe Centroamericano, haciendo resplandecer su nombre y su memoria como la más preclara y legítima de nuestras glorias nacionales. La juventud guiada por el atrevido y luminoso pensamiento de Montúfar, seguía y practicaba sus doctrinas; y era ella ahora la que presidida por el Maestro, acometía a los

representantes del pasado y luchaba por levantar y sostener muy en alto la bandera del Ideal Centroamericano, y glorificando para honra suya, al paladín de la Unión Nacional.

Como un reflejo de ese fenómeno y esa lucha histórica, véase entre todo lo mucho que se escribió y se dijo por la prensa y la tribuna, los siguientes párrafos del discurso que el hijo del maestro, Lic. Manuel Montúfar, pronunció al colocarse la primera piedra del monumento consagrado a Morazán.

«Contra el cadalso levantado el 15 de Septiembre de 1842, se levantan hoy muchos monumentos erigidos por los pueblos: Tegucigalpa, Amapala, San Salvador y San José de Costa Rica, recuerdan espléndidamente el nombre de Francisco Morazán, y, al fin Guatemala, enseñada y convencida por su propia historia; este pueblo por tanto tiempo engañado, se arranca la venda que háiale cubierto los ojos durante medio siglo, se agrupa hoy reverente para rendir justo y cumplido homenaje al primero de sus políticos, al primero de sus soldados y al más inflexible cumplidor de sus leyes.....

.....

«Aún resuena el repique a vuelo de las campanas de los templos, aun sube a los altares el incienso del Te Deum conque aquí, no el pueblo, sino un Gobierno monárquico en el fondo, celebrara la infausta nueva de que había expirado en el patíbulo el hijo más ilustre de nuestra antigua y querida Patria, el sostén de la unidad Nacional, el vencedor en cien combates contra la soberbia y ridícula aristocracia, el ilustre General Francisco Morazán, azote de todos los despotismos e inquebrantable y severo Juez para todas las bastardas y mezquinas aspiraciones de risibles banderillas.....

.....

«Ruines son los que quieren continuar engañando a nuestro pueblo propalando la idea de que el héroe de Gualcho no tenía un profundo amor por cada uno de los Estados, que con tanto acierto gobernó en dos períodos constitucionales. Si castigó al círculo reaccionario de Guatemala que había conculcado la Carta Fundamental de la Federación, también desenvainó su espada para reprimir a los que rompieron las leyes en El Salvador y a los que la pisotearon en Honduras. Fué por tanto el vigilante centinela de aquellas leyes en to-

da la extensión de la República, y se vió en la necesidad de convertirse en el Dios de las batallas; bien sabéis, Señores, que fué a consecuencia de que en el tiempo aciago en que mandaba, las graves cuestiones de política, no tenían otra solución que los combates; pero jamás consideró Morazán en cada Sección de Centro América que un pedazo de su idolatrada Patria, cuya unidad sólo él supo mantener.

¿Aun cegarà tanto la pasión política, que se niegue a Morazán ser el genio de la guerra de la América Central, como lo fué Bolívar en el Sur y como lo fué en Europa Napoleón? ¿Obstinaràse tanto el común sentido de la reacción, que niegue que en el Continente latino americano, fué Morazán el primero que inició la reforma, de acuerdo con los principios que nuestro siglo ha implantado, a pesar de la constante e inútil resistencia del bando iracundo y vengativo, que sucumbió en 1871?

«Si Morazán fué el primer Reformador, si fué el primer guerrero y el primer pacificador, y si fué la constante amenaza de los tiranos, si mantuvo incólumes nuestra dignidad nacional y la integridad de nuestro territorio, si supo rechazar los halagos y adulaciones del servilismo que le brindaba una dictadura, Morazán no es el caudillo de una bandera política, como le llaman sus implacables enemigos, sino el modelo de los Gobernantes desinteresados, la gloria más legítima de la Patria, una estrella luminosa en su Continente y acreedor al respeto universal.

«El Presidente de la República de Centro América, jamás pudo inclinarse ni acceder a los ruegos de sus enemigos solapados, a los miembros del partido que tanto luchó por volvernos al coloniaje, llevarnos al protectorado, o convertirnos en Provincias de potencias extranjeras. Sabía muy bien que ellos son esclavos simulados de todo gobernante que se afirma en el Poder, aún cuando la víspera hubieren sido calumniadores y difamadores de ese gobernante; y previsor experto, no sucumbió nunca, como en 1848 sucumbió el General Paredes, entregándose incondicionalmente a la reacción.

.....  
*«¿Qué sería, Señores, de tanta sangre derramada en luchas fratricidas, qué triunfo positivo habríamos alcanzado desde el 71 y cuál la enseñanza adquirida por nuestras masas populares desde entonces? ¿Cómo habríamos demostrado que el patriotismo y la virtud*

*convierten inícuos patíbulos en grandiosos altares, ante los que se postran respetuosas las generaciones? ¿En dónde estaría el Partido Liberal triunfante, si hoy al clamor de las dianas y al estampido del cañón no se hubiese rodeado del pueblo recordando a Francisco Morazán, Aguila altanera y vigorosa, que supo arrebatarse de la garra de la pretendida aristocracia al oprimido y esclavizado pueblo, víctima ilustre que mantuvo siempre glorioso, de la vieja patria, el pabellón augusto, en cuyos pliegues al fin cayó para siempre tiéndolo con su propia sangre?*

«El General Morazán se levanta de su sepulcro, cubierto con los laureles de la victoria y las palmas del martirio. ¡Vendita mil veces la verdad, que se abre paso entre las sinuosidades de la calumnia y la pasión desenfrenada!

(1) «Guatemala no podrá ser ingrata con sus grandes hombres, no será jamás ingrata con sus defensores. El monumento cuya primera piedra acaba de colocarse lo atestigua, sirviéndonos no sólo para hacer impercedera la memoria del ilustre patricio Centroamericano, sino también como un estímulo noble y levantado, como una lección perenne y como un aliciente que ha de impulsarnos en nuestra vida política, para imitar las virtudes del héroe a que se consagra, y el merecer el respeto de la mayoría de nuestros conciudadanos.

«Señores: esa piedra que será la base en que descansará el eterno recuerdo de un pueblo agradecido, es el símbolo de la victoria de la luz; es el emblema del triunfo de una causa en que somos soldados incansables; es que Guatemala ha despertado, es que la razón ha vencido, es la Apoteosis de la verdad histórica; es que la Patria dice a la memoria de Francisco Morazán, como Cristo al Lázaro: *levántate y camina!*

«¡Levántate, pues, memoria inmarcesible, y entre el clamor de un pueblo entusiasmado, sube al trono inmortal que la gratitud de la Patria te erige!

«¡Súbe, Morazán, esas gradas que sólo pisan los grandes, y reposa allí tranquilo. La urna que guarda tus cenizas no será otra vez hollada por las plantas mi-

(1.) Nosotros tenemos fé, profunda fé en que, el Partido Liberal si es justo y consecuente con sus principios, levantará los dos monumentos acordados, a la memoria del héroe de Gualcho.

serables de las hienas que ultrajaron tu nombre y tu propia sepultura!

«Los pueblos cuidaràn de ella y al amparo de las reformas que implantaste, conducidos a un engrandecimiento positivo, sabrán mirarla cada día con mayor veneración.»

He ahí cómo una juventud pensadora y visionaria, reinvidicaba también en la Sección de Guatemala la inmarcesible memoria de Morazàn, pregonando sus hechos, confesando su gratitud y haciendo pública su admiración, diciéndole al pueblo por quien tanto luchó, esas eternas verdades que, por siempre y para siempre perduraràn en la conciencia nacional.

También en Nicaragua una selecta intelectualidad lucha contra la serie de Gobiernos conservadores que se habían sucedido en el Poder, a fin de mantener vivo el recuerdo del Redentor de Centro América; y allà fué también un sublime idealista, un sereno pensador y una vigorosa mentalidad, quien recogió el Ideal Unionista que le heredara Morazàn, propagándolo y defendiéndolo por la prensa, en la càtedra, en la tribuda, en la diplomacia y en los campos de batalla. Tan cabal apóstol, tan abnegado y ardiente propagandista del Ideal sublime, no fué otro sino, Máximo Jeréz: a él, a sus prédicas constantes y a su no interrumpida lucha por la Unión de Centro América, se debe el resurgimiento en la tierra de los lagos, de esa nueva juventud que se levantó al calor de su palabra y su entusiasmo por la noble causa.

¿Qué mejor monumento podría levantarse allí al insigne paladín de la Unión Nacional, que esa legión de jóvenes centroamericanistas que, inspirados por el recuerdo imperecedero de Máximo Jeréz, forman hoy una pirámide de ardientes corazones, sobre los cuáles, como en firme y eterno pedestal, vive y vivirá eternamente el ideal de Francisco Morazàn?

Ellos tienen y llevan escrito en su escudo de combate el luminoso pensamiento de Máximo Jeréz, del apóstol y el Maestro: *juna sola Patria y un solo Gobierno!*

## XLVII

**El Centenario de Morazán, es declarado fiesta nacional en Centro América.**

Hay santificada en el Calendario Nacional de Centro América, una fecha memorable y trascendental: el 3 de Octubre de 1,792.

Más, esa fecha que el patriotismo ha santificado, a pesar de su trascendencia, no corresponde al siglo de nuestra independencia.

Aún era la negra noche del coloniaje, y aún faltaban cuatro lustros y dos años para que el grito de los libres anunciase al Mundo nuestra emancipación material de España; y sin embargo lo que en esa fecha sucedió, fué algo así como la aparición tranquila de una nueva Estrella de Belém, que anunciaba a Centro América la venida de un ser extraordinario, destinado a redimirla. Esa luminosa estrella que en la oscura y dilatada noche del coloniaje aparecía allá por sobre las montañas hondureñas, indicaba también a las miradas del pueblo esclavizado que, allí había nacido su Redentor: el niño Francisco Morazán.

Y, ese niño admirable cuya cuna se mecía al rumor de los pinares hondureños, no fué es verdad, de los promotores del movimiento de independencia; pero sí no fué de los Próceres, fué el gran novador de la Patria y el verdadero fundador de la República de Centro América, cuyas libertades y derechos selló con su propia sangre.

Esa verdad histórica que está y vive en la conciencia Nacional, era la que en 1,892, despertaba y conmovía a todo Centro América: acercábase ya el 3 de Octubre, fecha en que se cumplían los cien años de haber venido al mundo Francisco Morazán: he ahí por qué, todos sus pueblos se preparaban a celebrar su Centenario con todo el entusiasmo y alborozo que les embargaba.

El movimiento que por tan singular suceso se notaba, era extraordinario, principalmente en El Salvador, Honduras y Guatemala.

La prensa en general se ocupaba de ello, con entusiasmo, levantando a la vez el de los pueblos, encareciendo su reconocimiento y admiración por el héroe

nacional, cuyo primer Centenario, iba a celebrarse. Los Gobiernos estimulados por la opinión pública, o por sus propios principios, declaraban día de fiesta nacional el 3 de Octubre de 1,892.

El Decreto del Gobierno Liberal de Guatemala dice así:

«José María Reyna Barrios, General de División y Presidente de Guatemala, CONSIDERANDO: que es un deber de los pueblos cultos honrar la memoria de los que, por sus relevantes servicios prestados a la Patria, se han hecho dignos del respeto y la admiración de sus conciudadanos: que mayor derecho tienen a esas justas distinciones los hombres que, como el General Francisco Morazán, han sacrificado hasta su existencia a la propaganda y sostenimiento de sus ideas en bien de sus conciudadanos: que el General Morazán es una de las figuras más prominentes del Istmo centroamericano, al cual dió unidad y verdadera representación política.

Por tanto, en Consejo de Ministros, decreta:

«Artículo único.—Se declara gran día de fiesta nacional el 3 de Octubre próximo venidero, primer Centenario del nacimiento del egregio Ciudadano e ilustre General Francisco Morazán, ex-Presidente de Centro América.»

La voluntad del pueblo salvadoreño se expresaba así por medio de sus representantes:

«La Asamblea Nacional del Salvador, CONSIDERANDO: Que el General Francisco Morazán es una gloria Centroamericana que luchó heroicamente por la Unión de los cinco Estados que actualmente se encuentran disgregados; y que El Salvador, a quien tanto amó y por quien tuvo predilección, está en el deber ineludible de tributar el homenaje que merece el recuerdo histórico de aquel ilustre caudillo y esclarecido patriota, ha tenido a bien decretar:

«Artículo único.—Declárase día de fiesta nacional el 3 de Octubre próximo, primer Centenario del ilustre General Francisco Morazán.»

Más, a la celebración de ese Centenario no le faltaron detractores que, enfermos de envidia, pequeños e incapaces de comprender lo grande, entregáronse en su impotencia por contener la corriente de admiración que se desbordaba por todo Centro América, a la ingrata y estéril tarea de ahullar contra el brillo de ese astro, cuya luminosa trayectoria les tenía cegados. Pero como

un fenómeno digno de anotarse, tal oposición no sirvió sino para hacer resaltar más y más la rutilante huella de aquel hombre extraordinario, por qué, como afirma Víctor Hugo: *la admiración y el encono, son las formas más soberbias de la gloria.*

Contra esa corriente de odio en que se ahogaban los enemigos de Morazán, opusieron sus admiradores la luminosidad de su pensamiento que hizo luz, mucha luz sobre las páginas inviolables de la Historia.

¡Resonante e inolvidable fué esa lucha entre el pensamiento libre de los que hacían vibrar su verbo al sereno resplandor de esa gloria nacional, y los que, aturcidos y cegados por su brillo no hacían sino ahullar vencidos e impotentes ante la verdad histórica que era imposible poderla desmentir!

El gladiador del pensamiento Nacional más formidable y mejor armado que salió a la liza, llevando por escudo el libro de la Historia, fué el Doctor Montúfar, ese sereno pensador que, con su cortado y acerado estilo de precisión profunda, dejó mortalmente herido a los defensores del pasado.

Refiriéndose al cúmulo de folletos y hojas anónimas que, plagados de odios y mentiras, hacían publicar y circular los conservadores, para oponerse a la celebración del Centenario, decía nuestro sabio polemista:

«Digno de notarse es que, en medio de tantas palabras no se encuentra más que una verdad. Esto es, que ha llegado el Centenario del vencedor de Gualcho.»

«Pero la verdad es otra. Morazán quería la Unidad de Centro América mediante el sistema federativo, como la quiso Jackson, como la quiso Lincoln. Quería la grandeza de su Patria como Garibaldi, como Cabour.

«Un partido deseaba la desunión. Aspiraba a convertir en cinco fracciones el antiguo todo.

Vino una lucha entre Unionistas y Separatistas, y esta lucha presenta la epopeya de 1,827 a 29.

El origen del Partido Unionista y Separatista, es muy antiguo y muy funesto.

Cuando se hizo la independencia, el clero y la aristocracia se unieron a México, bajo la corona de Agustín I, porque deseaban títulos de hidalguía.

El Partido que pertenecía al pueblo, aspiraba a la República bajo las formas democráticas.

Una reñida lucha hubo entre los Estados y la aristocracia guatemalteca y esa lucha dió por resultado el

triunfo de la República.

Una Asamblea Nacional Constituyente fué instalada. En ella se discutió con acaloramiento la forma de Gobierno que debía adoptar Centro América.

Los Liberales, que habían sufrido la guerra del Imperio, deseaban crear un Gobierno Federativo, para que todos los Estados tuviesen igual valimiento en él y no se repitiera la intentona monárquica.

Los liberales triunfaron y la Federación fué decretada; pero la aristocracia y el clero, no se conformaron con aquella forma de Gobierno, y le hicieron la guerra sin tregua por medio de incesantes asonadas. Ellos no quisieron la participación del Gobierno en todos. Pretendían dominarlo todo, como Señores feudales.

En 1,826 obtuvieron el triunfo que solicitaban; el Presidente de la República, Manuel José Arce se unió a los nobles y al clero, hizo traición a su partido y conculcó la constitución que había jurado sostener.

Aquel golpe debía de cambiar el sistema federativo en unitario, y Arce redujo a prisión al Jefe del Estado de Guatemala, arrojó de la silla al Jefe del Estado de Honduras y revolucionó a El Salvador.

Los Salvadoreños lo rechazaron, el Jefe Prado permaneció en el Gobierno. Morazán tuvo parte en el movimiento para sostener la constitución, y en el Cerro de la Trinidad, dió a conocer el brillo de su espada.

La lucha continuó entre los que habían hollado la Constitución y los hombres que la sostenían, y el General Morazán, marchando de triunfo en triunfo, ocupó la plaza de Guatemala el 13 de Abril de 1829. Una nueva era se abre entonces a nuestros ojos.

El pasado de 1,829, no fué el pasado de 1,871.

El 71 solo dejaba 30 años de obscuridad; el 29 salía de una prolongada noche de más de 300 años.

Durante ese lúgubre período, nuestra única guía fueron los monges, los inquisidores y los Jesuitas.

Este era el terreno que se presentaba a Morazán en 1,829, y sobre él debía levantar una República al nivel de las ideas del siglo en que vivimos.

La lucha que al efecto se verificó fué incesante, y la transformación pudo operarse sin que sobre el cadalso político corriera una gota de sangre.

He aquí el gran crimen de Morazán a los ojos del Partido Conservador. Ese partido quería una corona imperial, y Morazán la combatía. Ese partido quería

que no hubiese nacionalidad centroamericana, y Morazán aspiraba a ella.

El fraccionamiento entrañaba las ideas más siniestras contra la independencia e integridad de Centro América.

Se solicitaba que la América Central fraccionada quedase sujeta al protectorado británico y que Mosquitia extendiera sus alas sobre su territorio.....

Morazán no fué enemigo de Guatemala, sino del sistema separatista, que ha reducido a la nada el gran poder de Centro América.

El soldado de la Unidad Nacional, se levanta hoy de su tumba, y exhibiendo la Historia, demuestra la verdad y pulveriza las calumnias con que sus enemigos intentan mancillar su nombre.

\*  
\* \*

Después del maestro del pensamiento libre en Centro América, el Dr. Ramón A. Salazar, uno de sus mejores discípulos, combatió con valor la miopía y el estéril localismo de los conservadores de Guatemala, confundiéndolos con su brillante réplica, de la cual entresacamos los siguientes fragmentos.

«A lo que nos puede conducir el sistema de nuestros políticos localistas, es a que, por no reconocer entre los nuestros a Morazán, nos quedemos sin Valle, sin Larreinaga, sin nuestro insigne Pepe Batres, nacido en San Salvador.

Hubiera oído esto el gran Barrundia, y habría estallado en santas iras. Nosotros carecemos del estro tempestuoso del famoso tribuno, y nos contentamos con exhibir a los hombres del pasado tales cuales son, aunque se encuentren encarnados en una nueva generación que se dice pensadora y que pretende conocer su época; aunque, en realidad de verdad, tiene todas las preocupaciones y todas las miopías de espíritu de sus maestros, los políticos que prefirieron a Carrera y fusilaron a Morazán.

Para nosotros, el héroe de Gualcho es, antes que todo y sobre todo, una figura centroamericana. Nació en una época prolífica a grandes hombres en el mundo y se alimentó en los pechos de la hermosa Patria robusta, que nosotros no conocimos, pero por la cual suspiramos.

Peleó contra los nobles a favor del pueblo de Guatemala. Trajo la guerra de las provincias para libertarnos de nuestros Señores, encastillados en esta capital como en el último valuarte que quedaba a los soberbios criollos españolizados.

.....

¡Bonita andaría la Historia con que los peruanos negasen los méritos de Bolívar, su libertador, porque no había nacido en las riveras del Rimac, y porque sus huestes heroicas traspasaron sus fronteras, llevando el pánico y la derrota a los españoles y paniaguados de la ciudad de los Reyes!

¡Lucido papel haría el Ecuador queriendo cercenar las glorias del gran caudillo porque la gran Colombia no existe más como entidad geográfica!

Pues ese es el papel que están haciendo los conservadores de Guatemala.

Hecha girones nuestra Patria, víctima de la tiranía durante largos años, pareciera que a algunos de sus hijos no les quedaran alientos ni para comprender los grandes hechos del pasado, que sus ideales fueran rastreando por el suelo y que no tuvieran fuerzas para levantarse a las alturas de la crítica histórica, desapasionada y severa.

Encerrados en su antro tenebroso, no salen a la luz sino para maldecir de ella. Bien hallados con su suerte, quieren la paz, el sociego de las tumbas. Cuando se desesperan y se restregan los ojos, no alcanzan a ver más allá de su nariz.

Morazán es una gloria nacional, pese a quien pese. Y por eso ha hecho bien el pueblo y juventud ilustrada de Guatemala en hacer suya la fiesta en que se celebra el glorioso aniversario de su nacimiento.»

\*  
\* \*

En un hermosísimo artículo del ilustre literato y publicista, don Francisco Castañeda, decía:

«Vivimos en la época de la Apoteosis; y es ya una verdad axiomática que el cariño y la veneración de los pueblos hacia esas personalidades, crece a medida que crece su civilización y su progreso.

«La razón es bien sencilla. Los hombres ilustrados de un país son el carácter, las aspiraciones, los ideales, el espíritu mismo de ese país que, vivo y latente entre

las brumas del pasado, palpita en las ideas de lo presente, y lucha y forceja por iluminar con su luz bienhechora las realidades de lo porvenir.

Los pueblos en sus momentos de entusiasmo y vacilación, evocan el recuerdo y los nombres de sus varones esclarecidos; y a la vez que enseñanza, esos nombres y ese recuerdo constituyen su más legítimo orgullo.

«Para un suizo Guillermo Tell es el ideal del heroísmo patriótico: Riego, lo es para un español: Kosciusko, para un polaco: Garibaldi para un hijo de la joven Italia.

«Bolívar y San Martín, son los padres de la libertad de Sud América: Benito Juárez, el consolidador de la autonomía mexicana.

«Francisco Morazán, es el más grande y la más pura de las glorias verdaderamente nacionales de Centro América.

«Hombre idea, hombre principio, su vida fué un esfuerzo y un sacrificio por la felicidad de estos pueblos: su obra queda esculpida en el corazón de sus conciudadanos.

«Él como Washington, como Bolívar, supo cegar los laureles de la victoria en los campos de batalla, y resolver las cuestiones de la política y la administración en el Gabinete del Estadista. Aunó esa dualidad de facultades.

«Y lo más raro es que en él, el hecho estuvo siempre subyugado al derecho, la fuerza a la idea, el soldado al ciudadano.

«En efecto: si la mirada del filósofo se fija sobre el hacinamiento que forman los hechos de la historia centroamericana, observará que pocas son las personalidades que sobrenadan en ese océano de pequeñeces, de ambiciones bastardas e irracionales apasionamientos, en que se han movido las figuritas tragi-cómicas de nuestros hombres públicos: observará que durante 61 años de luchas insensatas, esas figurillas, en su mayor parte al menos, han representado sus respectivos papeles movidos por la manecilla misteriosa del interés personal.

«Nadie descuella entre ellos como Morazán.

«De 1,827 a 1,842 él fué el invicto paladín del principio de unidad nacional, el pacificador incansable de la República.

«La posteridad, con sus repetidos esfuerzos por la reorganización nacional, ha venido a glorificar la obra del héroe.

«Y al presente, Morazán es un símbolo.

«Símbolo de libertad y unión para los pueblos centroamericanos.

Guatemala, 1842.»

\* \* \*

Insertamos a continuación algo que se publicó por la prensa, tanto en prosa como en verso.

A FRANCISCO MORAZAN

A través de los tiempos, aún se mira  
 Tu figura imponente y magestuosa,  
 Al brillo de tu espada victoriosa  
 Que a la grandeza de la Patria aspira.  
 Tu patrótico fuego es santa pira  
 Donde arde la esperanza más hermosa,  
 De formar una Patria poderosa,  
 Derrumbando el error y la mentira.  
 Resuenan todavía tus hazañas:  
 Vive tu idea, y tus heroicos hechos  
 La fuente son de inspiración fecunda.  
 Hijo atrevido de ásperas montañas;  
 Son tus hechos conquista de derechos  
 Y la idea de unión tu sien circunda.

Félix A. Tejada.

Guatemala, 1,892.

«.....»

Morazán fascinó a los hombres con la fama de sus hechos, y no fueron necesarios los prestigios de su tumba para que entrase al templo de la inmortalidad: merecida recompensa debida al genio y que una mano oculta y misteriosa distribuye entre sus escogidos, elevándolos a la categoría de verdaderas celebridades humanas.

De aquel famoso Capitán, formado por sí mismo, puede decirse sin exageración alguna, que él había inventado el arte de la guerra, y que la victoria estuvo sujeta a sus órdenes; y así fué en efecto: el suelo de Cen-

tro América fué un teatro muy estrecho para sus hazañas portentosas y para sus empresas de Gobernante, digno por ellas de ser llamado el Padre de la Patria. Su invencible espada era siempre la fiel ejecutora de la ley; y así como rendía a ésta el homenaje respetuoso que se le debe, así hacía tremolar triunfante por doquiera el glorioso pabellón federal.....

Morazán pertenece a la prosapia hermosa de los Washington, de los Bolívar, de los Hidalgo y de los Juárez; esto es, al bello linaje de los benefactores de los hombres, a cuyo servicio han sacrificado su bienestar, inmolando en los altares de la Patria su propia existencia.

Sigamos su ejemplo, y nuestros hijos, al par que ensalsaran nuestra obra, bendicirán con lágrimas de ternura y eterno reconocimiento, el nombre de Francisco Morazán.»

De la prensa de San Salvador, 1892.

\* \*

.....

Este incansable y valiente caudillo es la figura más culminante en la lucha por la unión nacional. Su historia es la historia de un Ideal; su vida la de un soldado ilustre que la puso toda al servicio de la causa más avanzada de su Patria. Representa el esfuerzo más grande que han hecho los centroamericanos por la reconstrucción nacional, la espada más brillante que ha estado al servicio de tal causa, el carácter más atinado y más político sacrificado en su holocausto.

Francisco Morazán comenzó a figurar en 1826. Fué Presidente de la República de Centro América durante dos períodos constitucionales; venció en la Trinidad, en Gualcho, en Las Charcas, en Jiboa, en el Espíritu Santo, en Perulapán y en otras acciones de armas. Luchó hasta morir, y cuando murió, murió también Centro América unida.

La memoria de tal hombre es con justicia la más popular en Centro América.

Todo el partido liberal la considera como un timbre de verdadera gloria.....

Por nuestra parte, excitamos el patriotismo del Gobierno y de los cultos liberales establecidos en la República, y especialmente el de las autoridades de Quezal-

tenango, para que se celebre de un modo digno el tres de Octubre próximo, primer Centenario de la fecha en que nació el héroe de Gualcho.

De la prensa de Quezaltenango, 1,892.

\*

\* \*

Francisco Morazán, genio fecundo  
De América Central! Tu augusto nombre  
Es la sublime encarnación del hombre.  
Reformador y pensador profundo  
Tus dotes de guerrero sin segundo  
Dan a tu vida espléndido renombre,  
Y haces con tu bravura que se asombre  
Y tiemble el corazón del Nuevo Mundo.

*N. T. Lara.*

San Salvador, 1,892.

\*

\* \*

El patriotismo y la gratitud nacional erigen hoy en Guatemala una estatua en honor de Francisco Morazán.

Este día es de júbilo en Centro América para los admiradores del Atleta, formidable sostén de la nacionalidad. En los cinco Estados existen numerosos partidarios de Morazán que no han olvidado que hoy es el primer centenario del advenimiento de aquel que pocos años después fuera el caudillo de las valientes tropas unionistas, y todos ellos consagran estos momentos a celebrar cual se merece la memoria de la gran figura de la Federación.

Los hombres de la talla de Morazán no debían morir.

La Patria necesita de sus genios que le comuniquen vida y constante actividad hacia su engrandecimiento, y cuando uno de esos ínclitos varones desaparece, la Patria se queda en horfandad; el emprendedor; la gigantesca palanca ha faltado y el organismo que se hallaba movido por ella, suspende sus funciones; el conjunto sigue su camino adelante, aunque obrando lentamente.

Morazán con su espíritu vigoroso empuja a Centro América al pináculo de sus grandes reformas: con su

acero templado en el fragor de los combates, perseguía una causa justa y eminentemente grande; causa reconocida hasta el día como el *desideratum* de los altos destinos de la América Central. Con sus desprendimientos a las riquezas pecuniarias, murió en su puesto, y murió sin acumular caudales, dejando por el contrario, deudas que pagar, deudas contraídas en el sostenimiento del noble Ideal que perseguía.

Los soldados veteranos de la Federación se descubren hoy para saludar reverentes la memoria de su General. Los admiradores del coloso de estos lares, evocamos su recuerdo en el día de su Centenario.

*Virgilio J. Valdés.*

Guatemala, 1,892.

\*  
\* \*

#### A MORAZAN

¡Salud, salud por siempre a tu memoria  
 ¡Salud, salud indómito soldado,  
 Que en cien batallas fuistes coronado,  
 Con los lauros brillantes de la gloria!  
 Yo te veo correr tras de la victoria  
 En Trinidad guerrero denodado,  
 Conquistándote, egregio y esforzado,  
 Un nombre eterno en la indeleble historia;  
 En los campos de Gualcho levantando  
 Te veo de los libres el pendón,  
 Rompiendo sus cadenas y llevando  
 En sus listones Fraternal Unión.  
 ¡Morazàn, Morazàn! tus hechos grandes  
 Escritos quedan sobre los andes.

*V. J. Morales.*

Guatemala, 1,892.

\*  
\* \*

Por fin quedan satisfechos los admiradores de Morazàn: el 3 de Octubre próximo, primer Centenario de su nacimiento se ha declarado festivo en todo el Estado. La Guatemala liberal, nacionalista, patriótica, rendirá pues, este tributo al grande y modesto héroe, que tiene derecho, no solo a esa póstuma y tardía apo-

teosis, sino al culto perenne y cada día más vehemente de parte de todos los centroamericanos.

Esta fiesta del patriotismo y de la fraternidad centroamericana se celebrará en toda la extensión de la Patria con el entusiasmo y el amor que merece la hermosa figura de nuestro héroe nacional y los hechos de su vida, que no han tenido otro norte que la grandeza de la Patria cimentada en el derecho moderno y en los principios de la hermosa, de la irrefragable libertad. Y es que, entre todas las personalidades centroamericanas, no hay ninguna que pueda compararse con aquel empeñoso luchador por la Patria Centroamericana. Su Idea lo acompañó durante toda su agitada y útil existencia; aquí en Centro América lo mismo que fuera del suelo nativo, era su única preocupación; era el exclusivo móvil de sus actos. De aquí que al pensar en la Patria, juntamente con ella aparezca siempre en la mente de todo patriota, la simpática, la bellísima evocación del héroe nacional.

.....

Nada más natural que los gritos de aquellos corifeos de la barbarie y del retroceso colonial, pero que los hijos y los nietos de los hombres de la tradición y de la época del oscurantismo hablen todavía de los golpes que les infirió Morazán y así puede decirse, el único defensor de la grandeza y de la dignidad nacional, éste no tiene otra explicación, sino el apego al terruño y el egoísmo localista. Felizmente, de estas personalidades anacrónicas pocas quedan ya en el seno de nuestra sociedad, y éstas se ven reducidas, como las aves nocturnas, a vivir fuera del dominio de la luz; que ellos no se unan a los que vamos a celebrar el centenario de Morazán, eso nada importa; con nosotros estarán todas las clases sociales que han contribuido al progreso y a la relativa prosperidad del país: el artesano, el agricultor, el maestro de Escuela, el estudiante, el funcionario público, el militar y hasta los extranjeros que nos enlazan con el mundo de ayer y nos empujan hacia el mañana; con nosotros estará en fin, cuanto piensa, cuanto se agita, cuanto no se conforma con nuestra *pequeñez de ahora*, cuanto trabaja y aspira por asegurar a la Patria Centroamericana el lugar que le corresponde en el concierto de los pueblos de la América del porvenir.

De la prensa de Guatemala, 1,892

*EN EL PRIMER CENTENARIO DE MORAZAN*

Cien años hace que al mundo  
Vino un genio poderoso,  
Enérgico valeroso,  
De espíritu sin segundo.  
Honduras suelo fecundo  
De hombres de gran valía  
Fué la cuna del que un día  
Llenar pudo con su gloria  
Las páginas que la Historia  
Preparadas le tenía.

Morazàn! tal es el nombre  
Que con respeto guardamos,  
Porque con él recordamos  
Los méritos de un grande hombre.  
Honores, fama, renombre  
Logró adquirir por doquiera,  
Y Centro América entera  
Rinde culto fervoroso  
Al caudillo que animoso,  
Gloria y grandeza le diera.

El quiso afianzar la Unión  
De estos pueblos tan queridos,  
Que se encontraban sumidos  
En terrible confusión.  
Su idea fué: redención  
Que poderío nos diera,  
Pues la Patria verdadera,  
Por las guerras desolada,  
Se vió por él amparada  
Bajo una sola bandera.  
Hoy gustosos tributamos  
Nuestra fiel adoración  
Al soldado de la Unión  
Cuyos restos veneramos;  
A aquel a quien admiramos  
Por su valor sin medida,  
Al héroe de alma atrevida  
Que por su idea luchó,  
Pues a ella le consagró  
Su penssmiento y su vida.

*José María Gomar.*

San Salvador, 1,892.

\*  
\* \*

.....

Pero no es solo la relación de los triunfos de Morazán, por más brillantes que hayan sido y por más honrosos que sean para Honduras, el mérito principal de su ilustre historia. Lo son sus desgracias mismas, y los graves, trascendentales sucesos directamente enlazados con sus actos, que atesoran rico caudal de enseñanzas para todos aquellos que algún interés conservan por la Patria.

Con ella vemos descorrido el velo de nuestro pasado, mostrándonos en su fondo la lucha interminable entre la luz y las tinieblas, entre lo que nos impulsa hacia adelante, y lo que nos lanza hacia atrás.....

¡Salud, refulgente sol, que en este solemne día representáis para nosotros el que bañara por vez primera la augusta frente del héroe cuyo nacimiento conmemoramos!

¡Salud, espíritu sublime, que un tiempo os encarnásteis en el cuerpo del que fué Francisco Morazán, y que ahora os reposéis tranquilo en el seno de los aventurados de la gloria, gozando de esa inmortalidad que solo alcanzan los que viven vuestra vida, los que sufren vuestra muerte!

¡Que vuestra sombra venerada extienda sobre nuestras cabezas su mano protectora para librarnos de ese terrible anatema que como losa funeraria pesa sobre nosotros: «*La Desunión!*»

Que las divinas virtudes a que rendísteis fervoroso culto, inspiren en nuestras almas esos sentimientos que son fuerza de los grandes hombres, fuente de los grandes hechos, y que, para desgracia nuestra, tan próximo se halla a desaparecer de nuestro nativo suelo: ¡*abnegación!* ¡*patriotismo!*

¡Salud oh! sol de 1,892, reflejo del sol inolvidable de 1,792.

De la prensa de Honduras.

\*  
\* \*

A MORAZAN

No has muerto, no; tu nombre refulgente  
En los anales de la Patria Historia  
Es un sol inmortal, resplandeciente;

Es un coloso de la excelsa gloria.  
 Tu nombre augusto el pueblo reverente  
 Guarda siempre, orgulloso, en su memoria;  
 Mientras, altivo, en tu serena frente  
 Resplandece el laurel de la victoria.  
 Tu alma gigante, que dejó este suelo,  
 Que despreció la miserable vida,  
 A otro mundo mejor tendió su vuelo;  
 Más nos dejastes un germen un consuelo:  
 La América Central será unida  
 Y el mismo Dios bendecirá tu anhelo.

*Alfonso Espino.*

Sonsonate, 1,892.

\*  
\* \*

Morazán fué uno de esos hombres que, cual monumentos vivientes, surgen del seno de los pueblos desarrollándose en proporciones colosales, y quedan eternamente fijos, marcando el principio o fin de algunas de sus más importantes épocas históricas.

La historia política y militar de Francisco Morazán, es un gran libro cuyas páginas de oro están destinadas a alimentar el cerebro de los hijos de Centro América.

De la prensa de Honduras.

\*  
\* \*

El Salvador siempre ha sido fiel al héroe de Gualcho y del Espíritu Santo. Nuestros poetas han cantado su memoria; nuestros historiadores han escrito con rasgos brillantes su luminosa vida, consagrada a defender los fueros de la libertad, a luchar por los eternos principios de la democracia, escritas con letras de fuego en la conciencia de todos los pueblos; nuestros literatos han endiosado su memoria; nuestros Gobernantes sin distinción de colores políticos, han honrado su nombre.

Justo y muy justo, es, pues, que su Centenario sea fiesta Nacional. No en valde Morazán, en su testamento, legó sus restos a El Salvador. Es menester que nos hagamos dignos de tan sagrada herencia.

Duerme en paz egregio paladín: la República vela tu sueño. La posteridad te hace plena justicia.

De la prensa del Salvador, Santa Ana 1,824.

\* \*

## A MORAZAN EN SU CENTENARIO

La ardiente juventud férvido aplauso  
Tributa al héroe, al inmortal caudillo,  
Generoso sin igual, fúlgida espada,  
Reformador grandioso de este siglo.

Insigne Capitán, que a las legiones  
De soldados visos cual prodigio  
De su genio sin par, a la victoria  
Impertérrito conduce en este Itsmo.

América del Centro en este día,  
En que de edad el héroe cumple un siglo,  
Digamos a la América orgullosos,  
Que no hay como él, un Procer tan conspicuo:

Que él es el repúblico eminente,  
La encarnación genuina, el prototipo  
De la alma Democracia; que antepone  
A todo cuanto existe los principios:

Que él es el primero que pronuncia,  
Contra el error funesto, el veredicto,  
El solemne *de profundis* que al pasado  
Hundiera para siempre en el olvido.

Juventud de mi Patria! A la memoria  
Del héroe que venció en San Miguelito  
En Trinidad, las Charcas, Guatemala,  
En San Pedro y el Espíritu, prometamos  
Que habremos de seguirle como a Cristo,  
Siguiéron sus apóstoles, honrando  
La bandera que nos lega en el patíbulo.

*Jeremías Cisneros.*

Gracias, 1,892.

\* \*

## HIMNOS A. MORAZAN

Coro

¡Voz de amor y de paz elevemos;  
No más se oiga el fragor del cañón  
Y en abrazo cordial procuremos:  
¡Libertad y Justicia y Unión!

Que rumor! es el pueblo que hirviente  
 La grandeza de un héroe reclama;  
 Es la Patria de hinojos que aclama  
 Al guerrero sin par, Morazàn!  
 Ved! ondean las palmas doquiera;  
 De laurel se preparan coronas;  
 Y tú, Historia, los hechos pregonas  
 Del soldado que se hizo inmortal!

¡Salve! salve guerrero! tu espada  
 De la vida al servicio pusiste,  
 De la ley el escudo tú fuiste  
 Y adalid sin rival del honor.  
 De la Patria sostén fué tu brazo,  
 De la Patria que muerto no habría  
 Si tu vida no hubiera, no, un día,  
 ¡Ay! el plomo cortado traidor!

Morazàn, tú que ves nuestro duelo  
 Porque luchan hermanos y hermanos,  
 Ven del odio ruín e inhumano,  
 Con tu ejemplo a apagar, el volcán.  
 Que tu nombre nos junte y estreche!  
 Que él nos dé «con unión» energía,  
 Para así tremolar algún día  
 Tu bandera triunfal, Morazàn.

*Rómulo E. Durón.*

Tegucigalpa, 1,892.

\*  
 \* \*

Centro América, en tono sublime,  
 Hoy confunde su acento y sus votos,  
 Y contempla los lazos ya rotos,  
 De un antiguo y soberbio pendón.

De la Historia los grandes recuerdos  
 Celebramos con fé y regocijo,  
 Prosiguiendo la causa de un hijo  
 Que la Patria en el bronce grabó.

Loor eterno al caudillo eminente  
 Que su idea sembrara fecunda,  
 Y la Patria la sien le circunda  
 De coronas de mirto y laurel!

Viva! viva en el fondo del alma  
La memoria del ilustre guerrero,  
Que escribió vencedor con su acero:  
Libertad para siempre y Unión!

*Miguel Solís Martínez.*

Tegucigalpa 1,892.

\*  
\* \*

Y el eco de nuestra Gran Fiesta Nacional, escuchado fué con respetuosa atención por todas las naciones de uno y otro continente. La prensa de América y Europa se ocupó de él con marcada simpatía, como de un acontecimiento que salía del límite de lo ordinario: era nada menos que la consagración definitiva que el Centro del Nuevo Mundo Americano hacía al más auténtico y al más completo de sus novadores en su primero y glorioso centenario. El pensamiento hispano americano despertado y conmovido por ese sentimiento de fraternal simpatía que liga a nuestros pueblos, unió su voz a la de sus hermanos del Centro, dejando oír al mundo su armonioso coro de alabanzas.

El ilustre pensador Bolet Peraza, escribió desde Nueva York un hermoso artículo, del cual entresacamos lo siguiente:

«En el cuadro histórico de la soberanía unitaria que a los albores de la emancipación apareció con el prestigioso nombre de República de Centro América, descuellan una figura ilustre, de esas que aún en la adolescencia, cuando todavía la naturaleza no ha completado su trabajo de física energía, ni el alma ha acabado de vaciar en sus moldes divinos el bronce del carácter, puede decirse de ellas que llevan, como la nube en su seno, la fuerza y la luz.

Tal fué Francisco Morazán, cuyo centenario conmemoran hoy los varios pueblos de aquella hermosa parte de América, que a sus virtudes y heroísmo debieron un día la magestad de la Unión.

Abunda el valor guerrero en nuestra indómita raza, pero este ínclito centroamericano fué más que soldado valientísimo; fué también eximio patriota. Su espada no la recibió de manos de la aventura, sino que fué de aquellas que pone *en el cinto de los héroes la Libertad*, para que una vez victoriosa, cuelgue como reliquia en el santuario de la Justicia.

Bien están esas guirnaldas, esas odas, esos himnos que el reconocimiento de los centroamericanos rinde o eleva a la memoria del fundador de la Patria unida. En donde quiera que palpita un corazón americano, hay una flor para enriquecer aquellas coronas, un verso para aquellos poemas, un grito de entusiasmo para juntarlo al clamor juvenil de la afortunada tierra del héroe!

.....

La avara industria podrá destrozar los istmos y escavar canales; pero por sobre estos desintegramientos del suelo, sabrá echar maravillosos puentes la fraternidad hispano americana, para que una sea siempre nuestra grande historia y siempre uno nuestro destino!

\* \*

Vargas Vila, el vibrante escritor, que con su candente verbo de combate, ha marcado la envilecida frente de todos los tiranos de esta América, y dignificado también con soberana elocuencia a sus hombres más ilustres, dedicó a Morazán, con motivo a su centenario, una de sus mejores y más bellas semblanzas. De ella son los siguientes fragmentos:

«En Centro América hay uno como rumor de gratitud. Aleteos de la gloria en torno de una tumba. Parece que despierta el recuerdo nacional y vase en pos de un heroísmo así olvidado. ¡Sombra augusta a quien toca como su luz la justicia de la historia!

Después de Santander que fué el hombre en la esfera intelectual política, más grande de su tiempo, el liberalismo americano no registra en aquellos tiempos figura más simpática, más innovadora y más gallarda que Francisco Morazán.

Caudillo juvenil, atrevido, generoso; temperamento apasionado y heróico; hombre superior a su tiempo y al medio en que vivía, pasó por la Historia, con un fulgor de relámpago y el ruido de un guerrero homérico.

.....

La gloria como la belleza suprema es inmortal. Así cuando pasa la historia, despertando las sombras heroicas y exhumando las ilustres figuras, ellas al ponerse de pié, hacen palidecer a los héroes apócrifos y llenan de sagrado estupor y sublime gratitud las generaciones que les ven salir de la penumbra.

Ya sus verdugos son fantasmas; la pàlida envidia no les roe los talones; la calumnìa no los mancha; ya son grandes.

Asì surge Morazán. Su Centenario es gran fiesta del Liberalismo Americano.

El periodismo liberal tiene el deber de hacer aureola sobre la frente de sus grandes hombres. Bastante trabaja la calumnìa conservadora, para que la indolencia liberal la ayude en su tarea de desfigurar o sumir en el olvido a los grandes fundadores del liberalismo.

*La mayor seña! de la virilidad de un partido es la admiración hacia sus grandes hombres.*

En los pueblos esta indiferencia es seña! de decadencia.

.....Estéril trabajo de odio!

Podrían hasta lograr que no se le alzara estatua, podrían hasta eclipsarlo y proscribirlo de la mente de las turbas ignorantes; más ¿como lo arrancarían de las páginas de la Historia? El pueblo, al abrir el sagrado libro, tropezaría siempre con aquel nombre que llena de uno a otro extremo sus páginas más brillantes.

Hay glorias que no se eclipsan hay que sufrir su tremendo resplandor.

El sol es el encanto de las àguilas y el martirio de los buhos.

Asì pasa con el resplandor de ciertos hombres en la historia: «Morazán es uno de ellos.»

---



**JUICIO FINAL**



## JUICIO FINAL

### PARALELO ENTRE MORAZAN Y NAPOLEON

---

Y no fueron solamente el sentimiento nacional y la simpatía hispano-americana quienes consagraron las más bellas apologías a nuestro héroe: también la fría razón, el juicio imparcial y sereno que palpita en todo el mundo, por todo lo que es grande, noble y digno, han emitido ya su juicio justiciero sobre la indiscutible gloria de Morazán.

Una verdadera autoridad militar, el ilustre General francés, Nicolàs Raoul, que trató y siguió a Napoleón en todas sus campañas, como trató y siguió también a Morazán en Centro América en su cruzada por el Istmo, hizo allá en París después de algunos años de haber desaparecido ambos capitanes, un magnífico paralelo entre ellos, que se dió a conocer por primera vez en Centro América, en la ciudad de Quezaltenango, gracias a la docta y brillante pluma del escritor centro-americanista, Antonio Grimaldi.

He aquí ese juicio final de tan reconocida autoridad militar.

«Napoleón hizo su carrera militar en el mejor colegio de su época, bajo la dirección de los mejores Jefes. Morazán no tuvo instrucción ninguna en la milicia, ni quiso tenerla prácticamente en los cuarteles, ni tuvo Jefes a quienes imitar; pero sus planes de guerra y sus combates dejan tanto que admirar, como los de Napoleón.

Napoleón debe sus triunfos al soldado francés; al entusiasmo francés, a los cuantiosos recursos de una Nación pródiga y ávida de gloria. Morazán sin recursos, con unos pocos Texiguats y Curarenes, dió combates desiguales y triunfó siempre contra fuerzas muy superiores, debido todo a su propio genio.

Napoleón aprovechó los elementos de la civilización, la cultura y prestigios de la Francia; conferenciaba con los primeros políticos y militares de Europa, recogiendo todo un caudal de inspiraciones y conocimientos. Morazán vivió en otro medio, reinaban en Centro América las tradiciones de la Edad Media; el retroceso era el alma de la sociedad, y sin su genio iniciador y reformista nada se habría hecho. Los pocos hombres que le seguían, más bien se inspiraban en las ideas del Jefe.

Napoleón aprovechaba las cosas existentes, Morazán las creaba, porque nada existía capaz de entrar en el plan del porvenir.

Las ideas de Bonaparte eran las de Francia, bastaba seguirlas para contar con el éxito; las de Morazán no eran las de Centro América en su inmensa mayoría, y la lucha debió empezar por allí.

Napoleón profesó distintas opiniones en la política y en la Corte Pontifical; Morazán las mismas siempre.

Napoleón buscaba su propio engrandecimiento y el de la Francia; Morazán exclusivamente el de su Patria.

Francia, teatro de Napoleón, no puede compararse con Centro América, teatro de Morazán; pero en la comparación de los dos genios, fácil es comprender quien lleva la ventaja.

Napoleón representa la Autocracia en la más alta expresión; Morazán representa la Democracia en toda su pureza y en su más genuina manifestación.

Napoleón solo tiene fé en la fuerza y la emplea durante su vida; Morazán solo reconoce la fuerza del Derecho, y el Ejército le sirve para afianzar las instituciones.

Napoleón conquista; Morazán estrecha los vínculos de la Federación y recorta los abusos del pasado.

Napoleón tenía mucho de cómico, Morazán nada.

En materia de virtudes, Napoleón no puede sostener el paralelo con Morazán.



# INDICE

---

	Página
Introducción.....	1
Proceso Histórico y aparición del héroe.....	5
<b>DE LA EPOPEYA</b>	
I I.....	15
Sitio e incendio de Comayagua, acción de la Maradiaga y suplicio del Jefe Herrera.	
I I I.....	19
Morazán alcanza su primer triunfo en «La Trinidad.»	
I V.....	24
Memorable victoria de Gualcho.	
V.....	34
Tras rápidas contramarchas, y después de vencer a los opotecas en Honduras, el héroe hace caer de hinojos al Gral. Aycinena en el Fundo de San Antonio.	
V I.....	41
Espléndidas ovaciones a Morazán en El Salvador.—Nómbresele General en Jefe del Ejército aliado.—Sitíase en Ahuachapán y de allí salva El Paz para caer sobre Guatemala	
V I I.....	46
Morazán en La Antigua, restablece las autoridades legítimas disueltas el 26.—El revés de Mixco es reparado con el triunfo de San Miguelito, que se extiende hasta Los Altos, libertándose a Quezaltenango de la tiranía de Irizarri.	
V I I I.....	51
Derrota de Prado en Las Charcas y preparación del plan general para rendir a Guatemala.	
I X.....	56
Ejecución del plan estratégico.—Combates que se libran.—Triunfo de la Democracia y capitulación de Guatemala.	

	Pág.
X-----	67
Triunfal entrada de Morazán a la capital de Centro América, y re- instalación de las autoridades legítimas disueltas el 26.	
X I-----	72
La Asamblea de Guatemala declara Benemérito a Morazán.—El Congreso Federal decreta la expulsión de los enemigos del orden.	
X II-----	77
Morazán, nombrado Jefe del Ejército Hondureño, deposita el man- do y vence a los rebeldes en Las Vueltas del Ocote y Opoteca, y luego pacífica a Nicaragua, donde se nombra Jefe de Estado a don Dionisio de Herrera.	
X III-----	84
Después del interinato de Barrundia, Morazán electo por mayoría absoluta toma posesión de la Presidencia de la República de Centro América.—Consideraciones.	
X IV-----	98
Bajo el Gobierno del General Morazán la República de Centro América se presenta como una de las más avanzadas democra- cias del Mundo de Colón.	
X V-----	102
Arce, Domínguez y Ramón Guzmán, afianzados en la traición de Cornejo, perturban la paz de la República.—Morazán marcha de Guatemala a Honduras, y de allí vuelve sobre El Salvador, derrotando al Jefe traidor en Jocoro.	
X VI-----	107
Morazán con ochocientos federales toma la capital salvadoreña.— Después de triunfo tan rapidísimo, las armas de la Federación vencen al enemigo en los campos de Jaitique, Tarcoles, El Es- pino y otros puntos.	
X VII-----	112
Restablecido el orden constitucional en El Salvador, la Asamblea declara Jefe de Estado a don Mariano Prado.—La renuncia de éste puso el Gobierno en manos del Vice-Jefe San Martín, quien con su criminal conducta inició la funesta estirpe de trai- dores que tanto daño han causado a Centro América.	
X VIII-----	119
Graves consecuencias por no haberse demarcado una porción de territorio para Distrito Federal.—Crímen de que fué víctima el Coronel Menéndez.—Rebelión de San Martín, su ataque a la plaza de San Salvador y su derrota.	

	Pág.
XIX .....	127
La Asamblea de El Salvador declara Benemérito de la Patria a Morazán.—Su misión a Honduras es coronada con el éxito.—El Sabio Valle sale electo por mayoría de votos Presidente de la República, pero con su muerte, Morazán por unanimidad fué aclamado Presidente para un segundo período.	
XX .....	133
Mensaje del Presidente de la República ante el Congreso Federal, al reunirse por novena vez, bajo la Presidencia del ciudadano don Juan Barrundia.	
XXI .....	138
El cólera mórbus y aparición de Carrera.—Irrupción de la selva.—Gálvez pide auxilio al Gobierno Federal.—Caída de Gálvez y entrada de los salvajes a la capital.—Morazán no pudo entenderse con Carrera.	
XXII .....	146
Morazán es llamado con urgencia de Guatemala.—Vuelve a ésta y vence a los facciosos en Mataquesuintla.—Espléndida recepción que se le hizo después del triunfo.—Ofrécese y rechaza con dignidad la Dictadura.	
XXIII .....	154
Guerra de la Montaña.—Triunfo en Amatitlán y proclama del Presidente.—Su marcha a El Salvador.—La ceguera de los partidos y abandono en que se deja al Ejército.—Instancias para que Morazán vuelva a Guatemala.	
XXIV .....	164
Prosigue la lucha contra las hordas de Carrera.—Su derrota en Villanueva por el General Salazar.—Morazán al volver nuevamente a Guatemala se libra providencialmente de dos atentados de asesinato.	
XXV .....	170
Por distintos medios y conductos ofrécese la Dictadura a Morazán al volver a Guatemala; pero él la rechaza con dignidad.—Manifestaciones impresas que circularon.	
XXVI .....	178
Incursión violenta de Carrera sobre Santa Ana y Ahuachapán, y su derrota en Chiquimulilla.—Esterilidad de los triunfos, consecuencias de Rivera Paz, su destitución y elección del General Salazar.	
XXVII .....	185
Injustificable y criminal agresión de Honduras y Nicaragua a El Salvador.—Protesta de su Asamblea. Revés de Benitez en San Francisco y su triunfo en Jiboa.	

	Pág.
XXVIII.....	192
Triunfo memorable del Espíritu Santo.—La Asamblea de El Salvador grata a los servicios del héroe emite un importante decreto.	
XXIX.....	201
Morazán es elegido Jefe de Estado de El Salvador.—Ferrera vuelve sobre Chalatenango, y sus adeptos se apoderan de la capital. Sublime sacrificio de Morazán en que prefiere la Patria a la familia.	
XXX.....	208
Gloriosísima victoria de San Pedro Perulapán y huida de Ferrera, camino de Montepeque.	
XXXI.....	216
Reflexiones.—Funestas consecuencias que siguieron al tratado de El Rinconcito.—Disolución del Pacto Federal.	
XXXII.....	223
Tras una marcha rapidísima y en breves horas el adalid centroamericano rinde la capital de Guatemala.—Al desocuparla, sus últimos disparos forman las más vibrantes notas de su Epopeya.	
<b>DE LA TRAGEDIA</b>	
XXXIII.....	240
Mediante una habilísima maniobra desocúpase la plaza de Guatemala, efectuándose la más famosa retirada militar que ha tenido lugar en Centro América.—El Salvador recibe a su héroe con grandes demostraciones de admiración.	
XXXIV.....	245
Morazán expone ante una junta de notables los motivos que le impulsan a dejar el Poder y ausentarse de Centro América.—A bordo de «El Izalco» los morazánidas salen del puerto «La Libertad».	
XXXV.....	252
Desde su asilo de David, Morazán dirige su célebre Manifiesto a los centroamericanos.	
XXXVI.....	261
Morazán recibe honrosas proposiciones del Mariscal Gamarra, las que declina en aras del único ideal por el cual se sacrifica.—Su retorno a la Patria.	
XXXVII.....	269
Falacia del Gobernante salvadoreño y manifiesta hostilidad de Carrera, Carrillo y Ferrera por el arribo de Morazán a playas centroamericanas.—El pueblo salvadoreño sigue a su héroe y éste prepara su expedición.	

	Pág.
XXXVIII.....	278
Principiase la nueva cruzada libertaria por salvar a Costa Rica.— Proclama de Morazán y el convenio de «El Jocote».—La liberación del pueblo hermano confabula a los Gobiernos opresores.	
XXXIX.....	287
La Asamblea de Costa Rica grata a los servicios de Morazán, le declara Jefe de Estado.—Agresión de Nicaragua por El Guana- caste.—Importantes decretos.—Facúltase a Morazán a luchar por la Unión de Centro América.	
XL.....	296
Fatalidades que encadenaron a Morazán en Costa Rica.—Lucha titánica y desesperada en el sitio del prodigio.—Salida gloriosísima de San José.—La traición los pierde y aprisiona en Car- tago.—Trágicas escenas.	
XLI.....	307
Tremendo y no igualado sacrificio de los mártires de la Unión.— Sublime y trascendental testamento de Morazán.—Estoica resignación con que marcha hacia el patíbulo, y su ascensión a la inmortalidad.	
XLII.....	315
Grítase venganza por la muerte del héroe; pero el pueblo arrepentido por el crimen aclama por la paz.—Los morazánidas dejan su nombre legendario y toman el de coquimbos a bordo de su navío.	
<b>De la Apoteosis</b>	
XLIII.....	223
Exhumación y envío de las sagradas cenizas de Morazán al pueblo de su predilección.—Inusitado regocijo de El Salvador al recibir tan preciado legado	
XLIV.....	329
La Juventud salvadoreña hace la primera Apoteosis al Paladín de la Unión de Centro América, enalteciendo sus grandes hechos.	
XLV.....	336
Erección del primer monumento a Morazán.—La Apoteosis de El Salvador trascendió y conmovió a todos los Estados de la Patria.	
XLVI.....	350
Nuevos monumentos que se erigen a Morazán en la Necrópolis de San Salvador y en el Puerto de Amapala.	
XLVII.....	355
Honduras se dignifica glorificando al héroe nacional.—Soberbio monumento que por Decreto de 1,880 se le erigió en Tegucigalpa.	

	Pág.
XLVIII.....	362
Costa Rica y Guatemala perpetuan también la gloria imperecedera de Morazán; y Máximo Jerez en Nicaragua recoge la herencia del héroe.	
XLIX.....	368
El Centenario de Morazán, es declarado fiesta Nacional en Centro América.	
<b>Juicio Final</b>	
Paralelo entre Morazán y Napoleón.....	390



## Fe de Algunas Erratas

Por haber estado ausente de Quezaltenango, no me fué posible corregir sino las últimas pruebas del presente libro que ve hoy la luz pública con no pocas erratas. Al revisarlo, entre otras muchas encontramos varios; indebidos. Pero éstas y otras faltas creemos que no se deben solo a la casa editora, cuyas excelentes impresiones y crédito son bien conocidos, sino porque, habiéndose pasado el manuscrito con diferentes letras en los pueblos apartados de Honduras donde estuvimos refugiados en las últimas revueltas, no fué posible entregar el original a máquina. Entre tantas erratas consignamos pues, en esta edición del señor Suasnávar, solamente aquellas que alteran notablemente el sentido de las ideas.—RODAS M.

Pág.	Línea	Dice	Léase
2	6	nietos	mitos
6	31	hébreo	hebreo
10	2	las cruzadas	las notas cruzadas
16	3	Proya	Troya
23	25	ocupado	acopado
27	21	remar	reinar
40	7	las que le habin	los que le habían
45	30	interim	interior
47	11	seno	cono
48	6 y 7	y, brindándole	y brindanle
49	15	sálese	sálele
64	34	importantes	impotentes
72	9	de los	de las
73	22	quedaban	quedaba
81	33	y llevado	y llevar
81	43	que creía	que creían
82	7	un ataque	dan un ataque
83	12	ríspedas	ríspidas
92	33	acosaban	acusaban
100	4	puesto	puerto
113	5	Pardo	Prado
116	16	no bastaría	nos bastaría
119	24	espaciosa	capciosa
122	6	calor	cabal
126	12	contemplarse	completarse
128	32	puestos	puertos
139	6	que, llamados	que, los sacerdotes llamados
143	31	tendrían	tenderían
155	21	impugnables	inexpugnables

Pág.	Línea	Dice	Léase
155	23	a la táctica	con la táctica
156	44	dolvió	volvió
159	35	era	no era
160	19	deficiencia	eficiencia
160	36	y dor	y por
164	6	tiempo	triumfo
164	12	intencines	intenciones
167	16	privacioaes	privaciones
168	33	de la hmanidad	de humanidad
170	6	las monotonías	la monotonía
170	14	humor	humos
170	30	dejanod	dejando
178	3	tiempos (cap. XXVI)	triumfos
185	3	Guijarro (cap. XXVII)	Quijano
192	14	se vió	cedió
196	9	seno de la verdura	seno de verdura
200	6	que por su valer	que por sobre su valor
202	35	acabbaa	acababa
203	43	evidencia	evidenciar
204	44	abreviar	observar
206	27	Suyapango	Soyapango
217	7	otorgándoles	otorgábales
220	23	hoy no luchaba	hoy luchaba
223	32	al llevarse	al llevar
230	15	una hazaña	esa hazaña
232	12	miradas	nidadas
240	8	a gentes	los contingentes
242	41	Viesa	Viera
243	8	de precipitarse	en precipitarse
247	37	o dejo	os dejo
261	13	evidenciada	evidenciaba
263	31	disfrulaba	disfrutaban
274	6	golper	golpear
279	17	mayores	mejores
294	32	disputande	disfrutando
295	9	asombraba	asomaba
298	3	distara	dictara
303	44	levantar	desbaratar
304	42	desengaño	engaño
312	42	dio también	dijo también
313	24	verán	veían
314	33	vozeadas	variadas
316	5	informe	infame
329	26	número	númen
331	24	vértice	vórtice
332	33	hallara	hollara
335	42	Un guerrero	Un generoso
345	37	brazos	buzos
350	4	hércules	hercúleo
352	72	debe caer	debe decaer
353	6	pasiones	secciones
355	9	En mármóreo	El mármóreo
360	25	anre	ante
375	14	patriótico	patriótico

11334

se ha rehabilitado. Honduras ha comprendido que, las heroicas acciones y las proezas del valor rendidas en aras de la Libertad y la Patria, deben perpetuarse por el arte, en mármoles y bronces. Honduras ha comprendido que los hombres Beneméritos forman el precioso tesoro y riqueza de los pueblos, y que su memoria, cuando ya no existen, es el fecundo y poderoso aliento que guardan las brizas para fortalecer las nuevas generaciones que el tiempo trae a la vida en sus eternas olas.

.....  
«¿Quién ha llegado en Centro América a la altura de nuestro héroe en el arte de la Guerra? ¿Quién ha podido igualarle en el plan admirable de sus operaciones, en su sagaz estrategia y en su golpe de vista seguro y su pericia para encadenar la victoria a sus banderas? Ved si no como en sus campañas de diez años libradas contra tenaces e implacables enemigos, a paso de vencedor, escribió su nombre con la punta de su espada.....En esas memorables campañas puso a prueba su inquebrantable constancia, su heroísmo jamás desmentido, sus altos dotes de mando, sus extensas vistas y táctica de Capitán y sus sentimientos de humanidad para con los vencidos.

«El General Morazán comprendió, señores que, el acontecimiento de la Independencia de 1,821 no bastaba a asegurar la ventura y porvenir de las Secciones de Centro América; comprendió las serias desventajas, los inconvenientes y peligros del aislamiento y la disgregación de estos países destinados por la naturaleza a formar un todo compacto y una gloriosa solidaridad, comprendió que la ley del progreso indefinido, que es el evangelio del siglo y de la humanidad, y el implantamiento de las instituciones democráticas no podrían realizarse, no podrían cumplirse, crecer ni tomar arraigo, en medio del antagonismo de los partidos y de las ambiciones del caudillaje, asentado y autorizado en cada una de las provincias de la antigua capitanía en General; comprendió que todo el territorio comprendido entre Veragues y Tehuantepec, no debían formar sino una sola Nación, una sola y grande Patria, que diese sombra, que diese amparo y reposo a la generación de entonces y a las generaciones venideras en la serie de los tiempos; comprendió que solo la Unión gloriosa de estas disgregadas secciones, íntimas hermanas por el

**OBRAS EDITADAS EN LA MISMA CASA:**

---

**VIDA DE JESUS (agotada)**

**LIBRO DE COCINA GUATEMALTECA,**

**ARITMETICA PRACTICO-COMERCIAL**

Por MANFREDO L. DELEON,

**TENEDURIA DE LIBROS ELEMENTAL**

Por MANUEL MELENDEZ ESCOBAR,

**MORAZÁNIDA** Por JOAQUIN RODAS M.

**Miscelánea de Historia Centro-Americana**

Por el Lic. JUAN RAMON GUILLEN,

---

**EN PRENSA:**

**ARITMETICA ELEMENTAL Teórica y Práctica**

Por el Ing. LUCAS T. COJULUN